SÖREN KIERKEGAARD

DIARIO ÍNTIMO

SANTIAGO RUEDA / EDITOR / BUENOS AIRES

SÖREN KIERKEGAARD

DIARIO ÍNTIMO

Traducción y notas por
MARÍA ANGÉLICA BOSCO

SANTIAGO RUEDA - EDITOR
BUENOS AIRES

EL DIARIO ÍNTIMO DE SÖREN KIERKEGAARD

SÖREN A. KIERKEGAARD *es actualmente una de las figuras que más interés suscitan dentro de la moderna corriente literaria y filosófica europea. Su "Diario", historia del pensamiento de un autor cuyos valores espirituales y literarios son universalmente reconocidos a través de un siglo de distancia, ha de representar para el lector la mejor fuente de información acerca de la personalidad profunda y torturada del filósofo danés.*

Este "Diario" que Sören Kierkegaard intituló "Diario de un Juez", es la íntima confesión de un secreto sobre el cual, mientras vivía, trató de echar todos los velos posibles a fin de desfigurarlo o de disimularlo. Los hechos de su vida, su infancia profundamente impresionada por la severa educación religiosa con que el padre parecía compensar el propio sentido de culpa, las relaciones con el padre y con Pedro, el único hermano sobreviviente, el noviazgo frustrado con Regina Olsen, la polémica con el diario El Corsario, *los ataques a la doctrina del obispo Mynster, director espiritual de su padre y a la de Grundtvig, su opinión adversa a las escuelas filosóficas de su tiempo, aparecen como otros tantos episodios de la vida extraordinaria de Sören Kierkegaard, como póstuma confesión, único desahogo de introvertido que se niega la realidad y el alivio de la extraversión.*

A través de sus páginas surge la permanente y misteriosa presencia de ese "aguijón en la carne", origen de su melancolía, cuya naturaleza, él rehusa aclarar. Culpa para unos, para otros enfermedad, el "aguijón en la carne" es el perpetuo móvil de sus actos, el "leit-motiv" de su condición humana, que disimulara con la publicación de las obras seudónimas, "otras tantas posibilidades de existencia", como él mismo las calificó. Ambas teorías, la de la culpa y la de la enfermedad, se apoyan en ciertas referencias, en alusiones e informaciones suministradas por los familiares de Kierkegaard. Éste había sufrido en la niñez un accidente que afectó su columna vertebral. El tipo de enfermedad que le causara la muerte podría evidenciar una epilepsia. Sus confesiones aluden a medias a un grave error cometido en la juventud; además, para su formación espiritual dentro de un adusto cristianismo, la blasfemia del padre y sus segundas nupcias con la criada poco después de la muerte de la primera esposa, así como el nacimiento de la hija primogénita a los cuatro o cinco meses de celebrado el matrimonio, fueron otros tantos pecados que con la muerte sucesiva de los hermanos en plena juventud debía él de expiar. ¿Existe, pues, un verdadero motivo para "el aguijón en la carne"? ¿Son todas estas razones las que conforman su alma y la orientan en la existencia? Ese secreto que planea sobre las confesiones como "el Espíritu Santo sobre los Apóstoles", da al "Diario" un palpitante interés y un sentido a los hechos.

La selección y traducción del "Diario" ha sido efectuada de la versión italiana de Cornelio Fabro (3 tomos, Editorial Morcelliana - Brescia, 1948-1951), la más amplia e importante de las publicadas hasta ahora, con excepción de la edición danesa, iniciada a pedido de Pedro, el hermano de Sören Kierkegaard, mientras aún vivía Regina, por el pastor H. P. Barfod, quien se hizo cargo de los cuatro primeros volúmenes y continuada luego en cinco volúmenes más a cargo de H. Gottsched, apasionado estudioso del pensamiento kierkegaardiano, con J. T. Beck. El pastor Barfod, quizá por consideración a los sobrevivientes no sólo interceptó textos y omitió otros, sino que hizo desaparecer también algunas hojas. El manuscrito muestra hoy

la señal de hojas arrancadas que a menudo interrumpen el texto en los pasajes más delicados. Las lagunas y los defectos comprensibles de la primera edición de los Papeles, *así como el interés creciente que la figura del autor despertaba, reclamaban una edición más completa que fué comenzada en 1909 y concluída en 1938 y que abarca diez y nueve volúmenes. Como el traductor italiano lo hiciera notar en su interesante Prólogo —uno de los estudios más profundos sobre Sören Kierkegaard— el idioma danés emplea de preferencia la construcción indirecta, comienza los párrafos con* at *(que) y multiplica las proposiciones circunstanciales. Se ha procurado respetar en lo posible el estilo muy personal del autor que torna a veces su frase oscura y de difícil lectura. En cuanto a la puntuación, a la cual Kierkegaard dedica un texto especial en su "Diario", es convencional, y el traductor italiano declara haberse visto obligado a muchos cambios y retoques. Las citas entre paréntesis de textos bíblicos pertenecen en su mayor parte a la versión italiana, así como las notas señaladas entre paréntesis (N. del T. I.); y las señaladas con (N. del T. F.) pertenecen a la versión francesa de Knud Ferlov y J. J. Gateau (2 tomos, Gallimard, París (1942), esta última utilizada como texto de consulta para la presente traducción). Las notas indicadas con un asterisco y otros signos son del autor.*

Abarca el "Diario" más de veinte años de la vida de Sören Kierkegaard. Iniciado en 1834 sólo fué interrumpido pocos días antes del ataque que lo abatió en plena calle. Las fechas frecuentes en los primeros volúmenes desaparecen luego y son reemplazadas por títulos referentes a las notas. Es curioso observar que las últimas notas vuelven a estar fechadas. En la selección del texto se ha procurado dar preferencia a aquél que por su carácter de intimidad, por la referencia a episodios fundamentales en la vida del autor, a sus amigos y sus familiares, personas amadas o adversarios, asume mayor importancia y configura a un espíritu "expresión de angustia y de desesperación que quiere hacer sentir a todos el estremecimiento de lo Infinito".

M. A. B.

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE SÖREN KIERKEGAARD

1756 Nacimiento del Padre Michael Petersen K., en Saeding, Jutlandia.

1768 Nacimiento de la madre de K.

1797 Segundo matrimonio del padre, viudo en primeras nupcias y sin hijos, con la criada.

1813 5 de mayo; nacimiento de Sören Aabye K. en la casa paterna de Copenhague, en el Mercado Nuevo (Nytorv) nº 2, actualmente 27; séptimo y último hijo.

3 de junio; bautismo en la Iglesia del Espíritu Santo.

1819 Muerte de un hermano, a los 12 años y medio de edad.

1822 Muerte de una hermana, a los 24 años de edad.

1823 23 de enero; nacimiento de Regina Olsen.

1828 20 de abril; S. K. recibe la Confirmación en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora, de manos del primer Capellán, J. P. Mynster.

1830 30 de octubre; K. se inscribe en la Universidad.

1 de noviembre; K. se inscribe en el regimiento de la Guardia Real, 7ª compañía.

4 de noviembre; es rechazado para el servicio militar.

1832 Muerte de una hermana (Nicolina), a los 34 años.

1833 4 de abril y 24 de mayo; K. recibe la Comunión en compañía de sus padres; 24 de setiembre, en compañía de sus padres y de su hermano.

21 de setiembre; muerte de un hermano (Michael), a

los 24 años de edad, en los Estados Unidos de América.

1834 21 de marzo; Comunión en compañía de sus padres.

26 de julio; viaje a Gillelei para reponerse de un agotamiento.

31 de julio; retorno de Gillelei y muerte de su madre después de cinco semanas de enfermedad.

Diciembre; muerte de una hermana (Severina Petrea), a los 33 años de edad.

1835 16 de enero: Comunión en compañía de su padre y de su hermano; 29 de mayo y 16 de octubre, en compañía de su padre.

1836 18 de abril; conversación con Joergen Joergensen.

22 de noviembre; recibe un vencimiento al 5 de diciembre por cuatro meses atrasados en el pago de las cuotas del Círculo de Estudiantes, bajo pena de serle prohibido el acceso a la sala de lectura.

1837 mayo (entre el 8 y el 16); primer encuentro con Regina Olsen en la casa de los Roerdam en Frederiksberg.

1837 Fines de agosto; el hermano mayor, Peter, escribe en su "Diario": "Sören está más oprimido que nunca por negras ideas acerca de su salud física que lo tornan infeliz, incapaz de todo, lindando casi con la locura".

1 de setiembre; a partir de esta fecha, K. empieza a percibir de su padre una renta anual de 500 táleros e inicia su vida independiente, alojándose primero en Loevstralde 1 y luego en Kultorv (mercado del carbón).

1837-1838 Durante el invierno, K. enseña latín en la IIª clase de un liceo de Copenhague.

1838 febrero; su hermano Peter escribe: "Sören, en estos últimos tiempos se torna cada vez más irritable, descontento y descorazonado. Mis conversaciones con él —y es preciso que yo mismo vaya en su busca— no le producen efecto alguno".

13 de marzo; muerte del poeta Paul Martin Moeller, profesor e íntimo amigo.

19 de mayo; la experiencia del "gozo indescriptible..." (a las diez y media de la mañana).
6 de julio; recibe la comunión a solas.
30 de julio; va a Frederiksberg.
Noche del 8 al 9 de agosto; muerte del padre tras breve enfermedad. El hermano escribe que el 6 de agosto el anciano se sentía en plena posesión de sus fuerzas y que había pasado la tarde en compañía de sus dos hijos dando muestras de buen humor, "aunque durante el día regañara a Sören y le rehusara algo".

1839 18 de enero y 4 de agosto; recibe la Comunión a solas.
2 de febrero; "Tú, Regina de mi corazón...".
29 de agosto; K. hace un cómputo de sus finanzas que suman en total alrededor de 31.000 táleros, fortuna que en esos tiempos representaba para un soltero una relativa holgura.
20 de diciembre - 4 de julio de 1840; paréntesis para la preparación del examen de Teología: "el más largo paréntesis que haya yo vivido".

1840 2-3 de julio; examen de Teología; es aprobado con la mención *laudabilis*.
19 de julio - 6 de agosto; viaje a Jutlandia.
14 de agosto; recibe la Comunión a solas.
10 de setiembre; noviazgo con Regina Olsen.
8 de octubre; aparece el primer número del *Corsario*, editado por M. A. Goldschmidt.
16 de noviembre; confesión de su incapacidad para poseer alguna cosa real y de la vivacidad de su fantasía.

1841 12 de enero; K. pronuncia su primera disertación religiosa en la Holmeskirke de Copenhague.
16 de julio; la Facultad de Filosofía de la Universidad acepta la tesis *Del concepto de la Ironía,* con la cual se gradúa de "Magister artium".
11 de agosto; K. devuelve el anillo a Regina.
29 de setiembre; defensa de la tesis (editada el 16 de setiembre por P. G. Philippsen, 300 pp.).
11 de octubre; K. rompe definitivamente con Regina Olsen.

25 de octubre; viaje a Berlín.
1841-1842 (desde el 15 de noviembre hasta el 4 de febrero); asiste al curso de Schelling en la Universidad de Berlín, al principio con gran entusiasmo y luego aburriéndose "terriblemente", hasta que acaba por abandonar. Escribe la I. P. de *Enten-Eller* ("O lo uno o lo otro").
1842 6 de marzo; regresa a Copenhague. Se ocupa en la corrección y publicación de las Obras.
1843 8 de mayo; partida para Berlín, donde se ocupa en escribir *La Repetición* (Gjentagelsen).
julio; se entera del noviazgo de Regina Olsen con Fritz Schlegel. Serie vertiginosa de publicaciones.
1844 16 de octubre; se muda de Noerregade 230 a la casa heredada de su padre en el Mercado Nuevo, 2, donde vivirá hasta 1848.
20 de noviembre; último de los paseos en coche del año, unos 40 en total, por la campiña, que ocupaban íntegramente sus días. Esos paseos, recreo necesario para la actividad volcánica que se apoderaba de su espíritu, continuaron siendo frecuentes en los años posteriores.
1845 9 de febrero; escucha el sermón del Obispo Mynster en la Iglesia del Castillo Real.
25 de diciembre; K. envía a P. L. Moeller, alma negra del *Corsario,* una negativa con respecto a la colaboración en *Gaea,* anuario estético para 1846. El 27 y el 29, ataque de K. a P. L. Moeller en *Faedrelandet* y respuesta de éste.
1846 2 de enero; el *Corsario* inicia los ataques contra K. acompañados por caricaturas.
7 de febrero; K. piensa en hacerse pastor de campaña.
27 de febrero; prosiguen los ataques del *Corsario* contra el "gran filósofo", con sendas caricaturas. En el número del 26 de mayo es publicada la "de los pantalones".
2-3 de mayo; parte para Berlín, de donde regresa el 16 de mayo.
12 de junio; adquiere las obras del pastor A. P. Adler: *Estudios y ejemplos, Ensayo de una buena exposi-*

ción sistemática del Cristianismo, Estudios teológicos.
27 de junio; es representada en el Teatro Real la comedia estudiantil *Los de enfrente* de Hostrup, donde aparece un cierto teólogo "Sören Kirk".
7 de junio; gran *Informe* en su *Diario.*
2 de octubre; Goldschmidt abandona la redacción del *Corsario* y el 7 parte en viaje para Alemania e Italia.

1847 20 de febrero; K. lee las dos Disertaciones sobre las Categorías, de Adolfo Trendelenburg.
marzo; visita al rey Cristián VIII.
5 de mayo; reflexiones acerca de la diferencia entre pecado y escrúpulo.
14 de mayo; iniciación del NB[2] en el *Diario.*
julio: proyecta un viaje a Berlín, pero en cambio hace una visita al rey.
15 de agosto; conversaciones con J. Joergensen acerca del matrimonio de conciencia de Hamann.
27 de agosto; prédica en la Frue Kirke sobre la *Confesión previa a la Comunión del Viernes.*
30 de agosto; a raíz de una discusión con el editor Philippsen, a propósito de los pagos que considera demasiado exiguos, le niega su permiso para una nueva edición de *O lo uno o lo otro.*
octubre; visita al rey.
3 de noviembre; matrimonio de Regina Olsen y Fritz Schlegel.
4 de noviembre; visita al Obispo Mynster ("dice sentirse fatigado. . . ; se muestra muy frío. Está bastante incomodado por el último libro: *Acciones del amor*").
1 de diciembre; termina el *Libro de Adler.*
23 de diciembre; aparece el primer número de la revista, *Norte y Sur,* de Goldschmidt.

1848 20 de enero; muerte del rey Cristián VIII.
19 de abril; experiencia pascual: "Mi naturaleza ha cambiado por completo". . .
24 de abril; IIª Fiesta de Pascuas: "No, mi hermetismo no se deja vencer, al menos por ahora". . .

mayo; reflexiones sobre la "remisión de los pecados": "Es extraño cómo el amor de Dios me domina...: ahora ha despertado en mi alma la esperanza de que Dios podría querer quitar de mi naturaleza, su miseria fundamental".

15 de mayo; K. da comienzo al *Diario* NB[5] (1).

mayo-junio; esbozo para el Nº Iº de los *Ejercicios del Cristianismo.*

16 de junio; K. inicia el *Diario* NB[6].

20 de junio; proyecto de un artículo: "de la remisión de los pecados".

24-27 de junio; artículo en el periódico *Faedrelandet*: *La crisis y momentos críticos en la vida de una actriz,* que aparece con el seudónimo de *Inter et Inter.*

21 de agosto; K. inicia el *Diario* NB[7].

26 de agosto; K. va a Frederiksberg; ve al padre de Regina y trata de entablar conversación con él, pero el otro se aleja gesticulando y de prisa.

1 de setiembre; K. predica en la Frue Kirke (Iglesia de Nuestra Señora) sobre el tema: "Desde lo alto atraeré a todos hacia mí".

noviembre; da fin a: *Punto de vista en mi actividad como escritor.*

26 de noviembre; K. da comienzo al *Diario* NB[8].

1849 2 de enero; K. da comienzo al *Diario* NB[9].

Reflexiones encontradas acerca de la oportunidad de publicar los trabajos ya listos y de adjuntar a la segunda edición de *O lo uno o lo otro, Un ciclo de disertaciones éticorreligiosas.*

9 de febrero; K. da comienzo al *Diario* NB[10].

marzo; K. visita al Obispo Mynster y deja "caer una palabra" a fin de obtener un puesto en el Seminario pastoral.

abril; se aplaca un tanto su preocupación por determinar la relación entre Cristo como "Modelo" y

---

(1) K. ha señalado con el signo NB, progresivamente numerado, casi todo el conjunto de sus "Papeles", a partir del 14 de mayo de 1847 (en [illegible] aparece el NB[2]; no se ha encontrado el signo NB[1]), hasta el 13 de diciembre de 1854, (NB[36]). Generalmente K. agrega la fecha y señala así las frases más significativas del Diario de su madurez. Los signos, que en las ediciones danesas han sido fielmente reproducidos, abundan y están colocados tanto como encabezamiento que como nota marginal.

Cristo como "Salvador". Da fin a las *Disertaciones edificantes* (3), sobre *Lirios y pájaros*, y a la Nota: *El Cómputo;* extracto concentrado del *Punto de vista en mi actividad como escritor*, pero "para no ser publicada".

25 de abril; K. comprueba que, con respecto al más alto ideal cristiano, es decir, el de convertirse en "testimonio de la verdad", debe contentarse con ser "el amante infortunado" ("el poeta").

2 de mayo; da comienzo al *Diario* NB[11].

4 de mayo; resuelve publicar, del *Ciclo de Disertaciones éticorreligiosas*, la III y la VI, precisamente: *¿Le está acaso permitido a un hombre dejarse matar por la verdad?* y *De la diferencia entre un genio y un Apóstol.*

5 de mayo; "el porvenir se presenta oscuro y yo me siento tan tranquilo. Este cumpleaños será inolvidable para mí".

14 de mayo; aparece la segunda edición de *O lo uno o lo otro* y son publicadas las tres *Disertaciones* sobre *Los lirios del campo y los pájaros del cielo.*

15 de mayo; K. recibe un billete de la publicista sueca Federica Bremer, amiga de Martensen, pidiéndole una entrevista para el día de la Ascensión (17 de mayo), al cual contesta con una seca negativa: ("¡No, gracias, no sé bailar!").

19 de mayo; aparecen las *Dos Disertaciones ético-religiosas*, de H. H. Piensa que, para la prédica de la verdad, es más conveniente el exponerse al sufrimiento que el escribir.

22 de junio; visita al Obispo Mynster, muy breve. Visita también al ministro del culto Madvig; pero sin ningún resultado.

25-26 de junio; muere durante la noche el padre de Regina, el Consejero de Estado. K. abandona nuevamente la idea de publicar su *Punto de vista en mi actividad como escritor;* se decide por *La enfermedad mortal* y entra en tratos con la imprenta.

27-28 de junio; K. pasa una noche de insomnio, inquieto, hablando consigo mismo y examinando las razones

en pro y en contra. Entrega a la imprenta *La enfermedad mortal,* luego de decidir que figurará como autor con el seudónimo de Anticlimacus y que su nombre sólo aparecerá como editor. Siente escrúpulos por haberse adulado algunas veces en el *Diario* y pide por ello perdón a Dios.

1 de julio (domingo); asiste en la Iglesia del Espíritu Santo a la Misa mayor y se encuentra con Regina "y toda la familia". A la salida, ella trata de provocar un encuentro, pero K. la esquiva y baja los ojos.

19 de julio; da comienzo al *Diario* NB[12]. Aparece la *Dogmática Cristiana* del Dr. H. Martensen.

22 de julio (domingo); asiste a la Misa mayor en la Iglesia del Espíritu Santo.

30 de julio; aparece *La enfermedad mortal* de Anticlimacus, editor S. K.

agosto; K. comienza la lectura de la *Dogmática* de Martensen y estampa en el *Diario* sus impresiones.

24 de agosto; fecha de la explicación definitiva acerca de su noviazgo: "Mi relación con ella".

26 de agosto; fecha de las "Explicaciones acerca de ella".

12 de setiembre; se anuncia la traducción danesa del libro de Federica Brenner, *Vida en el Norte* ("Liv i Norden").

28 de setiembre; K. da comienzo al *Diario* NB[13].

15 de octubre; es anunciado un Ensayo de R. Nielsen sobre "Johannes Climacus" del Mag. Kierkegaard y la "Dogmática" del Dr. H. Martensen. Aparece el 1 de noviembre.

29 de octubre; K. entrega a la imprenta las tres Disertaciones edificantes: *El sumo sacerdote, El publicano, La pecadora.*

30 de octubre; el hermano de K., Peter, habla en la convención de pastores de Roskilde sobre las *Dos Disertaciones éticorreligiosas* y confronta a Martensen con S. Kierkegaard como representantes respectivos de la "reflexión" y del "éxtasis".

9 de noviembre; K. inicia el *Diario* NB[14].

13 de noviembre; aparecen las tres Disertaciones edificantes.

19 de noviembre; K. escribe a Schlegel y adjunta una carta "para Ella".

21 de noviembre; Schlegel devuelve sin abrir la carta "para Ella".

16 de diciembre; su hermano Peter publica en el "Dansk Kirketidende" el discurso pronunciado por él en la convención de pastores.

1850 6 de enero; K. inicia el *Diario* NB^{15}.

14 de febrero; K. da comienzo al *Diario* NB^{16}. Preocupaciones a propósito de los trabajos ya preparados y de las condiciones económicas.

6 de marzo; K. da comienzo al *Diario* NB^{17}.

11 de marzo; Theophilus Nicolaus (seudónimo del teólogo Magnus Eiriksson) publica el estudio: *¿Es acaso la fe una paradoja?*, y *En virtud del absurdo.* Se suscita una cuestión a causa de *Temor y Temblor* de Iohannes de Silentio.

6 de abril; Rasmus Nielsen publica sus lecciones en la Universidad: *Fe evangélica y Teología.*

11 de abril; mantiene conversación con R. Nielsen.

18 de abril; K. recibe una carta de R. Nielsen en la cual éste "renuncia a pasear conmigo el jueves". Se muda a Noerregade 43.

30 de abril; K. mantiene una conversación con R. Nielsen y en el curso de ella le declara "que desea para sus mutuas relaciones una mayor libertad".

5 de mayo; asiste a los oficios de la tarde en la Iglesia del Salvador. Proyecto para el escrito: *Para el examen de Sí mismo.*

15 de mayo; da comienzo al *Diario* NB^{18}.

19 de mayo; Mynster predica en la Misa mayor de la Iglesia del Castillo Real.

9 de junio; da comienzo al *Diario* NB^{19}.

14 de junio; aparecen las Dilucidaciones dogmáticas (Dogmatiske Oplysninger), "Escrito de ocasión", de H. Martensen.

11 de julio; K. da comienzo al *Diario* NB^{20}.

21 de julio; escucha el sermón del pastor Visby en la Misa mayor de la Iglesia del Salvador.
agosto; entrega a la imprenta el manuscrito de *El ejercicio del Cristianismo.*
8 de setiembre; escucha el sermón de Kofoed-Hansen en la Misa mayor de la Iglesia del Salvador.
11 de setiembre; K. da comienzo al *Diario* NB[21].
27 de setiembre; aparece *El ejercicio del Cristianismo* de Anticlimacus, ed. S. K.
22 de octubre; conversación con el Obispo Mynster después de haber leído éste *El ejercicio del Cristianismo.*
27 de octubre; escucha el sermón del pastor Visby en la Misa mayor de la Iglesia del Salvador.
13 de noviembre; K. da comienzo al *Diario* NB[22].
24 de noviembre; escucha el sermón del pastor Paulli en la Iglesia del Castillo.
18 de diciembre; aparece "Clara Raphael" de Matilde Fibiger, edit. I. L. Heiberg.
20 de diciembre; aparece *Un discurso edificante* de S. K.

1851 22 de enero; K. da comienzo al *Diario* NB[23].
31 de enero; aparece un artículo de K. en *Faedrelandet,* "a raíz de un comentario con respecto a mí del Dr. Rudenbalch".
13 de marzo; aparece el Ensayo de Mynster: "Ulterior contribución a las discusiones acerca de la situación de la Iglesia en Dinamarca".
20 de abril; K. da comienzo al *Diario* NB[24].
22 de mayo; conversación con el Obispo Mynster.
5 de mayo; para festejar su cumpleaños, K. realiza un paseo a Hirscholm.
18 de mayo; K. pronuncia una prédica sobre la *Inmutabilidad de Dios* en la Iglesia de la Ciudadela.
8 de junio; escucha al pastor Paulli en la Iglesia del Castillo.
7 de agosto; aparecen los escritos de K.: *Relativo a mis actividades de escritor* y *Dos discursos para la Comunión del viernes.*

9 de agosto; conversación con el Obispo Mynster a su regreso de la visita pastoral.
10 de setiembre; aparece el escrito: *Para el examen de Sí mismo* de S. K.
29 de noviembre; K. comienza el *Diario* NB[25].
1852 mayo; informe: "De ella".
9 de mayo; escucha el sermón del pastor Paulli en la Iglesia del Castillo.
4 de junio; da comienzo al *Diario* NB[26].
19 de junio; informe: "De mí mismo".
30 de agosto; K. inicia el *Diario* NB[27].
10 de setiembre; "Hoy se cumplen 12 años de mi noviazgo".
1853 13 de febrero; "Mi tarea".
14 de febrero; K. inicia el *Diario* NB[28].
25 de marzo; "Lo que he querido".
27 de mayo; "La operación de mi vida considerada en conjunto, tal como la comprendo o como posiblemente llegaré a comprenderla".
13 de octubre; "De mí mismo".
2 de noviembre; "Mi balance".
1854 30 de enero; muerte del Obispo Mynster.
15 de abril; Martensen es designado Obispo.
5 de mayo; K. inicia el *Diario* NB[29].
27 de mayo; aparece el Ensayo: "De la verdad personal y de la personalidad verdadera" de R. Nielsen.
5 de junio; ordenación episcopal de Martensen.
28 de junio; K. inicia el *Diario* NB[30].
16 de agosto; K. inicia el *Diario* NB[31].
11 de octubre K. inicia el *Diario* NB[32].
9 de noviembre; K. inicia el *Diario* NB[33].
24 de noviembre; K. inicia el *Diario* NB[34].
3 de diciembre; K. inicia el *Diario* NB[35].
13 de diciembre; K. inicia el *Diario* NB[36].
18 de diciembre K. inicia la batalla contra la Iglesia oficial de Dinamarca con la publicación del artículo contra Martensen: "Era el Obispo Mynster un "testimonio de la verdad"; uno de los verdaderos testimonios de la verdad"; ¿acaso tales palabras son verdad?" (*Faedrelandet*, Nº 295).

28 de diciembre; respuesta de Martens. (*Berlingske Tidende*, Nº 302).
30 de diciembre; réplica de K. (*Faedrelandet*, Nº 304).
1855 9 de enero; aparece en el *Berlingske Tidende* la crítica al artículo del pastor I. Paludan-Müller: "El ataque del Dr. S. Kierkegaard a la memoria del obispo Mynster". (Nº 7).
10 de enero; R. Nielsen escribe en defensa de K., pero ignorándolo éste, el artículo "Una buena acción". (*Faedrelandet*, Nº 8).
12 de enero; K. publica el artículo: "Una invitación personal del pastor I. Paludan-Müller". (*Faedrelandet*, Nº 13).
16 de enero; R. Nielsen publica el artículo: "A su Excelencia Ilustrísima el Obispo Martens: una pregunta". (*Faedrelandet*, Nº 13).
29 de enero; K. publica dos artículos polémicos contra Martensen. (*Faedrelandet*, Nº 24).
20 de marzo; artículo de K. "En ocasión de la muerte del Obispo Mynster". (*Faedrelandet*, Nº 67).
21 de marzo; artículo de K.: "¿Es éste un culto cristiano o más bien una mofa de Dios?" (*Faedrelandet*, Nº 68).
22 de marzo; artículo de K.: "Aquello que deba hacerse será hecho o por mí ahora o por algún otro". (*Faedrelandet*, Nº 69).
26 de marzo; artículo de K.: "La situación religiosa". (*Faedrelandet*, Nº 72).
28 de marzo; artículo de K.: "Una tesis, tan sólo una tesis". (*Faedrelandet*, Nº 74).
31 de marzo; artículo de K.: "¿Qué deseo yo?" (*Faedrelandet*, Nº 77).
3 de abril; aparece en *Faedrelandet* el artículo anónimo de N. N.: "Propuesta al Dr. S. Kierkegaard". (*Faedrelandet*, Nº 79).
7 de abril; K. responde al artículo anónimo. (*Faedrelandet*, Nº 81).
11 de abril; artículo de K.: "Cristianismo con investidura gubernamental y Cristianismo sin investidura gubernamental". (*Faedrelandet*, Nº 83).

27 de abril; artículo de K.: "¡Cuán cruel castigo!" (*Faedrelandet*, Nº 97).

10 de mayo; artículo de K.: "Con respecto a la conducta de necio encono observada en lo que a mí se refiere y a la concepción del Cristianismo por mí esclarecida". (*Faedrelandet*, Nº 111).

16 de mayo; K. publica: "Para la nueva edición del *Ejercicio del Cristianismo*". (*Faedrelandet*, Nº 112).

26 de mayo; K. publica un artículo polémico contra Martensen: "El silencio del obispo Martensen es cristianamente inexcusable, ridículo, necio y despreciable en muchos de sus aspectos". (*Faedrelandet*, Nº 120). Aparece el primer cuaderno de *El momento.*

6 de junio; aparece el IIº cuaderno de *El momento.*

16 de junio; aparece el opúsculo de K. (con el sello de la Ed. Reitzel): "El juicio de Cristo sobre el Cristianismo oficial".

28 de junio; aparece el IIIer. cuaderno de *El momento;* julio; aparecen los cuadernos IVº y Vº de *El momento* (9 y 30 de julio, respectivamente).

agosto; aparecen los cuadernos VIº y VIIº de *El momento* (2 y 31 de agosto, respectivamente).

3 de setiembre aparece el discurso de K.: *La inmutabilidad de Dios.*

setiembre; aparecen los cuadernos VIIIº y IXº de *El momento* (14 y 25 de setiembre, respectivamente).

25 de setiembre; K. escribe el último texto en su *Diario*: "Destino de esta vida según el Cristianismo".

2 de octubre; es recogido en la vía pública, sin sentido, e internado en el Frederiks - Hospital, donde la jefa de enfermeras, señorita Fibiger, lo cuida solícitamente y donde recibe la visita de su amigo de la infancia, Emil Boesen.

11 de noviembre; muerte de S. K.

18 de noviembre; solemnes funerales en la Frue - Kirke y exequias en el Assistenz - kierkegaard (cementerio público).

1834

Siempre es necesaria una luz para distinguir otra luz. Cuando un punto luminoso surge en medio de las tinieblas, es absolutamente imposible discernir el origen de la luz, porque la oscuridad no permite determinar relación alguna en el espacio. Sólo otra luz podrá precisar la posición del primer punto con respecto al segundo.

15 de abril de 1834.

Una doctrina rigurosa de la predestinación remonta a Dios el origen del mal, sin que por eso se llegue a la lógica de los maniqueos, pues su sistema establece dos seres (primordiales), en tanto que el segundo reúne en un solo ser a los dos principios opuestos.

15 de abril de 1834.

Puesto que el pecado no puede provenir únicamente del hombre, así como la criatura no puede nacer de un solo sexo, la doctrina cristiana de la tentación satánica es justa. Representa el otro factor del cual deriva la diferencia específica entre el pecado del hombre y el pecado del diablo (pecado original-conversión posible). Una tesis contraria se opondría a la analogía.

19 de agosto de 1834.

El concepto de predestinación ha de ser, pues, considerado como un aborto; sin duda fué creado a fin de conciliar la libertad con la omnipotencia divina y resuelve el enigma por la negación de uno de los dos conceptos, con lo cual nada queda explicado.

19 de agosto de 1834.

La razón por la cual nunca lograré gustar de la naturaleza reside en el hecho de que mis reflexiones no alcanzan para aclarar mis gustos. Puedo concebir una obra de arte, puedo en este caso, encontrar, por decirlo así, el punto de Arquímedes y una vez hallado, todo se vuelve fácilmente comprensible para mí. Entonces puedo seguir las evoluciones de un pensamiento grande y descubrir cómo confluyen los detalles para esclarecerlo. Concibo, digamos, la total individualidad del Autor como el mar que todo lo refleja. El espíritu del Autor se vuelve familiar para mí, quizá me sobrepase, pero está tan limitado como yo mismo lo estoy. En cambio, las obras de Dios son demasiado grandes para mi espíritu y me pierdo en los detalles. Cuando el vulgo contempla la naturaleza, sus exclamaciones: ¡grandioso! ¡magnífico!, resultan insulsas y antropomórficas porque se detienen en lo exterior sin expresar el sentido arcano y profundo. Con respecto a esto mismo, creo importante señalar que los grandes genios de la poesía (Osián, Homero) han sido representados como ciegos. En mi opinión, carece de importancia que lo hayan sido realmente o no. Lo esencial estriba en que los hombres los imaginaran ciegos, pues me parece que de tal manera han querido indicar que su visión cuando cantaban las bellezas de la naturaleza, no les era revelada por los ojos corporales sino por intuición interior. ¡Cuán notable es que uno de los mejores escritores sobre las abejas [1], más bien dicho el mejor, sea ciego desde la infancia! Este ejemplo en el cual la observación exterior se diría de tanta importancia, parece casi indicarnos que el autor ha de haber encontrado *aquel punto* y

[1] *K. alude a François Huber (1750-1831), ciego desde los cinco años de edad. Su obra principal:* Nouvelles Observations sur les abeilles, *es de 1792.* (N. DE LA T.)

que partiendo de él, por medio de la pura actividad del espíritu, ha llegado al conocimiento de los detalles reconstruyéndolos análogamente a la naturaleza.

11 de setiembre de 1834.

O, según las profundas palabras de la historia de la conversión de San Pablo (*Hechos,* 9,8): "y abriendo los ojos, no veía a nadie".

nota del *26 de enero de 1837.*

Creo que la dificultad para admitir la teoría de la predestinación quedaría suficientemente aclarada con la siguiente experiencia psicológica: imaginemos a un hombre a quien le ha sido predicho que algún día se convertirá en un ilustre sabio. Si coincide con sus deseos, se dirá al instante: —Sí, me dedicaré furiosamente al estudio—. En caso contrario, dirá: —No, no abriré un libro. Ambos propósitos serían igualmente erróneos, pues en ambos casos se convertirá exactamente en lo que deberá ser. Y sin contar con que olvida que, si todo obedece a la predestinación, aún sus mismos propósitos serían predeterminados y concluirían por sumirlo en una atroz autocontradicción.

26 de setiembre de 1834.

Si, por el contrario, pensamos que la organización divina del mundo está fundada sobre la providencia de Dios, quien deja así a los hombres una libertad real, el problema asume distintos aspectos; supongamos que se otorgue a un hombre la facultad de ver el porvenir y que en tal caso sepa que ha de convertirse en un criminal, la consecuencia podría ser, quizá, que dicho hombre realizara su propia enmienda. Nada habría que objetar a Dios entonces, puesto que conforme a su providencia debe conocer también que el hombre se enmendará.

20 de octubre de 1834.

Sólo podemos concebir una inspiración de dos maneras: o limitada a la actividad de los apóstoles cuando redactaban el

Nuevo Testamento, *o* abarcando toda su existencia. En el primer caso el Nuevo Testamento no ofrece base alguna donde asentar la teoría, por el contrario, la comunicación con el Espíritu Santo que permanentemente alega, debería abarcar toda su existencia (es característico del Nuevo Testamento el incesante planear del Espíritu Santo sobre ellos). En cuanto a la inspiración en el sentido más estricto de la palabra, nos vemos obligados a extenderla a toda su existencia. Pero si resulta imposible suponer a los propios elegidos y discípulos de Cristo, la capacidad de comprender debidamente el cristianismo, quiere decir que esa inspiración los preservaba del error, en tanto que la siguiente generación y las generaciones sucesivas estarían condenadas a una interpretación errónea; a menos que admitamos igualmente la infalibilidad inspirada para ellas y que afirmemos así la incompatibilidad del cristianismo con la vida humana, pues tal inspiración las sustrae precisamente a la común condición de la humanidad. Aun la misma teoría católica sobre la infalibilidad del papa sería insuficiente, pues en su caso especial la verdadera doctrina sólo tendría la persistencia de una reliquia que, apenas enunciada, será mal interpretada. No basta entonces extender la infalibilidad a los jefes, porque así su verdadera actividad como tales no tendría utilidad alguna y nos vemos obligados a suponer la infalibilidad para cada uno de nosotros. Siendo así: ¿acaso es necesario un jefe?

20 de octubre de 1834.

Pocas ciencias procuran al hombre un sentido de paz y de quietud como las ciencias naturales. (Con ellas) el sabio penetra en la naturaleza y todo lo conoce. Por decirlo así ha hablado primero con las plantas y con los animales y no sólo descubre la utilidad que el hombre puede extraer de ellos (conocimiento que posee un matiz de subordinación) sino que abraza su significado en el conjunto del universo. Como ocurrió con Adán, todos los animales acuden a él y a cada uno impone su propio nombre.

22 de noviembre de 1834.

El colmo de lo trágico consiste sin duda alguna en ser *incomprendido*. Por esto la vida de Cristo, incomprendido por el pueblo, por los fariseos, por sus mismos discípulos, y muy pronto por cada uno de nosotros, a pesar de que su mensaje haya sido el más sublime entre todos, constituye la suprema tragedia. He ahí también lo trágico de la vida de Job, quien sufre en medio de un círculo de amigos que no lo comprenden, junto a una mujer que lo befa. He ahí lo doloroso de la situación de la mujer en *La Familia Riquebourg*[1], su amor por el propio sobrino del marido la obliga al disimulo bajo la apariencia de una fingida frialdad. He ahí la trágica autenticidad de la escena (V, I) de *Egmont* de Goethe, en la cual, Clara acaba por ser totalmente incomprendida por sus conciudadanos. He ahí probablemente la razón que convierte en trágicos a ciertos personajes cómicos de Holberg (por ejemplo, *El Hombre Ocupado* aplastado por una suma enorme de asuntos en tanto que el mundo se mofa de él y nada ve.) Y he ahí también el rasgo típico de la vida del hipocondríaco, así como de la del hombre impulsado por un ideal, pero que se halla condenado a vivir entre gentes que no lo comprenden.

22 de noviembre de 1834.

Para juzgar a un gran hombre, ¿es preciso aplicar otros principios que para juzgarnos a nosotros? Sí, es la respuesta frecuente. Yo respondo: ¡no! Es propio de la grandeza del hombre ser el instrumento de elección en las manos de Dios. Pero si el hombre se alaba como autor de sus actos, si pretende poseer la capacidad para escrutar lo porvenir y justificar de este modo por el fin los medios, su grandeza cesará al instante. La justicia y el deber son iguales para todos y su violación bien poco excusable, ya se trate de un gran hombre o de un Estado, aún en el supuesto de que la política autorice la injusticia. Es verdad también que, a veces, la injusticia ha causado consecuencias felices, pero, en un caso semejante, no debemos estar agra-

[1] *Drama en un acto de Scribe.* (N. DE LA T.)

decidos a un hombre o a un Estado determinados sino a la Providencia misma.

23 de diciembre de 1834.

Como contribución a la definición del concepto de *Fe* es preciso hacer notar que cuando el terror a la muerte domina a un enfermo, se dice que "cree" que debe morir. Falta en consecuencia el acto de voluntad. Otro tanto ocurre con el terror a los espectros. Por otra parte se podría decir: quiero creer pero no puedo. Así el momento de la voluntad parece hacerse presente.

31 de diciembre de 1834.

1835

Con el concepto de "Ortodoxia", sucede como con el de "consecuencia"; muchos piensan que consiste en hacer siempre lo mismo y puesto que llevan paraguas cuando llueve, pretenden, quizá, que sea necesario usarlo cuando hace buen tiempo.

28 de enero de 1835.

Para los cristianos de hoy, el Judaísmo representa, en verdad, un pasaje; pero ¿quién nos asegura que no puede decirse otro tanto del Cristianismo? Admito que la Ley fuera dada para impedir las "trasgresiones" y que, por lo mismo, no haya sido sino una "pedagogía" (*Gal.* 3, 21-23); en ese caso, ¿cómo se explica entonces, que prometa, verdaderamente, la beatitud al hombre por su observancia? Me explico muy bien que comporte el castigo para las trasgresiones; pero ¿no debió Dios (como lo hace hoy el cristiano) de reparar en la imposibilidad de observarla? Y ¿por qué, pues, prometer la beatitud, si es precisa una condición que Él mismo ha reconocido como imposible?

2 de mayo de 1835.

Adquiero conciencia de que existo (K.)[1], no de que he existido o de cuál modo.

[1] *En la versión italiana, Cornelio Fabro, traduce la inicial K., entre paréntesis en el texto original, como "la Iglesia" y añade en una*

Lógico desarrollo. Introducción al Símbolo Apostólico.

Entre las gentes de los alrededores, (Gillelei) encontré a una persona verdaderamente notable, Jens Andersen de Fjellenstrup. No sólo poseía un gran conocimiento de la Biblia sino que también había leído libros de historia, como por ejemplo Saxo, Snorre y las sagas islandesas (que el pastor le había prestado), se expresaba además en un tono muy sensato, casi diría con unción, pero, por desgracia, padece el vicio de la bebida y debo confesar que, en esos momentos, sus discursos me resultaban del todo abominables, precisamente porque decía las mismas cosas que cuando se hallaba sobrio.

29 de julio de 1835.

Copenhague, 1 de junio de 1839 [1]

Sabe Ud. con qué fervor le he escuchado hablar en otros tiempos, cómo me entusiasmaba entonces la descripción de su estancia en el Brasil, no tanto por el conjunto de observaciones singulares con que ha enriquecido Ud. su saber científico, ni por Ud. mismo; lo que así me exaltaba era la impresión recibida en su primer contacto con aquella maravillosa naturaleza, su felicidad, su gozo paradisíaco. Un estado de ánimo semejante influirá siempre simpáticamente sobre quien no esté desprovisto de sentimientos y de entusiasmo, aun cuando crea hallar su posición y su actividad en una esfera distinta; y, sobre todo, en el joven que sólo sabe soñar con su porvenir. Nuestra primera juventud es como una flor matutina en cuya corola luce una hermosa gota de rocío donde se refleja con hermosa melancolía la naturaleza circundante. Pero ya el sol aparece en el horizonte y el rocío se evapora; con él se desvanecen los ensueños de la vida y llega la hora en que es preciso saber si el hombre será

nota que, a su parecer (K.), puede interpretarse como inicial de "Kirke", iglesia en danés. He preferido conservar el texto original. (N. DE LA T.)

1 *Proyecto de carta o simplemente nota escrita pensando en P. W. Lund (1801-1880), hermano del cuñado de K. y naturalista danés.* (N. DEL TRADUCTOR ITALIANO) (N. DEL T. I.)

capaz, empleando otra imagen del mundo de las flores, de segregar por sus propios recursos, como el laurel rosado, una gota que ha de subsistir como el fruto de su vida. Ante todo, la primera condición ha de ser la de crecer en un suelo que sea realmente el nuestro, cosa no tan fácil de hallar. Existen al respecto, naturalezas tan felices que captan a primera vista el rumbo que deben emprender y avanzan tranquilamente por el camino señalado sin que jamás las perturbe la idea de que, quizás, habrían podido elegir otro diferente. Otras naturalezas se dejan regir hasta tal punto por el medio ambiente, que nunca alcanzan a comprender del todo cuál era su real aspiración. Así como las primeras extraen su imperativo categórico de lo íntimo, las segundas parecen resignarse a recibirlo del mundo exterior. Pero, por pocos que sean los que pertenecen a la primera clase, no quisiera contarme entre los de la segunda. Más numerosos son aquellos a quienes la vida reserva la experiencia del significado profundo de la dialéctica hegeliana. Por otra parte, ¿no es acaso normal que el vino fermente antes de clarificar? Bien desagradable es, a veces, tal estado; aunque al fin de cuentas ofrezca sus atractivos, pues a pesar de estar encuadrado en la duda universal logra ciertos resultados relativos. Especialmente asume importancia para el hombre que, al adentrarse en él, alcanza por fin a ver claro en su destino, no sólo por cuanto de ello deriva una paz que contrasta con la tempestad precedente, sino porque entonces uno *posee la vida* en un sentido totalmente opuesto al anterior. Tal es el elemento faustiano que señala en mayor o menor grado todo desarrollo intelectual, y por lo mismo siempre ha creído que se debía de dar un sentido universal a la idea de Fausto. Así como nuestros antepasados tenían una diosa de la nostalgia, Fausto, en mi opinión, es la duda personificada. Ni más ni menos. Y constituye un pecado contra la idea el que Goethe lo haya hecho convertirse, como también que Mérimée haga convertirse a Don Juan. Que no me objeten que Fausto da un paso positivo al dirigirse al diablo, porque este punto me parece representar uno de los aspectos más profundos de la leyenda de Fausto. Se entregó a él para ser iluminado. En consecuencia, no lo era

antes; precisamente por su abandono en los brazos del diablo, aumenta su duda (como nota el enfermo que cae en manos de un charlatán cuando su mal se agrava). En vano las gafas de Mefistófeles le muestran el interior de los hombres y los arcanos de la tierra, no por eso Fausto desconfía menos del diablo, quien nunca ha podido ofrecerle la solución de los verdaderos enigmas del intelecto. Dirigirse a Dios le está vedado por su idea misma; porque si lo hiciera, debería admitir, inmediatamente, que en Él se encuentra la verdadera luz, y al instante renegaría de su naturaleza de incrédulo.

Una duda semejante puede manifestarse en otras esferas. Aunque el hombre haya logrado la certeza en alguno de estos puntos capitales, la vida le propone otras cuestiones importantes. Todo hombre, naturalmente, desea actuar en este mundo según sus dotes; surge entonces el deseo de plasmarlas en determinada dirección, en aquella que mejor convenga a su individualidad. Pero: ¿cuál? Heme aquí sumido en un interrogante. Como Hércules, vacilo en mi camino. No se trata de una alternativa sino de una encrucijada de rutas que se abren en todos los sentidos. Por esto mismo es tan difícil acertar con la exacta. Quizá la desgracia de mi existencia consista en que me intereso por demasiadas cosas sin llegar a ninguna decisión; ninguno de mis intereses espirituales se subordina a otro, todos se dan la mano.

Tratаré de demostrar dónde me encuentro.

Ciencias naturales. Si dedico una ojeada de conjunto a este campo (incluyendo a todos los que tratan de comprender y descifrar las runas[1] de la naturaleza, desde el astrónomo que calcula la velocidad de los astros y parece detener su curso para escrutarlos mejor, hasta el biólogo que describe la fisiología de tal o cual animal; desde el geógrafo que en lo alto de los montes contempla la superficie terrestre, hasta el geólogo que desciende a la sima de los abismos; desde el embriólogo

[1] *Runas: Caracteres de la escritura de los antiguos escandinavos, a los que se atribuía poder mágico.* (N. DE LA T.)

que persigue la formación del cuerpo humano a través de sus innumerables matices, al entomólogo que observa los gusanos de nuestras entrañas), descubro naturalmente que, aquí como en todas partes (pero sobre todo aquí), existen muchos ejemplos de gentes que han alcanzado renombre científico gracias a su inmensa paciencia de coleccionistas. Conocen una infinidad de detalles, han hallado otros nuevos; y eso es todo. Sólo han suministrado un "substratum" para la reflexión y el trabajo ajenos. Tales seres que se regocijan por haber acumulado esas migajas, me recuerdan al campesino rico del Evangelio; aunque mucho hayan atesorado la ciencia puede decirles: "Mañana, exigiré tu vida" (*Lucas,* 12-20); por cuanto ella asigna a cada detalle su importancia en el conjunto. Si la sabiduría de esos hombres se ha visto animada por una vida inconsciente, podremos decir que la ciencia ha sorbido su vida; sin este requisito su actividad recuerda al cadáver que, al convertirse en polvo, contribuye al abono de la tierra.

Muy diferente, como era dable esperar, es lo que ocurre con otros casos ilustres, con los naturalistas que hallan o que buscan el "punto de Arquímedes", el cual no es de este mundo; desde allí podrán abarcar el conjunto y ver los detalles a la luz de la verdad. No niego que hombres así me han causado siempre un efecto bienhechor. La paz, la armonía, el goce que de ellos se desprenden son muy difíciles de hallar en otra parte. Tenemos en Copenhague tres personalidades eminentes: un Oersted, cuyo rostro me ha parecido siempre una armónica a la cual la naturaleza arranca los más raros y ajustados acordes; un Schouw, modelo adecuado para un pintor que se propusiera pintar a Adán en el momento de dar nombre a los animales de la creación, y por fin un Horneman, tan familiarizado con las plantas que parece un patriarca de la naturaleza[1]. En este sentido también recuerdo con alegría la impresión que me pro-

[1] *Hans Christian Oersted (1777-1851) descubrió el electromagnetismo. J. F. Schouw (1789-1852), y J. W Horneman, botánicos.* (N. DE LA T.)

dujo usted, de ser el diputado de una grandiosa naturaleza, digna de tener su vocero en el Parlamento.

He sido y soy entusiasta por las ciencias naturales, pero no creo que las convierta en el objeto principal de mis estudios. Lo que más me ha interesado en la vida es el juego de la inteligencia y de la libertad, cuyos enigmas sin cesar he deseado explicarme y resolver. Los cuarenta años en el desierto, antes de alcanzar la "tierra prometida" de las ciencias, me parecen demasiado preciosos, por cuanto creo que la naturaleza puede ser considerada desde un ángulo que no requiere iniciación en los secretos de la ciencia; sea que por un detalle de la floración descubra yo al universo entero, o sea que aceche los signos que la naturaleza prodiga para explicar la vida humana; sea que admire los libres diseños que una mano audaz ha trazado en el firmamento, o que los exóticos cantos escuchados en Ceilán me remonten hasta el plano espiritual de la música; o sea que la partida de las aves migratorias, suscite en mi corazón una humana y profunda nostalgia.

Teología. Aparentemente es mi campo preferido, pero aquí también tropiezo con grandes dificultades; el propio Cristianismo me revela sus contrastes; tales y tantos son, que impiden una mirada libre. He sido educado en un medio ortodoxo, bien puedo decirlo, pero desde que comencé a reflexionar por mi cuenta, el inmenso coloso empezó a tambalearse. Digo inmenso coloso intencionadamente, porque su conjunto rebosa lógica en verdad, y porque con el correr de los siglos sus elementos se han refundido en forma tal que es difícil desentrañarlos. Sin duda podría estar de acuerdo con muchos de sus puntos, pero a condición de considerarlos como a las semillas que germinan en las hendiduras de las rocas. Además podría también descubrir la flaqueza de varios de sus dogmas, mas en cuanto al armazón general, me vería forzado a tolerarlo durante algún tiempo, "in dubio". Desde el instante en que *ella* cambiare, el total adquiriría, como es lógico, un aspecto diferente; esto hace que mi atención se vea atraída por otro fenómeno, el Racionalismo, el cual en resumen me parece representar un

triste papel. Puesto que en tanto que la razón desarrolle su propia lógica y que —a fin de desentrañar las relaciones entre Dios y el mundo— considere al hombre en su relación más profunda y más íntima con Dios, y que con tal fin, aun desde su propio punto de vista, vea al Cristianismo como a un movimiento que ha satisfecho durante siglos enteros las más íntimas necesidades del hombre, en tanto que se detenga ahí, nada tengo que objetar. Pero ¿puede decirse lo mismo acerca del Racionalismo? ¿Acaso no copia éste su colorido del Cristianismo? Por consiguiente, el Racionalismo es cosa aparte y no constituye un sistema sino un arca de Noé (para usar la expresión empleada en otra oportunidad por Heiberg), donde los animales puros se codean con los impuros. Frente al hegelismo, uno siente aproximadamente la misma impresión que debió producir nuestra guardia territorial en presencia de la Guardia de Postdam. Además, con el fin de acercarse al Cristianismo, se sirve de las Escrituras como base para sus especulaciones y utiliza para cada uno de sus problemas una legión de versículos cuyo sentido no ha penetrado. Me recuerda a Cambises, quien durante la campaña de Egipto se protegía con una vanguardia de gatos y pollos sagrados; nuestros racionalistas se hallan tan dispuestos como el cónsul romano a lanzar por la borda a los pollos sagrados que rehusen el alimento. Su error consiste, pues, en que cuando concuerdan con las Escrituras se basan en ellas y, en el caso contrario, las dejan de lado... y así andan en dos direcciones opuestas.

Nonnulla desunt

En cuanto a los inconvenientes menores, me limitaré a decir que estoy preparando mi examen de teología, ocupación desprovista de interés y que por lo mismo no progresa muy rápidamente. Siempre he preferido los estudios libres, tal vez por esta condición, un poco vagos, al codearse en las mesas de posada donde uno conoce de antemano a los comensales y las minutas semanales. Pero como dicho examen es necesario, dado que no le permiten a uno el acceso al reservado recinto de la

ciencia si no está provisto de un sello de fábrica, y como por otra parte lo considero útil en mi actual estado de ánimo y sé que le daré un gran placer a mi padre (quien cree que la verdadera tierra de Canaán se halla del otro lado del examen de teología, pero al mismo tiempo asciende como Moisés al monte Tabor para anunciar que jamás entraré allí —espero que esta vez la predicción no se realice—), es por eso preciso que me ponga a la obra. ¡Dichoso usted que ha encontrado en el Brasil un campo ilimitado para sus investigaciones, donde nuevas maravillas se le ofrecen a cada paso y donde los gritos de la república de los eruditos no perturban su tranquilidad! Este sabihondo mundo de teólogos me recuerda a la multitud que los domingos de verano se encamina a la floresta de Dyrehaven *[1]... ; sólo piensan en dejarse atrás los unos a los otros, gritan, chillan, se mofan recíprocamente, fatigan a las cabalgaduras, vuelcan, se hacen arrollar y cuando por fin, polvorientos y sin aliento llegan a la floresta... se limitan a mirarse las caras y a regresar a sus respectivos hogares.

En cuanto a su retorno, sería infantil de mi parte solicitar que lo apresure, tan pueril como los esfuerzos de la madre de Aquiles por esconderlo a fin de evitarle la muerte súbita y gloriosa. ¡Buena suerte!

Como anteriormente he tratado de demostrar, ése era el estado real de las cosas. Pero ahora, si trato de ver claro en mi propia vida, aparecen de una manera diferente; así como el niño necesita tiempo para diferenciarse de los demás objetos y durante un largo período, porque muy poco se destaca del mundo circundante, dirá, por ejemplo, poniendo de relieve el aspecto pasivo: "yo, el caballo pega", así también ocurre con nosotros en la esfera superior del espíritu. Creía además que

* Existe una extraña ironía en estos paseos de los habitantes de Copenhague a Dyrehaven; tratan de sacudirse el polvo filisteo de la ciudad, de escapar a sí mismos... para volverse semejantes a las fieras del bosque.

[1] *Bosque en los alrededores de Copenhague, meta común de los paseantes dominicales de la Capital.* (N. DEL T. I.)

alcanzaría una mayor tranquilidad lanzándome a otros estudios y encaminando mis fuerzas hacia otro fin. Durante un tiempo, sin duda alguna, habría así logrado liberarme de mi inquietud en parte, pero ésta retornaría luego con mayor intensidad como retorna la fiebre luego de haber bebido un vaso con agua fría. Lo que en el fondo me falta, es ver claro en mí mismo, saber "qué debo hacer" (*Hechos*, 9, 6)*, y no qué debo conocer, salvo en la medida que el conocimiento deba preceder a la acción. Se trata de comprender mi destino, de descubrir aquello que en el fondo Dios reclama de mí, de hallar una verdad que sea tal "para mí" **, de encontrar "la idea por la cual deseo vivir y morir". ¿Qué provecho podrían reportarme las llamadas verdades objetivas aunque descubriera alguna de ellas, aunque me engolfara en los sistemas filosóficos, y llegado el caso, fuera capaz de reseñarlos a todos? ¿El de poder mostrar sus incoherencias en cada uno de sus problemas? ¿Cuál sería mi ventaja particular, aunque desarrollara una teoría del Estado y con la suma de detalles, obtenidos aquí y allá, construyera un mundo donde tampoco lograría vivir, limitándome, pues, a enseñarlo a los demás? ¿Cuál el provecho, aunque desarrollara la importancia del Cristianismo y explicara muchas de sus particularidades si esta capacidad no asume un significado profundo para mí y para mi vida? A medida que triunfare y que viere cómo los otros asimilan los frutos de mi pensamiento, se acrecentaría la tristeza de mi posición, como sucede con los padres indigentes, obligados a librar sus hijos al mundo, abandonándolos a merced del prójimo. ¿Qué ventaja significaría una verdad que se irguiera, desnuda y fría e indiferente a mi reconocimiento, engendradora mejor de un estremecimiento de angustia que de

* ¡Cuántas veces, cuando creemos haberlo aferrado, nos damos cuenta de que sólo estrechamos una nube de Juno! (K.)[1]

** Sólo entonces el hombre realiza una experiencia interior. Pero para muchos las diferentes impresiones vitales son como los dibujos que el mar traza sobre la playa para borrarlos en seguida, sin dejar rastros. (K).

[1] *Alusión a Ixión, que quiso abrazar a Hera y a quien los dioses engañaron con una nube.* (N. DE LA T.)

un abandono confiado? No niego, es verdad, que admito aún el "imperativo del conocimiento", en virtud del cual podría ejercer una acción sobre los hombres, pero "es preciso que lo absorba vitalmente"; he aquí lo esencial para mí. Mi alma sufre su sed como los desiertos africanos padecen la sed de agua. Eso me falta y por lo mismo me veo como al hombre que ha recolectado muebles y alquilado una vivienda sin encontrar previamente a su amada, a la compañera de las vicisitudes de su vida. De nada sirve que me lance al mundo, en pos de la idea o con el propósito de encontrarme a mí mismo. Así procedía antes. Por ello juzgué conveniente dedicarme al estudio del "Derecho" que habría de agudizar mi sagacidad para las múltiples complejidades de la vida. Hubiera dispuesto, en tal caso, de un cúmulo de detalles donde extraviarme; hubiera podido, tal vez, elaborar con ellos un todo, una historia organizada de la vida de los ladrones, sondear sus sombras (también existe aquí un cierto espíritu de asociación muy singular). Por la misma razón se me ocurrió luego convertirme en actor, a fin de obtener, bajo la ajena investidura, un sucedáneo de mi propia existencia, y a fin de hallar, en los cambios exteriores, relativa distracción. Sentía la carencia de la posibilidad "de una vida plenamente humana" y no limitada tan sólo al "conocimiento", que me permitiera fundar mi pensamiento sobre alguna cosa... ¡oh, sí; sobre algo objetivo, algo que, a pesar de no ser cosa mía, nazca de las profundas raíces de mi vida! * que me arraigue, por decirlo así, a lo divino y que me sostenga aun cuando el mundo entero se derrumbe. Esto "me falta" y "a eso aspiro". Y por esa razón siento tanto placer y tan íntimo consuelo en considerar a los grandes hombres, quienes, habiendo hallado una perla semejante, dan por ella todo lo demás (*Mateo,* 13, 42), hasta la propia vida **; sea que los vea, enérgicamente

* ¿No corre el hombre, a pesar de todo su saber, el continuo riesgo de la locura? ¿Qué otra cosa significa sacrificar la vida por una idea? Al fin de cuentas todo debe basarse sobre un postulado; pero no bien éste pierde su carácter exterior para constituirse en la propia vida del hombre, cesa de ser un postulado (dialéctica - discusión) (K.).

** Será fácil, una vez que hayamos recibido de Ariadna (el amor)

aferrados a la vida y avanzando sin ningún tropiezo por tal o cual carrera, sea que los descubra apartados de los caminos del vulgo y entregados a sí mismos y a su tarea con un fin sublime. Venero aún sus mismas aberraciones, fácilmente posibles. Porque en verdad cuenta la acción íntima del hombre, su lado divino, y no, en cambio, la suma de sus conocimientos; éstos se desprenderán, entonces, uno tras otro, sin producir la impresión de agregados fortuitos o de una serie de detalles apilados y desprovistos de sistema alguno, sin un foco adonde todos los rayos converjan. Yo mismo he buscado ese foco. Tanto en los mares sin fondo del placer, como en los abismos del conocimiento, traté de arrojar el ancla. También yo he experimentado el casi irresistible poder con que a veces un placer nos arrastra hacia otro, la especie de entusiasmo ficticio que provoca, el tedio, el enojo que prosiguen. También yo he gustado los frutos del árbol de la ciencia y ¡cuántas veces me he regocijado con su sabor! Pero dicho goce sólo existía en el instante del conocer y no dejaba en mí huella profunda. No me parece que haya bebido en la copa del saber sino que haya caído adentro. Me he esforzado por hallar el principio de mi vida en la resignación, creyendo que, pues todo obedece a leyes inescrutables, "no podría ser de otro modo", calmando de esta manera mi ambición y las antenas de mi espíritu. Puesto que no lograba someterlo todo a mi arbitrio, me he retraído, con la conciencia de mi capacidad, como el pastor jubilado se retira con una pensión. Pero: ¿qué he hallado entonces? No mi Yo; porque para encontrarlo recorrí esos caminos (imaginaba a mi alma, para ser sincero, como a una caja de sorpresa cuyo resorte hubieran apretado circunstancias exteriores). Lo primero que debía decidir, pues, era la búsqueda y el descubrimiento del reino de los cielos. Así como el cuerpo celeste, considerado en el momento de su formación, no empieza por determinar cuál ha de ser

el hilo conductor, recorrer los recodos del laberinto (la vida) y matar al monstruo. Pero ¡cuántos se arrojan a la vida (el laberinto), sin haber observado dicha precaución! (jóvenes y doncellas sacrificados todos los años al Minotauro). (K.)

su superficie, ni hacia cuáles cuerpos ha de dirigir su faz iluminada, ni hacia cuáles otros la faz en sombras, sino que, ante todo, permitiendo a las fuerzas centrífugas y centrípetas su libre ejercicio, aguarda tranquilamente el futuro, de la misma manera no aprovecha al hombre el querer decidir acerca de las cosas exteriores antes de fijar su principio interior. Es preciso empezar por conocerse a sí mismo en primer lugar (γνφδτ δεαντόν). Sólo cuando el hombre se comprende íntimamente y descubre su propio camino, la vida se sosiega y cobra sentido, sólo entonces se ve uno libre del desagradable y funesto compañero de viaje (esa "ironía de la vida" *, que revela el mundo del conocimiento y que impone al verdadero conocimiento un comenzar por el "no conocer", *Sócrates*) **, exactamente como Dios creó al mundo de la nada. Mas en las aguas tranquilas de la moralidad es donde encuentran su verdadero campo de acción aquellos que no han entrado en la zona de los alisios de la virtud. Entonces la ironía maltrata al hombre de un modo horrible; a veces le concede la sensación de la felicidad y el contento del propósito de avanzar por el buen camino; otras lo arroja en los abismos de la desesperación. A menudo lo adormece con la idea de que "no puede ser de otro modo", para despertarlo súbitamente y someterlo al más implacable interrogatorio. Con frecuencia extiende un manto de olvido sobre el pasado y luego hace que cada detalle refulja bajo una cruda luz. Y cuando el hombre lucha por encontrar el buen camino y se alegra de haber superado la fuerza de las tentaciones, en el mismo instante, quizá, que sucede a la más com-

* Es verdad que entonces persiste en cierto sentido, pero el hombre es capaz de soportar esas borrascas de la vida, porque cuando el hombre vive para una idea le interesa cada vez menos servir de espectáculo al mundo. A menudo, también, cuando mejor creía haberse comprendido a sí mismo, una extraña inquietud lo invade al pensar que sólo ha aprendido de memoria una vida ajena. (K.)

** Dice el proverbio "que niños y locos dicen la verdad". No se trata de la verdad adquirida en virtud de premisas y de conclusiones, pero: ¿cuántas veces hemos presenciado el caso en que las palabras de un niño o de un loco abaten como un rayo al hombre contra el cual toda disquisición habíase estrellado antes? (K.)

pleta de las victorias, sobreviene una circunstancia exterior, insignificante en apariencia, que lo precipita desde las alturas del risco como a Sísifo. Frecuentemente, apenas el hombre ha concentrado todas sus energías en un punto, choca contra un pequeño accidente exterior que destruye por completo sus esfuerzos (el caso del hombre hastiado de la vida quien, a punto de arrojarse al Támesis, fué detenido en el momento decisivo por la picadura de un mosquito). Frecuentemente también, por la misma causa, el hombre cree, como el tuberculoso, que ha experimentado una mejoría, cuando en realidad ha empeorado. En vano se empeña en resistir, las fuerzas le faltan y de nada le sirve haber pasado tantas otras veces por el mismo estado; la experiencia adquirida no le aprovecha ya. Así como el mejor nadador del mundo no podría mantenerse a flote durante una tempestad si lo abandona la íntima convicción y la experiencia de ser más liviano que el agua, así también el hombre que carece de un centro de gravedad interior, tampoco logrará mantenerse a flote durante las tempestades de la vida. Sólo cuando el hombre se haya comprendido a sí mismo de ese modo, será capaz de conducir una existencia independiente y evitará el extravío del propio "yo". ¡Cuántas veces (...) nos hemos encontrado con gentes quienes, por pereza espiritual, se contentan con las migajas de las mesas ajenas, o que, impulsadas por motivos egoístas remedan la vida de su prójimo para concluir como el embustero quien a fuerza de repetir sus invenciones, acaba por darles crédito! Aunque muy lejos estoy de esa íntima comprensión de mí mismo, he tratado con todo el respeto que me merece su importancia, de salvaguardar mi individualidad. He adorado a un "Dios ignoto" (*Hechos,* 17, 23). Con intempestiva inquietud he procurado evitar un contacto demasiado estrecho con aquellos fenómenos cuya atracción se ejerce, quizá, demasiado intensamente sobre mí. He procurado apropiarme de muchos de sus aspectos, estudiado la importancia de su personalidad para la existencia, cuidando siempre de no acercarme demasiado, como la mariposa a la luz. La frecuentación del hombre común, poco me ha dejado en calidad de ganancias o pérdidas. En primer lugar, sus ocu-

paciones, eso que llaman "la vida práctica" *, no me interesan en absoluto. Además, su frialdad, su completa apatía con respecto a los móviles espirituales e íntimos del hombre, me distanciaron todavía más. Tampoco mis amigos habituales, salvo raras excepciones, han ejercido sobre mí gran influencia. Una vida que no logra comprenderse a sí misma, fuerza es que muestre una superficie rugosa; por consiguiente, los demás se detienen ante los hechos aislados y ante su aparente disonancia, pues para intentar reunirlos en una armonía superior o para comprender su razón no se interesaban suficientemente por mi vida. Y su mismo juicio, a mi respecto, se ha fundado siempre sobre un solo lado; a mi vez, yo he concedido demasiada o demasiado poca importancia a sus juicios. Hasta a esa influencia y a los desvíos que habría podido provocar en el complejo de mi vida, me he sustraído ahora. Y heme aquí llegado al punto en que tócame recomenzar de una manera diferente. Trataré ahora de fijar mi mirada tranquila sobre mí mismo y empezaré por actuar partiendo desde lo íntimo; porque sólo así, semejante al niño que en el primer despertar de su conciencia empieza a llamarse "yo", me será posible aplicarme el "yo" con un criterio más profundo.

Para ello necesito tenacidad; además, no es posible recoger en seguida lo sembrado. Recordemos el método de aquel filósofo [1], quien imponía a sus alumnos un período de silencio de tres años, y todo saldrá bien. Así como no se inicia una fiesta al amanecer sino en el ocaso, así también en el mundo del espíritu es necesario trabajar durante algún tiempo antes de que el sol luzca de veras para nosotros y de que se nos muestre en todo su esplendor. Es verdad que se ha dicho que Dios hace brillar el sol sobre buenos y malos, sobre justos e injustos (*Mateo,* 5-45), pero en el mundo espiritual no acaece lo

* Esa vida práctica tan difundida en nuestros tiempos se manifiesta también en las grandes obras. En tanto que antes se llevaban a cabo obras que asombraban al espectador, se habla hoy de construir un túnel bajo el Támesis (utilidad o provecho). Los mismos niños, antes de tener tiempo suficiente para admirar la belleza de una planta o de un animal, preguntan: ¿Para qué sirve? (K.)

1 *Pitágoras.*

mismo. "La suerte está echada", paso mi Rubicón. Este camino me conducirá a la lucha pero no me apartaré. No me pesa lo pasado, pues ¿de qué sirve quejarse? Con todas mis energías iré al encuentro del futuro sin perder tiempo en lamentos, como el hombre que hundido en una ciénaga se ocupara primero en calcular su profundidad y no considerara que mientras así malgasta el tiempo, más y más se sumerge. Quiero correr por la ruta elegida, gritando a los que me salgan al paso que no se vuelvan para mirar atrás como la mujer de Lot (*Génesis*, 19, 26), y que recuerden en cambio que estamos ascendiendo por una pendiente.

1 de agosto de 1835 (Gillelei).

Surge de ello la explicación de un fenómeno muy frecuente, cierta pobreza * de ideas. Precisamente porque la vida no es sana y predomina el conocer, las ideas no se conciben como flores naturales del árbol de la vida ni conservan tal condición, la única que les asigna importancia, sino que por el contrario brotan como relámpagos aislados, como si la riqueza de la vida dependiera de una lluvia de ideas proveniente, por decirlo así, del exterior (*sit venia verbo*[1] — como aforismo). Olvidan que las ideas, como el martillo de Tor, vuelven al punto de partida, pero modificadas en su forma.

* Un fenómeno semejante es el de la falsa concepción de la naturaleza del conocimiento y de sus resultados, por cuanto se hace referencia a los resultados objetivos, sin pensar que el verdadero filósofo es subjetivo en grado máximo. Basta con nombrar a Fichte. De igual manera es tratada la espiritualidad, no considerándola como a una Minerva, indispensablemente surgida de la total individualidad y del ambiente del Autor y por lo tanto con cierto carácter lírico **, sino como a las flores que se cuelgan en las calles para uso común (el nomeolvides modesto y secreto, es hermoso en los prados, pero pierde su belleza en los jardines).

[1] *Hablando con respeto.* (N. DE LA T.)

** Por eso el rubor acompaña a la espiritualidad y revela su espontaneidad y su frescura de manantial.

20 de setiembre de 1835.

La adversidad no sólo impulsa a los hombres a estrechar filas, también produce esa hermosa comunidad de las almas, como el hielo invernal al persistir durante algún tiempo traza sobre los vidrios figuras que el cálido sol borra.

14 de setiembre de 1835.

Sucede con el Cristianismo o con el hacerse cristiano lo mismo que con las curas radicales que uno posterga durante el mayor tiempo posible.

9 de octubre de 1835.

¡Cuán extraña es la alianza que ha acabado por establecerse entre el protestantismo y la política moderna! Ambas partes luchan por la misma cosa, por la soberanía del pueblo; y es interesante ver cómo los auténticos realistas (que no quieren tener un concepto dentro de uno de los campos y otro esencialmente diferente dentro del otro, pues ambos deben fundarse sobre los mismos principios para cada individuo) se acercan al catolicismo.

13 de octubre de 1835.

Cuando observo la vida de muchos cristianos, tengo la impresión de que el cristianismo, en lugar de infundirles fuerza... [1] más bien tales individuos al ser confrontados con los paganos, parecen haber sido esterilizados por el cristianismo y me producen el mismo efecto que el caballo castrado comparado con el padrillo.

...El más allá de los cristianos está poblado de castigos, destrucción y ruinas, suplicios y tormentos eternos; a medida que su fantasía desborda y desvaría al imaginar este mundo, se torna pobre para describir la beatitud de los creyentes y de

[1] *El texto se interrumpe con los puntos suspensivos.* (N. DE LA T.)

los elegidos a quienes representan como a rígidas figuras, con ojos mortecinos y fijos, la pupila inmóvil y la mirada tan húmeda que estorba la libre visión. Nada hace pensar en una fuerte vida espiritual, en la contemplación directa de Dios, en la comprensión superior opuesta a la estrecha visual de esta tierra con sus visiones especulares y sus oscuros discursos. Mucho no les ha preocupado el tema y me parece que lo han tratado como tratan el amor ciertas novelas. Al cabo de cruenta lucha contra dragones y bestias feroces, el amante cae en brazos de su bella dama y cae al mismo tiempo el telón sobre el prosaísmo de un matrimonio común, cuando, en cambio, sería ésa la hora de la recrudescencia del amor y de la íntima y mutua contemplación de los amantes. Personalmente me ha resultado más benéfica la siguiente idea: quisiera reunir a todos los genios que han impulsado la rueda de la historia de la humanidad; me he entusiasmado con la formación de una academia de ese tipo, de una república de las letras donde (a pesar de las eternas contradicciones) nuestro conocimiento se acrecentaría sin cesar, donde surgirían a la plena luz los efectos y las causas del pasado, con suma frecuencia escondidos o poco conocidos. Pero los cristianos temerán siempre a estos hombres, cuya admisión les obligaría a alternar con ellos; quieren escuchar un único acorde en las asambleas y sentarse en un cenáculo chino, felices y contentos ¡de haber levantado una infranqueable muralla contra los bárbaros! No digo estas cosas con ánimo de censurarlos, mas para mostrar el contraste reconocido "de facto" en la vida cristiana, para disuadir a aquél, cuyos pulmones no oprima aún semejante cota de hierro espiritual, de aventurarse imprudentemente por el Cristianismo, para inmunizarlo contra esas ideas tísicas y asmáticas. Por cierto que es duro morar en un país sobre cuyo horizonte jamás se alza el sol, pero tampoco es agradable un cuchitril donde el sol cae a plomo sobre el cráneo y no permite, ni a nosotros ni a cuanto nos circunda, la proyección de una sombra.

1836

El sentimentalismo es con respecto al sentimiento verdadero y auténtico, como el gorrión con respecto a la golondrina, a quien deja construir su nido para luego alojar allí a sus pichones. (No estoy seguro de que se trate de golondrinas y gorriones, pero por lo menos sé que se da este caso entre dos clases de pájaros.)

Enero de 1836.

Tan poco me comprenden las gentes, que ni siquiera comprenden mis lamentos por no ser comprendido.

Febrero de 1836.

La vida humana puede ser concebida como una gran elocución donde los diferentes hombres representan las distintas partes de la oración (otro tanto se puede decir de los Estados en sus relaciones recíprocas). ¡Cuántos hombres son puramente adjetivos, interjecciones, conjunciones y cuán pocos son sustantivos, verbos activos, etc., etc.... cuántos son cópula!

Con las mutuas relaciones de los hombres ocurre como con los versos irregulares en muchas lenguas: casi todos lo son.

Marzo de 1836.

He aquí demostrado verdaderamente el contraste entre la época romántica y nuestra época intelectualista. En tanto que

aquélla acariciaba principalmente la idea de un árbol que trepara hasta el cielo (para unir cielo y tierra), la nuestra trata de desplegar el panorama de las cosas, una tras otra... En tanto que aquella época trataba de concentrar en un solo individuo a la humanidad entera, la nuestra trata de aparear las naciones (el llamado "sistema cosmopolita"). Que no me objeten que también el punto de vista romántico era cosmopolita porque la diferencia estriba en que la época romántica insistía mayormente en la idea de lo grande y lo sublime, etcétera... y la nuestra, en cambio, insiste en la idea de lo múltiple, de lo heterogéneo que se funda en una sola unidad. Por eso, mientras que en aquella época en lo particular se mantenía la nacionalidad y por decirlo así cada nacionalidad se resumía en sus representantes, la nuestra insiste más bien en el pensamiento de individuos múltiples que se funden en un solo Estado, con sus múltiples intereses concurrentes y de ahí su multiplicidad.

Marzo de 1836.

Lo trágico, que consiste en la imposibilidad de hacerse comprender, ha sido graciosamente expresado en el *Génesis* (2, 19) cuando Adán impone un nombre a cada animal, pero no acierta a encontrar uno para sí mismo.

Las tres grandes ideas (Don Juan, Fausto y el Judío Errante) representan, digámoslo así, la vida fuera de la religión en su triple dirección. Solamente cuando se generalizan y abarcan a los tipos comunes, surge la moralidad y la religión. Por eso mi concepción de estas tres ideas se relaciona con mi punto de vista dogmático.

Marzo de 1836.

El Humor en contraste con la ironía; por eso ambos pueden muy bien hallarse reunidos en un solo individuo. Ambos dependen de la carencia de familiaridad con el mundo. Pero en el primer caso dicha falta de familiaridad está modificada y permite la despreocupación; en el segundo, trata de influir sobre el mundo y, precisamente por lo mismo, da motivo a las

befas. Son los dos puntos extremos de un columpio (movimiento ondulante), puesto que el humorista siente su importancia cuando el mundo se burla, en tanto que el irónico, en su lucha contra la vida, debe sucumbir a veces y otras logra elevarse por encima de ella y sonreír. (Cuando por ejemplo, Fausto no comprende al mundo, pero sonríe del mundo que no comprende).

Abril de 1836.

Conversaciones con J. Joergensen [1], *18 de abril de 1836.*

Estaba ebrio, lo notaba entre otras cosas al observar sus labios. Pensaba que en el fondo la poesía es una cosa secundaria, una excrecencia, e hizo el elogio de la filosofía, de la memoria; envidió mi juventud, habló de la caída de las hojas, del silbido del viento, del cierzo. "La mitad de la vida está destinada a vivir, la otra a deplorar, yo entro precipitadamente en la segunda..." "En la juventud uno puede causar mucho daño y repararlo luego". "He tenido una vida agitada, he conocido a todos los que hoy ocupan los primeros puestos, me tuteo con las celebridades, preguntadme ahora lo que de ellas pienso".

He aquí por qué está escrito que debemos "trabajar por nuestra salvación con temor y temblor" (*Filipenses,* 2, 12): porque no se trata de un asunto concluído sino de algo precario. Esta inquietud ciertamente empuja a muchos a buscar celosamente el martirio, a fin de abreviar la prueba y de concentrarla en un momento de suma intensidad, siempre más fácilmente soportable que una larga prueba.

Es peligroso aislarse demasiado, sustraerse demasiado a los vínculos de la sociedad.

1 *Funcionario policial y de la justicia criminal. K., que habitaba a pocos pasos del Palacio de Justicia, se encontraba frecuentemente con él en el Mercado Nuevo. Sus ideas y hábitos interesaban a K., curioso por descubrir el enigma humano.* (N. DEL T. I.)

La ironía, la ignorancia inicial de Sócrates, el mundo creado de la nada. La Virgen pura de la cual nace Cristo.

Es curioso que las gentes ataquen a los jesuítas. Todo aquel que se entusiasma por una idea y piensa sólo en realizarla, es en cierto modo un jesuíta.

17 de junio de 1836.

¿De qué depende que prefiramos leer las comedias en compañía y las tragedias a solas?

19 de junio de 1836.

¿No falta acaso en el Fausto que Goethe concibe, ese entusiasmo por el conocimiento que es una de sus características? Como he observado anteriormente es cierto que Fausto implica a Don Juan; pero sus aventuras, su sensualidad nunca podrán ser las de Don Juan. Lo erótico, en él, es producto de la reflexión, se entrega al erotismo impulsado por la desesperación.

25 de agosto de 1836.

La ironía pertenece solamente al estadio intermedio (en el cual el individuo no es consciente de su individualidad), y al estado dialéctico; en tanto que en el tercer estadio (el del carácter) la reacción ante el mundo no asume la forma de ironía. Porque entonces el individuo ha desarrollado ya una resignación que, a pesar de ser ilimitada e infinita, consiste en la conciencia de los límites de toda aspiración, necesaria para subsistir de algún modo. La ironía y la resignación son dos polos opuestos, las direcciones contrarias de un mismo movimiento.

13 de setiembre de 1836.

Guardémonos bien de penetrar demasiado pronto dentro de los sagrados lazos de la cultura, pues es bueno vivir durante un cierto tiempo sin vínculo alguno, aunque no conviene morir célibe.

8 de octubre de 1836.

Me impresiona cuán extrañamente un lejano recuerdo puede surgir de improviso en la conciencia; por ejemplo, el recuerdo de una falta de la cual casi no tuvimos conciencia en el momento de la acción; relámpagos precursores de un fuerte huracán. No se trata de comparecer simplemente, sino de un irrumpir que oprime con inmensa fuerza y que exige que se le escuche. En tal sentido, más o menos, ha de entenderse el texto del Evangelio que dice que, en el Juicio Final, el hombre deberá rendir cuentas de todas las palabras indebidas que haya pronunciado. (*Mateo,* 12-37.)

8 de octubre de 1836.

Mi ironía se asemeja tal vez a lo que los griegos llamaron Némesis...

27 de octubre de 1836.

¡Qué hermoso modelo de encaminamiento hacia el Cristianismo da el Judaísmo con la leyenda del "Judío Errante", de quien se cuenta que al final de su vida servía como guía a los peregrinos cristianos que iban a Tierra Santa!

4 de diciembre de 1836.

El cuadrado es la parodia del círculo; toda vida, todo pensar, etc., es círculo; pero la fosilización de la vida asume continuamente nuevas formas de cristalización incapaces de transformarse en círculo. Es curioso que los chinos, para quienes todo ha cristalizado ya, crean en la cuadratura de la tierra, de la cual su imperio constituye el cuadrado central...; ¡muy oportuno para las cabezas cuadradas!

1837

Muchos hombres se forman de la vida una idea semejante a la de los escolares, quienes engañan al maestro copiando sus ejercicios del libro de aritmética y no hacen las cuentas.

El hecho de que el Cristianismo no haya superado el principio de contradicción, muestra precisamente su carácter romántico. ¿Qué ha querido aclarar Goethe por medio del *Fausto,* sino este principio?

22 de enero de 1837.

Es extraño que Cristo haya vivido 33 años, exactamente la edad que los cálculos corrientes asignan como término de vida para cada generación, de manera que existe también en ello algo normal; todo lo que sobrepase de ese número es casualidad [1].

22 de enero de 1837.

...Lo malo es que apenas uno desarrolla mentalmente una idea, cae en la cuenta de que la vive; te participaba el otro día una idea para componer un *Fausto* y sólo ahora comprendo que me describía a mí mismo; apenas leo o escucho una información sobre cualquier enfermedad, siento que la padezco.

1 *K., víctima de su melancolía, estaba firmemente convencido de que habría de morir a la edad de 33 años.* (N. del T. I.)

Cuando quiero decir algo, otro está presente y dice lo mismo, simultáneamente. Como si fuéramos dos los que pensáramos y mi sosías se me adelantara; o, cuando empiezo a hablar, me parece que la gente me toma por otro; con razón podría hacerme la misma pregunta que el librero Soldin hacía a su mujer: "Rebeca, ¿soy yo quien habla?"

Aborrezco a esos bergantes de cultura mediana. ¡Cuán a menudo en mis conversaciones he buscado, a fin de evitarlos, la proximidad de alguna solterona que dedique su vida a relatar las noticias familiares! Y con la mayor seriedad he escuchado todo lo que me enjaretaba.

Prefiero hablar con las viejas señoras que cuentan chismes domésticos; luego con los locos; en último lugar, con la gente sensata.

...[1] Con los niños no es necesario mostrarse sentimentales. Hay que evitar las sempiternas afirmaciones: "Sois felices, pero cuando crezcáis, sufriréis..., etc.". Tales declaraciones son nocivas, porque si se arraigan en el niño le producen una extraña angustia: "¿Quién sabe hasta cuándo seguiré siendo dichoso?"; y de este modo empiezan a sentirse desdichados.

¿No se debe entonces contarles nada? Sí, la mitología, fábulas buenas; eso es lo que el niño necesita. O, mejor aún, que ellos las lean y las relaten y luego, socráticamente, se los lleva a realizar la crítica (poco a poco, valiéndose de preguntas) de modo que el niño, lejos de ser corregido por el maestro, tenga la sensación de ser él quien critica —quien sabe conducir a los niños no temerá que este procedimiento degenere en orgullo—. Pero, ante todo, practicad la improvisación sin hora fija ni lugar; los niños deben aprender desde temprano que la alegría es una constelación feliz y que es preciso

[1] *Pasajes de una larga nota escrita a propósito de la oportunidad de contar cuentos a los niños.* (N. DE LA T.)

saber disfrutarla agradecidos, así como también interrumpirla a tiempo...

¡Cuántas gentes la emprenden tan pronto con niños tan pequeños, que más de uno de éstos debe pensar como el recién nacido de quien cuenta Abraham de Saint-Claire que, al percibir la miseria del mundo, volvió al claustro materno! ¿Es éste el modo de fortificar a los niños para la vida? ¿No se los enerva acaso para siempre si se los priva del *perpetuum mobile* del entusiasmo?

Un cierto presentimiento * precede con frecuencia a los acontecimientos inminentes...; pero así como no puede apartarnos, actúa también a la manera de tentación cuando surge en nosotros la idea de ser, en cierta forma, predestinados; nos sentimos arrastrados por algo, por una cadena lógica de consecuencias que no podemos dominar. Por eso es preciso ser cautos con los niños; nunca creer en lo peor, no concebir una sospecha intempestiva ni dejar escapar una observación (tizón infernal que enciende la mecha existente en toda alma); jamás provocar esa conciencia ansiosa que impulsa a la desesperación a las almas inocentes y a dar el primer paso hacia el fin anunciado por el presentimiento angustioso, o esa palabra que utiliza el mal para reducir a los débiles a una especie de impotencia espiritual. También con respecto a este punto, puede decirse: "¡Ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo!" (*Mateo,* 18-7 y sig.)

Esto se relaciona con la sugestión que a menudo produce la lectura de historias de enfermos. Sin embargo, no es más que un factor, porque al fin de cuentas el virus está ya en el miedo —no es fácil decir cuál provoca a cuál—, dotado de una cierta receptividad tan vívida que casi es productiva.

También, por ejemplo, el efecto producido por las ejecuciones capitales.

Los múltiples fenómenos debidos a la doctrina del pecado contra el Espíritu Santo.

* La importancia de la "tipología" para una teoría de los presentimientos.

Todo pecado comienza por el miedo (el temor de una enfermedad predispone a ella: *El Simbolismo* de Schubert[1]); sin embargo, los primeros habitantes no comenzaron así: el pecado original aún no existía.

Todo amor verdadero consiste en amarse el uno al otro en una tercera persona; desde el nivel más bajo, por ej., una pareja se ama en una tercera persona, hasta la doctrina del Cristianismo, que ordena a los hermanos amarse mutuamente en Jesucristo.

Cuando falta una individualidad superior que sirva de apoyo a cada uno y como intermediario para la reciprocidad espiritual, el individuo corre el mismo riesgo que católicos y protestantes, quienes a fuerza de disputar concluían por volverse protestantes los católicos y católicos los protestantes.

Una tesis: los grandes genios no pueden leer libro alguno porque al leerlo piensan más en su propio desenvolvimiento que en entender lo escrito.

Hegel, fecundado por el Cristianismo, trató de aislar el elemento humorístico contenido en él y, por lo mismo, se reconcilió completamente con el mundo. Esto lo condujo al quietismo. Otro tanto ocurre con el *Fausto* de Goethe, y es extraño que la segunda parte haya sido publicada tanto tiempo después. Era fácil preparar la primera parte; pero ¿cómo habría logrado calmar la tempestad una vez desencadenada? La segunda parte ofrece, por eso, un aspecto mucho más sugestivo...; a fin casi de calmarse a sí mismo, Goethe hace esa profesión de fe.

Así como en la vida familiar existen cierta clase de hombres a quienes se les llama, muy acertadamente, correveidiles de los chismes familiares, así también hay un hato de gentes que en el problema del acuerdo entre filosofía y religión sólo llevan y traen chismes. Pues, sin poseer un adecuado conoci-

[1] Die Simbolik des Traumes, *Baenberg, 1831*. (N. DE LA T.)

miento de ninguna de ambas, sino uno de segunda o de tercera mano, han llegado a aprender algo del gran "Magister", quien en su viaje al extranjero tomó el té con la celebridad tal o cual, etc... [1].

Fausto debería ser confrontado con Sócrates. Así como éste expresa la separación del individuo del Estado, aquél representa al individuo sustraído a la guía de la Iglesia y abandonado a sí mismo. En esto reside su vinculación con la Reforma que se desligó de la Iglesia y, en cierto sentido, expresa una parodia de la Reforma, destacando unilateralmente su aspecto negativo.

La filosofía es el ama seca de la vida. Vigila nuestros pasos pero no nos amamanta.

Quiero apartarme de los que están permanentemente al acecho para pillar a alguien en falta; quiero dirigirme a Aquél que se regocija más con la conversión de un solo pecador que con 99 justos que no han menester de arrepentimiento. (*Lucas,* 15-17.)

¡Dios mío, cuán fácilmente se olvidan los propios propósitos! He aquí que retorno al mundo para reinar allí durante cierto tiempo aunque destronado de lo íntimo de mí mismo! ¡Oh! ¿De qué sirve ganarlo todo y perder el alma? También hoy (8 de mayo) he tratado de olvidar, no engolfándome en el bullicio —sucedáneo sin valor para mí— sino haciendo una visita a los Roerdam para hablar con la señorita Bolette y tratando, eso sí, de que no me acompañara el demonio de mi gracejo, ese ángel provisto de una espada llameante que se entromete, por culpa mía, entre todo inocente corazón de doncella y yo mismo. ¡Pero Tú te reuniste conmigo! ¡Gracias, Dios mío, por no haberme precipitado en la demencia (jamás he sentido tanto miedo); gracias por haberme prestado ayuda una vez más!

[1] *Alusión al viaje de Martensen a Germania.* (N. DE LA T.)

Otra vez hoy la misma escena; sin embargo, fuí a ver a los Roerdam. ¡Dios mío! ¿Por qué habría de despertar esta inclinación precisamente ahora? ¡Cuán solo me siento! ¡Maldita sea mi orgullosa satisfacción de bastarme a mí mismo! Todos me despreciarán ahora... Pero Tú, ¡oh, mi Dios! no me abandones; ¡déjame vivir y haz que sea mejor!

Cuando se pierde de vista la relación entre filosofía (el modo puramente humano de considerar el punto de vista humano) y Cristianismo y, sin haber realizado profundas búsquedas en esta materia, uno comienza a especular con el Dogma, pueden obtenerse fácilmente resultados copiosos y felices. Pero puede suceder también como con el abono (cuando se lo desparrama al azar sobre un terreno sin haber examinado antes ni la naturaleza del estiércol ni la de la tierra a la cual se lo destina): uno obtiene una rica vegetación durante algunos años pero luego la tierra se agota.

Que el Panteísmo constituya un momento superado dentro de la Religión es ahora una verdad reconocida, al parecer. Demuestra también el error de la definición de Schleiermacher acerca de la Religión ligada al Panteísmo; por cuanto hace del momento del caos entre lo Universal y lo finito (del momento fuera de los tiempos) una Religión.

El humor tampoco faltó en la Edad Media; pero (encerrado dentro de un todo, en parte volcado hacia el mundo y en parte replegado dentro de sí mismo) carecía de la morbosidad propia del concepto del humor. Por lo mismo algunos humoristas modernos se han hecho católicos; para encontrar de nuevo una comunidad, una actitud que, en sí mismos, no lograban hallar.

11 de julio de 1837.

En general no existe el "prójimo", porque "yo" significa uno mismo y nuestro prójimo, como lo expresa el proverbio que dice: "la caridad bien entendida empieza por casa" [1].

7 de octubre de 1837.

Por esto el humorista no será nunca un espíritu sistemático: los sistemas, en efecto, le parecerán tentativas para hacer volar el mundo en pedazos, como dice Blicher [2], con uno solo de sus silogismos. El humor, en cambio, les ha abierto los ojos sobre lo inconmensurable que el filósofo jamás captará con sus cálculos y que, por la misma razón, sólo podrá desdeñar. Vive en la plenitud y, por ende, siente todo lo inexpresado que la vida encierra, aun cuando su humor logre la mejor forma de expresión (por esto le repugna escribir). El sistemático cree que puede decirlo todo y que lo incomprensible es algo falso y secundario.

¡Cuán perfecta imagen de la historia del corazón humano es el punto de vista de los judíos, quienes cuando las cosas se tuercen, desnaturalizan la esperanza del Redentor y caen en el mesianismo terrestre! Recuerda esto los sueños de fortuna que deben curar y tranquilizar, los de un matrimonio feliz o los de abrazar una carrera segura, etc., etc.

31 de agosto de 1837.

Todo cristiano ha tenido su Mesías terrenal.

¡Extraño hallazgo hace uno cuando inicia el aprendizaje de la teoría del indicativo y del subjuntivo! Por primera vez uno realiza que todo depende de "cómo" se piensa y que el pensamiento, dentro de su redondez, sustituye a una realidad aparente.

4 de setiembre de 1837.

[1] *Nota agregada a una larga disquisición sobre los burgueses, del 19 de julio de 1837.* (N. DE LA T.)

[2] *Poeta y cuentista danés del Romanticismo (1782-1848).* (N. DE LA T.)

Mi vida se ha acostumbrado demasiado al subjuntivo. ¡Haz, oh Dios mío, que posea una fuerza indicativa!

1º de octubre de 1837.

Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de lobos, ¡mas de dentro son ovejas!: los fraseólogos [1]...

10 de octubre de 1837.

...porque son, en efecto, lobos sistemáticos.

Si prefiero tanto más el otoño que la primavera, es porque en otoño uno mira al cielo; en primavera, a la tierra.

29 de octubre de 1837.

Nada es más peligroso ni más paralizador para un hombre que el aislamiento profundo dentro de sí mismo. Entonces, la historia del mundo, la vida de los hombres, la sociedad, todo se desvanece y uno concluye (como los Θμφαλοψυχίται) dentro de un círculo egoísta, contemplándose el propio ombligo. ¡Cuán consolador es pensar que Cristo haya soportado sobre sus hombros el "pecado del mundo"! Sí, Él solo; no simplemente porque nadie haya querido o podido comprender, sino porque además era preciso que tomara sobre Sí toda la culpa que el ente humano lleva como miembro de la comunidad humana y en el grado que le atañe.

3 de noviembre de 1837.

¡Cuántas veces me asalta la duda de que al agradecer algo a Dios no sea el temor de perderlo lo que me impulsa a la oración, en vez de hacerlo animado por esa religiosa certeza que ha vencido al mundo!

Creo que si un día me hago cristiano de veras, deberé ante todo avergonzarme por no haberme convertido antes y por haber intentado, además, todas las escapatorias.

8 de diciembre de 1837.

[1] *Inversión irónica de San Mateo (7 - 15).* (N. DE LA T.)

1838

Nulla dies sine linea

Abril.

Otro largo período sin que acertara a recogerme en absoluto. Trataré ahora de recobrar el ritmo.

Paul Moeller ha muerto. 13 de marzo de 1838.

¡Cuán equivocados están algunos con respecto a la tarea que les aguarda dentro del movimiento de su época! Lo mismo acaece durante el cántico en la iglesia, cuando alguien olvida al órgano y al resto de los fieles para admirar su propia voz de bajo profundo; como si en vez del coro de voces fuera la nuestra la que así llena la nave.

Dos direcciones debe seguir el pensamiento en la edad juvenil; en la Edad Media ambas se ofrecían a la reflexión con inconsciente contemporaneidad: Caballería y Escolástica.

4 de abril de 1838.

Existe un "goce indescriptible" que nos inflama totalmente y que irrumpe de pronto como el grito del Apóstol: "Gozaos en el Señor, otra vez os digo que os gocéis" (*Filipenses*, 4-4). No tal o cual alegría particular, sino el grito desbordante del alma, "con la lengua, la boca y del fondo del corazón, me regocijo de mi gozo, por, en, con, acerca de, a causa y con mi

gozo" [1]. Estribillo celestial que de improviso interrumpe todo otro canto; alegría que cual suave brisa apacigua y refresca, soplo del alisio que desde la encina de Mambre se eleva hacia las eternas moradas.

19 de mayo de 1838.

Las ideas fijas son como los calambres de los pies; el mejor remedio es ignorarlas.

¡Cuánto te agradezco, oh Padre Celestial, que me hayas conservado para un tiempo como el presente, en el cual tanta falta puede hacerme, a mi padre en la tierra, quien sentirá (así lo espero con tu ayuda) mayor gozo en ser mi padre por segunda vez que cuanto haya sentido la primera.

9 de julio de 1838.

Me ocupo en intensificar mis relaciones con el Cristianismo. Porque hasta ahora he luchado por su verdad casi manteniéndome fuera, en cierto modo; he llevado la cruz de Cristo de una manera exterior, como Simón el Cireneo. (*Lucas*, 23-26).

9 de julio de 1838.

Quizá logre, también yo, hallar placer en las condiciones de vida dentro de mi patria. Como leí una vez que acaeció con ese hombre, quien, aburrido de su propio hogar, monta a caballo para alejarse; pero apenas ha andado un trecho, el caballo tropieza y da en tierra con su jinete. Al levantarse nuestro hombre posa sus ojos sobre el mirador de su casa y lo halla hermoso. Entonces, inmediatamente, monta a caballo otra vez y desanda el camino a fin de regresar al hogar. Todo depende de dar con la perspectiva justa.

10 de julio de 1838.

[1] *Palabras del oficio de vísperas de Copenhague.* (N. DE LA T.)

...los miopes no creen que los demás puedan ver a gran distancia. Y así el pecador es un miope que no piensa en que Dios ve sus iniquidades; en tanto que el verdadero cristiano se sabe conocido por Dios y reconoce su propia fragilidad con una lucidez que únicamente puede procurar la participación del Espíritu que "prueba los corazones y los riñones". (*Salmos*, 7-9.)

†

Mi padre ha muerto en la noche del miércoles (8 de agosto), a las dos de la madrugada. ¡Había deseado tanto que viviese unos años más, aún! Considero su muerte como el último sacrificio de amor que haya hecho por mí, pues no me abandona con su muerte sino que "ha muerto por mí", a fin de que pueda hacer algo con mi vida, si eso es posible. Todo lo que de él he heredado, su recuerdo, su imagen transfigurada y no por las visiones de la fantasía (su recuerdo no lo necesita), sino por numerosos rasgos que ahora comienzo a descubrir, constituyen mi mejor tesoro, el que ocultaré con más celo que a toda otra cosa en el mundo. Siento que en estos momentos sólo con una persona (E. Boesen) [1] puedo verdaderamente hablar de él. Ha sido un "amigo probado".

11 de agosto de 1838.

Extraño contraste: el Paganismo imponía tributos al celibato; el Cristianismo lo recomendó.

11 de agosto de 1838.

El cumplimiento del plan griego para el desarrollo de la historia universal, la absorción del infinito por lo perecedero, se repite en el Cristianismo oriental, porque la cruz griega T, limita por decir así, la aspiración hacia el cielo, en tanto que la cruz latina † aspira a lo infinito.

[1] *Amigo de la infancia de K., quien lo acompañó durante su última enfermedad.* (N. de la T.)

Una de las más conmovedoras expresiones de la fe de Cristo son sus palabras a Judas: "Lo que haces, hazlo presto" (*Juan,* 13-27); Jesús, con su presciencia, sabía que habría de traicionarlo (según se advierte en el relato precedente, v. 21). Pero su inquietud humana, sus titubeos ante la inminencia del momento crucial se manifiestan también en ese pasaje y serán un consuelo para muchos, cuando los recuerden en la hora de la tribulación.

Los verdaderos genios ven a veces la realidad como aquél que oye alarmas de incendio mientras duerme y cree que sigue soñando sin advertir la realidad del fuego. Existe aquí una analogía significativa con la relación entre poesía y realidad (las situaciones pueden trocarse, a veces); como cuando uno dice: "No sé si lo he visto o si lo he soñado".

19 de setiembre de 1838.

El período más interesante del amor es aquel en el cual, pasado el hechizo del primer golpe de la varita mágica, después de cada encuentro, después de una mirada (¡cuán presto el alma sabe cómo ocultarse detrás de la pupila!) uno lleva, de regreso a su hogar, algún nuevo aporte. Como el pájaro presuroso lleva a su nido una sola brizna a la vez, pero se siente desbordante de íntima e inmensa riqueza.

11 de octubre de 1838.

Cristo que alimentó al pueblo con cinco panes y cinco peces (*Juan,* 6-11), se servía de las circunstancias exteriores más insignificantes para expresar las más profundas consecuencias de su doctrina. ¡Sátira de nuestras pomposas preparaciones, del presuntuoso boato que nos caracteriza!

30 de octubre de 1838.

ORACIÓN

¡Padre celestial! A Ti se vuelve nuestro pensamiento; a Ti busca de nuevo en esta hora, no con el paso incierto del

peregrino extraviado sino con el vuelo seguro del pájaro que conoce su nido. No permitas, Dios mío, que nuestra confianza en Ti se esfume como fugaz idea, como hallazgo momentáneo, como falaz certidumbre de este corazón carnal. Haz que en nosotros la nostalgia de tu reino y nuestras esperanzas de Tu esplendor no sean dolores infecundos ni semejantes a nubes sin lluvia. ¡Haz que sean rocío que abreva, que humedezcan nuestros labios y que, como el maná celeste, nos sacien para siempre!

30 de octubre de 1838.

Con el Catolicismo ocurre como con la Tierra; sobrevino un Copérmico (Lutero), quien descubrió que Roma no es el centro alrededor del cual todo gira, sino un punto periférico.

2 de noviembre de 1838.

Los griegos no tenían milagros, como tampoco su arte lograba representar ideales de una "grandeza sobrehumana".

22 de noviembre de 1838.

¿Has experimentado acaso el verdadero sentido de consuelo inherente a la idea de que "Dios no tienta a nadie"? (*Santiago,* 1-13.) ¿Has sentido la fuerza supraterrestre, la sobrenatural grandeza que te otorga, frente al pecado, la idea de que es tu propia carne, tu sangre o las tentaciones del pecado las que han sido vencidas de una vez por todas? (Dios, sin duda nos somete a la prueba para fortificarnos y purificarnos; las tentaciones han sido hechas para quebrarnos, porque se supone que así sucumbiremos). Pero ¿no te has sentido humillado al pensar que Dios tampoco es tentado por nadie? ¿Por qué, entonces, elevar tu voz provocadora y tan agresiva hacia el cielo? ¿Por qué atacarlo con tus pensamientos? ¿O crees acaso tan grande tu desdicha, tan justas tus quejas, tan desgarradores tus suspiros que puedan tentar a Dios? [1]

Noche de navidad, 11 horas.

[1] *El texto completo del versículo dice así: "Cuando alguno es*

El Señor vendrá aunque debamos esperarlo; vendrá aunque debamos envejecer como Ana, encanecer como Simeón (el segundo Noé), mas debemos esperarlo en su Casa. (*Lucas*, 2-25 y sig.)

31 de diciembre de 1838.

tentado no diga que es tentado de Dios; porque Dios no puede ser tentado de los malos, ni Él tienta a alguno." (N. DE LA T.)

1839

En la vida de todo cristiano se repite el milagro que asombró a los convidados a las nupcias de Cana: "Tú has servido primero el vino malo y luego el vino bueno" (*Juan,* 2-10). Lo dirá especialmente aquel que haya probado cómo el mundo sirve primero el vino bueno y luego el malo.

1º de enero de 1839.

¡Padre Celestial! Cuando Tu pensamiento despierte en nuestra alma, haz que no sea como el revoloteo de un pajarillo aturdido sino como el niño que despierta con una sonrisa celestial.

6 de enero de 1839.

La vida de cada ser humano tiene su "Génesis", y luego el "Éxodo" (su salida del mundo), su "Levítico" (cuando el alma se vuelve hacia las cosas del cielo), sus "Números" (cuando se empiezan a contar los años) y su "Deuteronomio".

6 de enero de 1839.

Nuestra confusión reside en que somos a la vez el fariseo y el publicano.

7 de enero de 1839.

El cristiano puede verse envuelto en las agitaciones de este mundo y ocasionarlas; pero es preciso que reserve para sí su vida religiosa, como los judíos utilizaban para su comercio monedas romanas con la efigie de los emperadores, mas dentro del templo sólo admitían su propia moneda.

Lo interesante en mi vida es que mis estados de ánimo proceden siempre de acuerdo con dos declinaciones, en las cuales no sólo las desinencias sino la palabra íntegra ha sido cambiada.

17 de enero de 1839.

Hegel es un Juan Climacus [1], quien no toma al cielo por asalto trepando monte tras monte, sino que lo "escala" a fuerza de silogismos.

20 de enero de 1839.

Tú, "Regina", que reinas en mi corazón oculta en lo profundo y más secreto de mi pecho, raíz y plenitud de mis pensamientos que estás en mitad del camino entre el cielo y el infierno —¡oh, divinidad aún desconocida!—, ojalá pudiera pensar como los poetas, quienes al ver por vez primera al objeto amado creen conocerlo desde tiempo atrás, que el amor es siempre un "recuerdo" con sus profecías propias para cada ser humano, sus tipos, sus mitos y su Antiguo Testamento. En cada rostro de doncella descubro rasgos de tu belleza; pero me parece que debería poseerlos a todos para poder extraer de ellos tu extraña hermosura; debería recorrer el mundo entero a fin de hallar el continente que me falta y que la brújula del arcano misterioso de mi "yo" me señala como a su polo; y un instante después, tan cerca estás de mí, tan presente, de tal manera colmas mi espíritu, que me siento transfigurado por completo, y experimento entonces "cuán bueno es para mí quedarme aquí" (*Mateo,* 17-4). Y tú ¡oh, dios vendado del amor!: Tú que ves nuestros más recónditos repliegues, ¿me "la" revelarás luego? ¿Hallaré allí aquello que busco? ¿Viviré

[1] *Ermitaño y teólogo griego, cuyo nombre proviene del título de su obra:* Escala al paraíso. (N. del T. I.)

la conclusión de todas las premisas excéntricas de mi vida? ¿Podré estrecharte entre mis brazos?

o ¿ES LA ORDEN PASAR DE LARGO?

¿Me has precedido, ¡oh nostalgia! y me señalas, transfigurada, el sendero hacia otros mundos? ¡Ah, cómo deseo arrojarlo todo, para volverme tan liviano que pueda seguirte!

2 de febrero de 1839.

...¿dónde hallar en el mundo esa profunda simpatía? (*Hebreos,* 4-15.) ("Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas"). Tal simpatía vale más que todo puntillo.

12 de febrero de 1839.

Que el pensamiento y el ser sean la misma cosa se puede apreciar en las gentes que sufren de ideas fijas, prueba también de la eternidad del infierno; la más perfecta existencia debe de ser concebida como inmune a las distracciones de cualquier género, a las impresiones momentáneas y temporarias, las cuales impiden sentir la identidad entre el ser y el pensar, sin decir, por supuesto, que ha de eliminarse todo cuanto dependa de las características sexuales así como el desarrollo de la historia que tenga en ellas su punto de partida y que deberemos en este punto ser semejantes a los Ángeles ("quienes ni se desposan ni se casan") [1]. Mas la caída de los Ángeles —lo enseñan así los Padres de la Iglesia— es irrevocable, pues ha sobrevenido en forma de "tiempo verdadero" [2].

12 de febrero de 1839.

Temor y temblor (*Filipenses,* 2-12) no son el "primus motor" de la vida cristiana porque no son amor; son como la agitación del péndulo: la inquietud de la vida cristiana.

[1] *Mateo, 22-30.*

[2] *"Como consecuencia de la obstinación de los demonios y del alto grado de la espiritualidad de su naturaleza". (Sto. Tomás).* (N. DE LA T.)

Es mi desdicha que toda mi vida sea una interjección; nada está fijo (todo se mueve, nada inmóvil, ningún inmueble). Mi tristeza es una desesperación clamante, mi alegría es un brinco exuberante del lirismo.

13 de marzo de 1839.

Hay ocasiones en las cuales uno siente particularmente la dureza de estar solos en el mundo. Hace poco vi a una joven pobre encaminándose solitaria hacia la iglesia para recibir la confirmación; y a un viejo, cuya familia íntegra había muerto, llevando en brazos el féretro de su nietecito, su último consuelo; poco después lo vi en el cementerio, plantado como una cruz sobre la tumba familiar.

28 de abril de 1839.

Cuenta Cornelio Nepos que un general, encerrado dentro de una fortaleza con un nutrido contingente de caballería, para impedir que los caballos enfermaran por falta de ejercicio, los hacía azotar a diario [1]. Así vivo yo, como sitiado en mi propio cuarto, no tengo deseos de ver a nadie y temo el asalto del enemigo a cada instante, es decir, una visita. No deseo salir de casa pero, para no enfermar de inercia, me agoto llorando.

10 de mayo de 1839.

La existencia entera me angustia, desde el más pequeño moscardón hasta los misterios de la Encarnación; todo se me hace inexplicable y sobre todo, yo mismo; la vida entera es una peste y yo ante todo. Vasto es mi dolor sin límites, nadie lo conoce aparte del Dios del cielo y Él no quiere consolarme; nadie lo conoce sino el Dios del cielo y Él no quiere apiadarse de mí. Joven amigo, tú que das tus primeros pasos por el camino que conduce hacia la meta, si te has extraviado, retorna, vuelve a Dios y en su Escuela adquirirás juventud y reforzarás tu vigor para tu labor de hombre. Nunca habrás de sentir cuánto es preciso padecer cuando han sido desperdicia-

[1] *Diapsalmata en*: O lo uno o lo otro. (N. DEL T. I.)

dos el vigor y el coraje de nuestra juventud en la rebelión contra Él; porque luego, exhaustos y derrotados debemos comenzar la retirada a través de países destruídos, de comarcas asoladas, rodeados por todas partes por el horror de la devastación, de las ciudades incendiadas, de las ruinas humeantes, de esperanzas perdidas, de opulencia pisoteada, de grandeza abatida; lenta retirada como un año de desdichas, larga como la eternidad, monótonamente entrecortada por un suspiro, sin cesar repetido: ¡Qué días de tedio!

12 de mayo de 1839.

¿Cómo no he de creer que sea la voluntad de Dios la que me prepare para el examen y que le sea grato que lo haga en lugar de alcanzar, por la dedicación a otros estudios, un conocimiento más lúcido? Porque la obediencia le es más grata que la grasa de los carneros.

13 de mayo de 1839.

La desgracia de los filósofos estriba en que se sirven del mapamundi para estudiar el Cristianismo, cuando en cambio sería preciso que utilizaran mapas especiales. Para ellos el dogma es sólo un destilado más concreto de la conciencia humana universal.

22 de mayo de 1839.

La teología católica hace del pecado original una doctrina en el fondo tan ajena al individuo que uno no puede menos que compararla con el título falso que aparece en el libro encuadernado; por tal razón, la *justitia originalis* mantiene escasa conexión con el hombre y podría ser comparada con una espléndida encuadernación pero sin relación alguna con el libro.

27 de mayo de 1839.

Existe una visión de la vida lograda a fuerza de lágrimas, más fuerte que el hierro, como la camisa legendaria: *Wenn sie ihn unter Thränen spinnt, mit Thränen bleicht, eine Hemde*

draus unter Thränen näht, schützt mich dies besser als alles Eisen, es ist undurchdringlich[1]. Pero la camisa a la cual me refiero, sólo protege al que la ha fabricado con sus propias manos y no al resto de los hombres.

Quien se atiene al punto de vista humano general escribe con mano insegura y temblorosa; el cristiano escribe en tanto que otro sostiene su mano (*): da un testimonio de la exactitud (en sentido subjetivo), pero no la produce. Por esto es profundo el significado de la palabra "testimonios" para el Cristianismo; ellos no son los inventores de la fe ni sus reformadores, son los testimonios, sea porque el Cristianismo es un acto objetivo que se lleva a cabo en el mundo, sea porque lo absorben en sí mismos.

11 de junio de 1839.

La caza del gracejo tan característica de nuestros tiempos, ha acabado por infectar las cosas más santas y la oración se ha transformado, poco a poco, en una conversación espiritosa, en un desahogo para una enervante reflexión. No es de temer, por cierto, que nuestros rezos se prolonguen como los de los fariseos. Por el contrario, una enfermiza reflexión parece hallar temas cada vez más incisivos para nuestras súplicas; por decirlo así, nos avergonzamos de nuestra existencia terrestre como si ella no proviniera de Dios. Todo debe ser tan espiritual, tan volatilizado que contrasta típicamente con el candor de la canción de mayo, en otros tiempos muy popular.

14 de junio de 1839.

El matrimonio representa la unidad en el aspecto de la sensibilidad, no la unidad en el espíritu ni en la verdad; por-

1 *"Cuando la hilan lágrimas y lágrimas la blanquean y tejida está con lágrimas, mejor que una coraza me protege mi camisa; nada puede traspasarla"*. (N. DE LA T.)

(*) Porque lo que el hombre hace con sus propias manos no será nunca hojarasca.

que el Génesis dice que "el hombre y la mujer serán una sola carne". (*Génesis,* 2-24.)

7 de julio de 1839.

Generalmente los demás escritores aman menos a sus primeras obras. Mi desgracia, por el contrario, es que las prefiero a todo lo que ahora escribo.

14 de julio de 1839.

Lo que nosotros designamos aproximadamente con el nombre de *spleen* y que los místicos denominan "momentos de entorpecimiento", ya era conocido en la Edad Media como "acedia" (ἀ-χηδια, apatía) (San Gregorio, *Moralia in Job,* XIII: *virum solitarium ubique comitatur acedia... ut animi remissio, mentis enervatio, nelectus religiosae exercitationis, odium professionis, laudatrix rerum saecularium* (*). No es sin experiencia personal por lo que San Gregorio insiste en el *virum solitarium,* pues se trata de una enfermedad típica del hombre que ha alcanzado el grado supremo del aislamiento (el humor), y describe maravillosamente el mal. Muy justo es que señale el *odium professionis* y tomando este último síntoma con un sentido más general, no con el de la confesión de los pecados (lo cual nos obligaría a considerar como *solitarius* a todo miembro de la Iglesia que permaneciera inactivo), sino con el de un pronunciarse, los ejemplos no acabarían nunca.

20 de julio de 1839.

y no es sin un profundo conocimiento de la naturaleza humana por lo que los viejos moralistas incluían a la *tristitia* entre los siete pecados capitales. Así lo hace Isidoro de Sevilla.

Constituye una característica del desarrollo de la literatura moderna, ese continuo adquirir conciencia del medio: método que, según imagino, debe de conducir a la locura; como

* Mi padre lo llamaba: desesperación silenciosa.

si cada vez que contemplamos el sol y las estrellas necesitáramos tener conciencia de los movimientos de la Tierra.

20 de julio de 1839.

Quiero durante un año, por una legua del camino del tiempo, desaparecer bajo la tierra como el Guadalquivir; ¡ya sabré cómo resurgir!

El amor de la mujer es un eterno sí, sí. El del hombre, charla pura. La conciencia femenina es mucho más universal, o, en todo caso menos subjetiva y, por lo mismo, más conciencia de rebaño (un Amén). Naturalmente no hablo del amor de las damiselas de sangre ardiente.

Se ve que el amor ha vencido al mundo por el hecho de que devuelve bien por mal.

...Pues las lágrimas son como la lluvia, llanto del Cielo; lluvia torrencial que se precipita desde las oscuras y gruesas nubes de la desesperación cuando los diques del Cielo y del alma se abren de par en par; o llovizna primaveral; ninguna lluvia tendrá tanta fecundidad como las lágrimas.

Si mi vida avanza hoy con paso vacilante se debe a que, en mi primera juventud, mis pies anteriores (las esperanzas) se esforzaron demasiado.

22 de julio de 1839.

Hallo tan poca satisfacción en el vivir porque todo pensamiento brota de mi mente con tanta energía y dotado de proporciones tan sobrehumanas, que me agobia; esta anticipación del ideal, en lugar de transfigurar mi existencia, me vuelve incapaz de hallar su correspondiente en la vida, me deja agitado y con los nervios sacudidos en demasía para encontrar reposo.

25 de julio de 1839.

Los filósofos tratan al dogma, a los versículos Sagrados de la Biblia, y a la conciencia religiosa como Appio Pulcro trataba a las aves sagradas. Recurren a ellos y cuando obtienen malos presagios se comportan como el famoso militar: "Si las aves no quieren comer, han de beber". Y las arrojan al mar.

7 de agosto de 1839.

Mi conciencia oscila actualmente como la tumba de Mahoma, entre dos polos, sin haber hallado su equilibrio hasta ahora; ambos tratan de atraerla hacia sí.

30 de agosto de 1839.

Estoy hecho para recibir secretos, los olvido, en efecto, apenas me los cuentan.

1837 - 1839

(PAPELES SUELTOS)

ALGO nos abate de veras si previamente surge la sospecha de que, cuando todo marcha a pedir de boca, estamos en el error, si adquirimos conciencia de haber obrado mal. Debe, pues, depender de la familia y es entonces cuando se demuestra la fuerza devoradora del pecado original, capaz de conducirnos a la desesperación y de lograr un efecto mucho peor que la confirmación de nuestra sospecha. Ésta es la tragedia de Hamlet...

Cristo es, en todo momento, Dios y Hombre; como el reflejo del cielo en el mar tiene la profundidad de la bóveda celeste.

Sí, creo que me entregaría al mismo diablo a cambio de que pudiera mostrarme toda abominación, todo pecado, en la más horrible de sus formas: la atracción y el gusto por el secreto del pecado.

El pecado se comete a hurtadillas; pero apenas lo comprendemos, comienza, aunque muy débilmente, ese rumor y se enciende esa hoguera que restringe cada vez más el campo de acción al diablo, como ocurre con los animales feroces.

Yo, precisamente, ataco a los demás porque en lugar de servirse de las fuentes para sus estudios utilizan los compendios: ¿y qué es mi vida sino un compendio? Cuando logro vencer en cualquier discusión, el fantasma de mi propia imaginación cae en mis brazos sin que ningún argumento baste para liberarme de él.

Como un abeto solitario, egoístamente encerrado dentro de mí mismo y que sólo crece hacia lo alto, me yergo sin dar sombra y únicamente la tórtola hace su nido en mis ramas.

Domingo 9 de julio, en los jardines de Frederiksberg, luego de una visita a los Roerdam.

Tan imposible para el mundo es existir sin Dios que, si Dios pudiera olvidarlo, concluiría al instante.

La luna es la conciencia de la tierra.

Situación.

Un hombre quiere escribir una novela, uno de cuyos personajes ha de enloquecer, pero el Autor enloquece a su vez y la novela acaba en primera persona.

No tengo ningún deseo. Caminar no me atrae porque me fatiga; no quiero reposar porque debería pasarme largas horas recostado, cosa poco conveniente, o levantarme en seguida, lo cual tampoco me resulta agradable; no quiero cabalgar, pues es un ejercicio demasiado severo para mi apatía. Sólo hallo placer en pasear en coche, muellemente acunado por las ondulaciones uniformes, me gusta deslizarme por delante de una multitud de cosas, holgazanear ante cualquier rincón hermoso nada más que para sentir así mi flaqueza. Las ideas y los sueños tienen para mí la erótica impotencia del castrado; en vano voy en busca de algo que pueda animarme y ni siquiera el lenguaje medular del medioevo podría vencer a este vacío que en mí reina. Ahora comprendo verdaderamente las palabras de Cristo cuando dijo: "Las palabras que yo os he

hablado, son espíritu y vida" (*Juan*, 6-63) [1]. En resumen: no tengo deseos de escribir esto que escribo ni tampoco de borrarlo.

Las flores de mi corazón se convierten en flores de escarcha.

Con mis ideas y sus realizaciones ocurre lo mismo que con los peces durante ciertos meses: muerden en falso: el bocado existe, pero los peces no lo atrapan.

Mas el humor es también la alegría que ha vencido al mundo.

Cristo no se inquietaba por escribir. Sólo ha escrito sobre la arena. (*Juan*, 8-6.)

En el fondo, Hegel comenzó simplemente como acabó Carlos V... en un claustro componiendo relojes.

La ironía es un desarrollo anormal, que, como el hígado de las ocas de Estrasburgo, acaba por matar al individuo.

1 de enero de 1838.

El humorista, como la fiera, anda siempre solo.

La afición a lo abstracto en los judíos está demostrada también en su predilección por el dinero; no por las propiedades que, sin embargo, tienen un valor monetario; porque el dinero es abstracción pura.

El hombre no hace uso casi nunca de sus verdaderas libertades, por ejemplo de la libertad de pensamiento; pero en cambio, como compensación: exige la libertad de palabra.

Existe una *reservatio mentalis* absolutamente necesaria para pronunciar una sentencia justa.

[1] *Versículo 63 del Capítulo 6 del Evangelio de San Juan, que dice así: El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado, son espíritu y vida.* (N. DE LA T.).

La paradoja es el verdadero "pathos" de la vida intelectual. Y como sólo las almas grandes son pasionales, únicamente los grandes pensadores están expuestos a eso que yo llamo paradojas y que no son más que pensamientos grandiosos e incompletos.

Los liberales poseen, según dice la fábula, una lengua que golpea dentro de una cabeza vacía, como el badajo de la campana.

El paganismo es sensualidad, pleno desarrollo de la vida sensual. Su castigo, lo vemos con el ejemplo de Prometeo, consiste en que el hígado continuamente devorado por el buitre se regenere sin cesar; el clamor se despierta de continuo y siempre insatisfecho. El Cristianismo es lo "cerebral", por eso Gólgota significa "lugar del cráneo".

INFANCIA

Halb Kinderspiele
O Halb Gott in Hersen.[1] GOETHE

JUVENTUD

Mendigar — ¡no es cosa nuestra!

La juventud, de la vida en el camino, se apodera del tesoro con fuerza. Chr. Winther.

A LOS 25 AÑOS

...so we'll live
And pray and sing, and tell old tales and laugh
At gilded butterflies, and hear poor rogues
Talk of court news; and we'll talk whith them too,
Who loses and who wins; who's out;
And take upon's the mistery of things,
As if we were God's spies; and we'll wear out;

[1] *"A medias en los juegos de la infancia, a medias con Dios en el corazón"* (Fausto). *Tema para el boceto de Margarita en la primera parte de* O lo uno o lo otro. (N. DEL T. I.)

In a wall'd prison, packs and sets of great ones
That ebb and flow by the moon

KING LEAR, V, III. [1]

Entonces acaeció el gran terremoto, el terrible trastorno que me impuso, de improviso, un nuevo principio infalible para la interpretación de todo fenómeno. Entonces concebí la sospecha de que la avanzada edad de mi padre, era, más que una bendición divina, una maldición y que los eminentes dones de inteligencia acordados a mi familia nos habían sido otorgados para ser anulados mutuamente. Entonces sentí crecer a mi alrededor el silencio de la muerte; mi padre fué, para mí, como un condenado a sobrevivirnos a todos nosotros, como una fúnebre cruz sobre la tumba de sus propias esperanzas. Una culpa debía pesar sobre la familia entera, un castigo que Dios suspendía sobre nuestras cabezas; debía desaparecer, aniquilada por la divina omnipotencia, ser borrada como un intento fracasado. Rara vez hallaba un poco de alivio al pensar que mi padre había cumplido con el duro deber de conformarnos por medio del consuelo de la religión, de darnos el viático a fin de que un mundo mejor se abriera ante nosotros, aunque debiéramos perderlo todo en éste, aunque nos golpeara la desdicha que los judíos sempiternamente augura-

1 *...Y así la vida pasará, rezando,* ..
Cantando, historias rancias refiriendo,
Gozando al ver doradas mariposas.
Y gentes infelices, de la corte
Noticias nos darán, y les diremos
Quién pierde o gana, quién desciende o sube.
Explicando el misterio de las casas
Cual si los dioses nos lo hubieran dicho.
Y olvidemos, entre aquellos muros,
De los grandes las cábalas e intrigas
Que crecen y decrecen con la luna...

SHAKESPEARE
EL REY LEAR
Acto V. Escena III.
Traducción de
Guillermo Macpherson

ban a sus enemigos: la total desaparición de nuestro recuerdo y de toda huella de nuestro paso.

Con el alma desgarrada, sin ninguna posibilidad de llevar una vida feliz en este mundo, es decir: una vida larga y feliz sobre esta tierra (*Éxodo,* 20-12) [1], sin esperanza alguna de un porvenir feliz y confortable, por el procedimiento más natural y en la continuidad histórica de la vida doméstica familiar; ¿es acaso asombroso que, presa de exasperada desesperación, me haya aferrado únicamente del aspecto intelectual del hombre, que le haya dedicado todas mis fuerzas y que así la idea de mis dotes intelectuales haya sido mi único consuelo, el pensamiento constituído mi única alegría y los hombres, mi indiferencia?

[1] *Versículo 12 del Capítulo 20 del* ÉXODO, *que dice así: "Honra a tu padre y a tu madre, por que tus días se alarguen en la tierra que Jehová te da".* (N. DE LA T.)

4 DE JULIO - 10 DE AGOSTO DE 1840

EL MISTICISMO carece de paciencia para esperar la revelación de Dios.

11 de julio de 1840.

Bien está hablar de experiencia en lugar de conocimiento a priori; pero por laudable que fuese el método de aquel concienzudo juez que quería experimentar cada una de las penas antes de aplicarlas, a fin de proceder con mayor justicia, ¡su sistema no lo llevó hasta el ensayo de la pena de muerte!

NOTAS DEL VIAJE A JUTLANDIA

19 de julio - 6 de agosto de 1840

¡Buenos días, rústica belleza, muchacha que te asomas curiosa a tu ventana! No temas que turbe tu paz; mírame bien tan sólo, para que no pueda olvidarte del todo.

¡Buenos días, alado habitante de los cielos que raudo te elevas hasta el lugar que tantos esfuerzos nos cuesta alcanzar!

La característica del viaje es deslizarse sobre las cosas, por esto se suele decir que el postillón cuando sopla el cuerno, sopla la grasa del caldo.

Los de la undécima hora (*Mateo*, 20-6) [1].

¡Señor y Dios Nuestro! Tú conoces nuestro dolor mejor que nosotros lo conocemos. Tú sabes cómo el alma asustada fácilmente incurre en preocupaciones intempestivas e imaginarias. Te rogamos que nos ilumines a fin de penetrar la inoportunidad y el orgullo y despreciar así las penas que nos creamos con nuestro traficar; pero en cuanto al dolor que Tú mismo nos impones concédenos la gracia de recibirlo humildemente de tu mano y la fuerza para soportarlo.

Y líbranos de pensar que la tristeza tiene mayor mérito que la alegría, el automartirio...

Me acusan de hacer uso excesivo del paréntesis: mi preparación para el examen [de teología] es el paréntesis más largo que haya yo vivido.

Mi desdicha estriba en que tengo una cabeza demasiado buena para no sentir los dolores del conocimiento y demasiado mala para experimentar su beatitud. El conocimiento que conduce a la beatitud, así como la beatitud que conduce al conocimiento de la verdad, hasta ahora son un misterio para mí.

El hecho de que la filosofía deba comenzar por una presuposición no ha de ser considerado como un defecto sino como una "bendición"; por esto, ese *an sich* [2] permanece como una maldición de la cual es imposible liberarse jamás. Y tal discordia entre la conciencia, como forma vacía, como imagen retenida del objeto fugaz, se presenta también en el problema de la libertad: semejante al *arbitrium* sin contenido (que a guisa de balanza nada tiene que ver con el contenido pero que como la infinita abstracta elasticidad se mantiene victorioso e indiferente por toda la eternidad), así ocurre con la libertad

1 *"Y saliendo cerca de la hora undécima halló otros que estaban ociosos y díceles: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?"* (N. DE LA T.)

2 *Por sí mismo.* (N. DE LA T.)

positiva. Es otra presuposición, pues en el fondo el *liberum arbitrium* nunca se encuentra, pero la misma existencia del mundo lo expresa.

¡Cuán tremendo martirio es esta total impotencia espiritual que padezco actualmente! Pues está unida a una devorante nostalgia, a un ardiente fervor del espíritu, tan vago e informe sin embargo, que no sé siquiera qué es lo que me falta.

Así como la conciencia del pecado no debe desvanecerse en una fácil consideración del *commune naufragium,* así tampoco es preciso exasperarla con la desesperada obsesión de la culpa cometida ni que degenere en automartirio como si ambas cosas ofrecieran una forma de compensación. Pues el alma debe estar absolutamente dispuesta a soportar los golpes de la Providencia, aun cuando aparezcan como la consecuencia de nuestros pecados y al mismo tiempo debemos poseer la certidumbre de que nos será dada la fuerza necesaria para soportarlos. Pero ¿cómo convencer al individuo de que no le han de faltar fuerzas para soportar ese peso, cuando él mismo se lo impone y está obligado así a combatir *proprio marte?*

No es la falta de algo lo que despierta la verdadera nostalgia ideal sino la sobreabundancia; porque la falta encierra en sí misma un anhelo terrenal.

Mi desgracia es, en el fondo, que cuando me he sentido pletórico de ideas permanecí hipnotizado por el ideal; por ello sólo doy a luz abortos y en consecuencia la realidad no corresponde, en lo que a mí se refiere, a mis ardientes deseos. ¡Dios mío! Haz que no suceda otro tanto con el amor, porque también en su caso me asalta la íntima angustia de haber trocado el ideal por la realidad. ¡Dios no lo permita! Aún no se trata de esto.

¡Pero esta angustia que me impulsa a desear tanto la revelación del futuro a pesar de todos mis temores!

Había pensado pronunciar mi primer sermón en la iglesia de Saeding [1] el domingo próximo. Me ha sorprendido bastante ver que el texto es de *Marcos* 8, 1-10 (la multiplicación de los panes) y las palabras "¿De dónde podrá alguien hartar a éstos de pan aquí en el desierto?", me impresionaron porque debo hablar en la parroquia más pobre de Jutlandia, en plena landa.

Al místico se le escucha como se escuchan ciertos gritos de pájaros, sólo en el silencio de la noche; por eso, con suma frecuencia, un místico no adquiere importancia en medio del bullicio de su ambiente sino mucho tiempo después en el silencio de la historia, para las almas afines a la suya y que le escuchan.

Heme aquí solitario (lo he estado más de una vez, pero sin tener tan viva conciencia de mi soledad) mientras cuento las horas y espero con impaciencia el momento en que veré Saeding. No puedo recordar cambio alguno en mi padre y ahora me apresto para ver esos lugares donde él, pobre pastorcillo, cuidaba de los rebaños, los mismos que tanta nostalgia despertaron siempre en mí cuando me los describía. ¿Y si debiera enfermar ahora y fuera sepultado en el cementerio de Saeding? ¡Extraña idea! He satisfecho su último deseo, pero ¿ha de limitarse sólo a ello mi tarea en esta vida? ¡Oh, Dios! Mi obligación de contentarlo sería en verdad muy poca cosa si se la coteja con todo lo que le debo. Porque de él he aprendido el sentido del amor paternal que me ha inspirado luego la idea del paternal amor de Dios, única cosa inquebrantable, verdadero punto de Arquímedes.

Como se dice generalmente: *nulla dies sine linea,* podría yo decir de este viaje: *nulla dies sine lacryma.*

La landa parece hecha a propósito para desarrollar caracteres vigorosos. Aquí todo es tierra pelada, nada se encubre

1 *Pueblo natal del padre de K.* (N. DE LA T.)

a la mirada de Dios, la turba de las distracciones está ausente, no existen rincones ni escondrijos donde la conciencia pueda ocultarse y donde la seriedad se fatiga a menudo reuniendo las ideas dispersas. Aquí es preciso que la conciencia se encierre en sí misma, neta y estricta. ¿Adónde huiré de tu presencia? (*Salmos,* 139-7) puede decirse en verdad de estas landas.

1841 AL 20 DE NOVIEMBRE DE 1842

Lo único que me consolaría sería poder entregarme a la muerte y en mi última hora confesar este amor que no osaré nunca confesar mientras vivo y que me vuelve dichoso y desdichado al mismo tiempo.

Es propio del momento del placer sentir que progresivamente la existencia se desvanece en torno. Así, en *Don Juan,* lo que da a la escena del festín su mayor interés es el despojo total del hombre, la pérdida misma de su rico departamento del cual sólo le resta un cuartucho apartado. En efecto, el goce del hipocondríaco consiste en reunir cada vez más y, en virtud de ese anonadamiento, las potencias de la fantasía quedan en libertad; el placer del hipocondríaco es una indefinida mezcla de goce real y fantástico. Pero este último satisface mejor, y yo no creo que un Don Juan corra el peligro de fatigarse tan presto como un melancólico.

Es sabido que existen insectos que mueren en el instante mismo de la fecundación. Otro tanto ocurre con toda alegría; el momento del goce más intenso y más elevado de la vida tiene por compañera a la muerte.

Después de experimentar la satisfacción de despojarme de todo, de no poseer nada en este mundo, ni siquiera la cosa

más ínfima y de arrojarme al agua, me gustaría, sobre todo, poder expresarme en una lengua extranjera, especialmente en una lengua viva, para convertirme así en un extraño para mí mismo.

Me gustaría fundar una Orden del Silencio como la Orden de la Trapa, no con fines religiosos sino estéticos; para acabar de una vez por todas con estas charlas.

Mi duda es horrenda. Nada puede detenerme, mi hambre es infernal: razonamientos, comprobaciones, certidumbre, todo puedo devorarlo; corro a una velocidad de diez mil leguas por segundo, arrollando cualquier obstáculo.

Los Estados Unidos de Norte América tienen una estructura política que es la antítesis de la de los Estados europeos. Se desarrollan en extensión y a lo largo (los descontentos conquistan o compran nuevas tierras y se establecen allí); en tanto que en Europa el Estado crece en altura y en profundidad, forma verdadera de organización.

Constituye un punto de partida positivo para la filosofía el de Aristóteles[1] cuando dice que la filosofía comienza con el asombro, y no como en nuestros tiempos con la duda. En general el mundo debe aprender aún que no aprovecha comenzar por lo negativo, y si hasta ahora el método no ha fracasado se debe a que no se ha encarado lo absolutamente negativo, y de este modo, tampoco se ha llevado a cabo en forma seria lo que se pretendía hacer. Su duda es pura coquetería.

Para los paganos el teatro tenía el mismo valor que tiene para nosotros la Iglesia; lo demuestra el hecho de que el teatro fuera gratuito y que jamás se les ocurriera a los paganos que debieren pagar una suma cualquiera para ir al teatro, como tampoco nosotros pensamos en pagar la entrada a la Iglesia.

1 *"Metafísica"*.

Partiendo de esta consideración del teatro se podría desarrollar una concepción del paganismo.

En general la imperfección de toda cosa humana estriba en que el deseo jamás alcanza su objeto sino a través del contraste. No me detendré en la variedad de informaciones que podrían dar mucho que hacer a los psicólogos (el melancólico es el que está mejor dotado de un sentido cómico; el voluptuoso, a menudo posee un sentido idílico; el libertino, sentido moral, el que duda, sentido religioso) pero sólo a través del pecado se descubre a la beatitud. Por lo tanto, la imperfección no depende tanto del contraste cuanto de nuestra incapacidad para considerarlos contemporáneamente: para ver al mismo tiempo el contraste y lo demás.

Muchos sienten gran temor de la eternidad — pero cuando se logre hacer frente al tiempo, será posible sojuzgarla. Tan cierto es que el juramento cambiado entre amantes de amarse por toda la eternidad es un poquillo menos grave que un compromiso para el tiempo presente; pues aquél que promete para la eternidad, puede responder en todo caso: "¡Dispénsame por ahora!..."

Te lamentas porque muchas de tus esperanzas han sido defraudadas, porque ninguno de tus ardientes deseos se ha realizado. Tan pobre eres que has perdido hasta la voluntad y el coraje de esperar; no queremos negarlo; débase a que todos tenemos muchos necios espejismos, débase a que el Señor nos enseña a esperar que no todo nos será concedido. Pero existe una esperanza que no puede verse defraudada: porque esperas la resurrección de los muertos, que para ti representa la nostalgia de reunirte con tus seres queridos; la nostalgia que te hace esperar que algún día verás tu vida transfigurada en Dios; aguardas que Dios quiera lo mejor, porque tu vida no ha terminado aún y tú no conoces "ni el día ni la hora". (*Mateo*, 25, 13.)

...¡y cuánto la he amado! R.,[1] ligera como un pájaro, atrevida como una idea; la dejaba volar cada vez más alto. Erguida sobre mi mano como sobre un pedestal, batía las alas y me gritaba a mí, que permanecía abajo: "¡Esto es magnífico!". No recordó, no sabía que era yo el autor de su ligereza; que yo le había otorgado esa audacia de pensamiento, que su fe en mí le permitía caminar sobre las aguas; yo la aplaudía y ella aceptaba mis aplausos. Otras veces se arrojaba a mis plantas y sólo quería admirarme, olvidando todo lo demás.

¡Mi niña! En latín se dice de un asiduo oyente *pendet ex ore alicujus,* refiriéndose especialmente al oído que capta y retiene dentro de sus fibras más íntimas aquello que ha percibido. Nosotros expresamos lo mismo de una manera diferente; pues ¿cómo no estar pendiente siempre de tu boca? ¿No soy acaso tu asiduo? Asiduo oyente, en verdad, porque aunque no se cruce entre nosotros palabra alguna, no por eso siento menos los latidos de tu corazón.

Quien funda su vida sobre los dones del azar, se entrega a una vida de pillaje, cualesquiera que sean esos dones: belleza, fortuna, nacimiento, ciencia, arte; en resumen, todo lo que constituye la herencia común del hombre. Y aunque obtuviera el triunfo... supongamos que entonces un joven se dirigiera a ti con toda la fe y el derecho propio de la juventud, derecho que no puedes objetarle, a fin de preguntarte cuáles son los fundamentos de tu vida, ¿no te sentirías lleno de vergüenza? Porque ¿te atreverías acaso a iniciar a ese joven en tus secretas artes de astucia y de hipocresía?

El punto capital en la vida de un individuo consiste en salvar todo lo posible dentro de las categorías humanas de orden general.

[1] *La inicial de Regina Olsen figura así en el original.* (N. DE LA T.)

...dice el poeta pagano [1] que el dolor cabalga en la grupa del caballo; para el cristiano el gozo está más allá, olvidando así lo que queda atrás.

Hace falta valor para casarse y no se debe cantar el panegírico de la virginidad; pues la misma Diana permaneció virgen, no porque apreciara la grandeza de tal estado, sino porque temía los dolores del parto. ¿Acaso no dice Eurípides [2] que preferiría volver a guerrear tres veces antes que dar a luz una sola?

...Dices "¡lo que he perdido!" o más exactamente "¡aquello de que me he despojado!" Pero ¡ay de mí! ¿comprenderías acaso lo que he perdido yo? Cuando de ello se habla, más valdría que callaras. ¿Quién puede saberlo mejor que yo? ¿No había trazado acaso, con las reflexiones infinitas de mi alma, el cuadro más exquisito posible por su profundidad —sirviéndome hasta de mis más sombrías ideas— de la melancolía de mis sueños, del esplendor de mis esperanzas y, sobre todo, de mis inquietudes y de mi inconstancia; mezclando este fulgor y su profundidad? Y ¿cuándo he sentido el vértigo? ¿Cuando mi mirada penetraba el infinito de su abandono, puesto que nada puede compararse con lo infinito del amor? ¿O cuando sus sentimientos, sin caer en el abismo danzaban en el borde mismo la danza ligera del amor?...

¿Qué he perdido? Mi único amor. ¿Qué he perdido a los ojos de los hombres? Mi palabra de honor. ¿Qué he perdido? Precisamente aquello que representa y representará siempre para mí, sin que el golpe me aterre, mi honor, mi alegría y mi orgullo; mi promesa de serle fiel... Por lo tanto, el tormento de mi alma iguala al de mi cuerpo; escribo estas líneas en una cabina de barco, mientras escucho la trepidación de las máquinas [3].

[1] *Horacio.* [2] *Medea, v. 249.* (N. DE LA T.)

[3] *K., luego de romper su compromiso con Regina Olsen, partió para Berlín el 25 de octubre, a bordo de un barco sueco. Fué ése su*

¡Cuán duro es para mí en estos momentos en que quisiera tanto lanzarme a la acción, verme reducido a la actividad que de ordinario se reserva a las mujeres y a los niños: la plegaria!

No sólo yo, sino (R), y cualquier otro Espíritu del Anillo, sin olvidar que esos diferentes Espíritus significan para mí la diversidad de servidores dispuestos a obedecerme en mi fuero íntimo al menor signo; uno por cada deseo tuyo, y si fuera posible, aun diez; todos se incorporan para formar dentro de mí un Espíritu único, diferente del de Aladino, porque no los une a ti el azar de un vínculo exterior, sino la nostalgia de un alma; pues ¿acaso no te he entregado yo mismo el anillo que me gobierna?

Dicho con otras palabras: ¡El Espíritu del Anillo nos ha reunido otra vez! [1]

Tú dices: "era muy hermosa". ¿Qué sabes? ¡Yo sí que sé cuántas lágrimas me ha costado su belleza! Iba en persona a comprarle flores para adornarla. Hubiera querido ornarla con todas las joyas del mundo, claro está que siempre que sirvieran para realzar sus gracias, y cuando ella hubo alcanzado el sumo encanto... debí alejarme. Cuando su mirada, rebosante de vida y de alegría de vivir se cruzaba con la mía... me vi obligado a partir. Y me marché llorando de amargura.

Ella no amaba la elegante línea de mi nariz ni la belleza de mis ojos; ni mis pies pequeños, ni siquiera mi inteligencia; no... sólo me amaba a mí... ¡y sin embargo, no me ha comprendido!

primer viaje a Berlín. (Nota de la traducción francesa de Knud Ferlov y Jean J. Gateau).

[1] *Este texto ha sido tomado de la traducción francesa de* Knud Ferlov *y* Jean J. Gateau. *Los traductores franceses agregan la siguiente nota: "El Espíritu del Anillo que habla en* Aladino *de* OEhlen-Scheleger. *K. juega con la palabra anillo y dibuja uno en el manuscrito en torno a la inicial de Regina".* (N. DE LA T.)

Dicen que el amor enceguece. Más aún, nos vuelve sordos, nos paraliza. Cuando padecemos el mal de amor, somos como la sensitiva, cuyas flores se cierran, sin que ninguna ganzúa logre abrirlas, con tanta más fuerza cuanto mayor sea la violencia que se pretenda ejercer.

¿No crees acaso que deseo darle esta prueba de mi amor para pagar la humillación que ha de haber sentido ante la pena de sus parientes y amigos (Dios sabe que no ha sido por mi culpa que las cosas sucedieran así)[1]; mostrarme una vez más; probar que no era el deber ni el temor a no sé cuáles comentarios los que me mantenían a su lado, sino que por el contrario, yo, el más inconstante de los hombres, he vuelto a ella? ¡Cómo los confundiría! ¡Qué golpe para sus charlatanerías desdentadas que estuvieron a punto de hacer perder la cabeza a una joven a quien, un día, como hombre de honor, prometí hacer mía! Y si verdaderamente no aborreciera el suicidio, si no sintiera que todas esas virtudes sólo son espléndidos vicios, volvería a ella, para luego quitarme la vida, proyecto que desdichadamente he acariciado durante demasiado tiempo para que la separación no le resulte luego doblemente penosa. Pues, al fin de cuentas, ¿quién ama mejor que un moribundo? Así me he considerado cada vez que me abandonaba a "ella". Vivir con ella, en el sentido plenamente tranquilo y confiado de la palabra, jamás lo he soñado. Por cierto que es como para desesperar. Mi único deseo era el de permanecer a su lado; pero apenas hube comprendido que las cosas tomaban mal cariz, ¡ay de mí, demasiado pronto!, tomé la resolución de darle a entender que no la amaba; y ahora heme aquí, odiado por todos a causa de mi infidelidad, causa aparente de su desdicha, en tanto que le soy tan fiel como siempre. ¡Si por lo menos pudiera verla feliz junto a otro hombre! Por dolorosa que sea tal solución para mi orgullo masculino, lo mismo me alegraría. Ahora ella se consume de dolor pensando que habría podido

[1] *La nota marginal indicada en el texto fué suprimida más tarde por el mismo K., pues no se han encontrado señales de ella y el margen había sido arrancado.* (Nota de la versión francesa).

hacerla dichosa pero que no lo he querido. Y en verdad que lo hubiera logrado si no fuera porque... etc.

Y aunque no sea prudente para mi tranquilidad, no puedo menos que figurarme el indescriptible instante de mi retorno a ella. A pesar de que me considero resistente, lo bastante como para sufrir lo que me corresponde como un castigo de Dios, este sufrimiento se vuelve demasiado pesado, a veces. Además, me parece haber cometido un error, al hacerle ignorar mis sufrimientos. Cuando pienso en mis palabras de entonces, "el mundo de las letras perderá conmigo a uno de sus fieles...", siento su falsedad, puesto que, por haberla abandonado, las letras han perdido para mí todo lo que es posible perder; sólo en ella pienso y estoy seguro que ella no sufre tanto como yo. ¡Quiera Dios que mis sufrimientos le reporten algún beneficio!

Debes saber que consideras tu dicha haber amado únicamente a ella y que pones tu honor en no amar a ninguna otra mujer.

¡Cuánta grandeza en el abandono de la mujer! Pero la maldición que pesa sobre mí es la de no atreverme a permitir que ningún ser se me apegue íntimamente. Dios, desde el cielo, sabe cuánto sufría cada vez que escogía con alegría infantil algún medio para hacerla feliz; cómo debía cuidar que esta alegría no me delatara, sino esperar hasta que la razón y la prudencia me lo prohibieran por temor a atraerla demasiado. Mis relaciones con ella pueden ser llamadas verdaderamente un amor desdichado; la amo —ella es mía— su único deseo es que permanezca junto a ella —la familia me suplica—, es mi suprema aspiración... ¡y debo decir no! Para facilitar las cosas, trataré de darle a entender que he sido un vulgar impostor, un hombre frívolo, a fin de que le sea posible odiarme. Pues supongo que la sospecha de que todo se deba a mi melancolía le resultaría más penosa. ¡Cuánto se asemejan la melancolía y la frivolidad!

Se dice que el amor terrenal nos vuelve elocuentes. ¡Cuánto más elocuentes debería volvernos Tu amor, oh Dios, que con Tus manos modelaste la boca del hombre para que pudiera hablar!

. . .y cuando me siento tan desdichado, mi único consuelo es que "ella" no sufra conmigo. Es duro saber que (la amada) nos ha sido infiel, pero este sufrimiento cotidiano. . . y si permaneciera con ella, sería preciso mostrarme contento. ¿Y si aún así ella me viera sufrir? Mi alegría se empaña siempre con el dolor de que ella no pueda ser partícipe.

No logro liberarme de este amor: no puedo soñarlo a la manera de un poeta, porque cuando estoy a punto de entregarme a la poesía, la angustia y la impaciencia por la acción se apoderan inmediatamente de mí.

. . .¡y esta horrible inquietud, este deseo de querer convencerme en todo instante de la posibilidad de volver a ella a pesar de todo! ¡Si lo osara, Dios mío! ¡Cuán duro es! Había depositado en ella mi última esperanza en la vida y debo renunciar. Extraña situación: en el fondo jamás pensé en casarme, pero que el asunto se desarrollara así, dejando en mí una herida tan profunda, he ahí algo que jamás hubiera creído. Siempre me he mofado de los que hablaban del poder de la mujer y todavía lo hago; ¡pero una hermosa joven, con un alma exquisita, que nos ama de todo corazón y con todos sus pensamientos, con absoluto abandono, que nos suplica!. . . ¡Cuán poco faltó, a veces, para que atizara su amor hasta el incendio sin caer por ello en un amor pecaminoso! Bastaba con decirle que la amaba para provocar la explosión y acabar luego con mi joven vida. Pero comprendí que así la habría perjudicado, que habría desencadenado un huracán en su cabeza, puesto que ella se aribuiría la culpa de mi muerte. ¡Preferí actuar como lo he hecho! Había conservado suficiente elasticidad en nuestras relaciones para poder reservarme la capacidad de interpretarlas a mi manera. Les dí, pues, el sentido

de ser yo un impostor. Humanamente hablando era la única forma de salvarla, de dar a su alma un impulso. Mi culpa ha consistido en carecer de fe, de esa fe que cree todo posible para Dios; pero, ¿cuál es la diferencia entre creer y entre tentar a Dios? No puedo reprocharme no haberla amado. Por cierto que si ella no se hubiera entregado de ese modo, si no hubiera puesto en mí toda su confianza hasta el extremo de dejar de vivir su vida para vivir por mí; todo me habría resultado fácil, al fin de cuentas; reír del mundo entero no me habría costado mucho; ¡pero engañar a una jovencita! ¡Ah, si osara volver a ella, a ella que, sin considerarme un mentiroso, estaba convencida de que una vez libre, no volvería sobre mis pasos! ¡Cálmate, alma mía! Actuaré con firmeza y decisión, según considero justo hacerlo. Vigilaré hasta mis cartas. Conozco mi punto débil. Pero cuando escribo una carta no puedo, como cuando hablo, deshacer de un golpe la impresión causada, si noto que produce un efecto demasiado grande.

En las cercanías de la casa donde habitaba, había una iglesia; puedo aún recordar claramente el sordo tañer de las campanas. A una hora señalada, en medio de las charlas de salón, resonaba la señal anunciadora del comienzo de los murmullos vespertinos. Una campana de iglesia indicaba la hora.

Y luego, cuando el sol entorne su ojo investigador, cuando la historia haya acabado, no sólo me envolveré en mi capa, sino que me echaré encima la noche como un velo e iré a buscarte —al acecho, como un salvaje—, no para espiar tus pasos, sino para escuchar los latidos de tu corazón.

¡Qué humillación para mi vanidad es ésta de no poder regresar a su lado! Había puesto mi orgullo en serle fiel, y sin embargo, no me atrevo. No estoy habituado a poner mi honor en la traición, siempre lo he puesto en la fidelidad; pero es preciso que ante sus ojos pase por un impostor porque no dispongo de otro medio para reparar el mal que pueda haber causado. Con horrenda certidumbre, a pesar de los más fer-

vientes deseos de mi fuero íntimo —puesto que no hago caso de los escrúpulos provenientes de lo exterior, de parte de aquellos que tratan de atacarme— me he mantenido firme. Más aún me atormenta una angustia. Admitamos que "ella" se convenza de que soy un impostor, admitamos que se comprometa con algún otro —debería desearlo por muchas razones—; admitamos que entonces se entere imprevistamente de que la he amado realmente y que, por amor a ella, he procedido así, por íntima convicción de que todo terminaría mal; o que, en todo caso, habría deseado, con la mayor alegría del mundo y dando gracias a Dios, compartir con ella mi gozo, pero nunca mi melancolía. ¡Ay de mí!, tal solución sería peor aún que la otra.

No siento alegría alguna; ya no me abandono con el ímpetu de otros tiempos, rehuso sentirme contento mientras ella esté triste.

Hoy he vuelto a sorprenderme en un intento de hacerle llegar alguna noticia de mi parte, de hacerle sospechar que todavía la amo. Mi mente es asaz ingeniosa y, además, uno experimenta satisfacción cuando cree que ha hallado un recurso hábil. Quería escribir una carta (a su familia) que habría de ser impresa. Llevaría como encabezamiento: Mi (R). Hubiera sido bastante significativo para ella. La carta abundaría en alusiones sutiles. Pero es preciso que renuncie a ello; me humillo bajo la mano poderosa de Dios (I *Pedro,* 5-6). Cada vez que me asalta tal pensamiento, y, en general, acaece varias veces por día, lo convierto en oración por "ella", pidiendo de veras que todo sea para su mayor beneficio.

He visto hoy a una graciosa damisela. . . pero ya no me atraen, no quiero saber nada con ellas. Ningún marido puede ser más fiel a su mujer de lo que yo lo soy con respecto a "ella". Por otra parte, mejor que así sea; esos amoríos me trastornaban completamente.

Si hubiera sido "ella" quien rompió el compromiso, entonces, a pesar de que la amara mucho, me hubiera sido fácil olvidarla; habría osado tender todos mis velos por encima y olvidar, me atrevería a soñar con ella como un poeta; pero ahora no puedo convencerme así. Evoco frecuentemente su recuerdo y a menudo su recuerdo retorna, sin que sea necesario evocarlo. Mi alma gana en seriedad. Quiera Dios, ¡ay de mí!, que sea para mi bien.

Mi pensamiento, sin cesar, se balancea entre dos imágenes de "ella"; la una, joven, exuberante de vida, rebosante de gozo, transparente; en concreto: como jamás la he visto, quizá; la otra, pálida, encerrada en sí misma, a la espera de las horas de soledad para desahogar su llanto, en resumen, como tampoco la he visto quizá.

¡Afortunadamente, ya este asunto ha sido decidido de una buena vez! Y sin embargo, no logro darlo por terminado; no sé cuál es este abogado del que ella dispone en mi fuero íntimo. ¡Cuán hábil ha sido! Cuando nos separamos me rogó que la recordara alguna vez. De sobra sabe que basta que la recuerde para que el infierno se desencadene. De todos modos igual lo habría hecho aunque no me lo hubiera pedido.

Me siento contento de haber asistido a la segunda lección de Schelling, indeciblemente contento. Hacía mucho tiempo que lo anhelaba con todos mis pensamientos. Apenas él, hablando de la relación entre filosofía y realidad, nombró la palabra "realidad", el fruto de mi pensamiento se estremeció de gozo, como el seno de Isabel (*Lucas* I, 44). Recuerdo su disertación palabra por palabra desde aquel momento. Puede surgir de aquí un poco de luz. Esa sola palabra trajo a mi mente mis sufrimientos y mis pesares filosóficos. Y para que ella pudiera mezclarse a mi alegría, ¡cuán voluntariamente regresaría a su lado, cómo quisiera poder persuadirme de que ésa es la mejor solución! ¡Pobre de mí! ¡Ojalá pudiera hacerlo! Ahora he depositado todas mis esperanzas en Schelling;

pero si supiera que puedo hacerla feliz todavía, partiría esta misma noche. Es bien duro ser la causa del infortunio de un ser humano; es duro también pensar que haberla hecho desdichada es casi la única esperanza que tengo de verla dichosa.

Pienso a menudo que si me echara atrás, "ella" tal vez se convencería de que he sido un impostor. Supongamos que tenga poder para triturarme con una mirada (la inocencia ofendida bien puede hacerlo), tal idea me provoca estremecimientos, me hiela de espanto; no tanto por tener que soportarlo —lo podría perfectamente si supiera que es para su bien— sino porque lo terrible del juego de la vida es esto de arrastrar a una criatura humana hasta donde uno se ha propuesto.

Verdaderamente existe en el sufrimiento una comunidad con Dios, un pacto de lágrimas que es, en sí y por sí, algo muy hermoso.

Tú que dices: "¡Bien, buen siervo y fiel!, sobre poco has sido fiel" (*Mateo,* 25-21)[1]. Pero a mí no me ha sido dado nada con qué actuar, pues el don que me fuera otorgado, no era una palanca sino un peso, un fardo que cayó sobre mis hombros. Por cierto que pocas veces es posible hablar así sin mentir. Pero si soportaras tu destino con humildad, si perdieras el mundo entero sin comprometer a tu alma (*Mateo,* 16-26), si amaras a Dios, si tu misma vida, sembrada de preocupaciones, se transformara a veces en una acción de gracias, si creyeras en Dios, en su inagotable riqueza de sabiduría y de ciencia (*Romanos,* 11-33) [2] y si te faltara el coraje de elevar a Dios tus manos sin mácula (I *Timoteo,* 2-8); si este fardo, como una pena merecida, pesara más duramente sobre ti y aún te humillaras bajo la poderosa mano de Dios (I *Pedro,* 5-6) sin

[1] *"Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel: sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo del Señor." Parábola del amo y los siervos.* (N. DE LA T.)

[2] Romanos *(11-33). "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!"*

un lamento, sin seguir el sabio consejo de olvido que te da el mundo, sin animarte a preguntar si tus sufrimientos concluirán alguna vez, si amaras a Dios, en fin, en tu propio dolor, ¿no serías, acaso, "fiel sobre poco"?

En el fondo, la pasión es lo esencial, el verdadero dinamómetro del hombre. Nuestro tiempo mueve a compasión por eso mismo, porque carece de pasión. Si el bueno de Jonás Olsen [1] llegara a odiarme como nadie ha logrado odiar jamás, según dice en su memorable esquela, me reputaría dichoso de ser su contemporáneo, feliz de ser el objeto de tal odio: ¡por lo menos existiría la lucha!

SITUACION [2]

Un seductor que tiene ya sobre la conciencia el amor de unas cuantas damiselas, se enamora de una joven a quien ama hasta el extremo de faltarle el valor para seducirla, pero tampoco puede unirse a ella definitivamente. Por casualidad, se encuentra con otra joven notablemente parecida a la primera; y seduce a ésta para gozar de la primera a través de su amor.

Una cierta señorita Hedevig Schulze, cantante de Viena, representa aquí en Berlín el papel de Elvira. Es bastante hermosa y de porte resuelto; en su actitud, por su estatura, por su atavío (vestido escotado de seda y guantes blancos) se parece extrañamente a una cierta conocida mía [3]. ¡Muy curioso! Hube de hacerme violencia para liberarme de esa impresión.

1 *Hermano de Regina Olsen.*

2 *Texto de la traducción francesa. He preferido incluirlo por parecerme muy significativo en relación con la anotación siguiente.* (N. DE LA T.)

3 *Evidente alusión a Regina. En una carta a E. Boesen del 14 de diciembre de 1841, K. repite la alusión y trata de despistar a su amigo de la infancia (E. Boesen estaba de acuerdo con él en aparentar que la ruptura con Regina Olsen se debía a inconstancia de parte de K.),*

Constituye un verdadero problema conocer el significado de pueblo elegido que se da a los judíos; no fueron el pueblo más feliz sino más bien la víctima de un sacrificio exigido por la humanidad entera. Debieron sufrir el dolor de la ley y del pecado como ningún otro pueblo. Era el pueblo elegido en la medida en que lo son a veces los poetas, por ser los más infortunados [1].

...siempre puede ser útil el testimonio de tu alegría. Dirás ¿cómo ha de ser?, nadie tiene idea de cuánto sufro ni de cuánto he sufrido; el sendero de mi dolor es solitario y apartado y rara vez transita por él algún viandante. A esto responderé: ¿Tanto te interesa que alguien conozca al dedillo tus sufrimientos? ¿Crees acaso que tu importancia depende de haber padecido todas las penas posibles, de modo que si hubieras hallado la paz en el mundo todo se habría solucionado? ¿No puedes conformarte con el destino común a todos los hombres y cumplirlo? ¿Consideras imposible que te comprendan si tus sufrimientos permanecen ignorados? ¡Oh, en verdad que el ojo del hombre que sufre es de una muy singular estructura! Semejante al oído del amante que sólo está hecho, en el fondo, para oír la voz de la amada aunque sienta los demás rumores del mundo, así el oído del doliente percibe las voces de consuelo y reconoce cuál es la verdadera. Así como, según las Escrituras: "La fe y la esperanza sin la caridad son como metal que resuena o címbalo que retiñe" (*Corintios,* 13-1 y sig.), así también la alegría exteriorizada sin mencionar el dolor es simplemente bronce que suena o retiñir de címbalo que pasa veloz, sin ser escuchado por los que sufren; es voz que retiñe en el oído sin resonar en el corazón, que roza sin dejar rastros. Pero la voz que cuando anuncia alegrías se estremece

pues, posiblemente, desconfiaba de la candidez de éste y temía que lo delatara. Así, en su carta intenta demostrar un interés real por la actriz y en un postscriptum le recomienda que guarde silencio. (N. DE LA T.)

[1] *Sobre el poeta ver I Diapsalmata er* O lo uno o lo otro. (N. DEL T. I.)

de dolor, se abre camino a través del oído y llega hasta el corazón donde se graba [1].

Aquel que tiene oídos para oír tiene capacidad para preguntar. Otro tanto acaece con Dios. Pregunta con mayor insistencia que ningún otro. Él pregunta: ¡qué es la conciencia, en efecto, sino una pregunta! Pregunta en cada una de las múltiples conjeturas de la vida y una vez que ha preguntado, inclina Su oído hacia ti para escuchar... y tú no quieres responderle.

Es importante, sin embargo, no dejar que las apariencias exteriores nos desorienten jamás. Cuando para contradecir el principio de una moral absoluta se insiste en las contradicciones existentes en las costumbres populares, cuando se sacan a relucir ejemplos que claman al cielo, por ejemplo los de los salvajes que matan a sus padres ancianos, significa que nos hemos dejado impresionar por los hechos exteriores. Si pudiéramos afirmar que los salvajes odian de veras a sus padres, sería diferente. Pero los salvajes, como nosotros, juzgan que se les debe amar y su único error consiste en la manera de demostrarles un tal amor. Es evidente que los salvajes no creen causar daño alguno a sus padres sino beneficiarlos, por el contrario.

Cuanto mayor es el desarrollo orgánico de un cuerpo, tanto más horrorosa es su putrefacción. La hierba, al marchitarse, exhala perfume. El animal que se pudre, hiede. La corrupción de un hombre es horrenda, más horrenda que la de la mujer. ¿Sería ésta, acaso, la prueba de que el hombre es superior a la mujer?

[1] *K. une a propósito el primero y el último de los versículos del capítulo citado, que dicen así: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tuviera caridad, vengo a ser* como *metal que resuena, o címbalo que retiñe". "Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, éstas tres; empero, la mayor de ellas es la caridad".* (N. DEL T. I.)

1840 - 1842

(PAPELES SUELTOS)

Todo es nuevo en Cristo. (*Corintios* II, 5-17.)

Éste será mi punto de vista para una especulación expositiva del conocimiento cristiano.

(Nuevo, no solamente como algo diferente, sino también como todo lo que ha sido renovado, rejuvenecido, en comparación con lo que ha envejecido y se derrumba.)

Mi punto de vista será a la vez polémico e irónico. Demostrará, además, que el Cristianismo no es restricción en torno a un objeto único, a una simple psiquis normal (no como remiendo de paño recio en vestido viejo (*Mateo,* 9-16), sino como pócima que devuelve la juventud).

Hasta ahora el punto de vista comparativo para determinar la relación del Cristianismo con el pasado ha sido: "Nada nuevo bajo el sol".

Conducta negativa que mata a la vida a causa de la monotonía abstracta que en sí lleva, en tanto que el otro punto de vista es fecundo...

Al pagano *forte fortunas...* se opone el aforismo cristiano: "Dios es poderoso en los débiles". Uno nota al instante que el primero es el punto de vista de lo inmediato, pues la dicha refleja simplemente, en ese caso, la genialidad inmediata

que se ha producido en el individuo (la clásica "armonía preestablecida"); en tanto que el segundo es de categoría refleja y sólo otorga la felicidad a cambio del aniquilamiento del individuo.

Hace falta coraje para llorar, pero para conservar la dicha es preciso un religioso coraje.

La relación de negatividad polémica —que el paganismo introducía entre la vida futura y la existencia presente— se comprueba también con la obligación impuesta a las almas que debían beber en las aguas del Leteo antes de entrar en los Campos Elíseos. El Cristianismo, por el contrario, enseña que habremos de rendir cuentas por cada palabra ociosa (*Mateo*, 12-3); significa esto, entre otras cosas, la presencia total de nuestro pasado, aunque otro Leteo deba quitarnos su lacerante dolor.

¿Cómo actúa la remisión de los pecados para obrar una *redintegratio in statum pristinum* aunque se trate de pecados actuales? Este punto asume una importancia máxima para la concepción cristiana de la realidad. ¿Cuál es la relación que existe entre el penitente perdonado y el castigo que la misma realidad puede contener? ¿Debe proseguir considerándola como un castigo? ¿O se ha realizado, acaso, un cambio en su alma que le permita concebirla como destino?

Existen ciertos animales, tan extrañamente astutos para procurarse el bocado, que dejan de comer apenas uno los mira. De esta manera me comporto yo con respecto a mis emociones, saciándome a hurtadillas sin que nadie lo sospeche y fingiendo desprecio en apariencia.

¡Mi paraguas, mi gran amigo!

Jamás me abandona, sólo una vez me ha traicionado. Soplaba un viento terrible y yo estaba a solas conmigo en Kogens Nytorv; ni un alma andaba por las calles, cuando, de improviso, se dió vuelta del revés. No sabía si abandonarlo a su

suerte por su infidelidad y volverme misántropo. Tanto afecto le he cobrado que lo llevo conmigo, llueva o brille el sol. Y para demostrarle que no lo amo interesadamente tan sólo, a veces me paseo por mi cuarto con él como si estuviera en la calle, me apoyo en él, poso mi barbilla sobre su mango, lo acerco a mis labios, etc.

Mi cabeza está vacía como una sala de teatro después del espectáculo.

¿Qué es el pecado sino un pacto de la mala conciencia con el diablo? ¿Acaso existe algo más persistente en el recuerdo que una mala conciencia?

¡Cuántas veces ha sido expuesta la naturaleza del pecado original! Y a pesar de ello ha sido dejada en olvido una categoría principal; la "angustia", que tal es el término verdadero. La angustia, en efecto, es el deseo de lo que se teme, una antipatía simpática; una fuerza extraña que se apodera del individuo sin que éste pueda ni quiera liberarse, pues uno teme y, sin embargo, desea aquello que teme. La angustia vuelve al individuo impotente, y el primer pecado se produce siempre en ese estado de impotencia; parecería que uno carece de responsabilidad y en esta falta de responsabilidad consiste la seducción.

La mujer siente la angustia más que el hombre, por eso la serpiente puso en ella sus miras a fin de lanzar el ataque; su propia angustia la traicionó.

Si una vez, una sola vez, nos hemos visto frente al más severo de los tribunales, aunque luego nos volvamos mejores, jamás podremos olvidarlo.

El escéptico

Así como el seductor debería darnos la imagen refleja de la aspiración incompleta que busca realizarse en la "mujer", el escéptico, frente al hombre, intenta arrebatarle todo.

30 DE NOVIEMBRE DE 1842 HASTA MARZO DE 1844

LAS PALABRAS de Solón, que dicen que no es posible alabarse de ser feliz mientras se vive, encierran un profundo dolor de vivir.

Significan que sólo se es feliz en el instante mismo de sentirse dichoso; en cierta forma, esto es ser desdichado, pues uno reconoce así que la propia felicidad ha pasado.

El Amor se despidió de Psiquis diciéndole así: "Si callas, tendrás un niño que será hijo de los dioses; pero si hablas será simplemente un hombre". Aquellos que saben callar, se convierten en hijos de los dioses, pues sólo con el silencio nace en nosotros la conciencia del origen divino; aquel que habla se convierte en un hombre. ¿Cuántos saben callar? ¿Cuántos comprenden, tan sólo, el significado de guardar silencio?

El hombre, hablando en un sentido humano, se siente tanto más inclinado a atraer a sí a la persona amada cuanto mayor conciencia tiene de su superioridad; pero, en un sentido divino, se inclina a descender hasta ella. Ésta es la dialéctica del amor. Resulta bastante curioso que no lo hayamos comprendido del mismo modo con respecto al Cristianismo, pues siempre se habla de la Encarnación de Cristo como de un acto de compasión o de necesidad.

Mi juicio sobre *O lo uno o lo otro*:

Había una vez un joven lleno de dotes, como Alcibíades. Pero se extravió en el mundo; en medio de sus desventuras se lanzó en busca de un Sócrates que en vano buscó entre sus contemporáneos. Entonces rogó a los dioses que lo transformaran en Sócrates. Y helo aquí, orgulloso siempre de ser un Alcibíades, sufriendo confusión y humillaciones infinitas por las gracias que los dioses le acordaron hasta el extremo de que, cuando por fin obtuvo algo de qué enorgullecerse, acabó por sentirse el más mísero de todos.

Si otra cosa no he demostrado al escribir *O lo uno o lo otro*, mi ejemplo muestra por lo menos que es posible escribir un libro entre nosotros y trabajar sin los emplastos calientes de la simpatía ni los estímulos de la expectativa; trabajar, aún contra la corriente, aplicarse sin ostentación, concentrarse en el silencio mientras el último de los estudiantes osa permitirse el calificativo de holgazán refiriéndose a uno. Aunque mi libro careciera de sentido, su génesis es el epigrama más incisivo que haya yo escrito sobre estos caducos filósofos.

Dicen que la experiencia vuelve sabio al hombre. ¡Error garrafal! Si no existiera algo más allá nos enloquecería lentamente.

La conciencia se presupone a sí misma e investigar su origen es ocioso; una pregunta harto capciosa como la que se hacían los antiguos: ¿Existió primero el árbol o la semilla? Sin la semilla ¿de dónde habría brotado el primer árbol? Sin el árbol ¿de dónde surgió la primera semilla?

Cuando uno incuba una idea es preciso ocultarla de toda mirada profana, de toda ingerencia extraña. El pájaro no sigue incubando si alguien toca su nido.

El desarrollo de la vida es una extraña regresión. El niño se rompe la cabeza por comprender las cosas difíciles, el adulto, en cambio, no acierta a comprender las más simples.

Solamente es posible dar al principio de identidad un significado de anulación del principio de contradicción, como Pitágoras lo hizo, pues para él el Uno no era un número; el Uno precede a la separación y sólo con la separación comienza el número. La unidad precede a la contradicción y únicamente con la contradicción comienza la existencia.

¡Tremenda situación la de una conciencia que ha debido soportar desde su infancia tal compresión que toda la elasticidad del alma, toda la energía de la libertad no bastarán jamás para suprimirla! Naturalmente que los afanes de la vida pueden oprimir luego a la conciencia, pero cuando se presentan a una edad más avanzada, les falta tiempo para revestirse de esa forma casi congénita; se convierten en un simple momento histórico, pero no en algo que domina a la conciencia misma. En cambio, cuando uno desde la más temprana edad ha sido comprimido de esa manera, es como el niño arrancado del seno materno por medio de instrumentos, quien conservará siempre el recuerdo de los dolores de la madre. No es posible liberarse de un peso semejante, pero tampoco es preciso desesperar; uno puede soportarlo humildemente. Constituye, sin duda, una de las tareas más difíciles porque resulta penoso incluirla en la categoría de culpa. En un tiempo, por temor a la soberbia a causa de mis sufrimientos, me aplacaba con el axioma de que en el fondo todos los hombres sufren por igual. Pero así caía en una especie de estoicismo que, en virtud de su abstracción, elimina la idea más concreta de una Providencia. En su resumen, Pontoppidan dice que sólo algunos hombres son probados por medio de sufrimientos excepcionales pero que esto les será de provecho algún día. Una solución mucho más hermosa.

BOCETO

Un hombre, en su primera juventud, en un momento de exaltación, se deja arrastrar hacia una mujer pública. Luego lo olvida. Piensa en casarse. Su angustia despierta entonces.

La idea de que tal vez sea padre, de que exista en algún lugar del mundo una criatura que le deba la vida lo tortura de día y de noche. No puede confiarse a nadie y tampoco él posee la absoluta certeza del hecho. Es preciso que la cosa haya sucedido con una mujer pública, y en la loca despreocupación de la juventud; si se hubiera tratado de un gran amor o de una real seducción, no es posible suponer que lo ignorara ahora; mas esa ignorancia constituye precisamente la causa de su agitación atormentadora Por otra parte, la duda, debido a la liviandad del amorío, sólo se ejerce en el momento en que él se enamora de veras [1].

BOCETO

Un hombre, que ha vivido largo tiempo ocultando un secreto, enloquece. Uno supone entonces que su secreto ha de ser revelado. ¡Nada de eso! A pesar de su locura, su alma guarda celosamente la simulación y sus familiares se persuaden mejor aún de que la mentira con la cual los ha engañado es la verdad. Sana de su locura, se le entera de todo y comprende que no ha revelado nada. ¿Encuentra entonces en ello un motivo de alegría? ¿Habría deseado, acaso, desembarazarse de su secreto durante su locura? Parecería que el destino lo obligara a mantener el secreto. ¿Habrá sido una circunstancia feliz, lo habrá ayudado un genio benigno a fin de que así guarde el secreto?

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire. BOILEAU [2]

La moral es el punto en el cual flaquean los escépticos. Desde Descartes, todos están de acuerdo en admitir que cuando practicaban la duda no podían expresar nada definido en el campo del conocimiento; pero, en cambio, podían actuar, porque en este campo uno puede contentarse con lo probable.

[1] *Este texto parece tener un sentido autobiográfico. K., en* Etapas en el camino de la vida, *insiste en el mismo tema.* (N. DE LA T.)

[2] *"Un necio encuentra siempre a otro más necio que lo admira".* (N. DE LA T.)

¡Enorme contradicción! ¡Como si no fuera mucho más terrible realizar algo de lo cual se duda (pues en este caso uno asume una responsabilidad), que dar una definición! ¿Será acaso porque la ética encierra en sí misma la certeza? ¿Existe entonces un punto que la duda no puede alcanzar?

Cristo oculta algo a sus discípulos, porque ellos no habrían podido soportarlo (*Juan,* 16-12.) Pacto de amor de Su parte; pero, ¿es esto moral? He aquí una de las dudas más difíciles en el campo de la ética. Si callo, evito a otra persona un dolor; mas, ¿me está permitido hacerlo? ¿No constituye una ingerencia en su existencia humana?

Ésta es la paradoja de mi vida; con respecto a Dios, siempre estoy en el error; pero, ¿es un delito hacia los hombres?

El asunto de mi amor es de una naturaleza particular. Generalmente los diplomados en teología siguen la táctica de comenzar como maestros, luego actúan un poco como padres espirituales con sus predilectos, y acaban por transformarse en enamorados y en maridos. Yo, en cambio, comencé como enamorado y he acabado como padre espiritual. De todos modos mi procedimiento es mejor; no he envilecido las cosas santas al servicio de mi amor; en mi intento de doblegar a los demás ante la religión, comienzo por doblegarme a mí mismo.

La vida del hombre que mejor logra olvidar, está más sujeta a metamorfosis que las otras; la del que logra recordar asume un carácter mucho más divino.

Después de mi muerte no se encontrará entre mis papeles (éste es mi consuelo), una sola explicación de lo que en realidad ha colmado mi vida. No se hallará entre los repliegues de mi alma el texto que todo lo explica y que a menudo convierte en acontecimientos de enorme importancia las que son para el mundo simples bagatelas y que yo mismo considero fútiles si les quito la nota secreta que es su clave.

Mi misión parece consistir en ir exponiendo la verdad a medida que la descubro, pero de tal manera que al mismo

tiempo vaya yo destruyendo mi posible autoridad. Cuando me he despojado de toda autoridad y convertido ante los ojos de los hombres en la última persona en quien sea posible confiar, anuncio la verdad y los coloco en una situación contradictoria de donde nadie podrá arrancarlos si ellos mismos no se deciden a asimilar la verdad por su propia cuenta. Sólo logra una personalidad aquel que se apropia de la verdad, sea quien fuere su pregonero: el asno de Balaam (*Números,* 22-22), un alegre bromista o un apóstol o un ángel.

El oficio de escritor se ha convertido en el más adocenado de todos. En general sólo se persigue el ponerse en evidencia como un aprendiz de jardinero en un anuncio ilustrado del *Diario de Avisos Económicos,* sombrero en mano, todo reverencias y zalemas, ofreciéndose a fuerza de buenas referencias. ¡Qué tontería! Quien escribe ha de comprender el tema propuesto mejor que sus futuros lectores. O sino que no escriba.

O de lo contrario trate de convertirse en un picapleitos dispuesto a llevar a las gentes por la nariz. Eso no sirve en mi caso. Prefiero enviar todo a paseo. Escribo como me place y como se me antoja; ¡aquí mando yo! Procedan los otros como mejor les parezca; lo mismo da que dejen de comprar libros o de leerlos o de hacer la crítica.

¡Con qué singular severidad he sido educado, en cierta forma! De vez en cuando caigo en una tenebrosa cárcel donde me revuelvo agobiado por tormentos y dolores, sin entrever ninguna salida. De improviso surge en mi alma un pensamiento tan vívido como nunca lo concibiera, aunque no sea para mí absolutamente desconocido; hasta entonces le había entregado mi mano izquierda y ahora le entrego la derecha. Cuando dicho pensamiento arraiga en mí, me siento acunado entre sus brazos y yo, encogido como un saltamontes, crezco otra vez sano, vigoroso, contento. Mi sangre circula cálida de nuevo y me siento flexible como un recién nacido. Luego empeño mi palabra, pues es preciso que me comprometa a seguir este pensamiento hasta desarrollarlo por entero; empeño mi vida y me

veo así uncido al carro. No puedo detenerme y mis fuerzas resisten. Pero heme aquí llegado al final y debo recomenzar desde el principio.

De sobra sé que en este momento soy el más fuerte en inteligencia entre todos los jóvenes, pero sé también que esta fuerza puede serme arrebatada mañana mismo, aún antes de concluir este período. Otro hombre, si descubriera en sí una inteligencia superior, creería estar asegurado para toda su vida. Yo no pienso así: no puedo basarme en lo perecedero.

El primer día de Pascuas, en los oficios de la tarde de la iglesia de Nuestra Señora (durante el sermón de Mynster) "ella" me hizo un signo con la cabeza, no sé si como súplica o como perdón, en todo caso con mucho entusiasmo. Me descubrió aun cuando estaba en un lugar apartado. ¡Pluguiera al cielo que no lo hubiera hecho! Un año y medio de sufrimientos desperdiciados, y de enormes esfuerzos: ¡Ella no me considera un impostor, pues! ¿Por cuáles pruebas no ha de pasar, entonces? La próxima etapa le ofrecerá la figura de un hipócrita. La situación se hará cada vez más terrible a medida que el tiempo pase. ¡Que un hombre de mi interioridad, de una religiosidad como la mía haya podido proceder de ese modo! Sin embargo, no puedo continuar viviendo tan sólo para ella, exponiéndome al desprecio de los hombres y a la pérdida de mi honor: ¿qué otra cosa he hecho? Llevar la locura hasta el extremo de convertirme en un bribón sólo para que ella lo creyera... ¿Con qué fin? ¡Pensaría, que antes no lo era!

Hoy, lunes, me encuentro con ella entre las 9 y las 10 de la mañana. No he dado el menor paso para provocar este encuentro. Conoce las calles por donde suelo pasar, yo sé por cuál (*una hoja arrancada*)...; todo lo dispuse a fin de que no sospeche que la culpa es suya en parte, al fin de cuentas. Una joven debería de mostrarse reservada y humilde; en cambio su actitud era petulante y hube de enseñarle la humildad, humillándome. Pero entonces interpretó vanamente mi tristeza y creyó que me mostraba humilde debido a su condición de criatura incomparable. Así me provocó a la lucha. ¡Dios la

perdone! Despertó mi orgullo, ésa es mi culpa. La confundí y bien lo merecía; mi intención fué sincera, aunque no puedo decir otro tanto de lo que sucedió luego. Mi tristeza despertó entonces; a medida que trataba de atraerme con mayor vehemencia, sentía que mi responsabilidad nunca había sido más grave por el hecho de que existiera ese combate. Y entonces, el vínculo quedó roto.

Berlín, 10 de mayo de 1843.

Al día siguiente de mi llegada me sentí muy mal; casi estuve a punto de perder el sentido.

En Straslsund creí enloquecer al escuchar a una joven que tocaba al piano el último vals de Weber, el mismo que me acogió cuando llegué a Berlín la vez anterior, ejecutado entonces por un arpista ciego.

Todo parece concertarse para evocar el recuerdo. Mi farmacéutico, un solterón recalcitrante, se ha casado. Me dió un sinfín de explicaciones alusivas: "Sólo vivimos una vez" ..."Necesitamos, sin embargo, tener a alguien con quien sea posible entendernos" . . . ¡Cuánta sabiduría encierran estas reflexiones, sobre todo si se las expone sin pretensión alguna!

Mi cuarto en el Hotel Saxen da sobre el río, cerca de un atracadero de barcas. ¡Dios santo! Todo esto me recuerda tanto el pasado... Detrás hay una iglesia y el tañido de las campanas que dan la hora, me penetra las entrañas.

17 de mayo.

Si hubiera tenido fe no me habría separado de Regina: ahora lo comprendo. Demos gracias a Dios. Estaba a punto de perder el juicio, en estos últimos tiempos. Humanamente hablando me he portado con ella en forma razonable. Tal vez no debí haberme comprometido jamás; pero a partir de este momento he actuado, frente a ella con perfecta honestidad. Desde un punto de vista estético y caballeresco la he amado mucho más de lo que ella me ha amado; de lo contrario no se hubiera mostrado petulante conmigo, ni me habría angustiado con sus chillidos. De esta suerte he comenzado ahora a

escribir un relato titulado *¿Culpable o no culpable?* [1] que, naturalmente, ha de contener cosas capaces de maravillar al mundo, pues en un año y medio he vivido en mi interior tanta poesía como pueda caber en todas las novelas que hayan sido escritas. Pero no puedo ni quiero que nuestra historia se esfume en poesía; su realidad es muy diferente. Al fin de cuentas no se ha convertido en una princesa de la escena (*) y, si ello fuera posible, quizá se convierta algún día en mi mujer. ¡Dios mío! Ése era mi único deseo y, sin embargo, he debido renunciar. En esto, hablando humanamente, me ha asistido completa razón; me he portado con ella como un perfecto gentilhombre y le he evitado la sospecha de mi dolor. Si uno mira las cosas simplemente del lado exterior, he actuado con nobleza; puedo alabarme de haber llevado a cabo algo que muy pocos hubieran realizado en mi lugar; puesto que si no hubiera pensado tanto en su bien, habría podido hacerla mía, accediendo a sus propias súplicas (no debió hacerlo; fué mala táctica) y cuando su padre me rogaba; le habría dado un placer al mismo tiempo que cumplía con mi deseo. Y si más tarde se cansaba le habría podido echar en cara que fué ella quien lo quiso. No lo hice, Dios es testigo, de que ése era mi único deseo: Dios es testigo de cuánto he debido vigilarme para que ningún olvido borrara su recuerdo; creo que desde entonces no he hablado con ninguna muchacha. Aunque esperaba que cualquier tuno enamorado viera en mí a un hombre a medias, a un canalla, he servido a mi época, pues en verdad era ciertamente... (*Hoja arrancada*).

...eso habría sucedido, sin lugar a dudas. Pero un matrimonio no es lo mismo que una subasta pública, donde todo se vende, tal cual, bajo el martillo del rematador; un poco de probidad se impone durante el tiempo que precede. Con respecto a eso, mi lealtad es evidente. Si no la hubiera honrado más que a mí mismo, como a mi futura esposa, si no me hubiera sentido más celoso de su honor que del mío, habría callado y, dando cumplimiento a mis deseos, me habría casado

[1] *Incluído en* Etapas en el camino de la vida. *Santiago Rueda, Editor.* (N. DE LA T.)

con ella: ¡tantos matrimonios ocultan enojosos asuntillos! No quise; porque así se hubiera transformado en mi concubina y entonces habría preferido matarla... Pero si hubiera sido necesaria una explicación, habría debido enterarla de cosas terribles como mis relaciones con mi padre, su melancolía, la eterna noche que lo envolvía, mi extravío, mis deseos y mis excesos... que no son tal vez una grave ofensa ante los ojos de Dios porque ha sido la angustia la causa de mis descarríos; ¿dónde podía buscar un apoyo si sabía y sospechaba que el único hombre a quien había admirado por su fuerza y su firmeza, vacilaba?

(*) ¿Quién hubiera sospechado que una joven como ella pudiese tener semejantes ideas? Hay en ello bastante aturdimiento y nada más que vanidad, como luego me ha dado pruebas; porque si hubiera tenido tino, mi manera de romper el noviazgo debió resultarle absolutamente definitiva. Mi método trataba exactamente de darle ese impulso. Pero ¡así era mi niña!; al principio altanera, llena de presunción y de arrogancia, luego... ¡abatida por completo!

La fe espera también en esta vida, pero —uno lo nota muy bien— en virtud del absurdo y no de la razón humana; de otra manera es simplemente cordura de vivir, y no fe.

Trataré de deshacerme de las ideas sombrías y de las oscuras pasiones que aún subsistan en mí, por medio de un artículo que se titulará: "Consideraciones de un leproso sobre sí mismo" [1].

Habrá una escena entre dos leprosos: uno, simpático, que se esconde de los hombres para no inquietarlos; el otro, deseoso de venganza, trata de inspirar angustias. Uno de ellos tiene hermanos y sólo después descubre que su suerte es común; toda la familia está atacada de lepra.

He pensado en volver a ocuparme de Inés y del Tritón [2]

[1] *Incluído en* ¿Culpable o no culpable? *de* Etapas en el camino de la vida. (N. DE LA T.)

[2] *En efecto, K. trata el tema de Inés y el Tritón en* Temor y estremecimiento. (N. DE LA T.)

desde un punto de vista hasta ahora desconocido para los poetas. El Tritón es un seductor, pero al conquistar el amor de Inés se siente tan conmovido que quiere pertenecerle por entero. No puede hacerlo, pues debería iniciarla en el misterio de su existencia y decirle que a cierta hora se convierte en monstruo... ; por lo tanto, sus nupcias no pueden ser bendecidas por la Iglesia. El pobrecillo se desespera y se arroja al mar sin volver a surgir. Da a suponer a Inés que la ha engañado.

¡Esto sí que es poesía, y no esas charlas ridículas y mezquinas que son pura farsa y necedad!

Un nudo de esta clase sólo puede ser deshecho con la ayuda de la religión ("religión" significa que deshace todo hechizo). Si el Tritón pudiera creer, tal vez su fe podría transformarlo en hombre.

Es preciso tener fe en Dios en las cosas pequeñas; de otra manera nuestras relaciones con Él no son verdaderas.

Si decimos de alguien: "Sé que es mi amigo y que suceda lo que suceda seguirá siendo mi amigo", y luego ocurre que por cualquier futilidad, nuestros puntos de vista se oponen diametralmente, no obstante lo cual aún lo consideramos como a un amigo, ¿no representaría esto una flaqueza? ¿No existiría, en el fondo, una forma de exaltación? Pues lo mismo es necesario que Dios participe de la realidad práctica del mundo, de la cual, por cierto, no está ausente. Pablo, a bordo de la barca a punto de naufragar, no rogaba tan sólo por su salvación eterna sino también por su salvación terrestre. Tal vez debió resignarse y decir: "Todo ha acabado para mí... quiero pensar únicamente en salvar mi alma" Sin embargo, ¡Pablo era un Apóstol del Señor!

N. B. *Periissem nise periissem.*

Quisiera escribir una réplica del *Diario de un seductor* [1]. Se trataría de una figura femenina: *Diario de una hetaira* Valdría la pena abocetar una figura semejante.

[1] *Publicado en la primera parte de* "O lo uno o lo otro". Diario de un seductor *ha sido publicado por Santiago Rueda - Editor (1951).* (N. DE LA T.)

La continuación del *Diario de un seductor* debería ser de género picaresco; por ejemplo, sus relaciones con una mujer casada.

(*dos hojas arrancadas*) . . . ella: ¡si supiese todo lo que he sufrido durante este último año! Ella jamás hubiese descubierto cosa alguna. Pero, de improviso, mi punto de vista se modifica. Debo pronunciar un juramento en la bendición nupcial, por lo tanto nada puedo ocultarle. Además, hay ciertas cosas que nunca podré manifestar, que jamás podré decirle: la intervención divina en el matrimonio ha sido mi ruina. Si no me caso con ella, estoy dispuesto a reanudar las relaciones mañana mismo. Me lo ha suplicado y eso basta. Puede confiar en mí de una manera absoluta pero sería una existencia desdichada. Me hallo al borde de un volcán y es necesario que ella se reúna conmigo para bailar juntos mientras dure. Por lo mismo, demuestro más humildad cuando callo. Demasiado bien sé la humillación que representa.

[1] He aquí un buen personaje para una comedia: un hombre dotado de un profundo sentido del humor se hace modista y utiliza dinero e influencias para ridiculizar a las mujeres, en tanto que con ellas adopta maneras insinuantes y las colma de halagos y de elogios; no porque aspire a sus favores (es demasiado intelectual para ello) sino con el fin de hacerlas vestir del modo más ridículo posible; así sacia su desprecio por la mujer, sobre todo cuando una de las damitas conoce a un hombre tan necio como ella. Para castigarlo, uno podría conducir la intriga hasta un punto en que las gentes tomaran como muestras de buen gusto las modas maliciosamente lanzadas, de modo y manera que fuera él el único que se divirtiera, muy legítimamente, sin embargo: entonces se enamora de una jovencita. Quiere hacer una excepción con ella, pues no puede tolerar que lleve los ridículos vestidos que ha creado para prostituir al sexo. Pero no logra convencerla y se ve obligado a soportar que su amada vista como las demás.

[1] *Los textos sobre el Modista han sido tomados de la traducción francesa de Ferlov-Gateau.* (N. DE LA T.)

Convence a las mujeres para que en sus atavíos indiquen los matices políticos que separan a sus maridos; la idea conquista el favor de los hombres y la prostitución se generaliza.

Por ejemplo, inventa un nuevo vestido para la iglesia, con el fin de prostituir a sus clientes, aún allí.

Réplica de mi personaje: —En la vida todo es cuestión de modas— la religión, el amor, las crinolinas y los anillos que los salvajes usan en la nariz —me diferencio de los demás simplemente porque lo he percibido y por la ayuda incondicional que presto a esa diosa sublime, hasta estallar de risa ante ese animal, el más cómico de todos, el hombre; he aquí que se acerca la baronesa de ¿Me-has-visto?, sin duda para comprar una nueva librea de demente.

Mis notas relativas a mis relaciones con Regina invierten extrañamente la sucesión cronológica de los hechos; puesto que lo acaecido en primer lugar resulta siempre anotado en último término, precisamente porque no era de temer que lo olvidase, dada la profunda impresión causada. Y así, no he anotado aún uno de los puntos decisivos, cuando ella me repetía que si yo hubiese podido persuadirla de ser un impostor, habría soportado todo. Por otra parte, ahora que lo pienso, esas palabras no eran más que una manifestación de su orgullo; ¡como si poseyera tal firmeza moral! No debí de prestarles tanto crédito. La vida, sin embargo, es más profunda. Confié en ella, creí en la grandeza de carácter que a ella le complacía demostrarme; debo, pues, reglar mis acciones en consecuencia; y al final, será ella quien lleve la peor parte. ¡Uno puede ver cuán desdichado es para una muchacha carecer de educación religiosa! ¡Cuando pienso que fué necesario cierto tiempo antes de que la impresionaran mis lecturas semanales de las prédicas de Mynster! ¡Es extraño que una joven pueda sentirse tan importante que sólo por haberme hecho el honor de su cariño o, mejor aún, por haberse comprometido en matrimonio conmigo, suponga que me inquieta-

rá de esa manera! ¡En materia de diferencias, me parece, sin embargo, que bien puedo hacerle frente!

Podría tal vez reproducir la tragedia de mi infancia, la horrenda clave de esa religiosidad que temerosas sospechas me deslizaban en propia mano y que mi imaginación martillaba en el alma, escandalizándome de la religión, en una novela que se titularía: *La familia enigmática.* Comenzaría simplemente por un idilio patriarcal y, en esta forma, nadie sospecharía, hasta el momento en que estallara de pronto esa palabra que lo explica todo en medio del espanto general.

Un maniático ocupaba sus paseos en observar atentamente a los niños, porque suponía haber dado un hijo a una muchacha cuya suerte ignoraba; y en ese momento le dominaba la preocupación de encontrar al niño, de ser esto posible. Nadie podía explicarse la simpatía indescriptible con que miraba a las criaturas.

El método de comenzar por la duda para fundar la filosofía, parece tan adecuado para sus fines como pretender que los soldados se cuadren cuando se les obliga a inclinarse.

RÉPLICA

Un temperamento humorista se encuentra con una joven, la cual, poco tiempo antes, le había asegurado que moriría si la abandonaba; la halla hermosa y comprometida en matrimonio con otro. Con una reverencia, le dice: "¿Puedo agradeceros el beneficio que me habéis hecho? Permitidme, en ese caso, que os demuestre mi gratitud". (Saca del portamonedas algunas monedas y se las ofrece. Muda de desdén, ella no hace ademán de marcharse y trata de dominarlo con la mirada). Entonces, él prosigue así: "¡Nada de agradecimientos! Es una pequeñez para vuestro ajuar de novia, y el día de la boda, cuando hayáis logrado vuestros buenos propósitos, me comprometo por lo más sagrado, por el amor de Dios y vuestra eterna salud... a mandaros otro tanto".

En lugar de la intriga abocetada para *La repetición,* podría imaginar otra. Un joven, dotado de imaginación y de mucho talento, desperdiciado hasta el momento, se enamora de una muchacha honesta; servirse de una inveterada coqueta no ofrecería gran interés psicológico, salvo desde otro punto de vista. Dicha joven, a pesar de ser pura e inocente, posee una gran capacidad imaginativa, sobre todo en materia amorosa. Por su parte, él se atiene a sus muy simples ideas. Ella las desarrolla. Y precisamente cuando él le proporciona verdaderas satisfacciones comprende que no puede permanecer a su lado. Su capricho aventurero por la variedad se ha despertado y lo fuerza a apartarse. Ha sido la muchacha quien lo ha convertido en un seductor, pero limitado por la imposibilidad de seducirla. Sería interesante que, más tarde, cuando él alcanzara el pleno dominio de sus fuerzas, enriquecido por la experiencia, tratara de seducirla porque "mucho le debía".

¿No es acaso un defecto de la personalidad entregarse a otro ser hasta el extremo de no conservar el propio yo? Una personalidad auténtica y madura permanece fiel a sí misma como la paloma viajera a su palomar. Vendedla cuantas veces queráis: siempre regresará.

El concepto de "repetición" se generaliza: 1) Cuando debo actuar mi acción ha preexistido en mi conciencia en forma de representación o de idea, de lo contrario actúo sin pensar, lo cual no es actuar. 2) Desde el momento que debo actuar me presupongo en un estado original íntegro. Y llegamos al problema del pecado; otra repetición, puesto que es preciso retornar a mí mismo. 3) Por fin la verdadera paradoja, por la cual me convierto en el "Ente" [1]; pues si permanezco en el

[1] *K. emplea la palabra* Enkelte, *que el traductor italiano traduce por* Il síngolo *y los traductores franceses por* l'Isolé. *Con ella se refiere al individuo, a la persona, aislada de la masa y "frente a Dios". Para K. representa la razón de la existencia humana, el fin de la ética, del cual ningún hombre se ve excluído. Es la base de su ataque contra el hegelianismo y la filosofía materialista.* (N. DE LA T.)

pecado considerado como condición general estoy simplemente en la repetición nº 2.

Puede compararse esto con las categorías de Aristóteles.

¡La expresión ética de la vida consiste en transformar el talento en vocación! El problema es aquí mucho más difícil, pues se trata de saber hasta qué punto puede un individuo hacer abstracción del problema religioso en su elección. Mi vida es un ejemplo. Si hubiera seguido mi vocación y elegido la carrera para la cual tenía un notable talento, la policial, habría sido mucho más feliz, aunque ahora sea mejor que todo haya sucedido de esta manera. Mi sagacidad se habría exteriorizado. La religión habría sido convertida en interioridad que no hubiera escrutado profundamente aunque tornara a ella con frecuencia; al engolfarme en el problema religioso, como en mi verdadera misión, he vuelto a mi sagacidad contra mí mismo. Si la llamada "realidad" fuera el fin supremo, debí de haber hecho una elección diferente. ¡He aquí una nueva dificultad!

Cuando uno escribe acerca de los acontecimientos de su propia vida, es regla de delicadeza no decir nunca la verdad sino reservarla para sí y permitir sólo que se refleje desde diversos ángulos.

Es verdad lo que dicen los filósofos: "la vida sólo se comprende hacia atrás". Pero es necesario recordar el otro principio: "se vive hacia adelante". Cuanto más uno desmenuza esta fórmula, tanto mejor concluye que es imposible comprender del todo a la vida en su temporalidad, porque ninguno de sus momentos me da, en efecto, esa calma indispensable para asumir la actitud de "mirar hacia atrás".

Hasta que nuestra época no haya padecido sacudidas mucho más profundas, no habrá nada que hacer. La época contemporánea puede dividirse en dos categorías: los que escriben representan la desesperación, y los que leen desaprueban, por supuesto, a los primeros, alabándose de poseer una sabiduría

mayor; pero si supieran escribir, cometerían las mismas tonterías que aquéllos. En el fondo, todos han alcanzado igual grado de desesperación, mas si no les proporciona la oportunidad de volverse importantes no vale la pena ni desesperar, ni demostrarlo. ¿Puede decirse acaso que hayan superado a la duda (que la hayan vencido)? Un último análisis podría dar como lema de nuestra época el que encontré en la *Teología teutona* [1] (tal vez las palabras alemanas no hayan tenido para el autor el mismo sentido, tal vez no haya sospechado esa desesperación extrema): "Cuando hemos dejado de ser ricos en espíritu, olvidamos a Dios y nos glorificamos de nuestra perdición" (c. 10, p. 41). Nuestra época, por decirlo así, quiere mostrar a los ojos de Dios una glorificación semejante. Y de este modo la desesperación actual prueba que no es posible prescindir de Dios, puesto que el estímulo de tal desesperación es justamente el pensamiento de Su existencia.

Cuando una muchacha no consigue obtener de su amado el fin que se ha propuesto, finge que está enamorada de otro y prueba así que el acme de su amor es debido al primer novio; de este modo también la temporalidad pretende darse importancia a los ojos de Dios. Lo trata como Emelina (en *Primer amor* de Scribe) trata a su padre. Como no puede verse satisfecha, enferma y muere... "¡cuando haya muerto, será demasiado tarde!" ¡Probablemente nuestra época cree que pone a Dios en una situación embarazosa!

Es preciso que algún día utilice a Abelardo. Pero habrá que modernizarlo completamente. Sus conflictos espirituales no tendrán lugar entre la autoridad del Papa y de la Iglesia y su saber, sino entre su simpatía, que quisiera atenerse al orden establecido y luego, Eloísa.

...Pues el tiempo es quizá el más peligroso de los adversarios; como los partos, hiere cuando huye; acaso no son los peores ataques los que nos sorprenden por la espalda?

[1] Die deutsche Theologie, *reedición de la Teología de Lutero, con notas del pastor Fr. C. Kruger (Lemgo, 1822).* (N. DEL T. I.)

¿Qué es la felicidad? Un espectro que existe después de haber sido. ¿Y la esperanza? Un inoportuno entrometido del cual no podemos zafarnos; un hábil impostor más permanente que la honestidad; un amigo pendenciero, que no quiere perder sus derechos aunque César haya perdido los suyos. ¿Y el recuerdo? Un incómodo consolador, un felón que nos hiere por la espalda, ¡una sombra imposible de vender aunque se halle un comprador! ¿Qué es la beatitud? Un augurio que uno deja para quien lo recoja. ¿Y la fe? Una cuerda de la cual permanecemos suspendidos a menos que nos sirvamos de ella para ahorcarnos. ¿Qué es la verdad? Un secreto que los moribundos llevan consigo. ¿Y la amistad? Un tormento más. ¿Y la espera? Una flecha volante sujeta al arco. ¿Y la realización? Una flecha que sobrepasa al blanco.

MARZO - DICIEMBRE 1844

TRES SON simplemente las posiciones entre la fe y la ciencia.

1) San Pablo: "Sé a quién he creído". (II *Timoteo,* 1-12.)
2) *Credo ut intelligam.*
3) La fe y lo inmediato.
En las tres el saber sucede a la fe.

Nací en 1813, en aquel año de desastres financieros en que tantos billetes de banco fueron puestos en circulación. Mi existencia podría compararse con uno de ellos. Hay en mí indicios de cierta grandeza, pero debido a desdichadas coyunturas, sólo tengo escaso valor. Un billete similar ha sido, a veces, la causa de la desventura de una familia.

El cumplimiento de los deberes maternales se nos brinda bajo su luz más favorable cuando se halla en conflicto con las formas de rigor. Hace poco vi a una gran dama con su hijo en brazos; probablemente el niño se había fatigado o no quería seguir andando; de todos modos, se trataba de algo imprevisto, pues de lo contrario, la madre habría llevado consigo a una criada. Iba por Oestergade [1] de esta suerte, sin demostrar

[1] *Calle principal del viejo Copenhague.* (N. DE LA T.)

ni enojo, ni confusión ni fastidio, contemplando feliz a su pequeño. ¡Hermoso espectáculo!

Si el Cristianismo pudiera naturalizarse no sería necesario el bautismo de los niños, puesto que por nacer de padres cristianos, serían cristianos desde el momento de su nacimiento. Pero no, la conciencia del pecado es y será siempre la *conditio sine qua non* del Cristianismo; si uno pudiera verse exento de ella ya no podría convertirse en cristiano. Da la prueba de que es la más elevada de las religiones, el hecho de que ninguna otra haya expresado con igual profundidad y elevación el significado que para el hombre tiene el saberse sujeto al pecado. Sí, precisamente esta conciencia falta en el paganismo.

Platón, ya (cosa que debe desconcertar a los que como Feuerbach[1] tanto se agitan para hacer resaltar la importancia de la diferenciación sexual, cuando mejor sería que sobre este asunto se refirieran al paganismo), admite que, en el fondo, el estado de perfección humano es el de la indiferenciación sexual. Piensa él que en el principio sólo existió el sexo masculino (sin sexo femenino, evidentemente una sexualidad indiferenciada) y que el sexo femenino apareció como consecuencia de la depravación y degeneración. Supone que los hombres perversos y disolutos fueron transformados en mujeres después de su muerte, conservando, a pesar de ello, la esperanza de reintegrarse al sexo masculino. Piensa que en una vida perfecta ocurrirá lo mismo que en el principio y sólo existirá el sexo masculino; por consiguiente, habrá un solo sexo, el indiferenciado. Así dice Platón, no obstante que su teoría del Estado representa la culminación de su filosofía. ¿Qué debería decirse entonces de los cristianos, y de sus ideas acerca de una vida futura?

También Aristóteles dice que los animales, como las mujeres, son formas mal logradas e incompletas.

[1] Das Wesen des Christentums. *Leipzig, 1841. K. había comprado el libro el 20 de marzo de 1844.* (T. F.)

Se diría que el lenguaje ha sido dado a los hombres, no para ocultar sus pensamientos (según dice Talleyrand y según ha dicho ya Young en las "Noches") [1], sino para ocultar la falta de pensamientos.

La tarea no consiste, como cree la humana estupidez, en justificar al cristianismo ante los hombres sino en justificarse a sí mismo ante el cristianismo.

Otro motivo de risa (una buena presa para el ironista) sería decir, por ejemplo, que un rey ha "introducido" al cristianismo en su reino, como si se tratara de la más preciada raza ovina. Por desgracia, el cristianismo es lo único que no permite ser introducido.

El principio de Descartes: "Pienso, luego existo", es, a la luz de la lógica, un juego de palabras: puesto que ese "existo", lógicamente, sólo significa: "soy un ser pensante" o bien, "pienso".

LA DESESPERACIÓN SILENCIOSA

Cuento

El inglés Swift construyó en su juventud un manicomio donde fué internado en su vejez. Se cuenta que a menudo se miraba en el espejo, repitiendo estas palabras: "¡ Pobre viejo mío!"

Había una vez un padre y un hijo, dotados ambos de grandes cualidades espirituales, ambos perspicaces, especialmente el padre. Los que frecuentaban su casa hallaban en ella gran distracción. Generalmente se entablaban discusiones entre los dos y más parecían tratarse de inteligencia a inteligencia que como de padre a hijo. Rara vez, al observar al hijo y verlo pre-

[1] *Más exactamente en* Love of Fame. (N. DE LA T.)

ocupado, el padre, después de contemplarlo largamente, le decía: "¡Pobre muchacho!, estás incubando una desesperación silenciosa". No le hacía preguntas. ¿Cómo podía interrogarlo si también él era víctima de una desesperación semejante? Jamás cambiaron otra palabra acerca de este asunto. Pero tanto uno como otro se convirtieron en los seres más melancólicos que la memoria humana recuerde entre las criaturas de esta tierra [1].

Éste es el origen de la expresión: "la desesperación silenciosa"; hasta entonces ninguno de ellos la había empleado y generalmente se le da otra acepción. Cuando el hijo pronunciaba a solas esas palabras se echaba a llorar, ya por la inexplicable emoción que lo dominaba, o por el recuerdo de la voz emocionada del padre, lacónica como la melancolía, pero provista también de su fuerza.

El padre se juzgaba culpable de la melancolía del hijo y el hijo de la del padre; la angustia les impidió siempre una mutua confesión. Pues aquella exclamación del padre era el desahogo de su propia melancolía y más la profería para sí mismo que dirigiéndose a su hijo.

La gran diferencia con respecto a la remisión de los pecados consiste en que cuando perdonamos a otro el mismo pecado, estamos convencidos de que Dios también perdonará; pero cuando se trata de nosotros ya el asunto se vuelve más difícil. La filosofía, que con toda su cháchara nada explica, se limita a "pasar de largo". ¡La primera condición para "pasar de largo" es sentirse tan culpable que no podamos hallar perdón aunque los demás lo logren! Estamos dispuestos a creer que existen muchas cosas que pueden servir como justificación: ¡pero para los demás, no para nosotros! En todo esto no existe nada de anormal, se trata de una hipertrofia de la

[1] *Como ilustración de este texto es interesante dar a conocer un fragmento de una carta del padre de K. escrita dos meses antes de su muerte (27 de junio de 1838) y dirigida a su hermana, que dice así: ..."Sin estar enfermo, me siento muy débil de cuerpo y de alma y otro tanto debo decir de mis dos hijos.* (N. DEL T. I.)

subjetividad necesaria para evitar que la existencia entera se descomponga en bagatelas a propósito de la primera pequeñez que ocurra, por ejemplo, Persia, China, etc....

Antaño, los hombres derivaban su importancia del nacimiento, de la fortuna, etc.; ahora somos menos humildes, hay más "historia universal"; y toda la importancia proviene de haber nacido en el siglo XIX... ¡Viva el milagroso siglo XIX! ¡Vaya suerte envidiable!

El más severo escrúpulo es y será siempre ignorar si la razón del sufrimiento está en el pecado o en la demencia. La libertad, habitualmente empleada como medio de lucha, se convierte dialécticamente en este caso en su más horrendo opuesto.

Me hallo con mis sentimientos en la misma condición que aquel inglés dueño de un billete de cien esterlinas, quien no encontró a nadie que pudiese cambiárselo [1].

En el fondo sólo existe una cualidad: la individualidad. Es el eje de toda cosa; así, la comprensión de la propia personalidad es cualitativa, en tanto que la que poseemos acerca de los demás es cuantitativa. He aquí la obra de la individualidad; pero ¿quién la desea ya?

Es extraño que una joven cuanto más pura es, más pronto conoce su naturaleza pecaminosa. Tal descubrimiento me ha procurado gran placer; pues, en el fondo, ése ha sido el punto que me ha causado mayores dificultades para pensar en el pecado y subordinarle todo lo demás. Para nosotros, pecadores, no existe dificultad alguna en comprenderlo.

N. B.

Todos comprenden que el principio de identidad domine en cierto sentido al principio de contradicción y hasta le sirva

[1] *Citado también en:* ¿Culpable o no culpable?, Etapas en el camino de la vida. (N. DE LA T.)

como base. Pero éste es, simplemente, el límite del pensamiento humano como las montañas azules del horizonte, como esa línea que los dibujantes llaman de fondo, en tanto que el diseño será siempre lo principal. Mientras viva en el tiempo, el principio de identidad es abstracción pura. Nada más fácil, por lo tanto, que alabarse e inducir a los otros a pensar en la identidad total dejando de lado las diferencias. Pero podríamos preguntar a uno de estos escamoteadores cómo actúa en la vida, pues en la identidad se opera fuera del tiempo. Así, el suicidio sería la única consecuencia moral del principio de identidad si se lo quiere mantener en el tiempo. La confusión resulta, por consiguiente, del hecho de vivir en una categoría distinta a la del pensamiento que nos inspira cuando escribimos algún libro. ¡Oh miserias del oficio de escriba!

Mientras viva, viviré en la contradicción porque la vida misma es contradicción. De una parte tengo a la verdad eterna; de la otra la multiplicidad de la existencia que el hombre, como tal, no puede penetrar, pues debería de ser omnisciente.

Por esto mismo el agente de enlace es la fe.

N. B.

Dios sólo puede manifestarse para el hombre en el milagro; es decir, que verlo significa ya presenciar un milagro. El hombre no puede ver el milagro por sí mismo, pues el milagro consiste en su propio aniquilamiento. Los judíos expresaban esto mismo al decir: "Ver a Dios y morir" (*Éxodo,* 33-20)[1]. Más exacto sería decir que la visión de Dios o del milagro ocurre en virtud del absurdo, puesto que toda razón queda de hecho descartada.

Lo cómico estriba siempre en la contradicción. En el hecho de que un hombre pida autorización para abrir un despacho de cerveza y que se le niegue el permiso, no existe nada de cómico. Por el contrario, que una muchacha solicite permiso para hacer una vida deshonesta y obtenga una negativa,

[1] *"No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá".* (N. DE LA T.)

como a veces sucede, eso sí que es cómico; y como hay aquí más de una contradicción, el efecto es mayor.

A propósito de mi lectura de Rotscher (*Die Kunst der Dramaticher Darstellung,* Berlín, 1841 IP. pág. 394 y sig.) sobre el acento ético, puedo decir que también yo lo he usado corrientemente en mi vida personal, como poeta y como declamador; cuando en la época de mis relaciones con Regina y de la ruptura del noviazgo, ella decía que iba a morir, seguramente yo anuncié: —Ella elige los chillidos y yo el dolor. Ahora puedo decir: —Ella ha elegido los chillidos y yo el dolor.

N. B.

Hablar de una unidad superior que deba unificar a las contradicciones absolutas, es un atentado metafísico contra la ética. Lo mismo que todos esos discursos sobre lo "positivo"; esas afirmaciones de que los demás son espíritus "negantes", en tanto que él, el que discurre, es un espíritu positivo, etc.; ¡cuántas necedades! La positividad se posee en igual medida que la negatividad. Nuestro libre arbitrio no olvida jamás ese origen dialéctico de la libertad. Se dicen tantas necedades porque no se tiene un concepto claro de las propias categorías; se habla del bien, se lo elogia, llegando hasta a dar un ejemplo; pero se trata simplemente de una definición que no sale de la esfera de lo inmediato: (por ej.: "un buen corazón", "lo que se llama un hombre de bien"). O sino se habla de la duda total, y si alguien se arriesga a escribir sobre Hamlet, los demás se persignan de espanto y declaran que eso es enfermedad de reflexión... ¡Y decir que Hamlet no llegó hasta el extremo de dudar de todo!...

HOJAS SUELTAS

1844

RELACIONES entre un padre y un hijo; el hijo descubre involuntariamente los entretelones pero no se atreve a profundizar ese secreto. El padre es un hombre estimado, piadoso, austero; sólo una vez, en estado de embriaguez se le escapan algunas palabras que dejan entrever algo horrendo. El hijo no logra enterarse por otro conducto y no osa interrogar a su padre ni a ninguna otra persona.

INFORME

In vino veritas[1] no quiere progresar. No hago más que escribir algunos pasajes que no acaban de satisfacerme. Creo que he reflexionado demasiado, y por lo mismo, esterilizado mis emociones. Imposible escribir aquí en la ciudad, sería necesario viajar. Pero quizá no valga la pena concluir lo comenzado. La idea de comicidad en el erotismo ha sido bosquejada ya en *Del concepto de la angustia*. El Modista es una figura bien lograda, pero se trata de saber si esto no concluirá por desviarme de cosas más importantes. De todos modos, es preciso terminarlo de una vez. Si no sobreviene un rapto de inspiración lo abandono del todo. Últimamente mi productividad dis-

[1] *Primera parte de* Etapas en el camino de la vida. (N. DE LA T.)

minuye o me sugiere consideraciones que no quiero transcribir.

El objeto de los cinco discursos de *In vino veritas,* que son otras tantas caricaturas, es sacar a luz la esencia femenina, pero falsificándola.

El joven sólo contempla el sexo. Constantino Constantius encara el hecho psicológico que es la infidelidad; es decir, su futilidad; Víctor Eremita examina en el sexo débil, su psiquis y su importancia para el hombre y concluye por negarla. El Modista trata el factor sensual apartado de lo erótico propiamente dicho, como vanidad (por lo tanto en las relaciones mutuas entre mujeres, puesto que como ha dicho un autor, las mujeres se adornan por recíproca rivalidad y no para el hombre). Juan el Seductor, se atiene al puro factor sensual con respecto al erotismo.

27 de agosto de 1844.

Debe hacer aproximadamente tres años que concebí la idea de hacerme escritor. Lo recuerdo muy bien. Fué un domingo; no, veamos un poco... sí, sí, exactamente un domingo después del almuerzo. Estaba, como de costumbre, en el café del parque de Frederiksberg fumando mi cigarro. Había salido de casa sin meta alguna y mis pasos me llevaron, como habitualmente, a ese lugar donde me parece hallarme tan bien como en mi propio hogar, donde todo predispone a una cierta elevación melancólica por encima de este mundo y de sus cosas, donde la envidiada gloria de la dignidad real es simplemente el recuerdo que una reina guarda de su difunto señor. Para un viejo habitante de Copenhague, el jardín de Frederiksberg asume fácilmente un matiz melancólico desde la muerte del anciano rey [1]; su sucesor, al no habitar esta residencia de verano, ha permitido a sus súbditos deplorar convenientemente la pérdida del viejo soberano, como un buen

[1] *Federico VI; el más popular entre los soberanos del antiguo régimen danés, cuya muerte, ocurrida en 1839, fué muy lamentada en Dinamarca.* (N. DE LA T.)

súbdito llora la ausencia de un príncipe; porque un ser enfermizo ni aprecia a los vivos en su justo valor, ni sabe tampoco llorar dignamente a los muertos.

Pero ¿acaso existe algo que pueda sustituir a la inolvidable impresión de la infancia: el rey es el rey y Federico VI es el rey? ¡Único caso en que un nombre común es nombre propio y en que el nombre propio es nombre común! ¿Acaso puede otra edad, como la infancia, ignorante e inexperta en cuestiones de cambios de reinado, y que *in concreto* nada sabe, embellecer así la idea del rey convirtiéndolo en un ser sobrehumano? Sin envidia de ninguna clase, sin sospecha alguna de los sufrimientos que la dignidad real comporta, sin crítica ninguna de los presuntos lados buenos o de sus flaquezas, ya sea un buen príncipe o un príncipe prudente, el rey representa para todo niño una figura indispensable y, sin haber leído los decretos reales, cumple éste espontáneamente sus órdenes y presta a Su Majestad las gentilezas más inimaginables. Ese rey, por supuesto, habita en un castillo de marfil con balcones...

Y he aquí que Federico VI se presenta los domingos a bordo de un barco cuyo timón gobierna, vistiendo los remeros su librea, y cisnes, y toda esa realidad que el niño conoce a través de sus juguetes de Nuremberg y de sus propias invenciones; había visto ya todo aquello: el rey y la reina bogando en una barca con el cortejo de los cisnes en pos de ellos. ¡Con cuánta fidelidad la imagen se ha precisado! Pues lo que la fuerza no logra obtener del hombre, el niño lo obtiene con su fantasía; y aquello que en pleno vigor de los años somos incapaces de extraer de la realidad, mana espontánea y copiosamente en la infancia.

¡Ah, sí! Federico VI, en sus paseos dominicales por el jardín de Frederiksberg; empuñando el timón y acompañado por sus remeros de librea y por el cortejo de los cisnes... ¡un mundo del pasado! Sólo quedaba el perfume de las flores a la entrada del parque... nada más que el recuerdo permanecía; y el mejor de los súbditos no vale hoy tanto como un niño. Pues el mejor de los súbditos conoce ahora los sufrimientos de la dignidad real que, por lo tanto, ha perdido para él sus atrac-

tivos; el niño, en cambio, ve al rey como al único ser dichoso; ¡ay, qué error el suyo! ¡El único ser dichoso es él, el niño!

El rey ya no está. Dejemos a nuestra espalda a la vida bulliciosa, el niño no acude ahora a las alegres atracciones de Vesterbro; simplemente ha ido a Frederiksberg. El contraste aumenta el silencio. Llegamos al parque donde se reúne un pequeño grupo; tampoco la fuente está tan concurrida como en otros tiempos; a pesar de su cordialidad y de su belleza se asemeja al culto de una secta tolerada. La frondosa vegetación y el oscuro reflejo del agua convierten al parque en un refugio para parejas de enamorados que se dedican al placer de vivir y para algunos pocos desdichados, dispuestos a entregarse a sus sombrías ideas. Seguía yo con la mirada a una pareja de novios que se alejaban por el sendero en busca de los rincones más apartados del jardín, lejos del ruido, a fin de encontrarse a sí mismos; descubría entonces nuevas parejas que como veleros distantes acudían desde lejos para perderse en medio de la multitud.

En el café del parque se da cita un grupo de personas. Quien busca allí retiro como en una fortaleza, se siente alejado de la rumorosa alegría de la vida cotidiana; tal distancia manifiesta una diferencia que se traduce por una mezcla de sentimientos: por una parte, una pequeña dosis de buen tono deseoso de mantener la separación; por otra, algo de melancólica nostalgia deseosa de eliminar a aquélla para abandonarse a la sana sencillez de la vida popular, que no debe desperdiciar el momento y que, en ropas de fiesta, ha de aprovechar del domingo, su día de libertad.

DICIEMBRE, 1844 - DICIEMBRE, 1845

CUANDO mi padre murió, Sibbern me dijo: "Seguramente que ahora no pasarás tu examen de teología". Y fué entonces cuando me diplomé; si mi padre hubiera vivido aún, no habría pasado jamás el examen. Después de la ruptura del noviazgo, Pedro me dijo: "¡Ahora sí que estás perdido del todo!" En cambio, es evidente que si algo he llegado a ser, ha sido gracias a aquel paso.

Con el título de *Privadísima* y con los trazos más delicados que fuera posible, me gustaría retratar a un alma femenina, cuya grandeza estaría compuesta de tierna aceptación, modesta y púdica (por ej.: una Cornelia Olsen [1], algo idealizada, la figura de mujer más notable que he conocido y la única que ha provocado mi entusiasta admiración). Mi personaje debería asistir al casamiento de su hermana con el hombre a quien amaba. Conflicto de la resignación.

Una contrarréplica de la parábola de los sembradores (*Mateo,* 13-3) trataría de los predicadores.

El propietario de una masería da a cada uno de sus siervos una cantidad igual de la buena semilla que posee.

Pero uno de ellos esconde su parte en un rincón húmedo,

1 *Hermana de Regina, quien siempre tuvo a K. en gran estima.* (N. DE LA T.)

la semilla fermenta y germina demasiado pronto. Otro la mezcla con grano de calidad inferior.

Otro piensa: "La semilla es mía; ¿por qué he de sembrarla?" Y la vende.

Otro, por fin, la esparce, pero pacatamente, como si se tratara de un tesoro.

Éstos son simples croquis de apuntes, porque la unidad de la idea no está mantenida; pero podrían utilizarse. El hallazgo es bastante bueno y podría servir, especialmente como conclusión para un sermón o como principio para evitar errores.

Una individualidad ligera y vana concibe invariablemente una idea extraordinaria acerca de la distinción de un Apóstol; ve al Apóstol bajo la etiqueta de la felicidad, de la magnificencia. Un alma humilde y profunda, en cambio, tiene un claro concepto acerca de los sufrimientos de un Apóstol.

N. B.: Sería preciso introducir una nueva ciencia: la retórica cristiana, a modo de la *Retórica* de Aristóteles. La dogmática entera es un malentendido, especialmente hoy día.

Ese burgués tan decente, cada vez que daba una pequeña limosna (carecía de medios para más), se descubría con tanta humildad que parecía estar saludando a un superior. Y lo hacía con tanta gracia, que se hubiera dicho que saludaba a su mejor amigo.

Es verdad que de nadie puede uno aprender tanto como de los niños, pero es verdad también que un padre corre el riesgo de echarse a perder con semejante aprendizaje. Tener a nuestro lado a un ser similar, con el cual nos atrevemos a desahogarnos y, no obstante eso, exigir de él no sólo obediencia sino también amor; poseer junto a nosotros a una criatura pequeña con la cual acabamos siempre por tener razón: ¡qué peligro!

Frente al matrimonio soy como Diana ante las parturientas; su misma virginidad les servía de ayuda.

Definición de la ironía

¿Qué es la ironía? La unidad de pasión ética —que acentúa en interioridad al propio Yo infinitamente— y de la educación, la cual en su exterior (el comercio con los hombres) hace infinitamente una abstracción de ese mismo Yo. Esta abstracción oculta a los ojos de los demás la primera unidad y en esto consiste el arte, en la verdadera infinitización de la interioridad.

Relación entre *O lo uno o lo otro* y *Etapas en el camino de la vida*

En *O lo uno o lo otro* el estetismo era un presente en lucha contra la ética; el momento ético era la "elección" por medio de la cual uno se aparta de lo estético. Por lo mismo, sólo existían dos caminos en la vida, y la victoria del Asesor era absoluta aunque el libro concluya con un sermón y con la siguiente observación: "sólo la verdad que edifica es verdad para mí" (la interioridad, punto de partida de mis disertaciones edificantes).

En *Etapas en el camino de la vida,* existen dos caminos y la situación es diferente:

1º) El momento sensual estético es rechazado como algo perteneciente al pasado (un "recuerdo", por lo tanto), pues no es posible suprimirlo.

El Joven (melancolía del espíritu); Constantino Constantius (endurecimiento intelectual); Víctor Eremita, que no puede ser ya editor (ironía simpatizante); el Modista (desesperación demoníaca); Juan el Seductor (perdición, una individualidad "deshonrada"), que acaba por decir que la mujer sólo es "el momento". Y entonces interviene el Asesor, según el cual la belleza de la mujer aumenta con los años, puesto que su realidad consiste precisamente en la duración.

2º) El momento ético como lucha. El Asesor no se pierde en lecciones sentimentales sino que lucha con la existencia. No es capaz de conclusiones; aunque su seriedad le permite vencer cualquier estadio estético, no está en condiciones de competir en espiritualidad con los estetas.

3º) El momento religioso nace de una aproximación demoníaca. (*Quidam* de la Experiencia): el humor es algo así como su fondo original y su incógnito (Frater Taciturnus).

Sería preciso escribir dos nuevos libros.

Confesiones de un poeta

Su martirio consiste en querer ser un carácter religioso pero se equivoca siempre y se convierte en poeta; por consiguiente, un amante infortunado de Dios (su pasión es dialéctica en el sentido de que constituye una especie de engaño hacia Dios).

Secreto de un corazón (v. *Privadísima*)
Ser simplemente vecino de la desdicha y, sin embargo, el más desdichado

Frecuencia de tales situaciones en la vida, donde quien está al margen y, por lo tanto, fuera, es quien más sufre. Sofía Beaumarchais (*Clavigo*).

Tal vez sería justo reanudar la experiencia psicológica con otro dilema; por ej., un aspirante a pastor que tema serlo (a causa de una culpa... Escena: se esconde en un lugar apartado, no se atreve a hacerlo en su propia casa por temor a que lo sorprendan, para leer derecho canónico y conocer así cuáles pecados la Iglesia prohibe. El principio: *de occultis non judicat ecclesia*). No obstante, su único deseo es ser pastor, pues le parece que así podrá reparar en parte su culpa. El conflicto dialéctico se plantea en los siguientes términos: ¿es útil para los demás que calle su falta o valdría más confesarlo todo? *De occultis non judicat ecclesia,* podría ser el título.

Poner en sus labios esta réplica: —¡Pluguiera al Cielo que la Iglesia no juzgara las cosas ocultas!... ¡pluguiera al Cielo que lo hiciera! El consuelo de tantos es para mí causa de sufrimientos infinitos. ¿Debo denunciarme? Sería cerrarme el acceso al ministerio sagrado. Pero, ¿osaré hacerlo?

Réplica: por sobre todas las cosas me falta el púlpito, me

siento como el enfermo que yace en su lecho de muerte o en el hospital.

He comprado una nueva edición del Derecho Canónico para reanudar los estudios y saber así si podré o no ser pastor. El simple hecho de comprarlo me hizo estremecer, pensando que el librero podía leer en mi cara el propósito doloroso para el cual ha de servirme.

Aunque el sistema [1] tuviera la cortesía de asignarme un cuarto de amigo bajo su techo para no dejarme a la intemperie, preferiré siempre ser un pensador como un pájaro en la rama.

Etapas en el camino de la vida no tendrá tantos lectores como *O lo uno o lo otro;* casi no suscita atención. ¡Muy bien! Me veré libre así de esa canalla bobalicona que siempre quiere estar presente donde hay aglomeración. ¿Acaso no lo había previsto en el *postscriptum* de *Culpable o no culpable?*

El otoño, a pesar de que nos recuerda el ocaso, será siempre para mí la estación preferida. Cuando llegue el momento de mi ocaso quisiera que alguien me amare como yo he amado al otoño.

Si se le dijera a un niño que quebrarse una pierna es pecado, el pobrecillo viviría en la angustia. Posiblemente correría mayor peligro de quebrársela y la inminencia del hecho le parecería ya una falta. Supongamos que no haya podido sobreponerse a esta primera impresión. Entonces, por amor a sus padres, para que no los abata el desastre del error, tratará de mantenerse firme todo el tiempo que le sea posible. Como cuando se ata un caballo a una carga demasiado pesada y el animal tira con todas sus fuerzas hasta que acaba por caer exhausto.

Tal vez, un "desvío" similar acaece, a veces, respecto del

[1] *Expresión corriente de K. para designar al hegelianismo, y en particular a la teología racionalista.* (T. F.)

pecado, por causa precisamente de los que bien nos quieren. Como el padre que, habiendo malgastado su vida en la disolución, a fin de apartar de ella a su hijo, considere al instinto sexual como pecado y olvide la diferencia existente entre él y el niño, quien, en su inconsciencia, naturalmente interpretará mal... ¡Qué desdicha cuando desde la infancia uno se ha visto uncido a tales penas para toda la vida!

Se podría imaginar a alguien capaz de vivir toda la vida con la preocupación constante de carecer de fe y del cual sería preciso decir y al cual se dijese: —Querido amigo ¡tú has tenido fe! ¡Tu preocupación fué tan sólo el dolor de la interioridad!

RÉPLICA

En una gran barrica de arenques siempre una de las capas es apretada y desmenuzada; en los cajones de frutas, las que están colocadas a los lados se maceran y se pierden... y así en cada generación los hombres que están al margen, víctimas del embalaje, tienen la misión de proteger a los demás.

La reflexión ética es el punto decisivo en la vida. Ella suministra la autorización y la medida de la existencia humana. Las demás diferencias no cuentan, por otra parte. No hay diferencia entre un comerciante al por mayor que mide millones de palmos de tela por año y una pobre viuda que sólo mide algunos centenares. La diferencia estriba en el "cómo", es decir, en que ambos se sirvan de la medida legal para medir.

¡Cuán extraño! Una pequeñez que los llamados astutos acaban por despreciar y por descuidar, se venga a menudo, pues cuando alguien enloquece, el motivo casi siempre, es alguna pequeñez.

Gracias a Dios, figuro entre los benjamines de la fortuna o entre los muy admirados; y aunque me sienta dispuesto a alegrarme de ello y a inclinarme ante los afortunados, no de-

seo serlo porque una existencia semejante se opone a lo "general" [1] y priva de consuelo a los infelices.

Existe un pájaro (la osífraga) que es llamado precursor de la lluvia. Así soy yo. Cuando el temporal comienza a formarse sobre una generación, aparecen las individualidades de mi tipo.

[1] *Término técnico usado por K. para indicar lo que metafísicamente constituye la naturaleza común a todos los individuos.* (T. I.)

ENERO A DICIEMBRE DE 1846

Tratado conclusivo [1]

El manuscrito fué entregado a la imprenta a mediados de diciembre o poco después. Comprendía también un apéndice: *Una explicación primera y última,* pero lo conservé en mi poder para retocarlo y, por último, lo envié para que la obra no envejeciera en la imprenta. No quise incluir la nota referente a un texto que se ocupa de los seudónimos porque ha sido escrita durante la impresión. Las mentiras, los chismes y los chistes plebeyos que me rodean, vuelven ya la situación lo bastante crítica y agudizan, tal vez demasiado, mi ansiedad por tener de mi parte a la verdad hasta en los más ínfimos matices. ¿De qué me sirve?

Debido a los engorros con el *Corsario* y a todo el cancán de la ciudad, he pensado si no sería mejor suprimir la página del Tratado, donde me endoso la paternidad de mis seudónimos, y dejar constancia en la impresión definitiva, con indicación de fechas, de que la obra entera era anterior a este jaleo. ¡Pero no! La verdad exige que no tenga en cuenta esas cosas,

[1] Tratado acientífico conclusivo sobre las "Grageítas" filosóficas, *enviado por K. a la imprenta el 30 de diciembre de 1845, según los registros del tipógrafo Bianco Luno.* (T. I.)

como lo había decidido y que me remita a Dios en cuanto a las consecuencias; recibiéndolo todo de su mano como buena dádiva y don perfecto de Su Bondad (*Santiago,* 1-17) y desdeñando actuar según la prudencia humana, confiando en que Él me otorgará espíritu de firmeza y de certidumbre.

Por ahora mi proyecto es hacerme pastor. Hace meses que suplico a Dios que me ayude y hace tiempo que veo que debo dejar de escribir, pues o me convierto en un escritor completo o no lo soy del todo. Mientras me dedico a la corrección de las pruebas no he emprendido nada de nuevo, excepto el pequeño *Intercambio de observaciones de dos épocas* que, a su modo, es una especie de punto final.

7 de febrero de 1846.

¡Horrendo! Aquel hombre, cuando era aún un niño y cuidaba los rebaños en las landas de Jutlandia, descorazonado por el sufrimiento y por el hambre que padecía, trepó un día a una colina y maldijo a Dios: ¡Y ese hombre no podía olvidarlo a los ochenta y dos años! [1]

De occultis non iudicat ecclesia

¿Osaré callar la culpa? Pero ¿cómo me atreveré a confesarla? Dios puede hacerla pública si así lo quiere; ¿no sería acaso mi denuncia una arrogación de los fines de la Providencia?

Hoy un recuerdo acusador cruzó por mi mente. ¿Y si la acusación se hiciera conocida de todos? Podría irme lejos, vivir en tierra extraña, lejos del recuerdo y de todo peligro de publicidad. Podría vivir oculto... No, debo permanecer en mi puesto sin cambiar mi conducta en absoluto, sin ninguna medida de prudencia, remitiéndome a Dios para todo.

¡Es tremendo que una actitud de firmeza semejante no

[1] *Episodio de la vida del padre de K., que también cita su hermano Pedro.* (N. DE LA T.)

sirva de impulso para un hombre y que, en cambio, lo detenga la simple posibilidad!

Hasta ahora he estado al servicio de mis seudónimos para ayudarles a convertirse en escritores; pero en lo futuro me decidiré para la escasa productividad que puedo todavía permitirme; la realizaré en forma de reseñas a propósito de tales o cuales artículos ajenos y expondré mis pensamientos así, como si formaran parte de la obra comentada. ¿Evitaré, acaso, de esta manera aparecer como autor?

1 de febrero de 1846.

Cada vez que me hallo frente a un nuevo periódico "para hacer reír", pienso melancólicamente: "¡Dios mío, he aquí a otro que ha intentado arrojarse al agua pero que primero ha querido jugar su última carta, tratando de convertirse en un periodista gracioso y satírico!".

El nuevo desarrollo que está adquiriendo nuestra época no puede seguir la dirección de la política, pues la política es una dialéctica entre las generaciones y el individuo, una relación que hace del individuo un "representante". En la época actual los individuos demuestran ser demasiado reflexivos para conformarse con el papel de simples "representantes".

En mi opinión, vencer no debe significar que yo he vencido, sino que la idea ha vencido por mi intermedio, aunque yo tenga que ser sacrificado.

Buscar el aplauso del "momento" es lo mismo que correr tras de su propia sombra. Ésta huye de quien la persigue. Recuerdo, a propósito, una ilustración de un devocionario: un niño corre detrás de su sombra y la sombra corre junto con él.

Al fin de cuentas creo que todo ha sido tergiversado. Ya no se escribe para que los demás aprendan algo. ¡Por caridad! Representaría una falta de tacto. Los lectores todo lo saben ya. No es el lector quien necesita del escritor como el enfermo

del médico; ¡sino el escritor quien tiene necesidad del lector! En resumen, el escritor es un pobre diablo sumido en la miseria que se dedica entonces a escribir como si se sometiera a un examen para ser juzgado por los omniscientes lectores. El escritor que no gana el dinero a montones no es tal. Por esto no son considerados como escritores los que insertan anuncios comerciales en los periódicos... ¡pues ellos son los que pagan!...

..."Y muchachos serán sus señores", dice uno de los profetas del Antiguo Testamento (*Isaías*, 3-4), anunciando el castigo más duro para el desobediente Israel. Muy apropiado para nuestra época en que los muchachos escriben en periódicos, etc. También Sócrates lo dice en la *República* de Platón: al final los padres temerán a los hijos y, por temor a ellos, deberán hacer bulla y divertirlos, sometidos por completo a los hijos.

Un ironista que cuenta con la mayoría es *eo ipso* un ironista mediocre. Pues contar con la "mayoría" es la aspiración de lo "inmediato"[1]. La ironía es sospechosa tanto para la izquierda como para la derecha. Por lo tanto, un irónico de verdad nunca arrastra a la mayoría; el bufón, sí.

Ninguna escuela de la contrición promueve a la eternidad.

Que existan editores, es decir, hombres cuya existencia entera expresa que los libros son una mercancía y el autor un mercader, indica una situación absolutamente inmoral. Cuando en una existencia espiritual (como la del escritor) interviene el factor pecuniario: pago o estipendio, etc., es preciso que, quien mantiene dicha existencia espiritual, sostenga y asuma la gestión del propio estado pecuniario, no como un medio para procurarse mayores ganancias, sino para que la situación

[1] *K. indica con este término al hombre espontáneo que no conoce la dialéctica de la vida y de los valores espirituales, cualidad propia del ironista y del humorista.* (T. I.)

conserve, a pesar de todo, un carácter más pudoroso. Si el asunto se convierte en oficio ajeno pronto acabará en la impudicia. No faltan los ejemplos de impudicia con respecto a los editores. En este caso, su pretensión de considerar sin reservas al fruto del espíritu como a una mercadería. A su vez el público tiene en sus manos al editor por medio del dinero y el editor, en razón del negocio, conserva al autor en su poder; con frecuencia ocurre así que el escritor (quien debería poseer en cuestiones de dinero la castidad y la celosa modestia de una jovencita virtuosa) está obligado a sonrojarse ante la ofensa, pero carece de todo poder para hacerse valer.

Supongamos que se adopte la siguiente costumbre: un pastor emplea a un gerente para la administración del dinero, diezmos y ofrendas; no hay nada de objetable, pues el gerente está al servicio del pastor. Pero supongamos que el primero goce de una situación independiente, que compre al segundo los derechos de los introitos pastorales y los utilice con fines especulativos. Por interés pecuniario deseará entonces que el pastor se mantenga en buenos términos con sus feligreses. ¿Cuál será la consecuencia? Los sábados por las noches el pastor irá a mostrar sus disertaciones al gerente y tal vez éste le diga: "Si Vuestra Reverencia habla así ni los perros acudirán a la iglesia y, ¡demonios!, eso no conviene a los intereses de la cuestación. De ese modo, no podré liquidarle una suma anual, cosa que a usted también le interesa. Es preciso que halague un poco a sus feligreses y yo le explicaré cómo ha de hacerlo. No es que pretenda saber cómo se compone un sermón *in formis*, pero conozco al dedillo la época y las exigencias de los fieles".

Pienso que el pastor se sonrojaría avergonzado y que diría: "¿Acaso es mi misión de maestro la de halagar a los fieles o la de reunir dinero?" El gerente replicaría entonces: "Eso que usted dice es producto de la exaltación o de algo por el estilo; poco me importan tales pretensiones, cada uno atiende a su oficio y el mío consiste en mantener a Vuestra Reverencia a la altura de las circunstancias".

Tal sería el caso del pastor y de su gerente. ¡Es indecente

de veras que el dinero tirano meta la nariz en los sermones y que éstos hayan de ser juzgados según el cociente del lucro! Nuestro gerente carece de los apoyos de un editor, cuya filosofía del dinero halla un sostén en todos los asalariados de la imprenta.

Pero el pudor es indispensable para todo verdadero estado espiritual. ¿De qué podrá servir al público el que sienta tal vez un autor, si debe abrirse paso a través del ambiente del descaro: dinero, dinero, dinero... exigencias de la época: dinero, dinero?

Con la mayoría de los filósofos sistemáticos y sus sistemas ocurre lo mismo que con aquel que luego de construir para sí un castillo, habita en un pajar. Ellos no viven dentro de sus enormes edificios sistemáticos. En el campo del espíritu esto constituye una objeción capital. Las ideas de un hombre deben de ser su propia morada; de lo contrario, peor para ellas.

INFORME [1]

9 de marzo de 1846.

El *Tratado acientífico conclusivo* ha aparecido; los seudónimos han sido asumidos; un día de éstos será iniciada la impresión de *La repetición.* Todo está en orden. Debo solamente guardar la calma y estar callado, confiando en que el *Corsario* apoye ciertamente de modo negativo el plan entero, según mis deseos. Actualmente, vista a la luz de la idea, mi posición dentro de la literatura es la más correcta posible, situada de tal manera que ser escritor se convierte en una proeza. Ha sido la más feliz de las ocurrencias que, en el preciso momento en que estaba a punto de dar fin a mi actividad como escritor y que asumiendo todos los seudónimos corría el riesgo de convertirme en una especie de autoridad, haya sobrevenido la querella con el *Corsario,* impidiéndome todo acercamiento directo...

[1] *Del extenso informe de K., a propósito de su polémica con el* Corsario, *han sido extraídos estos párrafos.* (N. DE LA T.)

Me preocupan especialmente dos cosas: 1º) que intelectualmente, en el sentido griego, permanezco fiel a mi idea, cueste lo que cueste. 2º) que en el aspecto religioso, esto me causa un efecto altamente ennoblecedor. Ruego a Dios por esto último. Siempre he estado solo y ahora tendré de nuevo, verdaderamente, la oportunidad de ejercitarme. Mi solitario secreto no me da pesares, sino simplemente la convicción de que poseo la fuerza necesaria para transformar al elemento hostil en útil para mi idea, sin que eso se barrunte. Por cierto que una vida semejante conforta, pero ¡cuán tremendamente difícil es! ¿Cuál aspecto doloroso de la vida humana nos es ahorrado? ¡Triste resulta el comprobar que lo que será admirado con el tiempo deba de ser siempre mal interpretado por los contemporáneos! Pero la religiosidad es, una vez más, el elemento salvador; en ella encontramos la simpatía hacia todos, no la simpatía que consiste en charlar con los amigos del partido y con los propios secuaces, sino la simpatía infinita hacia todo el mundo: ¡en silencio!

Así están las cosas; cuando haya muerto, algún día abrirán los ojos y admirarán aquello que he querido. Y al mismo tiempo se comportarán de una manera semejante con algún contemporáneo, quien tal vez sea el único que me comprenda. ¡Dios mío! Si no existiera algo más íntimo para el hombre, algo que le permita olvidar todo esto, olvidarlo por completo en su unión Contigo, ¿quién podría soportarlo?

Pero mi actividad como escritor ha concluído ahora, gracias a Dios. Me ha sido concedido (agradezco por ello al Señor) como segundo don, luego de haber publicado *O lo uno o lo otro,* el poder ponerle fin por mí mismo, el comprender que había llegado el momento de cesar. ¡Ni siquiera esto verán los hombres, pues para ellos no aparecerá así, aunque dos palabras mías bastarían para demostrarles la verdad del caso con hechos evidentes! Demasiado bien lo sé y lo acato como sucedido dentro del orden de las cosas. Me ha dolido bastante. Hubiera querido proclamar a gritos mi descubrimiento, pero dejemos todo como está.

Sólo deseo vencerme a mí mismo y lograr convertirme en

un pastor. En la campaña, en medio de una tranquila actividad, ocupando mis horas libres en escribir cosas de poca importancia, quiero respirar con más suavidad, aunque la vida actual también me da ciertas satisfacciones.

Pero nada de escribir; ni una sola palabra me está permitida; no me atrevo. El lector me reconocería al menor signo y crearía la confusión. En estos últimos tiempos se me han ocurrido diversas cosas que no están mal, pero las destinaré a otras circunstancias. Lo último que había proyectado sería algo así:

CLARO Y EXPEDITIVO

Para mí, un editor es responsable, desde el punto de vista literario, de que no existan escritores. Es editor del *Corsario,* el señor estudiante Goldschmidt; mente despejada, carente de ideas y de cultura, desprovista de una concepción de la vida y de dominio de sí mismo, pero no sin cierto talento y con una fuerza estética de desesperado. En determinado momento crítico se dirigió a mí [1] y yo traté indirectamente de apoyarlo en forma negativa; por mi parte puedo elogiar su seguridad para hallar la propia posición. Creo que ha obtenido lo que deseaba. Esperaba que eligiera el camino del honor para hacerse un nombre; me apena sinceramente hoy que, como editor del *Corsario,* persista en el camino del deshonor. Mi deseo fué, en lo posible, salvar a un hombre que estaba provisto aún de buenas condiciones, de que se convirtiera en instrumento de la plebe; pero a la verdad que no fué mi deseo ser vergonzosamente pagado con verme inmortalizado en un periódico en virtud del deshonor que no debería existir y con el cual sólo yo puedo desear ser injuriado. Para mi existencia como escritor, "conviene" la injuria; yo mismo la he deseado y buscado apenas me inicié como escritor; porque cuando escribí *Frater*

1 *El mismo G. confirma el hecho en su Autobiografía:* Liverin driger og Resultater *(Recuerdos y resultados de una vida. Cop. 1877).* (N. DEL T. I.)

Taciturnus; Johannes Climacus[1] ya había sido entregado a la imprenta pocos días antes. Con este paso esperaba, a la vez, ayudar a los demás, pero ellos no lo quieren así; y ahora continúo buscando que se me insulte, porque conviene a mi idea y para extraer alguna utilidad del hecho de que exista un periódico semejante...

Me interesaba exponer las diversas etapas de la existencia posiblemente en una sola obra; así considero a toda mi producción seudónima. Para tal fin importaba mantenerlos a todos en un plano de inalterable igualdad, por ej.: que la religiosidad no se manifestase solamente cuando el estilo, debido a mi avanzada edad, hubiese perdido algo de la exuberancia imaginativa propia de la estética. No quiero decir con esto que la religiosidad deba poseer esa exuberancia, sino que el escritor debe ser capaz de producirla y, de este modo, demostrar evidentemente que falta en la obra por una razón casual, o sea porque el escritor no es ya muy joven...

¿Creen acaso que cuando escribo lo hago al correr de la pluma? ¡Pobres! Estoy persuadido de que no existe un escritor danés que trate con tanto cuidado la elección de la más insignificante palabra. Redacto dos veces todo lo que escribo y ciertos pasajes hasta tres o cuatro; luego —cosa que generalmente pasan por alto— mis meditaciones durante mis paseos; digo mis pensamientos en voz alta, repetidas veces, antes de escribirlos: ¡y a esto lo llaman escribir al correr de la pluma! ¿Y por qué? Por la razón de que nada saben, porque son escritores durante unas horas, como máximo, cuando se encierran en sus cuartos para escribir, y el resto del día no se ocupan de sus propias ideas. Los escritores de esta talla cuando regresan a sus casas, necesitan tiempo para ponerse a trabajar, en tanto que yo vuelvo a mi hogar con el párrafo ya listo en mi mente, hasta el extremo de que puedo recitarlo de memoria en forma estilizada. Cuando las gentes leen un par de páginas

[1] *Respectivamente los seudónimos de*: ¿Culpable o no culpable? *(1845) y de* Artículos para los lectores de Etapas en el Camino de la Vida, *y del* Tratado acientífico conclusivo *(1846)*. (N. DEL T. I.)

mías se admiran de mi estilo. Pero ¿cómo podría ser posible un libraco? — *Ergo*: ¡debe haber sido escrito al correr de la pluma! ¡Ah, no, queridos míos! Es preciso querer algo, desearlo a pesar de todo sacrificio y de todo esfuerzo, y entonces será posible.

En cierto sentido la existencia debería asquearme, pues yo, que sólo amo un pensamiento (¡Dios mío!, ¿qué no podrá ser un hombre si de veras lo desea?), realizo un epigrama a propósito de los hombres; puesto que el juicio que de mí se forman y el hecho de que no alcancen a comprender mi coherencia, es una triste prueba que demuestra las categorías y la mediocridad de sus vidas.

Para mi alma y mi observación irónica, era sin embargo una satisfacción este vagabundear por las calles anónimamente, mientras las ideas laboraban en mi interior; que me confundieran con un holgazán a mí, el más tenaz entre los hombres jóvenes para la tarea; que me consideraran como frívolo y desprovisto de seriedad en tanto que la seriedad de los otros bien podía ser juzgada como broma, comparada con mi íntimo afán, todo esto ha sido estropeado ahora. La plebe, los aprendices, los matarifes, los escolares, toda esa calaña de gentes han sido azuzadas en mi contra. No quiero exhibirme ante un público de tal calibre; nada tengo que hacer con ellos, carecen de la presuposición necesaria para poner de relieve mi ironía y para encuadrarla dentro de un significado ideal. Sobre todo, yo me dirigía a los hombres cuya cultura les permitiera comprender y medir, de cualquier modo que fuera, mi profundidad; mi ironía esperaba satisfacerse al ver cuán ventajosamente me juzgaban. Pero la clase absolutamente inculta, los escolares, los matarifes, toda esa ralea de gentes, no posee presuposición alguna, son un terreno refractario donde la ironía no penetra. Da pena, en verdad, ver que se impriman diarios para escolares y que desde su más tierna edad, éstos sean impulsados a la confusión del equívoco. Quiero referirme, al pasar, a una simple escena que es bastante característica: mi encuentro con Bradt, el teniente y asistente de húsares. Iba acompañado por

su hijo. El padre me saludó con su habitual y exagerada cortesía; se hizo a un lado para cederme el paso. Si el niño no hubiera sabido quién era yo, debía de haber tenido la impresión de que se trataba de alguna persona extraordinaria; pero el chiquillo me conocía muy bien... ¡leía el *Corsario!*[1]

En lo que a "ella" se refiere, no puedo decidirme a anotar nada. Desconfío del papel, pues temo que caiga en manos indiscretas y que "la" pueda confundir, ahora que todo, por lo menos hasta cierto punto, marcha muy bien. Espero que Dios se acuerde de todo y que lo haga recordar, aún a mí mismo; no ha pasado día desde aquella mañana sin que yo no meditara sobre el particular, a toda hora. La última súplica que me dirigió fué que "la" recordara de vez en cuando; por cierto que no era necesario que me lo suplicara. A su peligrosa pregunta de si no pensaba en casarme alguna vez, contesté con una ingeniosa salida. Era una situación tremenda y hubiera debido ofrecerle algún pequeño consuelo. Dios sabe que de buena gana lo habría hecho. Dios sabe cuánto anhelaba mitigar los hechos. Pero fué bueno que mi coherencia haya vencido. Le respondí: —Sí, dentro de unos diez años, cuando me haya curado de caprichos, elegiré a una jovencita para rejuvenecerme—. Fué una crueldad, lo confieso, pero ha sido terriblemente duro tener que hacerlo. Si no hubiera procedido de esta manera ¿acaso se habría ella comprometido con otro? Por cierto que no. Si le hubiera manifestado solemnemente el verdadero propósito de mi corazón: —¡No tomaré mujer alguna fuera de ti!— ella se hubiera atenido a mis palabras. Ante una propuesta de boda habría permanecido indecisa; y, en caso de acceder, lo habría hecho con el alma dividida; en cambio, ahora se ha comprometido en matrimonio con toda su alma, porque yo le he dado el impulso.

[1] *El pequeño Bradt, sin embargo, declaró siendo ya hombre a George Brandes que nunca había leído el* Corsario *en su juventud y que en cambio sentía una viva admiración hacia el escritor que su padre tan noblemente honraba (V. J. Brandes:* S. K. als Skriter, *II ed. 1919, pág. 342).* (N. DEL T. I.)

La idea que he expresado existiendo, a fin de apoyar la productividad de los seudónimos, era la misma productividad elevada a su extrema coherencia. Si con esta enorme productividad hubiera vivido apartado y oculto, mostrándome rara vez y con el ceño fruncido que se atribuye a un pensador, a un avinagrado profesor; ¡por todos los demonios que entonces cualquier criadita chismosa y cualquier estudiantillo habrían notado que era yo un hombre profundo! Hubiera significado una enorme incoherencia con respecto a mi producción; pero ¿qué importa a los estultos la coherencia? ¿Cuántos sabios existen en cada generación?...

Si me viera obligado a decir mi última palabra (sé que estoy en la verdad) hela aquí: todo aquel que "de veras desee" algo, hallará en mí a un admirador y, si el caso fuera, una ayuda. Pero esta masa de imbéciles, esta babel de hombres y mujeres que sólo piensan en estropear sus vidas y las ajenas: sí, ellos hallarán en mí al hombre hecho a la medida para sus propósitos. Tomad al pequeño Goldschmidt: se le ha puesto que es el llamado por Dios para convertirse en el azote de nosotros, los pobres diablos; helo aquí en la alternativa de vituperar lo mismo que antes inmortalizara [1]. Lo ha hecho. No había en él nada verdadero; sólo había hipocresía en su ira divina, porque de lo contrario habría permanecido fiel a la verdad y perseguido a la maldad y no al mismo a quien admira, en caso de que éste se niegue a admirarlo.

Mi existencia era la expresión de un principio griego y ahora se ha estropeado. ¿Qué es lo que lo ha estropeado? ¡El abuso de la prensa! Su destino es destruir la personalidad; por su intermedio un insignificante bellaco puede escribir desde la sombra saciando la curiosidad de millares de lectores. Ante

[1] *Luego de la publicación de* O lo uno o lo otro, *G. ensalzó a Víctor Eremita y hasta le propuso un convenio literario que Eremita rechazó, fiel a su nombre, a pesar de la secreta aspiración de K. por ser admitido en el "Círculo distinguido" de Heiberg, director del Teatro Real y árbitro, entonces, de las letras en Dinamarca. (V.* Autobiografía *de Goldschmidt I, pág. 176.* (N. DEL T. I.)

ella deben rendirse cualquier conducta, cualquier poder personal. Me interesaría sumamente poder discutir este tema con Sócrates.

Mis contemporáneos no comprenden en absoluto mi actividad como escritor: *O lo uno o lo otro,* dividido en cuatro partes o quizá en seis, publicada cada una de ellas por separado... por consiguiente, en seis años: esto vaya y pase. Pero que cada tratado de *O lo uno o lo otro* sea una parte de un todo y que a su vez *O lo uno o lo otro* sólo sea una parte de un todo; eso es cosa de enloquecer, al decir de nuestros filisteos.

No obstante, sería posible que yo —a pesar de mi pequeñez frente a Dios, sumido en la humillación personal que mis pecados personales provocan— fuese para mi pueblo un "don de Dios". ¡Dios sabe cuán mal me han tratado! Él sabe que me han maltratado como hacen los niños con sus preciosos regalos.

Es así como he comprendido mi actividad como escritor:

Soy, en el más profundo de los sentidos, una individualidad infeliz. Desde los primeros años he permanecido enclavado en una forma de sufrimiento que lindaba con la locura, la cual debe de tener su más profunda razón en la desproporción entre mi alma y mi cuerpo; porque (y esto es lo más extraño y a la vez mi infinito consuelo), éste no guarda relación con mi espíritu, y así, debido tal vez a la tensión entre cuerpo y alma, se produce una elasticidad que rara vez se encuentra.

Un anciano, extraordinariamente melancólico también él, (no quiero describir la manera) tiene un hijo al cual toca como herencia toda esa melancolía, pero quien posee al mismo tiempo una elasticidad de espíritu que le permite ocultarla. Precisamente porque su espíritu, en un sentido eminente y esencial, es sano, su melancolía no puede tener poder alguno sobre él; por otra parte el espíritu es incapaz de eliminar a dicha melancolía. A lo sumo logra hacerla soportable.

Una joven (quien con juvenil audacia deja entrever una

enorme fuerza y me permite suponer un camino de salida para aquello que había comenzado por un equívoco doloroso, el camino de salida, la ruptura del noviazgo; puesto que al principio ella me hizo sospechar vaya a saber cuáles fuerzas, como si no le importara, en efecto), en el momento más solemne arroja sobre mi conciencia un homicidio, y un padre afligido repite solemnemente la certidumbre de que aquello sería la muerte para la muchacha. No me interesa que tales palabras fueran charla pura.

Desde ese momento, dedico mi vida con todas mis energías, bien pobres por cierto, al servicio de una idea.

Aunque ajeno a las confidencias, aun cuando sea absolutamente contrario a revelar a los demás mis secretos personales, considero como deber de un hombre no dejar de lado esa instancia que es la consulta con otro hombre; con tal de que no se trate de una confidencia de hombre frívolo, sino de una seria y oficial comunicación. Por lo tanto, pregunté a mi médico si creía que esa desproporción de mi naturaleza, entre cuerpo y psiquis, podía ser superada hasta el extremo de permitirme realizar aquello que constituye el deber ético "general" [1] de los hombres. Lo puso en duda. Le pregunté entonces si pensaba que el espíritu estuviese capacitado para conformar o reformar, a fuerza de voluntad, esa desproporción fundamental; volvió a dudar; ni siquiera quiso aconsejarme que movilizara a mi voluntad, cuya fuerza conoce perfectamente, pues de tal modo podría echarlo todo a perder.

Desde ese momento hice mi elección. Aquella dolorosa desproporción y sus sufrimientos (los que indudablemente habrían impulsado al suicidio a la mayoría de los que poseyeran espíritu suficiente para comprender la miseria del tormento) yo la he considerado como "mi aguijón en la carne", mi límite, mi cruz. Pensé que ése fuera el precio que Dios me había cobrado por mi fuerza de espíritu, sin par entre mis contemporáneos. Esto me enorgullece, "pues estoy destruído"; mi de-

[1] *Matrimonio, o hacerse pastor, buscar un empleo o cualquiera otra situación accesibles para la mayoría de los hombres que ubican al individuo dentro de la sociedad.* (N. DEL T. I.)

seo se ha convertido para mí en amargo dolor y en cotidiana humillación.

Sin que ose apelar a revelaciones ni a nada similar, me he comprendido a mí mismo en mi misión de querer acentuar, de valorizar, en una época echada a perder y desmoralizada, lo "general", de volverlo amable y accesible para todos los que fueran capaces de realizarlo, pero que al mismo tiempo hayan sido desviados por la persecución de lo singular, de lo extraordinario. Semejante a aquel que en lo que a él respecta, se hace desdichado, y que en caso de sentir amor por los hombres, decida precisamente ayudar a los demás, a fin de que puedan ser felices; así he comprendido también yo mi tarea.

Pero en tanto que mi tarea representaba para mí una piadosa búsqueda de una obra de bien cualquiera, humildemente llevada a cabo, como expiación de mis pecados, he cuidado en particular que mi aspiración no resultara al servicio de la vanidad, he cuidado sobre todo que no sirviera a la idea y a la verdad de modo tal que me procurara ventajas temporales y terrenas. Por lo mismo, tengo la certidumbre de haber actuado con verdadera resignación. En medio de mi labor he creído sin cesar también que interpretaba cada vez mejor la voluntad de Dios, hasta soportar el tormento que él me ha impuesto y así cumplo con una obra extraordinaria (*).

Si pudiese describir más ampliamente la íntima comprensión de mi vida por esta obra extraordinaria, surgiría un volumen infolio que sólo muy pocos poseerían la fuerza y la capacidad de comprender. Pero no tengo tiempo suficiente para una labor semejante.

La verdad es que mantengo mi fuerza como flaqueza y debilidad. No se me ocurriría jamás, por ej., que una joven no me quisiere, con tal de que me sintiera seguro de poder, en conciencia, atreverme a cualquier cosa para conquistarla; ni podría pensar que no soy capaz de las cosas más estupendas, con tal de que me sintiera seguro de llevarlas a cabo. Mi miseria reside en este segundo estado de cosas, en la primera convicción mi sentido de fuerza casi sobrenatural. La mayoría de los hombres se hallan en una situación inversa: temen a la

oposición exterior e ignoran la tremenda tortura de la resistencia interior. Yo, en cambio, desconozco todo temor a cualquier resistencia exterior; pero existe en mí una resistencia interior —cuando Dios quiere hacerme sentir ese aguijón— y éste es mi sufrimiento.

(*) Mi mérito literario será siempre el de haber expuesto las categorías decisivas del ámbito existencial con una agudeza dialéctica y una originalidad que no se encuentran en ninguna obra literaria, por lo menos que yo sepa; tampoco me he inspirado en obras ajenas. Además, el arte de mi exposición, su forma, la ejecución lógica; pero pasará tiempo antes de que alguien lo tenga suficiente para leer y estudiar seriamente. En este sentido, mi productividad será, quién sabe hasta cuándo, despreciada, como el plato delicado que se sirve a los campesinos.

Parece mi destino ser incomprendido en los momentos decisivos de mi vida. Nadie imaginaría cuál ha sido para mí el verdadero punto determinante. En cierto sentido hay una tortura en la incomprensión total, cuando se lleva a cabo una vida de esfuerzos como la mía.

Cuando rompí con "ella", ¿cuál fué la causa? Apuesto a que nadie podría sospecharla.

Si ahora dejo de escribir, todos pretenderán saber de cabo a rabo la razón: ¡porque me he asustado y porque no podía seguir soportando esos chismes! No, queridos míos, se trata de otra cosa. Antes de que la algazara comenzase, decidí darle fin con el *Tratado conclusivo* (muchas razones me movían, incluso algunas de carácter económico), quise tener la satisfacción de ser un escritor que podía trabajar enormemente y luego detenerse de pronto, sin haber cambiado con nadie unas pocas palabras acerca de mis propósitos. Luego empezó la algarabía y comprendí, al vuelo, que iban a relacionarla con mi previa disposición. Es verdad que esto me mortificó. Si me atreviese a actuar según mi capricho, continuaría escribiendo impertérrito durante algún tiempo. Pero precisamente porque así están las cosas, no oso abandonar mi resolución, de

lo contrario sería un cobarde. ¿Habrá acaso un solo hombre que lo comprenda aparte de mí mismo?

¡Cuán doloroso es, no obstante, tener que enfrentarse con estas gentuzas (quienes, por lo demás, pueden también ser personas honestas y amables, siempre que no se propongan lanzar sentencias acerca de los pensamientos o de un pensador), incapaces de reunir un par de ideas y hábiles solamente para concebir bajezas y miserias.

ANOTACIONES DE BERLÍN

1846. 5 - 12 de mayo.

La "Providencia" no es más comprensible que la "Redención". Sólo es posible creer en ambas...

Providencia y Redención son categorías de la desesperación.

Es decir, que yo habría debido desesperar si no hubiera podido, mejor aún, si no hubiera debido creer. De modo, pues, que no son ellas lo que hace desesperar sino lo que aleja a la desesperación.

...Sálvame de convertirme en un estulto que no acepta Tu corrección, en un estulto que se muestra recalcitrante ante Tu corrección, en un estulto que se niega a aceptarla como a una bendición, en un obstinado que la convertirá en su perdición.

¿Porque Dios dé a uno muchas alegrías en la vida y lo enmudezca y a otro le niegue muchas alegrías y lo vuelva elocuente, no hay acaso igualdad? Ved a uno a quien Dios hace grande en el mundo y envidiado; a otro lo hace humilde y bendito; ¿no hay acaso igualdad? Dios concede a uno la mujer amada, pero ésta perturba su idea; a otro le niega el amor, y en cambio le deja la idea; ¿no hay acaso igualdad? A uno, Dios le concede honores en el mundo y ese hombre se los apropia; a otro lo hace despreciado por el mundo y éste (el despreciado) rinde a Dios honores; ¿no hay acaso igual-

dad? Alguien dirá tal vez: no es verdad esto que dices acerca de la igualdad; asimismo, hay melancolía en la voz del que habla... Sí, es cierto que hay melancolía y así debe ser; porque un discurso sobre la vida del hombre en este mundo que no tenga una vena de melancolía, es áfono y desentonado. Sí, es cierto, hay melancolía porque también quien así habla ha soñado su leyenda de juventud, esa vieja historia que todos conocen, la que se cuenta a los niños durante las veladas: ...—y allí, en el fondo del bosque, vió él un viejo castillo donde vivía una princesa—. Y por cierto que así no encontró al mundo, pero tampoco a la igualdad la encontró en la leyenda.

...Si observas cómo se habla de la muerte en nuestra época, notarás un gran cambio en comparación con épocas pasadas, y dondequiera oirás que una muerte repentina es una cosa deseable. ¿Qué significa eso? Significa que queremos liberarnos de la idea de la muerte, arrojándola, en lo posible, fuera de la vida. Se desea vivir como si la muerte no existiera; y cuando deba llegar, que se presente en forma rápida y repentina, como si no estuviera allí... ¡Extraña prudencia del vivir humano! ¡Cómo sabes tú engañar astutamente a la muerte —y cuán tremendamente no sabes cómo engañarte a ti mismo—, porque la eternidad no es ni rápida ni repentina! En las antiguas oraciones de la iglesia —que por otra parte todavía son de precepto— el feligrés, cuando suplicaba a Dios que lo preservara de todo mal, le suplicaba también que lo librara de una muerte imprevista. Para quien debe comenzar un largo camino más le vale escapar a una muerte repentina. Claro que para aquél que concluya en el momento, quizá represente, a veces, un bien cerrar los ojos y dar el salto. Pero a quien le atañe la iniciación de lo más largo, de la eternidad, para éste la astucia del salto, no es sólo locura sino el más tremendo engaño que se hace a sí mismo.

1846 - 7 DE SETIEMBRE — 24 DE ENERO - 1847

7 de setiembre de 1846

INFORME **RESULTADO**

1

Lo TRIVIAL de la abyección literaria, tal como acaece entre nosotros, no consiste tanto en lo que se escribe, sino en "para quién" se escribe. Si uno pudiera estar seguro de que un periodicucho como *El Corsario* no sería leído más que por los más inteligentes entre los lectores daneses, no habría daño alguno. Y aún para poder ironizar al hombre eminente, es preciso que quien lo haga esté, al mismo tiempo y sobre todo, formado intelectualmente a fin de que sea capaz de apreciar y tenga ese poco de énfasis necesario para poder entusiasmar; sólo así se convierte en ironía la burla acerca de un caso particular, sobre la figura de un escritor, etc. Pero cuando algo por el estilo está escrito para la clase ínfima, para mozos, muchachos, domésticos y mujeres chismosas... entonces, *eo ipso*, es brutalidad y rebelión de esclavos. Los hombres de esta calaña están a mil millas de distancia del poder de juzgar y de comprender el hecho. Para ellos la existencia de un escritor es como la de un hombre cualquiera. una existencia puramente animal y su admiración nace del considerar si es fuerte, si puede asestar un buen puñetazo, etc...

Será igualmente brutalidad que algo similar se escriba para aquella clase social, respetable y decente, pero demasiado ingenua y desprovista de verdadera cultura. La ingenuidad estriba, precisamente (y en cierto sentido esto es lo bueno) en la incapacidad de concebir una duplicidad dialéctica. Del eminente, los ingenuos piensan: "Es eminente; nadie, pues, debe hablar mal de él". ¡Si uno es un filósofo eminente, nadie debe escarnecerlo! Pero como los ingenuos no están capacitados para juzgar quién es un filósofo eminente, cuando alguien escribe sobre él de aquel modo, se inclinan a pensar en conclusión: "¡Ése no es un gran filósofo!"

La bajeza de la abyección literaria se logra cuando escritores (que podían alcanzar cierta fama aún en puestos secundarios), con el fin de vengarse, de causar daño, de crear confusión y para ensuciar, soliviantan a la plebe.

2

Ha sido una justa ironía de mi parte, vivir por las calles y callejones en tanto me disponía a escribir mis obras con seudónimos. La ironía consistía precisamente en el hecho de que, a pesar de pertenecer a otra esfera en mi calidad de escritor, errara por las calles y por el mercado. Era una ironía contra los personajes de la extravagancia y de la intelectualidad hegeliana, tal cual se comporta o se comportaba entre nosotros. Pero apenas la otra parte, la abyección literaria, intenta hacer creer que en verdad tengo por domicilio a la calle, la ironía se desvanece al instante y yo abandono la calle. Si por lo menos Goldschmidt lo hubiera comprendido y si hubiera encontrado la burla por sí solo, sería ya algo. Pero debí invitarlo yo mismo y lo hice así en cuanto hube terminado de escribir. Si P. L. Moeller hubiera publicado su artículo un mes antes, no le habría dado respuesta alguna. En aquel momento no habría podido hacer a menos que ignorar la situación, ni hubiera podido en los tiempos en que debía mantenerme esencialmente productivo, exponerme a las molestias que habrían podido derivar de aquella baraúnda.

3

(........)

4

¿De qué depende, pues, el disgusto que me ha ocasionado esta cuestión? Naturalmente, no de "lo" que se ha dicho (yo mismo he dicho a menudo cosas así refiriéndome a mí y en tono de burla) sino de "a quiénes" ha sido dicho, de que me hayan lanzado a los talones a la plebe con quien nada en común puedo tener... Con dependientes judíos, con mercaderes, con mujeres de vida alegre, con escolares y con carniceros... no puedo reír de veras de las mismas cosas que puedo perfectamente festejar en compañía, por ej., de Carlos Weiss. Cuando con él me burlo de mis gráciles piernas es porque ambos tenemos la misma formación intelectual. Pero si riera con la plebe de lo mismo, significaría que admito tener igual mentalidad que ellos. Y precisamente porque así están las cosas, acaece que el único entre nosotros capaz de tratar con espíritu e ironía tales problemas dialécticos, se ve excluído de hacerlo, pues estaría por debajo de su dignidad una actitud semejante —ese único ser soy yo—. Me comprometo a escribir un artículo sobre mí mismo y sobre mis piernas, más chistoso que el de Goldschmidt; pero entonces la plebe no podrá entenderlo.

El mundo será siempre igual. Cuando un hombre es incomprendido, escarnecido, perseguido, vilipendiado, envilecido por sus contemporáneos porque ha luchado por la verdad, la generación siguiente hace el descubrimiento de su grandeza... ¡y lo admira! Si en esta generación siguiente hay alguien que de veras comprenda al difunto tan bien que le sea posible imitarlo, el entusiasta será a su vez perseguido, vilipendiado, envilecido, etc. Por consiguiente, el hombre eminente es primero envilecido por sus contemporáneos.; luego su verdadero admirador es despreciado por los suyos, por esa segunda generación, la que a su vez admira al difunto eminente. *¡Mun-*

dus vult decipi! [1] Y el mundo siempre será ridículo, sobre todo cuando admira. Porque para poder admirar a alguien debe primero éste ser quitado de en medio y sólo después se le admirará, despreciando al mismo tiempo a aquel que "en verdad" admire las más egregias cualidades del difunto.

Del *Libro de Adler* [2]

Es increíble la confusión producida por la filosofía hegeliana en la vida privada; triste consecuencia del hecho de que un filósofo se dé aires de héroe cuando en la vida privada sólo es un filisteo y un pedante. Algo se le ha escapado siempre a Hegel: qué es vivir; sólo sabe "dar" la vida (en este aspecto es maestro, y también, por cierto, la más estridente antítesis de un mayéutico). [3]

Pero esta condenada manía de querer concebirlo todo como a un momento... se ha convertido en idea fija. El punto de vista de la ética, "aspirar", y el de la metafísica, "concebir como un momento", se baten a muerte. Todo hombre que no sea del todo irreflexivo o distraído, debe escoger. Pero si elige la metafísica comete un suicidio espiritual.

1 *El mundo quiere ser engañado.*

2 *Adler, teólogo hegeliano, que víctima de una profunda crisis interior en 1843, se sobrepuso imaginándose haber recibido una revelación directa de Jesucristo. Las obras que publicó le costaron su cargo de pastor. K. intervino en la polémica imparcialmente, escribiendo en 1847 el* Libro de Adler, *donde afirma el criterio divino de la verdad como "testimonio de la verdad". El manuscrito no fué nunca publicado. Posiblemente K. no quiso afrontar otra polémica pública, dolorido aún por los ataques del* Corsario. *Del* Libro de Adler *extrajo:* Dos pequeños tratados éticorreligiosos, *publicados en 1848.* (N. DE LA T.)

3 *Mayéutica. Método positivo de Sócrates. Se apoya en el principio de que la ciencia no se comunica, no pasa de un espíritu a otro, sino que cada cual la descubre en sí mismo a condición de que la busque metódicamente. Sócrates se consideraba ducho en dirigir esta investigación por medio de preguntas hábilmente graduadas.* (N. DE LA T.)

Soy, ciertamente, un aristócrata (y aristocrático es o se vuelve todo aquel que a sabiendas quiere el bien, pues tales personas son siempre raras) ; pero yo quiero salir a la calle, andar entre los hombres, allí donde esté el peligro y la oposición. Me da náuseas la cobardía y la molicie (de Heiberg, Martensen y el resto de la camarilla) . . . una vida pasada en el distanciamiento de la superioridad, en círculos distinguidos, bajo la coraza de la ilusión de que la turba sólo los ve de vez en cuando y que, por lo tanto, imagina que son alguien. Pues el mundo se deja engañar y piensa así que cuando un hombre se muestra raramente, ése es alguien; no quiero engañar, no quiero valerme de ilusiones. A tal expediente no ha recurrido ninguno de los nobles espíritus que de veras han querido el bien de la humanidad; éstos no han llevado una vida retirada y muelle, apartados en círculos aristocráticos.

Navidad es en realidad la fiesta de los niños. Todo ese mariposeo alrededor de las ventajas de la infancia para abrazar el cristianismo, tiene su refugio en esta fiesta, en esa falsa emoción y sentimentalismo. Es preciso tener presente que la fiesta de Navidad fué introducida en el siglo VI y que los cristianos antiguos jamás la imaginaron, pues para ellos la concepción de la vida culminaba con la consideración de la muerte como un nacimiento a la vida.

Pero, como dije en el *Tratado,* este sentimentalismo "ortodoxo" ha falseado todo el cristianismo.

La mutación consiste en lo siguiente: El cristianismo, en lugar de volverse consciente de su combatividad, se arrellana en la comodidad, se las compone cómodamente con la existencia. Así, Navidad se ha convertido en la "fiesta más bella".

¿De qué sirve en el fondo tener mucho espíritu si uno posee un cuerpo débil? ¿Qué importa el espíritu a los hombres? La mayoría de ellos son y serán siempre naturalezas absolutamente animales; en el fondo sólo respetan a un pobre diablo que sabe batirse, blasfemar y decir villanías. Confunden a esa forma del pudor y de la timidez que va siempre unida al espí-

ritu, con una ridiculez. En realidad, tienen la vaga sospecha de que aquél que ha sido dotado de espíritu posee una estructura más fina; y por lo mismo, sienten casi un gozo en volverse conscientes de su fuerza bruta frente a aquella debilidad.

5 de noviembre de 1846.

Tal vez —no digo más, pues bien sé cuán difícil resulta juzgar en abstracto sobre sí mismo, si se ha de juzgar con justicia—, tal vez me habría dado mejor resultado interrumpir mi actividad de escritor y concentrarme a fin de aceptar un empleo, si todo habría sido como debiera de ser, es decir, si hubiera sido evidente que sólo mi libertad era quien tomaba la decisión. En cambio, esto no puede acaecer. Existe para mí una gran dificultad en hacerme pastor: la de que si asumiera tal responsabilidad, correría seguramente el riesgo de tropezar, como ya sucedió una vez con mi noviazgo. Por lo demás, vivir en el campo, por ejemplo, en sosegado recogimiento, me resulta penoso ahora porque mi ánimo está un poco amargado; y así, necesito del encanto de mi actividad literaria para olvidar las mezquinas pequeñeces de la vida.

Cada vez veo con mayor claridad que estoy hecho de tal manera que no logro realizar mis ideales, en tanto que en otro sentido —humanamente hablando— yo sobrepaso a mi ideal. Los ideales de la mayoría de la gente son de grandeza: convertirse en un ser tan extraordinario como jamás lograrán serlo. Yo soy demasiado melancólico para tener ideales similares. En general, los hombres reirían al conocer estos ideales míos. Muy cierto es que mi ideal fué el de casarme y llevar una perfecta vida conyugal. Y ahora que desespero de lograrlo, me hago escritor, tal vez escritor de categoría. Mi último ideal es el de hacerme pastor de campaña, el de vivir en medio de la quietud campesina, identificándome con el pequeño círculo que habría de formar mi ambiente; pero puesto que dudo, puede que aún realice algo más grande.

Cuando el obispo Mynster me aconseja que me haga pastor de campaña, evidentemente no me comprende. Claro que lo deseo, pero nuestras premisas son del todo distintas. Él su-

pone que de un modo o de otro quiero avanzar por ese camino, que quiero, sea como sea, hacer algo; y sin embargo, la verdad es que yo deseaba justamente ser lo menos posible; tal es la idea de mi melancolía. Por eso mismo he experimentado satisfacción cuando me tomaban por un loco a medias, pero esto representa sólo una forma negativa de ser alguien extraordinario. Y bien puede que así sea en el fondo la forma de mi existencia, de tal modo que jamás alcance la bella, tranquila y pacífica existencia de una pequeñez total.

Esto que he sentido siempre en mi fuero interno y por lo cual nunca he hablado con nadie de mis verdaderos asuntos, lo he vuelto a experimentar en mis conversaciones con el obispo Mynster. De nada sirve, puesto que no pudiendo ni atreviéndome a hablar de lo que tan total, esencial e íntimamente constituye mi existencia, la conversación se convierte, en lo que a mí respecta, casi en un engaño. Con un hombre como Mynster lo siento de veras, pues mucho lo venero.

EL HOMBRE

El romano lo tomó de la tierra (homo), pero el griego lo elevó (ἄγϑρωπος).

Todo hombre podría ser infinitamente fuerte, si no debiera aplicar dos tercios de sus fuerzas en la búsqueda de su tarea. Por esto el niño posee tanta fuerza; porque el padre le impone su tarea y él sólo tiene que obedecer. En el fondo, lo que enerva a un hombre es la dialéctica de la tarea.

Sin embargo, es algo que exalta y edifica el pensar cuán impotentes son los contemporáneos; ¡cuántos, en el fondo, sólo trabajan contra sí mismos! Persiguen y cubren de escarnio al hombre eminente; pero más lo hacen, más inmortal será éste. Ser perseguido es ya una distinción; hombres del todo insignificantes pueden así hacerse inmortales, con tal de que los contemporáneos los hayan perseguido canallescamente. Una réplica irónica y patética sería la de un eminente perseguido que dijera a sus contemporáneos: Debo agradeceroslo; a causa de

vuestro escarnio mi nombre perdurará inmortal para una generación más; por eso os ruego que seáis buenos y me matéis; ¡mi nombre será entonces absolutamente inmortal!

Para la dedicatoria: "Ese Ente"

...A menudo me he imaginado en el lugar de un pastor. Si entonces la turba se agolpa para escuchar, si las naves de la iglesia no pueden contener al numeroso público que debe permanecer afuera para escuchar; sí, loor y gloria a aquel que tiene el don de conmover, de hablar con entusiasmo y de entusiasmarse con la vida de la multitud, porque donde ésta se halle debe estar la verdad; entusiasmado con la idea de que siempre ha de quedar un poco para algunos, pues son muchos y esos muchos que poseen un poco de verdad para cada uno de ellos, son la verdad; para mí esto sería imposible.

Pero si fuera una tarde dominical; si el tiempo fuera siniestro y opresivo; si la tormenta invernal hubiera vaciado las calles y todo el que poseyera una habitación bien caldeada hiciera esperar a Dios en la iglesia hasta que el tiempo mejorara; si en la iglesia desierta sólo hubiera algunas pobres mujeres desprovistas de una habitación caldeada que, por consiguiente, pueden sufrir el frío dentro de la iglesia, con mi voz podría calentarlas a ellas y a mí mismo. A menudo me he imaginado junto a una tumba. Si todo lo que en la tierra hay de excelente y de magnífico se reuniera en el cortejo fúnebre; si aleteara un aire de fiesta sobre la numerosa asamblea: —sí, loor y gloria a aquel que poseyera el don de dar realce a la fiesta, interpretando con emoción el sentimiento de la multitud, convirtiéndose en la expresión del dolor verdadero: ¡pero yo no sería capaz! Mas si el sepelio fuera el de un pobre sin cortejo alguno; si sólo una pobre mujer siguiese al coche fúnebre, la viuda del muerto, quien por primera vez sale de la casa sin la compañía del marido, palabra de honor que si me lo pidiera pronunciaría un discurso fúnebre, pese a quien pese.

A menudo me he imaginado en el momento de la muerte. Si afuera reinara la alarma y muchos vinieran a verme para

pedir noticias, creo que no podría morir, y que mi vieja combatividad se despertaría aún entonces para salir una vez más a luchar contra los hombres. Pero si estuviera solo y separado de todos, confío en Dios en que moriría tranquilo y contento.

Pero hay una cierta concepción de la vida que piensa que donde está la multitud está también la verdad, que es una necesidad de la misma verdad la de procurarse para sí a la multitud. Hay otra concepción de la vida; ésta piensa que donde está la multitud está la falsía, de modo que aunque cada uno de los entes, para sí y en silencio, poseyeran a la verdad, si a pesar de ello se reunieran en multitud (pero de tal manera que la multitud tuviera un significado decisivo: votante, tonante, sonante...) la falsía se manifestaría al momento. Pero aquel que adopta esta última concepción (muy raramente expuesta, porque a menudo los hombres creen que la multitud está en el error, pero basta con que ella quiera aceptar sus opiniones para que todo esté bien) confiesa ser débil e impotente; ¡cómo podría un Ente defenderse contra los muchos seres que tienen el poder! No podría por cierto desear el tener de su parte a la multitud, pues esto equivaldría a engañarse a sí mismo; mas si este último punto de vista, por ser una confesión de la propia debilidad y de la impotencia, parece poco estimulante, tiene en cambio la bondad de ser imparcial; de no ofender a nadie; de no hacer distinción alguna. La multitud está formada por los individuos, de modo que cada uno está capacitado para convertirse en lo que realmente es: un Ente. De ser un Ente, nadie está excluído sino aquel que se excluye al transformarse en "muchos". Convertirse en multitud, reunir en torno a sí a la multitud, esto es lo que constituye la diversidad de la vida; aun el mejor intencionado de los hombres que de eso hable, puede fácilmente ofender a un Ente. Además, la multitud tiene poder, influjo consideración y dominio: he aquí a otra diversidad de la vida, es decir, que quien tiene poder desprecia al Ente por ser débil e impotente.

La dialéctica de lo inmediato y del sentimiento elevado a su máxima potencia en relación con la ciencia.

...En la época actual los naturalistas son peligrosos sobre todo. La fisiología acabará por asumir tales proporciones que liquidará a la moral. Uno descubre ya indicios notables de la nueva aspiración: se trata a la ética del mismo modo que a la física y, por consiguiente, la ética se convierte en una ilusión; la ética de la humanidad es tratada sobre la base del término medio de las estadísticas, calculada como se calculan las oscilaciones de las leyes naturales.

Un fisiólogo se empeña en explicar al hombre total. En primer lugar, para ello ha de contar el *principiis obsta...* [1] Pero ¿y a mí qué? ¿Qué me importa la corriente contrífuga o centrípeta de los nervios y de la circulación de la sangre, y el estado del hombre visto con microscopio en el seno de la madre? "La ética es suficiente para mí". ¿Acaso necesito saber cómo se hace la digestión para digerir? ¿O cómo se produce el movimiento del sistema nervioso para creer en Dios y amar a los hombres? Y si alguien me dijera entonces: —sí, por cierto que para eso no son necesarios— volvería a preguntar: —Pero si me convierto en un naturalista, ¿no debilitará la ciencia mi pasión ética? ¡Quién sabe si con este múltiple conocimiento de analogías y monstruosidades, de tal o cual fenómeno, no perderé cada vez más la impresión de la ley moral, del "tú debes", del imperativo "se trata de ti"! No has de mezclarte con hombre alguno aunque el cielo y la tierra se derrumben: "tú debes". ¿No será acaso un precaverse con un montón de subterfugios y de falaces excusas, un apartar la mirada de lo importante, esto de hacer que comience con la fisiología en lugar de mandar de paseo a la fisiología entera y de decirme simplemente: —¡Comienza ahora!?

...Tomemos el problema de la libertad y de la necesidad. Que empiece, pues, el fisiólogo a explicar cómo la circulación

[1] *Principiis obsta... "Hela aquí completa"; verso de Ovidio en su "Remedia Amoris".* (N. DE LA T.)

de la sangre influye de tal o de cual manera, y la presión de los nervios, así y así, etc.; su tesis no podrá probar jamás que la libertad sea pura imaginación. Cuando haya escrito cuatro volúmenes infolio, repletos de números y de maravillas, deberá confesarse; —Ante "esto último", mi maravilla se detiene—. ¿Para qué sirve, entonces, todo ese saber? ¿No es ésa una manera de embaucar a los hombres, de quitarles poco a poco el entusiasmo, de mantenerlos ilusionados con la creencia de que algún día, por medio de un microscopio aún mayor, se les podrá explicar que la libertad es una ilusión y que todo se reduce a funciones naturales?

¡Imaginemos al mayor delincuente que haya existido jamás, imaginemos que la fisiología de su época se calara un nuevo par de gafas aún más magníficas que las anteriores, de tal modo que pudiera "explicar" al delincuente y demostrar que todo se debe a una necesidad natural, que su cerebro era demasiado pequeño, etc.!... Cuánto horror encierra esta absolución de toda acusación ulterior, si se la confronta con el juicio que de él hace el cristianismo: Si no se convierte, irá al infierno.

La mayoría de las publicaciones que pululan hoy con el nombre de ciencia (especialmente las ciencias naturales) no son ciencia sino curiosidad. "Al final la ruina sobrevendrá por las ciencias naturales". Muchos admiradores (*un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*) [1], creen que cuando la búsqueda ha sido implantada con un microscopio, posee sin más ni más, seriedad científica. ¡Oh, necia superstición del microscopio! Más bien, la observación microscópica vuelve aún más cómica a la curiosidad. Es obvio que un hombre, con perfecta buena fe y también con profundidad, diga: —No puedo ver con mis ojos, nada más, cómo se crea la conciencia—. Pero que un hombre se ponga al microscopio anhelante de ver y de descubrir, sin ver nada: esto es cómico y particularmente ridículo, cualquiera que sea su seriedad. Considerar al descubrimiento del microscopio como un pequeño recreo, como una ligera

[1] Boileau, *Texto citado anteriormente en el* Diario *de 1842*. (N. DE LA T.)

pérdida de tiempo, bueno; pero considerarlo como a cosa seria, es de necios. También el arte de la imprenta es casi un hallazgo satírico: pues ¡Dios mío! ¿no ha demostrado suficientemente cuán pocos son aquellos que verdaderamente tienen algo que comunicar? Y así este enorme descubrimiento ha favorecido la difusión de todas esas charlas, que de otro modo habrían muerto al nacer.

¡Si Dios empezara a dar vueltas, bastón en mano, ya veríais cómo buscaría a esos observadores tan engallados con sus microscopios! Con su bastón desbandaría Dios a toda hipocresía de ellos y de los naturalistas. La hipocresía consiste, en efecto, en decir que las ciencias conducen a Dios. Sí, en un modo "superior", pero ésta es precisamente la impertinencia. Uno puede convencerse fácilmente de que un naturalista es un hipócrita. Porque si uno quisiera decirle que, al fin de cuentas, todo hombre tiene bastante con su conciencia y con el pequeño catecismo de Lutero, el naturalista frunciría la nariz. Quiere —¡como hombre superior que es!— hacer de Dios una belleza sostenida, un artista grandioso que no todos están capacitados para comprender. ¡Alto ahí! No, la exigencia religiosa es humana y nadie, absolutamente nadie, puede comprender a Dios; el más sabio debe humildemente atenerse a "lo mismo" que el ingenuo. He aquí la profundidad de la ignorancia socrática: *renunciar con toda la fuerza de la pasión* a toda sapiencia curiosa, para ser simplemente ignorante con respecto a Dios; renunciar a esa apariencia (que establecería siempre una diferencia entre un hombre y otro) de poder equipar observaciones por medio del microscopio. Goethe, en cambio, que no era un espíritu religioso, se aferró vilmente a ese saber que habría de crear diferencias.

Tal cientifismo se vuelve peligroso y funesto, especialmente si uno lo quiere llevar hasta la esfera del espíritu. Que así se traten a las plantas, las estrellas y las piedras: pero hacer lo mismo con el espíritu humano es una blasfemia buena tan sólo para debilitar la pasión de la ética y de la religiosidad. Comer es más razonable que especular con el microscopio sobre la digestión. Y el rogar a Dios no puede ser considerado como

el comer, una cosa inferior a las observacionesc científicas, pues es absolutamente lo más elevado.

Luego nos enteramos gracias a la fisiología, que "el inconsciente constituye el primer estadio y el consciente el segundo" [1], pero al final la relación se invierte y el consciente ejerce en parte un influjo formativo sobre el inconsciente. Entonces la fisiología se vuelve estéticosentimental; habla de expresión noble, de la fisonomía, de la conducta, etc., de una personalidad culta. ¡Dios mío!, ¿qué significa todo esto? Un poco de miseria, y a lo sumo un poco de paganismo (*das Aeussere ist das Innere*) [2]. San Pablo no habla de "volverse hermoso" con la oración ni la prédica, etc...; no, pero "aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior empero se renueva de día en día" (II *Corintios,* 4-6).

La fisiología materialista es cómica (¡creer que matando se puede hallar el espíritu que vivifica!); la fisiología moderna a pesar de ser la más dotada de espíritu, es sofística. Admite que el milagro no puede explicarse y, sin embargo, quiere existir, se vuelve más y más voluminosa, y cada volumen trata de lo mismo, de las muchas y muy admirables cosas que no pueden explicar el milagro.

...Además, la filosofía sofística nos enseña que "la llave para el conocimiento de la vida consciente del alma está en el inconsciente" (Carus). Pero si no puede explicar el pasaje del inconsciente a la conciencia, ¿qué significa esa "llave"? El pasaje, precisamente, es un "salto" (al cual corresponde la "maravilla") que ninguna llave puede abrir...

...Los naturalistas emplean el microscopio como los petimetres el monóculo; sólo que el microscopio lo emplean contra Dios.

1 *Principio básico del célebre ensayo de C. G. Carus sobre antropología filosófica:* Psiquis. *Carus (1789-1869) se inclinaba a un panteísmo estético.* (N. DEL T. I.)

2 *El conocido principio hegeliano "Lo exterior es lo interior", contra el cual K. polemiza en toda su obra literaria, desde la iniciación del* Diario (*teoría de la predestinación*) *y desde el prefacio de Víctor Eremita en* O lo uno o lo otro, *donde dicho principio está citado.* (N. DEL T. I.)

Si con las búsquedas científicas se pudiera alcanzar algún resultado en la esfera del espíritu, sería el primero en tomar un microscopio y quizá llegaría más lejos que nadie. Pero como por medio de la dialéctica cualitativa, fácilmente entiendo que desde el punto de vista de la calidad el mundo dentro de cien mil años no habrá avanzado un solo paso, entonces, por el contrario, no desperdiciaré un solo segundo de mi vida en curiosidad... Por cierto, que puedo comprender que Dios ha dado al hombre esa clase de perspicacia que le ha hecho hallar nuevos instrumentos y cosas similares. Pero como también Dios le ha dado al hombre la razón, por la cual éste debería en la dialéctica cualitativa comprender la contradicción que existe en ese "más o menos" cuantitativo y aproximativo, entonces el hombre humilde y pío debería renunciar a la curiosidad y a esa clase de tranquilidad de ánimo necesaria para los descubrimientos microscópicos y remontarse hasta Él solamente a través de la ética.

No tiene utilidad alguna consagrarse a las ciencias naturales. Uno permanece inerme sin poder comprobar nada. El científico comienza al instante a distraer a las gentes perdiéndose en detalles: ora es preciso ir a Australia, ora remontarse hasta la luna, ora descender a una caverna subterránea, ora ir a casa del diablo... para encontrar un parásito intestinal; ora es preciso usar el telescopio, ora el microscopio... ¡Quién puede soportar tantas diabluras!

Bromas aparte, hablemos en serio. La confusión estriba en la dificultad de distinguir dialécticamente ambos aspectos del problema, el estado de la cuestión y cómo la filosofía ha de servirse de la ciencia de la naturaleza. El todo se reduce a un lenguaje imaginario e ingenioso (por lo mismo nada se perdería con ignorarlo): ¿no es más que un ejemplo?, ¿una analogía?, ¿o por el contrario es de tal importancia que se puede basar en él la teoría?

Para un pensador no puede existir tormento más horrendo que el verse obligado a vivir en esa tensión, pues mientras se amontonan los detalles, se tiene la impresión de que la idea,

la conclusión, quedan postergadas hasta la próxima vez. Si el naturalista no siente esa tensión, quiere decir que no es un pensador. ¡Éste es el tremendo tantalismo de la intelectualidad! Un pensador padece las penas del infierno hasta que no haya hallado la certidumbre del espíritu: *Hic, Rhodus, hic salta.* En la esfera de la fe es cuestión de (aunque el mundo entero se incendie y se fundan los elementos...) "tú debes creer". Sin esperar novedades del correo ni noticias de los navegantes. Esta sabiduría del espíritu, la más humilde entre todas, la más mortificante para el ánimo vanidoso (¡pues es algo tan aristocrático eso de observar al microscopio!), es la única certeza.

De nuevo siento en estos tiempos algo que he experimentado a menudo: ¡cuán difícil es para mí comprender a los demás! Con furiosa pasión me arrojo sobre un libro; pero cuando lo leo me parece que sólo hallo cosas ya conocidas o cuando lo cierro siento otra vez que verdaderamente algo se me ha escapado. Por otra parte me parece también que he encontrado pensamientos que nunca tuve, pero no se me graban y no logro recordarlos. En cambio, cuando me propongo reflexionar sobre esto o aquello, estoy seguro de resolverlo lo haya o no leído.

Cómo se comportan los otros, no lo sé. Quizá el anhelo de conocerse a sí mismos no es tan grande en ellos, y por lo mismo han de tener quizá más facilidad para aprender de memoria.

Únese a esto mi gran disposición para la poesía que hace que escribir contenga para mí la satisfacción más intensa.

¡Cuánto desearía leer!; me parece que eso sería una escapatoria. Estoy convencido aún de que progresaré mejor por medio de la paciencia, por el camino más largo de la autoreflexión.

Uno puede muy bien comer la ensalada antes de que se forme el cogollo; pero su delicioso enrizamiento es algo muy diferente a las hojas. Otro tanto acaece en el mundo del espíritu. La despreocupación hace que muy rara vez una indivi-

dualidad logre "formar el cogollo" y por otra parte el poeta, el hombre religioso, el pensador que de veras ha formado el suyo, nunca será popular; no porque le sea difícil lograrlo, sino porque ha menester de reflexiones silenciosas y prolongadas, de intimidad consigo mismo y de soledad. Aún cuando yo, profiriendo gritos pudiera decir algo agradable para todos: si se tratara de materia religiosa, no lo diría, porque constituye una especie de indecencia para con la religión que se deba conceder importancia a los chillidos, en lugar de hablar consigo mismo, a media voz, como quiere la religiosidad que se haga. ¡Ay de mí! ¡Las cosas andan al revés! En tanto que a la religiosidad importa que cada Ente ande solo o que penetre en su celda para hablar en voz baja consigo mismo, algunos creen que la importancia estriba en desgañitarse gritando.

En mi juventud, cuando veía que atacaban a un hombre y al mismo tiempo a otros muchos que acudían a fin de defenderlo, pensaba: —¡Caramba! ¡Debe de ser un ataque peligroso!— Ahora que he envejecido un tanto, cuando presencio un ataque contra algún hombre y al mismo tiempo veo a muchos que acuden para defenderlo, me digo: —¡Caramba! ¡Debe de ser un ataque peligroso! ¡Puesto que tantos están dispuestos para defenderlo! —Cuando en mi juventud oía a un hombre atacado, decir: —Este ataque es una infamia, una cobardía—, yo pensaba: —¡Esperemos que el hombre aguante!— pero si el atacado decía: —No es nada— entonces yo me decía (en mi juventud): —¡De modo que no hay peligro! —Ahora pienso todo lo contrario. Sólo un hombre que se siente seguro admite la gravedad del ataque; precisamente cuando tiene miedo, niega el ataque. Cuando está seguro de ser el más fuerte, entonces dice: —Es una canallada—. Cuando se siente débil, dice, en cambio: —No es nada— Es decir, que se aparta.

1847

20 de enero de 1847.

ME HA complacido siempre, desde el fondo de mi alma, el deseo de convertirme algún día en un pastor de campaña. Me complacía como un deseo idílico, en contraste con mi esforzada existencia y también desde el punto de vista religioso como una penitencia, a fin de hallar el tiempo y la paz para arrepentirme verdaderamente de los pecados cometidos. Pensaba entonces que como escritor estaba a punto de hacer fortuna y que, por lo mismo, bien estaría concluir de aquella manera. Entretanto, parece bastante evidente que "nuestra situación se vuelve cada vez más confusa". Ahora, dado que —osaría sostenerlo en presencia de Dios, juez supremo— la situación literaria, social y política reclama a un Extraordinario, se trata de saber si existe alguien dentro del reino que sea adecuado para esa misión, aparte de mí mismo. Renunciando a "Ella", he renunciado a todo deseo de pasarlo bien en esta vida; por mis culpas personales me he calificado para deber soportarlo "todo". De modo que, en mi caso, existe un presupuesto ético. Además, ingresando como preceptor de religión en un determinado empleo público, me obligo en el fondo a ser algo diferente a lo que soy. Una culpa que llevo conmigo, me expone a cada instante a un ataque sobre este particular. Una vez pastor, la confusión se haría dolorosa puesto

que habría callado algo antes de entrar en ese estado. Como escritor, en cambio, mi posición es distinta. No contraigo relaciones personales con hombre alguno que pueda tener pretensiones acerca de mi ejemplo y sobre los antecedentes de mi vida; permanezco tan libre de vínculos que puedo a cada instante, si Dios así lo quiere, ser derribado sin la más mínima consecuencia para ningún otro.

...De que como escritor pueda, en virtud de una rigurosa autodisciplina ética, hacer mucho bien en una época como la nuestra, no hay duda alguna. Naturalmente, no indica eso que deba vencer sino que por el contrario, significa mejor que debo contar con la derrota... Bastante claro aparece que me tocará sucumbir. Los aristócratas continuarán guardando un silencio tranquilo y envidioso, permitirán que me arroje a la refriega y que caiga víctima de la plebe, a fin de disfrutar de todas las ventajas de la situación. Es decir que, humanamente hablando, mi labor no será recompensada. Otra cosa no deseo. Nada significa que me deje sorprender por algún momento de impaciencia; porque en todo momento bueno estaré dispuesto a sacrificarlo todo y espero, por consiguiente, que Dios me concederá las fuerzas necesarias para soportarlo.

Si no idolatro a la Mynster al "orden establecido" [1] (ésa es la herejía de Mynster) y si no confundo el celo de la ética con el espíritu burgués; si no quiero abolir por completo la categoría de lo "Extraordinario" y, de nuevo a la Mynster, me conformo con saber simplemente que tales personajes han existido y a comprenderlos tan sólo en consecuencia; en ese caso solamente no podré rechazar la tarea que me ha sido asignada.

...Humanamente hablando es preciso decir que de ahora en adelante, no sólo voy al encuentro de lo incierto, sino que afronto un fin certero, con fe en Dios de que en esto consista

[1] *Término técnico:* Det Bestaaende, *que K. profundizará más tarde y criticará directamente como a la categoría de la política y, por consiguiente, de la Iglesia del Estado, llamada precisamente "Iglesia establecida", en tanto que a la verdadera Iglesia conviene el "devenir", que es la categoría del ser espiritual.* (N. DEL T. I.)

la victoria. Así comprendí a mi existencia a los diez años; ésa es la causa de la enorme polémica de mi alma. Así la comprendí a los veinticinco y así la comprendo ahora que tengo treinta y cuatro. Por eso Paul Moeller me llamó "uno de los hombres más empastados de polémica".

Sólo cuando me pongo a escribir me siento bien. Olvido entonces los disgustos de la vida y los sufrimientos; me encuentro con mi pensamiento y me siento feliz. Es suficiente que me interrumpa durante un par de días para que en seguida me sienta malo, lleno de molestias y de achaques, con la cabeza pesada y oprimida. Semejante ímpetu, tan rico, inagotable, mantenido a diario durante cinco o seis años y que fluye con tanta abundancia; un ímpetu así no puede dejar de ser una vocación divina. Si esto, si esta abundancia de pensamientos que aún se agitan en mi alma debiera ser reprimida, representaría para mí un martirio y un tormento y ya no sería capaz de nada. ¿Y por qué habría de ser reprimida? Por haberme llenado la cabeza con la idea de aplicarme como un penitente a algo para lo cual, según creo entender, no estoy hecho. ¡No! Líbreme Dios de ello, y Dios no dejará tal vez de permitir que alguna señal exterior aparezca. Es duro y deprimente tener que gastar el propio dinero para obtener el permiso de trabajar con mayor empeño y esfuerzo que cualquier otro ciudadano. Es duro y deprimente, con semejante trabajo, obtener solamente que lo arrojen a uno como pasto de la bellaca envidia de los aristócratas y para escarnio de la plebe. Es duro y deprimente tener ante sí la siguiente perspectiva: más trabajaré y peor me irá. Pero todo lo soportaré contento y paciente, con tal de adquirir la íntima certidumbre de que no es mi deber imponerme libremente un martirio al ingresar en una situación que en cierto sentido podría desear, pero a la cual no podría atender verdaderamente, ni sentirme en ella verdaderamente feliz. No he elegido yo la carrera de escritor; por el contrario, ella es una consecuencia de mi individualidad entera y de mi aspiración más profunda...

24 de enero de 1847.

¡Dios sea loado por los ataques que han llovido sobre mí de parte de la plebe! Me han dado la oportunidad de instruirme en la escuela de la interioridad y de convencerme que al fin de cuentas era una idea melancólica la de querer hacerme pastor de campaña, la de entregarme a la penitencia en una vida retirada y olvidada. Permaneceré en mi puesto ahora más que nunca. Sin ese diluvio de escarnios mi idea melancólica hubiera seguido persiguiéndome porque una cierta holgura favorece las ideas melancólicas. Si no hubiera tenido fortuna alguna, no habría caído, a pesar de mis disposiciones naturales, en esos excesos de melancolía a los cuales he estado sujeto a veces.

1845 - 1847

(HOJAS SUELTAS)

El sentimiento de tranquila elevación, cuando uno sale de paseo en carruaje al caer la tarde, se produce con la aparición de la primera estrella. A medida que la oscuridad se hace cada vez más densa, las estrellas se multiplican en el cielo; eran visibles también antes, pero la luz las ocultaba. ¡Hasta que la brigada luminosa triunfa en los cielos y uno puede contar, una a una, todas las estrellas!

Cuando el rico pasea en su carroza, rodeado por antorchas en medio de la noche, ve un trecho de camino mayor que el que ve el pobre que camina en la más negra oscuridad; pero no ve a las estrellas, pues se lo impiden las mismas antorchas. Así acaece con la prudencia humana: ve bien de cerca, pero quita la visión de lo infinito.

No olvidemos jamás que no todos los que hayan perdido la razón, pueden por eso mismo probar de manera irrefutable que la tienen.

Que el tiempo (ese sucederse de los momentos uno tras otro, la prosecución) sea o pueda ser el peor enemigo del hombre lo indica el lenguaje —cosa muy expresiva— por medio

de significativas frases: "matar el tiempo", o viceversa, "el tiempo se me hace tan largo que estoy muerto de aburrimiento".

Podría ser una réplica psicológicamente justa la de un suicida, pocos instantes antes de saltarse la tapa de los sesos:

—¡Con este disparo mato al tiempo!

Que se le pueda ocurrir a un hombre, en calidad de poeta idílico identificarse a sí mismo o a su condición humana con la vida de los animales (¡ese idilio en el que ánades, ocas y vacas representan a la vida perfecta y bendita!) es incomprensible para mí. Constituye una gran satisfacción observar de cerca a los animales de un modo humorístico; se pueden pasar días enteros mirándolos. El humorismo justamente crece en razón directa de la estupidez de los animales, por ej., con los ánades, las ocas, los cerdos y las vacas.

Cuando el paisano trae al mercado sus mercancías bien prolijas y acomodadas, es horrendo ver que los primeros en acudir corriendo no sean los compradores que tratarían a los productos con sumo cuidado, sino unos truhanes que todo lo arrebatan y ajan. Así sucede con los escritores y sus lectores; los primeros en lanzarse sobre los libros son los belitres de los críticos.

24 DE ENERO DE 1847 AL 15 DE MAYO DE 1848

PRETENDEN dar a entender que las objeciones contra el cristianismo provienen de la duda. Es un error. Las objeciones contra el cristianismo provienen de la insubordinación, de la mala gana en la obediencia, de la rebelión contra la autoridad. Por eso hasta hoy se han dado simplemente palos en el aire contra las objeciones, pues sólo se ha combatido a la duda desde el punto de vista de la inteligencia, en tanto que debía de habérsela combatido en el campo de la ética contra la rebelión.

Me acusan de impulsar a los jóvenes a repantigarse en la propia subjetividad. Tal vez. Pero ¿cómo sería posible suprimir a esas ilusiones de la objetividad, por ej., la del "público", etc., sin hacer resaltar la categoría del Ente? Con el pretexto de la objetividad se ha pretendido sacrificar por completo a la individualidad.

Ningún filósofo moderno ha influído tanto en mí como Trendelenburg [1]. Cuando escribí *La repetición* no había leído aún nada suyo, pero ahora que lo he leído ¡cuán claro y po-

[1] *Trendelenburg, Federico Adolfo (1802-1872). Filósofo que se opuso a Hegel y, en especial, a su método dialéctico.* (N. DE LA T.)

tente se vuelve todo! Me relaciono con él de un modo extraño. Uno de los puntos que me ha interesado desde el comienzo, es la doctrina de las categorías (los problemas sobre esta materia se encuentran en mis notas antiguas y en los cartapacios señalados con el número 4). Trendelenburg ha publicado ahora dos disertaciones sobre la doctrina de las categorías, que he leído con el mayor interés.

¡Y decir que cuando por primera vez fuí a Berlín, precisamente al único a quien no escuché fué a Trendelenburg — porque, según decían, era un kantiano! — ¡Y casi miraba de arriba a abajo al joven sueco, compañero de viaje, quien quería estudiar únicamente con Trendelenburg! ¡Estúpido preconcepto del cual era también yo esclavo!

La turba es verdaderamente mi blanco polémico. Lo he aprendido de Sócrates. Quiero atraer la atención de los hombres para que no desperdicien sus vidas en juegos y disipaciones. Los aristócratas piensan que existe siempre una masa de hombres que se pierden por completo. Pero lo callan, viven agazapados y se comportan como si esa gran multitud de hombres no existiese en verdad. La impiedad de la superioridad de los aristócratas consiste precisamente en lo siguiente: en que con tal de pasarlo bien, no se toman ninguna molestia para advertir a los demás.

Yo no quiero eso. Quiero, en cambio, advertir a la turba sobre su propia ruina. Si no lo quieren a las buenas, los obligaré a las malas. Me comprendan o no. Mi intención no es golpearlos (¡ay de mí!, uno solo no puede golpear a la turba): quiero obligarlos a que me golpeen. Porque una vez que me hayan golpeado, seguramente prestarán atención, y si me golpean a muerte, prestarán absoluta atención y yo habré vencido por entero...

Los hombres no están perdidos hasta el extremo de querer el mal en último análisis, pero están ciegos y no saben lo que quieren. Por eso mismo es preciso tenderles un lazo e impulsarlos para que tomen una decisión. Un niño puede durante mucho tiempo mostrarse rebelde con su padre. Pero si el pa-

dre procede de modo de obligarlo a cometer un atentado, el niño estará más cerca de su salvación La victoria de la turba se debe a que uno la esquiva de tal manera que ella no adquiere jamás conciencia de sus actos. La turba no tiene reflexión alguna esencial; si por lo mismo llega hasta el extremo de matar a un hombre, *eo ipso* se detiene, piensa y reflexiona.

Aquel que, como generalmente se dice, en calidad de reformador lucha contra un poderoso (el papa, el emperador, en resumen: contra un solo hombre) debe tratar de abatir al poderoso; pero aquel que, con más justicia, hace frente a la turba, de la cual proviene toda perdición, debe tratar de que sea él, el abatido.

Mi melancolía ha trabajado durante muchos años para impedir que yo pudiera tratarme de "tú" en el sentido más profundo. Entre mi melancolía y mi "tuteo" existía un mundo de fantasía. Este mundo fantástico que ahora he extraído en parte de mí mismo con mis seudónimos. Así como aquel que no posee un hogar feliz, vagabundea todo lo posible y de buena gana prescindiría de su casa, así mi melancolía me ha alejado de mí mismo, en tanto que yo, con mi vida y mis hallazgos poéticos, recorría un mundo de fantasía. Como aquel que ha recibido un considerable patrimonio en tierras y que no acaba jamás de conocerlo... de este modo bajo la presión de la melancolía me he remitido a lo posible.

Sí y no, o los dos hermanos (*Mateo,* 21-28 y sig.)

¿Cuál de los dos hermanos era el perdido? ¿Aquel que dijo no, e hizo la voluntad del padre, o aquel que dijo sí, pero no hizo la voluntad del padre y quizá también se alabó por estar siempre dispuesto a... decir que sí?

Algo acerca de mi puntuación

En lo que a la ortografía se refiere, me inclino incondicionalmente ante la autoridad (Molbech); ni se me ocurre pretender justificarme, pues sé que con respecto a este punto

me faltan conocimientos y de buena gana admito que cualquier escritor danés entre los de valía es quizá más esmerado que yo.

Pero otra cosa es la puntuación; en lo referente a ella no me inclino ante nadie y hasta dudo de que exista otro escritor danés que pueda competir conmigo. Mi estructura de dialéctico, con un sentido especial para la retórica..., mis conversaciones interiores, mis pensamientos y el ejercicio de leer en alta voz: todo esto tiene absolutamente que convertirme en un especialista en la materia.

Por lo tanto, hago una diferencia en mi puntuación. Diferente es la puntuación que empleo en un artículo científico y en uno retórico. Esto sólo ya sería demasiado para la mayoría que sólo conoce una gramática. En consecuencia, no puedo de ninguna manera proponer mis artículos como ejemplo para escolares y para hombres todavía inmaduros. Así también un buen latinista no se preocupa por enseñar a los escolares los matices más sutiles de la lengua, los múltiples, pequeños y graciosos misterios del subjuntivo; pero por su cuenta escribe de ese modo. No conozco además a ningún escritor danés que se ocupe de la puntuación en sentido ideal; los escritores de hoy se limitan a seguir las normas gramaticales.

Mi puntuación es especialmente distinta para los trozos de retórica, pues es muy avanzada. De una manera especial me preocupa el aspecto dialéctico-arquitectónico: que a primera vista surja esa euritmia de las proposiciones que, cuando uno lee en alta voz, constituye el ritmo (yo imagino siempre a un lector que lea en alta voz). Por eso soy muchas veces parco en el uso de las comas. Así cuando quiero una subdividisión entre punto y coma, no divido a esas proposiciones; por ej.: "Lo que uno debe a otro o lo que uno debe a sí mismo". A este respecto vivo en continua lucha con los correctores de imprenta, quienes con muy buena intención ponen comas por todas partes y así perturban mi ritmo.

En mi opinión, la mayoría de los estilistas daneses usan el punto de una manera completamente equivocada. Descomponen su discurso en numerosos puntos seguidos; deriva de

ello que la lógica no es suficientemente respetada, pues así, las proposiciones subordinadas —siendo cada una de ellas un punto seguido— se vuelven coordinadas.

Ante todo, debo repetir que imagino a lectores que lean en alta voz y que por lo tanto estén ejercitados en la prosecución del pensamiento hasta en sus menores oscilaciones y en reproducirlo con la voz (*). Con toda tranquilidad me someto al experimento. Invitad a un actor o a un orador (que sean prácticos en modular) a leer, a título de ensayo, un trozo de mis discursos. Estoy convencido de que habrá de admitir que muchas cosas que de otro modo quedarían libradas a su interpretación, muchas que deberían de ser aclaradas con notas del autor, las hallará explicadas en virtud de la puntuación. La puntuación gramatical abstracta no basta en retórica; especialmente cuando se mezcla una pizca de ironía, de epigrama, de astucia y de malicia, es decir, que sepa a malicia en el sentido de la idea.

(*) Precisamente en estos días me entero de que el viejo Fichte en su correspondencia epistolar con Schiller, se lamenta a propósito de su estilo que la gente no logra declamar.

¡Qué sátira tan tremenda de los tiempos modernos es el ver que la única aplicación que se da a la soledad sea en calidad de castigo: la prisión! ¡Cuán diferente de las épocas en que aunque la vida terrenal fuera mundana, se creía en la soledad del claustro y se la honraba como lo más elevado, como a la determinación de lo eterno! Ahora se la aborrece, se la execra y se la emplea tan sólo como pena para los delincuentes. ¡Qué cambio!

Nuestro tiempo necesita educación. Por eso Dios se apoderó de uno, que como los demás necesitaba educación, sin embargo, y lo educó "privadísimamente", para que a su vez pudiera enseñar.

Andersen puede contar el cuento de "las calzas de la fortuna"... pero yo puedo contar el de los zapatos que aprietan. Mejor dicho, podría contarlo; pero porque no quiero hacerlo,

y porque quiero callar en profundo silencio, por eso mismo puedo contar muchas otras cosas.

Mientras existan numerosos pozos de donde extraer agua, no se siente la angustia de que pueda faltarnos. Pero, ¡cuando sólo hay uno! Así también, cuando el cristianismo se convierte para alguien en el pozo único, sólo entonces comienzan los escrúpulos. El escrúpulo es la expresión del alma concentrada en el cristianismo como en su único objeto. Por eso mismo la mayoría no está sujeta a escrúpulos.

La existencia más ingrata es y será siempre la del escritor que escribe para escritores. Los escritores pueden ser divididos en dos clases: los que escriben para los lectores y los que escriben para escritores. A estos últimos el público no puede entenderlos, los considera locos y se mofa de ellos. Entretanto, los escritores de la segunda categoría saquean sus obras, hacen furor con la mercadería saqueada y menoscabada y generalmente se convierten en los peores enemigos de los escritores de la primera categoría; porque es de suma importancia para ellos que nadie se entere de la verdad.

Cada vez que la historia del mundo debe dar un paso adelante y superar un punto difícil, avanza al instante una formación de verdaderos caballos de tiro: los célibes, los solitarios, los que viven tan sólo para una idea. Ioh. von Müller dice que dos fuerzas guían al mundo: las ideas y las mujeres, pero cuando se debe dar la batalla decisiva, es preciso dejar que manden las ideas.

Es penoso el error de Cervantes al concluir *Don Quijote* de manera que el héroe recobre el juicio, y que muera luego. ¡Pensar que había tenido la excelente idea de hacerlo convertir en pastor de ovejas! Debió terminar entonces. Don Quijote no debe "concluir"; debe ser representado en pleno impulso, de modo que permita descubrir una serie sin fin de nuevas ideas fijas. Don Quijote es infinitamente perfectible en su locura, pero lo único imposible para él (por lo demás

en cualquier cosa puede convertirse) es precisamente que recobre la razón. Me parece que Cervantes no era lo bastante dialéctico para dar a la obra la conclusión romántica, que no es conclusión.

Un hombre peca primero quizá por "debilidad" y sucumbe a la debilidad (porque es su debilidad justamente la fuerza de la inclinación, de la pasión, el anhelo del pecado); pero luego se siente tan desesperado que tal vez peca de nuevo por "desesperación" [1].

Nuestros liberales son unos bellacos que sólo saben charlar. Critican los actos del gobierno y cuando se les echa en cara que no actúen, responden que ellos no son el gobierno. Cuando se les pregunta luego por qué no dirigen por lo menos sus armas contra la degeneración del público, en la cual están implicados como periodistas, entonces responden: —No es culpa nuestra si el público va de mal en peor; no es asunto que nos concierna. *Summa summarum,* puras bagatelas: no hay entre ellos un solo carácter.

Uno se lamenta a menudo de no hallar un amigo. La culpa es verdaderamente nuestra. Depende de lo que el hombre quiera en el mundo: si sólo tiende a un fin inmediato, no importa cuál, hallará siempre alguien que acabe por reunírsele. Pero si el hombre quiere la más alta idealidad, con todos los sacrificios, no hallará amigo alguno, porque no existe interés común que pueda unirles; por el contrario, sólo existe el sacrificio continuo. En tal caso, un amigo representará a lo sumo una rémora, y por consiguiente es preciso ser cautos.

Más que el no comprender nosotros a la verdad, es duro no ser comprendidos por la persona amada.

En realidad, todo arte consiste en una contradicción dialéctica. Lo verdaderamente eterno no puede ser pintado, ni

[1] *El núcleo de este texto será desarrollado, profunda y patéticamente, en* La enfermedad mortal *(1849).* (N. DEL T. I.)

diseñado, ni esculpido en piedra porque es espíritu. Pero tampoco lo temporáneo puede ser pintado ni diseñado ni esculpido en piedra; porque al representarlo así, se lo representa eternamente, pues una imagen sólo fija un momento. Cuando pinto a un hombre llevándose la cuchara a la boca o sonándose la nariz, lo eternizo; el hombre seguirá sonándose la nariz mientras dure la imagen.

Nuestro tiempo necesita "pathos" (como legumbres contra el escorbuto); pero, en verdad, la labor de perforación de pozos artesianos no puede ser más complicada que mi cálculo dialéctico sobre lo cómico, sobre las pasiones y sobre lo patético donde procurarse, si fuera posible, una benéfica corriente de aire patético. La desgracia de nuestra época es la prudencia y la reflexión. Ningún entusiasta inmediato podrá ayudarme ya, porque la reflexión de la época lo devora. Por eso fué necesario uno que fuera capaz, mediante la reflexión, de echar a volar las reflexiones, un hombre de genio que dentro de su racionalismo y su insensibilidad, en el incógnito del escarnio y de la mofa, ocultaba un entusiasmo de primera calidad. Y en nuestra época, en la cual, para defender al matrimonio, es necesario encantar al gusto degenerado de los tiempos con un *Diario del Seductor*[1]; y así con todo lo demás.

Ser pisoteado por las ocas representa una muerte lenta, pero también es una muerte lenta ser lacerado por la envidia. Mientras la plebe me insulta (pues lo publicado en un periódico no tendría mucha importancia si no significara para la plebe la orden de escarnecerme, de insultarme a diario por las calles; y si no fueran los escolares, los estudiantes, los dependientes de tienda y toda la ralea plebeya que la literatura plebeya remueve de su fondo fangoso, quienes me insultan), la envidia de los aristócratas observa satisfecha y asiente: ¡Se lo merece! ¡Figuraos si da placer y ganas de vivir en se-

[1] *Los kierkegaardianos están de acuerdo en afirmar que con sus obras seudónimas, K. quiso encarar las distintas posibilidades de su existencia.* (N. DE LA T.)

mejante situación! No, pero yo me siento contento con saber que he "actuado". Por lo demás, la insistencia de una actitud semejante es una de las cosas más penosas; todo lo otro tiene un fin, pero esto no cesa jamás. ¡Estar en la iglesia y ver que dos gandules tengan el descaro de ponerse a nuestro lado para clavar la vista en nuestros pantalones y mofarse cambiando frases en alta voz, de modo que es imposible ignorar cada una de sus palabras! Pero a estas cosas he concluído por habituarme. El hecho de que la desvergüenza tenga su punto de apoyo en un periódico, hace que los descarados se consideren en su pleno derecho, como ejecutores de la opinión pública. Es comprensible. Me he equivocado en cierta forma con respecto a Dinamarca. No creía que la plebe representara a la opinión pública en Dinamarca; pero será un placer para mí atestiguar que (cosa fácil por lo demás) la situación es así.

Si muriera "ahora", el mundo creería que he muerto de pena por la persecución; y esto conviene al mundo; en cierto sentido, se puede decir que no ha contribuído realmente a prolongar mi vida. Por otra parte, la verdad sobre mi vida es otra. Cuando abandoné a "ella", elegí la muerte y, por lo mismo, pude trabajar enormemente. Ella hizo la parodia de exclamar: "Me muero", en tanto que yo pretendí que sólo entonces comenzaba la alegría de mi vida... He aquí una situación completamente regular: "ella" es mujer y yo soy un ironista. Y la razón es aún más profunda. En efecto, lo que me impulsó a abandonarla (mi profundo infortunio...) asumió para mí una importancia distinta, cuando por su causa habría debido hacerla desdichada y cargar sobre mi conciencia un homicidio. Desde ese momento, por lo mismo, aquella miseria mía se enseñoreó: no podía ser de otro modo. Para defender mi conducta con "ella" debo tener siempre presente mi desgracia fundamental. Ésa es la pura verdad.

¡Extraño es que haya cumplido treinta y cuatro años! Me resulta del todo incomprensible; estaba tan seguro de que moriría antes de este cumpleaños o el mismo día, que me sentiría inclinado en verdad a suponer que el día de mi nacimiento

ha sido mal registrado, y que moriré al cumplir los treinta y cuatro años.

Una cosa es que el pueblo, la turba, la oposición, luchen contra el rey, contra el gobierno (lo que llamamos política), y otra que estén sometidos al Estado, como cuando los inquilinos de una casa se amotinan —no contra el patrón sino contra ellos mismos—, "lucha entre los distintos pisos, desde el sótano hasta la buhardilla, pero de los unos contra los otros".

Yacer paralítico durante treinta años esperando la curación y ver cómo siempre otro se nos adelanta (*Juan,* 5-5 y sig.).

Humanamente hablando, debo decir que habría podido hacer mi vida mucho más fácil y ser amado y por lo mismo mucho más estimado. Pero ¿me está permitido, con respecto a Dios? Con Dios es con quien tengo mayor familiaridad; nadie piensa en esto. ¡Ay de mí! Por eso mi vida es tan tensa. Apenas Dios se aparta un poco de mí, no tengo confidente alguno; además, resuena continuamente la acusación de que lo que hago, lo hago justamente porque Dios es para mí lo más importante. Quien tenga idea acerca de lo que significa estar fundamentalmente con Dios, ése me comprenderá.

De haber vivido en la Edad Media, probablemente habría concluído en un convento entregado a la penitencia. Hoy comprendo de una manera diferente esta necesidad mía. Todo automartirio en un convento, sólo nos conduce a una ilusión; por eso elegí otra cosa. He elegido servir a la verdad allí donde la labor es más ingrata... Es bastante evidente que mi obra será útil y estoy convencido de que será más evidente aún, especialmente después de mi muerte. Porque forma parte de mi idea de penitencia y de labor, el pensamiento de que mi tarea sólo puede ser comprendida después de mi muerte y esto coincide con mi idea de penitencia...

Vuelve particularmente difícil mi posición en la vida pública el que los hombres no pueden comprender contra qué

combato en realidad. Ponerse contra la turba es siempre para la mayoría una cosa sin sentido; ¡porque la turba y la pluralidad y el público son precisamente las fuerzas de la salvación, esa unión de los amantes de la libertad de la cual debe surgir la salvación — contra los reyes, los papas y los funcionarios que pretenden tiranizarnos! ¡Ay de mí! O mejor ¡pobres de nosotros! Ésta es la consecuencia de haber combatido durante siglos contra papas y reyes poderosos y de haber considerado a la turba como a cosa sagrada. Nadie sospecha que las categorías de la historia se han invertido y que la turba se ha convertido en el único tirano y en la perdición fundamental...

No, la antigüedad comprendió mejor la cuestión, es decir, que la "turba" es el peligro Nº 1. A las formaciones de la antigüedad retorna ahora la historia. Europa no sufrirá guerras sino una continua revolución interna (plebeyos - patricios).

Si los hombres, en el curso de varios siglos y con la pasión de la costumbre, no se hubieran cegado con la idea de que el tirano es un hombre solo, se podría aún lograr que vieran fácilmente que el ser perseguido por la turba es lo más penoso de todo; porque ésta es la suma de los Entes, de modo que cada Ente aporta a ella su pequeña parte; en tanto que el Ente no piensa cuán grande será la suma total cuando todos los Entes procedan así.

¿No nos ha enseñado suficientemente la filosofía que el mundo ha entrado en la reflexión? Esto es verdad; por lo mismo, nunca más un Ente (rey, papa, etc.) podrá hacerse tirano. La tiranía se convertirá forzosamente en una relación de reflexiones. Henos aquí otra vez ante la categoría de la turba, opinión pública...

Sócrates es y será para mí el único reformador que reconozco. Los otros, en mi opinión, pueden haber estado entusiasmados y bien intencionados, pero al mismo tiempo eran notablemente limitados.

La desgracia de nuestra época es justamente la de vivir por completo en el "momento". Apenas un hombre logra concebir una idea, quiere que se la reconozcan inmediatamente.

¡Cómo no!, ¡mis felicitaciones! Si otro hubiera hallado la idea del Ente le habría procurado un montón de secuaces y todo hubiera sido echado a rodar; habría surgido una caterva de secuaces pero no la verdadera idea del "Ente". Pero como dialéctico, soy un poco más instruído. En este momento no hay ninguna salida de tono, ni una brizna de paja; quiero suponer que no habrá ninguna hasta la muerte, para que sea bien visible cuál era la idea del "Ente", a cuyo servicio por eso estaba yo absolutamente solo, más aún, observado por todos. Eso está bien. Vivir solo en un lugar apartado con la idea del "Ente", no significa coherencia ni es la expresión más precisa de la idea. Pero estar solo y tener a todos en contra es en sentido dialéctico tener a todos consigo, porque el hecho de tener a todos en contra ayuda a hacer evidente que se está solo; eso es ser dialéctico y eso es vencer...

Los hombres se afanan siempre por procurarse algunos discípulos y es de gran importancia para ellos que esto suceda pronto. Se afanan por usar cualquier medio y por rechazar a todo aquel que no lo acepte. Dios gana a sus secuaces por medio de la longanimidad. Él los gana en última instancia. Por eso en última instancia los secuaces de un hombre desmayan y los de Dios resisten.

En todo campo, para cualquier fin, etc., son siempre las minorías, los pocos, los escasísimos, los Entes, aquellos que saben; la turba es ignorante. Esto es claro como el sol porque, si fuese de otro modo, cada hombre lo sabría todo. Y precisamente porque no acaece así hoy, cada hombre tiene o debería tener un fin, pequeño o grande, complicado o difícil o menos difícil, acerca del cual conozca algo, de manera que él sea el maestro y los demás (la turba, la pluralidad), quienes aprendan, y así todos, en esto o en aquello, tendrán su propio fin. Pero ¿qué hacen hoy los periódicos? Informan acerca de todo (el tema es indiferente: política, crítica, etc.) como si fuese la turba, la pluralidad quien lo supiese. Por esto los periódicos son el sofisma más funesto que haya aparecido. Se lamentan porque a veces aparece un artículo falso. ¡Ay de

mí! ¡Qué inepcia! No, es la forma total de tal información en su esencia misma lo falso. En la antigüedad se halagaba a la turba de una manera puramente material por medio del dinero y *panem et circenses*. . . ; pero la prensa ha adulado espiritualmente a la clase media. Tenemos necesidad del silencio pitagórico. Para la sociedad son más necesarias las leyes prohibicionistas contra los diarios que contra las bebidas alcohólicas. Lo ridículo está en que el periódico *Faedrelandet* pretenda ser aristocrático y ser al mismo tiempo un periódico. No, si los editores quieren ser aristocráticos, deben suprimir los diarios. Ser aristocrático en medio de los periodistas es como ser aristocrático entre truhanes.

. . .Los libros son leídos por unos pocos, los periódicos por todos. . . Como si a bordo de una nave hubiese un solo megáfono del cual se habría apoderado el peón de cocina con el consentimiento general. Entonces, todo lo que el peón de cocina tendría que decir: ("pon manteca a las espinacas" y "hoy hace buen tiempo"; "quién sabe si algo no anda mal por allí") sería comunicado por el megáfono; en tanto que el capitán debe dar sus órdenes a viva voz, pues lo que el capitán tenga que decir no es tan importante. ¡Al final, el capitán habrá de solicitar la ayuda del peón de cocina para lograr que le oigan, suponiendo que aquél se digne transmitir sus órdenes, las cuales al pasar a través del peón de cocina y de su megáfono serán completamente alteradas; en vano alzará su pobre voz el capitán, el otro con su megáfono le llevará ventaja. Al final, el peón de cocina, porque posee el megáfono, se apodera del comando de la nave. *¡Pre Diis inmortalibus!*

El gobierno no puede prohibir la fuerza natural de un hombre, pero puede prohibir la posesión de un fusil por ser esto demasiado, y además sobrehumano. Tampoco puede el gobierno prohibir la palabra, don de Dios; pero podría prohibir los diarios por ser ellos un medio de información demasiado enorme. En los periódicos se podría permitir la impresión de avisos de publicidad, pero de ninguna manera las críticas y las argumentaciones.

Mi vida ha sido dispuesta con un "aguijón en la carne" para que alcance aquello con lo que nunca habría soñado. Pero la pregunta que antes, y aún ahora debo hacerme a veces, es si no me corresponde concentrar la atención sobre la posibilidad de arrancarme esa espina de la carne. Si lo lograra, en sentido finito seria más dichoso, pero me habría perdido en sentido infinito. ¿Me estaría permitido, pues, aun cuando fuera posible (cosa que dudo)? En mi juventud hice algunas tentativas en ese sentido. Por eso soy tan enemigo de correr el riesgo con ideas grandiosas a fin de convertirme en alguien entre los grandes. ¡Ay, la espina en la carne me ha destrozado, en sentido finito para siempre!; pero en sentido infinito salto con mayor agilidad. ¿Acaso no es justo? ¿Podría Dios preferir a un hombre que aguanta la espina sin ser ni ayudado ni curado en sentido infinito? Existe una forma de pietismo que es un triste ascetismo del espíritu, la de creer que la espina en la carne le ha sido dada a un hombre sólo para que lloriquee y se contemple la espina, y no para que pueda saltar más alto gracias a ella. Pues, aunque parezca extraño, así es; yo, con la espina en el pie salto más alto que otro con el pie sano.

El artista, el poeta, el científico pueden vivir rodeados de admiración toda su vida, sólo por casualidad alguno de ellos se ve perseguido y escarnecido. Cada uno de ellos se relaciona con lo humano —general— como "diferencia", y sus respectivas vocaciones no afectan a la existencia de una manera esencial, puesto que son propias del medio de la fantasía. Pero aquel que profesa la ética, tiene el deber de ser perseguido, pues de lo contrario es un espíritu mediocre. Un carácter ético se remite a la humanidad en general (por consiguiente a todos los hombres por igual y no como diferencia) y se remite a la existencia en calidad de exigencia. En cuanto observe que se le quiere admirar (cosa que conviene al poeta, al artista, etc., pues en este caso se trata de una diferencia), debe comprender que eso es engaño y falsía. Los hombres no han de admirar a un carácter ético sino que han de sentirse por él impulsados a la ética... En vez de exigir de los hombres admiración... exige

de ellos la existencia. Entonces los hombres montan en cólera. Quisieran de buena gana admirarlo para liberarse de él, es decir, de ese aguijón que existe en su existencia; pero lo humano que hay en él cuando dice: "Cualquier hombre puede hacer tanto bien como yo", excita el odio, y los hombres quieren quitárselo de encima.

Y así se explica que a su muerte lo cubran de honores; porque ya no tiene el aguijón de la contemporaneidad. La objeción contra la vida de un espíritu ético se transformará en elogio después de su muerte. Si cede durante su vida, en el primer momento complacerá al mundo; mas al poco tiempo el mismo mundo dirá: —Ha sido una flaqueza... — de coherencia ética algo el mundo entiende. Pero si no quiere ceder, el mundo se enfurece; sin embargo, cuando muera, los mismos dirán: —¡Vaya, y tenía razón!

Si se pone a un pez en agua a la cual se ha agregado una sustancia nociva, el pez no puede respirar; así vivo yo en cierto modo. Me han infectado el aire en torno. Necesitaba para descansar de mi melancolía y de mi enorme labor, estar aislado de la turba. Desespero de lograrlo. La curiosidad me circunda por todas partes. Recorro cinco millas a fin de llegar a mi amado bosque, en busca de la soledad lejos de los hombres; ¡ay de mí, por todas partes curiosidad! Esos incómodos hombres son como los insectos que viven a costa de los otros.

De sobra sé que para Heiberg y su camarilla, mi manera de andar por las calles sólo es vanidad desde el punto de vista cristiano... ¡que lo hago para ponerme en evidencia! Pero ¿acaso es para lucirme por lo que paseo —y posiblemente mucho más— por las calles de Berlín, donde no hay alma viviente que me conozca?

En otros tiempos mi único deseo era ser funcionario policial, me parecía una tarea adecuada para mi mente insomne e intrigante. Suponía que entre los criminales había gentes con las cuales uno podría luchar, muchachos inteligentes, fuertes, astutos. Más tarde comprendí que fué mejor no haberlo

llevado a cabo, pues la mayor parte de los asuntos policiales se reducen a cosas mezquinas y míseras; nada de crímenes y de delincuentes matriculados. Se trata de unas pocas monedas y de pobres diablos.

Luego sentí el deseo de hacerme pastor; ¿pero no ocurre acaso lo mismo? ¡Cuán pocos son los hombres que en el fondo experimentan un verdadero anhelo religioso! Las preocupaciones y las miserias de la mayoría de los hombres son puramente terrestres... "Procurémonos lo necesario, procurémonos dinero, procurémonos una prebenda, etc.", tales son las preocupaciones, tales los consuelos que los hombres buscan...

En este sentido los hombres carecen de todo presupuesto y en sustancia se debería comenzar por el principio: desarrollando la necesidad (de la religión) si fuera posible. Pero esto también es difícil, pues la mayoría no siente ni siquiera la necesidad de desarrollar la necesidad.

Mi existencia de escritor es la más desventurada y miserable que uno pueda imaginar. Claro que se puede decir que la merezco y que en este sentido expío mi culpa, de acuerdo con Dios. Al mismo tiempo mi existencia es la más interesante que escritor alguno haya llevado en Dinamarca. Justamente por tal razón seré leído y estudiado en lo porvenir. Europa entera trabaja para una desmoralización, pero en Copenhague las condiciones son tan restringidas que mis cálculos y observaciones pueden dominarla por completo. Esto será muy interesante. Soy como el médico frente a una preparación perfecta, pero no tan grande que no pueda dominarla con la mirada...

9 de junio.

En cierto sentido el origen de mi desdicha es éste: si no hubiera poseído un patrimonio, no me habría sido posible salvar el horrendo misterio de la melancolía (¡Dios misericordioso! ¡Cuánto daño me ha hecho mi padre con su melancolía: un anciano que descarga su profunda melancolía sobre un pobre niño, para no hablar de aquello mucho más tremendo aún! ¡Y sin embargo, era el mejor de los padres!) Pero en-

tonces no me habría convertido en lo que ahora soy. Habría estado "obligado" a una de dos: o a enloquecer o a traspasarla. He podido dar un *salto mortale*[1] sumergiéndome en la existencia puramente espiritual. Pero así me convierto en alguien completamente diferente al hombre común. Me falta en el fondo el cuerpo y los presupuestos corpóreos.

La idea de Sócrates de "amar lo feo" es en sustancia la idea cristiana de amar al prójimo. Porque lo feo es el objeto reflejo, ético, pues; en tanto que "lo bello" es lo inmediato que todos sentimos placer en amar. En tal sentido el "prójimo" es "lo feo".

Amor y matrimonio son en el fondo un corroborante más profundo del amor propio; uno se vuelve doblemente egoísta; por esto los esposos se sienten tan contentos, tan prósperos para la vida vegetativa, porque el puro amor no está hecho para la existencia terrenal como el egoísmo. El solitario, por lo mismo, carece de egoísmo, los esposos lo expresan diciendo de él: "Es un egoísta"; porque los esposos parten del principio de que el matrimonio es amor.

¿San Pablo era un funcionario? No. ¿Tenía alguna prebenda? No. ¿Ganaba mucho dinero? No. ¿Era casado y con hijos? No. Pero entonces: ¡San Pablo no era una persona formal!

El dinero es el numerador, la misericordia el denominador. Pero el denominador es lo más importante.

He leído en Abraham de S. Chiara una distinción muy aguda: cuando uno haya vuelto la espalda al mundo (en sentido exterior), si no está en comunicación con Dios y por consiguiente conserva al mundo en sus pensamientos, no está solo; será un solitario, pero no está solo.

[1] *En italiano en el texto danés.* (N. DE LA T.)

Como *motivo para una autodefensa,* se podrían usar estas palabras:

"Admitidnos; a nadie hemos injuriado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado" (II *Corintios,* 7-2).

Encuentro una observación bastante buena (¡cosa muy extraña!) [1] en un *Diario* anterior, de 1839, que dice —no está expresado de una manera ni muy feliz ni muy completa— "que el matrimonio, en el fondo, no es verdaderamente amor, y que por lo mismo los cónyuges han de convertirse en "una sola carne" (*Marcos,* 10-8), no en un solo espíritu, porque es imposible que dos espíritus se conviertan en uno solo". Esta observación habría podido ser utilizada con buen éxito en *Acciones del amor.*

Como una mujer que no es dichosa en su hogar se asoma a menudo a la ventana, así el alma de un melancólico busca a su alrededor las distracciones. Otra forma de melancolía es la de cerrar los ojos para siempre, para que todo en torno sea oscuridad.

El hombre se vuelve cada vez más semejante a las bestias; ¡ya no se habla de la fuerza de mil hombres sino de mil caballos!

Esa aspiración de valerse de las lenguas vivas (el método dispersivo es, ni más ni menos, regresivo) es una regresión. Sabido es que América es la tierra donde más lenguas existen, porque cada estirpe habla la suya. Pero esto no significa perfección. Una sola lengua científica sería lo ideal.

...Hasta ahora mi costumbre era actuar cuando se trataba de tomar una distracción necesaria, arriesgarme mejor que no arriesgarme. Por lo mismo, esta vez me resulta tan difícil tomar una resolución negativa [2]. Una resolución ne-

[1] *7 de julio de 1839.* (N. DE LA T.)
[2] *Alusión a un proyecto de viaje a Berlín.* (N. DEL T. I.)

gativa es lo más difícil cuando se es completamente libre, porque en todo momento será posible hacer lo contrario. Una vez que he trepado al coche o al barco, ya está; representa una especie de decisión. La decisión negativa es mucho más difícil.

Por desgracia estoy muy poco hecho para las cosas prácticas, demasiado bien lo veo. Mi idealidad sufre indeciblemente con estas superficialidades, incertidumbres y charlas en las que consiste el secreto de la vida práctica. Un hombre que no acuda a la hora fijada, que haga algo en contra de las prescripciones dadas o que me haga perder tiempo, todo esto representa un verdadero tormento para mí. Mejor me haría cargo de cualquier tarea, aún la más aburrida, como la de copiar, etc., con tal de que me dejaran solo, para que pudiera ejecutarla con exactitud y diligencia. Pero esa abominable imprecisión me causa horror.

...Siento ahora un deseo de retornar a mí mismo en un sentido más profundo, para acercarme más a Dios en la comprensión de mí mismo. Debo permanecer en mi puesto y renovarme "interiormente"... Es preciso que sondee a fondo mi melancolía. Hasta ahora ha reposado en lo más profundo y el enorme esfuerzo espiritual pudo mantenerla allí. De que mi labor haya producido alguna utilidad, de que Dios la haya aprobado y me haya ayudado en todo momento, no hay duda. No dejo de agradecer a Dios por haber hecho infinitamente más de cuanto hubiera esperado. Es un consuelo para mí comprobar (aunque ciertamente ningún hombre tenga mérito alguno ante Dios) que Él ha mirado con complacencia mi esfuerzo, y que yo, en medio del terrible sufrimiento, he podido resistir gracias a Su ayuda hasta el final...

Pero ahora Dios quiere otra cosa. Se agita en mi interior algo que señala una metamorfosis. Por esto no me atreví a ir a Berlín; hubiera sido hacer abortar el fruto. Ahora debo mantenerme tranquilo y trabajar sin esfuerzos excesivos; casi sin esfuerzo; sin comenzar ningún libro nuevo, sino tratando de regresar a mí mismo "precisamente para pensar en los pensa-

mientos de mi melancolía, junto a Dios, sin moverme". Es de este modo como mi melancolía ha de ser vencida y "yo debo aproximarme más a la realidad cristiana". Hasta ahora me he defendido contra mi melancolía únicamente con la labor intelectual. Ahora debo tratar (creyendo que Dios al otorgarme el perdón ha olvidado la culpa) de olvidarla también yo; pero sin distraerme ni apartarme, permaneciendo en Dios. Con mi pensamiento puesto en Dios, que pueda yo pensar que Él ha olvidado mi culpa, y aprender así a olvidarla por la fe en el perdón.

¡Cuán extraño! Ayer hablé con Joergen Joergensen, que ahora se ha convertido en un apasionado lector de Hamann. Ha descubierto en sus obras que Hamann no estaba casado con su mujer, sino que vivía con ella sin bendición nupcial; por consiguiente, en concubinato. Y yo que busqué el texto con tanto entusiasmo no pude hallarlo. En su época habría sido de suma importancia para mí. No me hubiera servido, pero el caso habría adquirido un cariz diferente, de haber sabido entonces que Hamann osó hacer algo semejante. Naturalmente yo concebí la posibilidad, pero no sabía que Hamann lo hubiera realizado. Claro que en el debido momento juzgué que de ese modo era imposible realizarlo...[1]

Voluntariamente admitimos que aquel que puede traer hijos al mundo, puede educarlos (como los animales); pero educar a los hombres es un muy raro don... Tal vez en ningún otro campo ni dirección, la confusión de nuestra época se vuelva tan risible como en materia de educación. ¡Dentro de una generación los mismos padres estarán quizá tan descalabrados, que ellos, que deberían de servir de ayuda al maestro en la educación de los hijos, tendrán necesidad de ser educados! Especialmente si Grundtvig[2] logra introducir el

[1] *Ver el texto que se refiere a la ruptura con Regina Olsen, y los que mencionan el encuentro posterior y las reacciones de ella.* (N. DE LA T.)

[2] *Grundtvig, N. J. F. (1783-1872), gran escritor y reformador social danés.* (N. DE LA T.)

nuevo método de enseñanza: proverbios, Saxo y Snorre, la lengua materna. ¡Espero estar muerto para entonces, en tanto que podría augurar a Grundtvig que viviera hasta esa época!

¿Qué es la humanidad? La igualdad entre los hombres. La desigualdad es lo inhumano.

La categoría de "permanecer" es propia de Asia. Los judíos se detuvieron; China se detuvo; la India permaneció. En Europa, en cambio, la categoría es: "decaer". Roma decayó. Grecia decayó.

Aquel que en el paso de las Termópilas resistió y cayó, no mantuvo una posición más difícil que la mía en ese paso y esa estrecha garganta que es la categoría del "Ente" a través de la cual debe pasar el tiempo; porque cuando pasando sobre mi cuerpo pasen por ese camino, yo habré vencido. A Leónidas no le cupo suerte semejante.

La cristiandad actual vive, en resumen, como si la situación fuera considerada así: Cristo es un gran héroe y benefactor, el cual —de una vez por todas— nos ha asegurado la beatitud. Ahora podemos contentarnos y satisfacernos con los inocentes placeres de la vida terrestre y encomendar el resto a Él. Pero Cristo es esencialmente el Modelo y así nosotros debemos asemejarnos a Él y no simplemente disfrutar de sus ventajas.

Todos los hombres desean ser o convertirse en *contemporáneos* de los grandes hombres, de los grandes acontecimientos, etc.; vaya a saber cuántos en realidad logran ser contemporáneos de sí mismos. "Ser contemporáneos de sí mismos" (por lo tanto no del futuro que se teme o se espera, ni del pasado) se transparenta en quietud y sólo es posible por medio de la relación con Dios; más bien, en ello consiste la relación con Dios.

Si el pescador quiere hacer una buena pesca debe ir adonde está el pez; pero el pez nada siempre contra la corriente; por lo tanto, allí es adonde debe dirigirse.

¡Cómo se estremece uno al leer que Cristo, el Maestro del amor, fué traicionado... con un beso! (*Mateo*, 26-49).

Una palabra acerca de mí mismo

Soy el último estadio de una escuela de poetas que aspiran a convertirse en una especie de reformadores en miniatura. Mi fantasía es superior a la de un hombre común; por otra parte, poseo menos fuerza natural de la que es necesaria para afirmarse. Por medio de mi fantasía (la cual —fijaos bien— no precede en realidad a la dialéctica, de modo, pues, que no es inmediata sino que sucede a la dialéctica) puedo esclarecer todas las categorías cristianas del modo más preciso y más vivaz. Esto es lo que necesita nuestra época. Hay cosas que deben ser recordadas continuamente, o de lo contrario el criterio se pierde. Como el vuelo de los pájaros silvestres comparado con el de los pájaros domésticos, es el recuerdo de estas categorías de la vida cristiana que exigen el esfuerzo supremo. Pero precisamente porque soy un poeta de esta talla, cuya tarea consiste en alzar el precio y posiblemente en sugerir a cada uno cuál podría ser la exigencia; por eso mismo, debo estar en guardia para precaverme de tener secuaces.

En la intimidad de cada hombre siempre existe la angustia de estar solo en el mundo, olvidado y descuidado por Dios, en este inmenso gobierno de millones y millones. Uno sofoca esa angustia con la visión de tantos hombres como nos rodean, vinculados a nosotros por la naturaleza o por amistad; pero la angustia persiste, y uno no osa pensar en lo que experimentaría si todo eso le fuera arrebatado.

Es innegable que Lutero tenía razón en casarse para poner de relieve que la temporalidad y la vida terrenal eran

gratas a Dios en contraste con la abstracción fantástica; así también en estos tiempos podría ser útil para alguien el no casarse, a fin de expresar que lo espiritual tiene tanta razón de ser que puede bastar para ocupar una vida. Porque hoy en día las gentes se han vuelto tan mundanas, que uno debe al mismo tiempo aprender a jugar a las cartas, casarse, hacer cosas por el estilo para tener con qué ocupar el tiempo. Esta tirana mundanidad, quiere que todos los hombres sean iguales y se enfurece contra aquel que se niega a casarse. Parece un epigrama esto de no ser casado, no frecuentar la sociedad, no jugar a las cartas, no mezclarse con los otros... En nuestros tiempos, para hacer carrera, es preciso estar casado; de otro modo, los hombres sospechan de todo intento de vida esforzada.

4 de noviembre.

Hoy hice una breve visita al obispo Mynster. Me dijo que estaba muy ocupado, y por consiguiente, me marché en seguida. Se mostró muy frío conmigo. Estaba un poco chocado por mi último libro [1]: por lo menos ésa es mi impresión. Quizá me equivoque. Perc no me equivoco al decir que este incidente me ha dado una paz que nunca probara antes. Siempre he experimentado cierta reticencia al escribir algo que pudiera herirlo, enojarlo casi. Así ha sucedido hoy; otras veces acaeció lo mismo pero él no se sintió chocado. Bueno, lo que en otro momento me ha afligido me proporciona ahora vida y placer. Nada hice para buscar su aprobación ni su consentimiento, pero habría sentido un indescriptible placer al saberlo de acuerdo conmigo, aunque fuera en beneficio suyo. Pues de sobra sé que quien tiene razón soy yo. ¡He oído sus sermones!

Nunca he tenido confidentes. Como escritor me he servido en cierta forma del público como confidente. Pero en lo relativo al público, he de encontrarlo en la posteridad. A esos

[1] Acciones del amor. (N. DE LA T.)

hombres que participan en el escarnio, no es fácil convertirlos en confidentes.

La ética entera se ha transformado en estética. Al aspecto ético de la vida, se lo ve en el teatro y se lo admira como fantasía, pero en la vida ya no se lo encuentra; sería ridículo querer llevarlo a la práctica. Otro tanto acaece con la religiosidad; la vida cristiana es transferida al medio de la fantasía; ¡concederle ımportancia como a una realidad en la vida, sería ridículo!

Réplica de una individualidad

Así como el animal en cautiverio recorre a diario la jaula para desentumecer sus patas o mide el largo de la cadena, así mido yo el largo de la mía, remontándome en pensamiento hasta la muerte, para desentumecer mis miembros y soportar la vida.

Interesante lo que he leído acerca de las cigüeñas; éstas cuando el agua está baja, para poder beber, le arrojan piedras hasta elevar suficientemente su nivel.

...¡Mi tarea está al servicio de la verdad, su forma es esencialmente la obediencia! No se trata de presentar algo nuevo, sino de ajustar los resortes debidamente para que las cosas viejas se renueven. Mientras viva, no recogeré, humanamente hablando, más que penas e ingratitudes; pero mi aspiración subsistirá después de mi muerte, pese a todo. Mientras viva no podré ser reconocido, porque sólo muy pocos podrán comprenderme; y si comienzan a querer reconocerme, deberé con todas mis fuerzas y con nuevas mistificaciones, impedirlo.

El único hombre de mis tiempos a quien haya prestado atención es Mynster. Pero sólo se preocupa del gobierno, convencido de estar en la verdad; de la verdad poco se ocupa aunque se la maltrate ante sus ojos. Sólo puede comprender que la verdad tiene el derecho y el deber de gobernar; pero que ella por fuerza deba sufrir, esto es superior a su razón.

...De muchas maneras, Mynster ha sido el inventor de la confusión entre cristianismo y urbanidad. Pero en otro sentido le ha prestado un servicio extraordinario: al haber conservado por cierto una fuerte impresión de su formación juvenil. Si no se llega a una batalla entre el cristianismo y el mundo, si no es preciso enarbolar las enseñas de guerra, si subsiste eso que se llama paz; entonces es una gran cosa que poseàmos a una figura como Mynster: ha asumido una tarea muy difícil. Pero si uno se propone iniciar la discusión poniendo en duda el concepto mismo de "Iglesia del Estado", la posición de Mynster es precaria; si se admite ese concepto, Mynster es entonces el maestro. Y debemos recordar que es una injusticia que clama al cielo cuando se juzga a un hombre, pretender la abolición de los presupuestos en cuyo encuadre un hombre precisamente ha de ser juzgado...

La "autoridad" no consiste en ser rey, emperador, general, en poseer armas, ser obispo, guardia de policía, etc (*), sino en una resolución firme y reconocida de querer sacrificarlo todo, hasta la propia vida, por una causa, de querer defender a esa causa de manera de no traicionarse a sí mismo, de no sentir miedo ni necesidad alguna. Esta ausencia de miramientos de la infinitud es "autoridad". La verdadera y propia autoridad consiste en que su causa sea la de la verdad. Por eso las pa labras de los fariseos carecían de "autoridad", aunque fueran ellos los maestros autorizados; porque todas sus palabras y toda su vida estaban contenidas dentro del poder finito de diez y siete miramientos.

(*) Éste es el concepto de la autoridad inmanente, no el de la autoridad como paradoja.

Por eso la posesión de la autoridad me remite a la conciencia y no a la inteligencia o a la sutileza y a la profundidad, al hombre y no al profesor.

...Mi ideal era hacerme pastor. Cuando comencé a escribir *O lo uno o lo otro,* después de una desdichada relación

con cierta persona [1], el mal y el tormento fundamentales de mi vida habían sido renovados y redoblados otra vez; por eso mismo comprendí que mi existencia, humanamente hablando, había encallado definitivamente. Y así fué como me hice escritor.

El tiempo gris tiene un no sé qué de más piadoso que el buen tiempo; como si representara un desarrollo del tema de que aun la cosa más insignificante, aun la más estropeada, puede convertirse en algo de valor... Al tiempo gris, más uno lo mira, más hermoso se vuelve.

Con extraña masonería, puedo adoptar este verso del poeta como motivo de una parte de los dolores de mi vida: *Infandum, regina, jubes renovare dolorem*" [2].

Aquella jovencita me ha roto los cascos durante bastante tiempo. Pero no murió sino que se ha casado y es feliz [3]. Se lo dije el mismo día (de nuestra separación) hace seis años, y fuí llamado el más infame de todos los infames canallas. ¡Vaya, vaya!

La colisión más terrible

Imaginemos a un pajarillo; por ejemplo, una golondrina enamorada de una jovencita. La golondrina podría "por lo tanto" conocer a la muchacha (por ser diferente a todas las demás) pero la joven no podría distinguir a la golondrina entre cien mil. Imaginad su tormento cuando, a su retorno en primavera, ella dijera: "Soy yo", y la joven le respondiera: "No puedo reconocerte".

En efecto, la golondrina carece de individualidad. De aquí se deduce que la individualidad es la presuposición para amar,

[1] *Regina Olsen.* (N. DE LA T.)

[2] *K. escribe aquí y en otras partes*: "Infandum me jubes Regina renovare dolorem". (N. DEL T. I.)

[3] *Regina Olsen se casó con J. Frederick Schlegel el 3 de noviembre de 1847.* (N. DE LA T.)

la diferencia de la distinción. De aquí se deduce también que la mayoría no puede amar de veras, porque la diferencia de sus propias individualidades es demasiado insignificante.

Cuanto mayor es la diferencia, mayor es la individualidad; mayores son los caracteres distintivos y mayores los rasgos reconocibles.

En este muy profundo sentido se comprende el significado del hebreo: "conocer a su mujer", refiriéndose a la unión matrimonial; pero asume un sentido más profundo en lo que al alma se refiere, al carácter distintivo de la individualidad.

La más tremenda de las contradicciones se produjo cuando el pueblo gritó: "¡Suéltanos a Barrabás!" (*Lucas,* 23-18). Tan lejos estaba Cristo de la razón para el mundo. Las analogías no faltan. Preferentemente se pone de relieve la analogia: "¡Crucificadle!" Sin embargo, yo pondré de relieve algún día la de: "¡Suéltanos a Barrabás!"

EL ENTE

Un apunte [1]

"El Ente" es la categoría a través de la cual deben pasar —desde el punto de vista religioso— el tiempo, la historia, la humanidad. Aquél que no cedió y sucumbió en las Termópilas no estaba tan firme como yo lo estoy en este paso: "El Ente". En efecto, debía él impedir a las hordas que atravesaran el desfiladero; si penetraban, habría perdido. Mi tarea es, por lo menos a primera vista, mucho más fácil; me expone menos al peligro de ser pisoteado, pues es la de un humilde servidor que trata en lo posible de ayudar a la turba para que atraviese este desfiladero del "Ente". Sin embargo, si hubiera de pedir un epitafio para mi tumba, sólo pediría el de: "Ese Ente", aunque por ahora la categoría no sea comprendida.

[1] *Texto muy célebre que K. convirtió, luego de haberlo corregido, en una de las* Dos notas concernientes a mi actividad como escritor. (N. del T. I.)

Más tarde lo será. Con la categoría del "Ente", cuando todo aquí se reducía a amontonar sistemas, yo apunté polémicamente al sistema y ya de ello no se habla. A esta categoría está ligada por completo mi posible importancia histórica. Tal vez mis obras literarias sean olvidadas pronto como las de muchos otros escritores.

Pero si esta categoría era justa y acertada, si di en el blanco, si comprendí bien que ésta era mi tarea, por cierto que ni alegre, ni cómoda, ni estimulante; si eso me es concedido aun a costa de inenarrables sufrimientos íntimos, aun a costa de indecibles sacrificios exteriores, entonces yo permaneceré y mis obras literarias conmigo.

"El Ente": en tal categoría reside e incide la causa del cristianismo, después que el desenvolvimiento del mundo ha alcanzado el grado actual de reflexión. Sin esa categoría, el panteísmo ha vencido por completo. Otros vendrán que sabrán exponer dialécticamente esta categoría de una manera diferente (no habrán tenido el trabajo de buscarla): pero el "Ente" es y será el ancla que ha de detener a la confusión panteísta, es y será el peso con el cual se la puede comprimir; pero quienes trabajan con esta categoría, deben ser más y más dialécticos a medida que la confusión aumente. A cada hombre que pueda atraer a la categoría del "Ente", me empeño en hacerlo cristiano; o mejor dicho, como uno no puede hacer esto con otro, le aseguro que lo será. Como "Ente" está solo; solo en el mundo entero —solo—, en presencia de Dios, y por cierto que entonces no le costará la obediencia. Al fin de cuentas, toda duda tiene su punto de inserción en la ilusión de la temporalidad, en la de ser el conventículo, la entera humanidad que al final podrá impresionar a Dios (como el "Pueblo" impresiona al Rey, y el "Público" a los consejeros de Estado), que impresionan a Dios finalmente para convertirse ellos en Cristo. El panteísmo es una ilusión óptica, un espejismo producido por las nieblas de la temporalidad, o creado por su reflejo, un espejismo que pretende erigirse en eternidad. Pero en realidad esta categoría no es cosa de docentes; servirse de ella es arte, tarea ética; un arte cuya ejer-

citación resulta siempre peligrosa y que a veces puede costar la vida a quien lo ejerce. Porque lo que en sentido divino sea lo más elevado, la humanidad intolerante para toda disciplina y la grey de los atolondrados lo considerarán como delito de lesa majestad contra la "Humanidad", la "Turba", el "Público", etc.

El "Ente": esta categoría ha sido usada hasta ahora dialécticamente de una manera decisiva sólo una vez, por Sócrates, para disolver el paganismo. En la cristiandad deberá ser usada, justamente en sentido contrario, por segunda vez, para volver cristianos a los cristianos. No es la categoría del Misionero con respecto a los paganos a quienes predica el cristianismo, sino la categoría del Misionero en la cristiandad misma, a fin de interiorizar al ser y de hacerse cristianos. El Misionero, cuando surja, se servirá de esta categoría. Pues si la época espera a un héroe, lo esperará en vano. Ha de venir más bien uno que con divina flaqueza enseñará a los hombres la obediencia... Por lo cual, ellos, rebeldemente impíos lo asesinarán a él, al que obedece a Dios.

El juicio más severo del mundo

Nadie ha causado más daño a un hombre que aquel que educa a un niño en el concepto más ideal de la vida y de la manera más severa, y luego lo envía al mundo provisto de estas impresiones eternamente inolvidables.

Aquel que empuja a un niño al juego y a las travesuras no le causa, humanamente hablando, tanto daño, pues por esto nadie es perseguido. Pero aquel que ha sido tan severamente educado como si el hombre fuera semejante a los dioses; enviado luego en medio de esa raza de animales que son los hombres, ciertamente que ha de sufrir. Sólo por tener que soportar a diario el tremendo estrabismo, de que cuando vuelva la mirada a lo íntimo y compare su vida con las exigencias del ideal, verá cuán infinitamente lejos está de haber logrado la más mínima cosa. Angustiado y preocupado por sí mismo, por la salvación de su alma, comprenderá que su deber es

esforzarse más aún y con humildad mayor implorar gracia y perdón. Y cuando vuelva la mirada a lo exterior, verá que en cierto sentido humano ha progresado con respecto a los demás, precisamente porque le toca ser escarnecido y perseguido. Bastaría con que —a semejanza de otros campeones de esa raza animal— quisiera desentenderse de Dios y contentarse con el juicio de la ciudad, para que también él fuera estimado, amado y bien recibido.

29 de enero de 1848.

"Y estaba Él lanzando un demonio, el cual era mudo" (*Lucas*, 11-14).

¿Has enmudecido alguna vez o sabes lo que significa ser mudo? Se puede ir de paseo y callar, no sentir deseos de hablar; no se trata de eso. Pero ¿te has sentido tan indeciblemente triste que el dolor haya ejercido su poder sobre toda tu existencia, casi como una fuerza natural? Entonces has experimentado lo que significa ser mudo: la imposibilidad, aunque estuviera en juego tu vida, de expresar la pena que incubaba tu corazón, la cual, celosa, te volvía mudo a fin de que no pudieras liberarte. Porque así es de egoísta ese infinito dolor: vuelve al hombre mudo para mantenerlo en su poder.

Me han tratado de una manera infame, abominable. Un crimen nacional ha sido cometido conmigo, la traición de una generación entera. Pero me ha sido de indescriptible provecho. Era melancólico, infinitamente melancólico y esta algazara me ha sido útil. Pues en medio de mi melancolía amaba al mundo: ahora me he desprendido de él. Con la ayuda de Dios ya veréis cómo triunfaré.

Una individualidad exuberante de deseos, de esperanzas, de aspiraciones, no podrá jamás ser irónica. La ironía (tomada como lo constitutivo de una existencia entera) consiste precisamente en sentir dolor cuando los demás sienten deseo. No poder poseer a la amada: esto no tiene nada de ironía. Pero poderla poseer aún con demasiada facilidad, que ella ruegue

y suplique que la hagáis vuestra y no poder poseerla: esto es ironía. No poder lograr el dominio del mundo: en ello no hay ironía. Pero que sea posible lograrlo de una manera desmesurada, que los contemporáneos casi suplicantes lo empujen a uno hacia el poder y el gobierno y que uno no pueda aceptar: esto es ironía. Para una formación así, las individualidades deben poseer un secreto, un secreto melancólico, un secreto de sabiduría melancólica. Por lo mismo un ironista no puede ser comprendido por una individualidad desbordante de deseos, puesto que ésta piensa: —¡Oh, si pudiera saciar mis deseos!

La ironía es una forma de hipertensión, de la cual, como es sabido, se puede hasta morir.

Texto para una bendición nupcial

(*Efesios,* 5, 28): "Quien ama a su mujer, a sí mismo se ama". Esto es egoísmo en buen sentido.

El miedo a Alemania es imaginación, juego, un nuevo intento para halagar la vanidad nacional [1]. Un millón de hombres que honestamente admitieran que forman un pequeño pueblo y que decidieran, cada uno de ellos personalmente ante Dios, ser lo que son, representarían una enorme potencia capaz de afrontar cualquier peligro. No, la desgracia es diferente. La desgracia consiste en este pueblo pequeño y degenerado, dividido, roído por abominables envidias, hombre contra hombre, rebelde contra todo poder, mezquino con todo el que signifique algo, insolente y desenfrenado, fango que la tiranía del pueblo revuelve. Todo esto da mala conciencia, por eso se teme a los alemanes. Pero nadie tiene coraje para decir dónde está el mal y de este modo halagan esas malsanas pasiones y se vuelven importantes ante sí mismos por el hecho de combatir contra los alemanes.

1 *K. se refiere a la hostilidad creciente entre Alemania y Dinamarca, que culminó en 1848 con el estallido de la guerra del Schleswig-Holstein, en que Alemania apoyó hasta 1850 a los dos ducados.* (N. DE LA T.)

Un período horrendo amenaza a Dinamarca. El espíritu de provincialismo y la irritabilidad de la mezquindad en lucha recíproca; al final sospecharán que uno es pro-alemán si no usa cierta forma de sombrero, etc. Por otra parte, la revolución comunista; todo el que posea algo será señalado con el dedo, perseguido por la prensa.

Tal es la desdicha de Dinamarca, mejor dicho, el castigo de Dinamarca, de un pueblo sin verdadero temor a Dios, de un pueblo que se pierde en futesas de conciencia nacional, de un pueblo que idolatra la nulidad, de un pueblo donde los escolares son jueces (*Isaías*, 3-4) [1], de un pueblo donde quienes deberían obedecer son insolentes, donde a diario se puede hallar una nueva prueba de que no hay moralidad pública en el país, de un pueblo en fin que deberá ser salvado por un tirano o por un par de mártires.

El mal de la historia universal retorna. Se ha vuelto a establecer el concepto de la turba (este concepto ahora tendrá, como consecuencia del apogeo de la cultura y con la ayuda de la prensa, un poder mucho más nefasto que en la antigüedad). La turba es la instancia, la turba es Dios, la turba es la verdad, la turba es el poder y el honor. Ahora sólo se piensa en jugar con esta turba. Como se juega con el dinero, así la turba lo es todo; se trata sola y únicamente de apoderarse de ella y de tenerla de su parte. Frente a esa fuerza, todo se inclina.

Además, que no se pueda prestar atención a mi doctrina del "Ente" —y justamente porque así están las cosas—, es asombroso que no se pueda prestarle atención.

Desde ahora en adelante, todo testimonio de la verdad habrá de dirigirse contra la turba, todo "verdadero" mártir caerá víctima de la turba. Y proponerse, precisamente, estar solo en nombre de Dios, para testimoniar que existe un Dios —como le echarán en cara—, sin reclamar la ayuda de nadie, ésa será su tarea...

[1] *Versículo citado anteriormente en el* Diario *de 1846.* (N. DE LA T.)

Hasta ahora, en el desarrollo del género humano, el "pueblo" ha representado el momento dialéctico; algo así como el depósito de un establecimiento, la grande e inagotable reserva de la cual nace el "Ente" o muchos "Entes". Si una enorme cantidad se pierde, no debemos atribuirlo a la Providencia, la cual ha dispuesto que cada uno pueda convertirse en un "Ente", y por esto decimos que una enorme cantidad se pierde.

El pueblo, "ímpetu" de la historia. El "pueblo" es la fuerza que ha derrocado a reyes y emperadores; luego los reyes y los emperadores se sirvieron del "pueblo" para abatir a la nobleza y al clero. El clero se sirvió del "pueblo" para abatir a la nobleza, y la nobleza se sirvió del "pueblo" para abatir al clero. Siempre el "pueblo".

Henos aquí llegados a la última fase: el concepto mismo de "pueblo" se está volviendo dialéctico. Ahora es el "pueblo" quien debe ser abatido. ¿Cómo? Aquí interviene la categoría: el "Ente".

El proceso de educación del género humano es un proceso de individualización. Por eso la humanidad debe ser dividida primero en tres sectores (nobleza, clero, burguesía); es preciso despedazar a esa enorme abstracción del "pueblo" con el "Ente".

Todo el que esté capacitado para pensar puede entenderlo. Pero la mayoría no puede pensar; para aceptar una idea deben reunirse en camarillas que confirmen y aprueben la justicia de sus pensamientos, de lo contrario no se atreverían a tenerlos. Si así están las cosas es imposible concebir al "Ente"; porque es imposible pensarlo "en masa", por la simple razón de que ha sido creado e imaginado justamente para dispersar a la masa.

Pasará tiempo antes de que la historia del mundo llegue a poseer de veras el concepto del "Ente". Antes será preciso deshacer a los Estados; cuanto mayor sea el progreso, más pequeño será el Estado. Si todos deben participar en el Gobierno, el Estado habrá de ser muy pequeño.

"Llamad y se os abrirá" (*Mateo,* 7-8). Pero aunque Dios no abra inmediatamente ¡consuélate! Imagina a un buen abuelo que encerrado en su cuarto está preparando una sorpresa para su nieto a quien ha invitado a cierta hora. El niño llegó un poco antes; llamó y no le abrieron. El chiquillo sabía que alguien estaba en el cuarto, puesto que había luz. Los golpes fueron oídos... pero nadie abrió. Entonces se apoderó de él una gran tristeza. Pero ¿por qué no le abrieron la puerta? Porque los preparativos de la fiesta no habían sido terminados aún.

Ahora que la cuestión de la igualdad se discute en Europa hay que considerarla perdida...

Entre nosotros también los comunistas luchan por los derechos del hombre. ¡Bueno! Yo hago lo mismo. Pero combato con todas mis fuerzas contra la tiranía del temor humano.

El comunismo impulsa al máximo la tiranía del temor humano (observad los sufrimientos actuales en Francia) [1]: allí es precisamente donde empieza el cristianismo.

El principio con el cual el comunismo hace tanto alboroto, que todos los hombres son iguales ante Dios (por lo tanto esencialmente iguales), el cristianismo lo supone como cosa muy normal. Pero el cristianismo se horroriza ante el programa comunista de reemplazar a Dios por el temor a la masa, por la mayoría, por el pueblo y el público.

...Fuera todo es agitación; el nacionalismo se desencadena por todas partes; todos hablan de sacrificar su vida y tal vez están dispuestos a hacerlo, pero con el poderoso apoyo de la opinión pública. Yo vivo apartado en este cuarto silencioso (¡dentro de poco me acusarán también de indiferencia por la causa nacional!), y sólo conozco un peligro: la religiosidad. Pero de eso nadie se preocupa, nadie sospecha mi actual estado de ánimo. Ésa es mi vida: ¡eterna incomprensión! No comprenden mis sufrimientos y me pagan con odio.

[1] *K. alude a la revolución de la Comuna de París de 1848.* (N. DE LA T.)

La República Francesa[1] es un regalo del destino. Está fundada sobre una falsía, y debe comenzar con esa mentira; embaucarse los unos a los otros que esto era lo que querían, el verdadero fin, aunque nada querían y no hubo fin alguno...

¡No!, educación, educación: esto es lo que el mundo necesita. Ha sido el tema continuo de mis trabajos literarios, el argumento de mis conversaciones con Cristián VIII; ¡y ahora pasa por lo más superfluo del mundo!

Miércoles santo, 19 de abril.

N. B.

Todo mi ser ha cambiado. Mi reserva y mi mutismo han sido rotos; puedo hablar:

¡Dios Santo, concédeme la gracia!

Mi padre decía, sin embargo: —No harás nada bueno mientras tengas dinero—. ¡Verdaderamente tuvo una inspiración profética! Creía que me daría a la bebida y a la vida alegre. ¡Eso sí que no! No, pero con toda mi inteligencia, mi melancolía y mi holgura, ¡qué ocasión tan propicia para intensificar los tormentos del automartirio de mi corazón! (*) Extraña coincidencia; cuando había decidido hablar, se presentó el médico. Pero no le dije nada, pues habría sido demasiado repentino. La resolución de hablar permanece firme.

El jueves y el viernes santos fueron verdaderos días de fiesta para mí.

(*) ¡Ay de mí! "Ella" no pudo quebrar el mutismo de mi melancolía. Que yo la amaba, nada es más cierto; así mi melancolía tuvo algo para rumiar (**); ¡un suplemento tremendo! Si me he convertido en escritor se lo debo esencialmente a ella, a mi melancolía y a mi dinero. Ahora, con ayuda

[1] *La IIª República surgida de la revolución de 1848, que concluyó con el golpe de Estado del príncipe Luis Napoleón.* (N. DE LA T.)

de Dios, debo convertirme en mí mismo: creo que ahora Cristo me ayudará a vencer a mi melancolía y a hacerme "pastor".

En medio de esta melancolía he amado al mundo, sin embargo, pues he amado a mi melancolía. Todo me ha servido para hacer más tensa la situación de mi ánimo: los padecimientos de ella, mi esfuerzo, los escarnios del público, todo ha contribuído —con la ayuda de Dios— ahora que me veo obligado a pensar en el futuro, para poder por fin traspasarla.

(**) Y aún así ella no habría podido ser mía. Era y soy una individualidad penitente y el haber iniciado esa relación sólo ha acrecentado mis penas de un modo tremendo.

NB. NB.

Lunes de Pascua, 24 de abril.

No, no; mi mutismo no puede ser quebrado, al menos por ahora. La idea de pretender romperlo acabará por preocuparme tanto, que a cada momento lo iré acrecentando.

Me consuela, sin embargo, el hecho de haber hablado con el médico. Sentía miedo de ser demasiado orgulloso para hablar con alguien. Como hice en el pasado, así hice ahora. ¿Qué puede decir el médico? Nada. Pero para mí era importante haber respetado la instancia humana.

Mi labor espiritual me satisface plenamente y hace que soporte todo con alegría, con tal de poder atender a mi trabajo. Así he llegado a comprender mi vida: que mi misión sea la de anunciar a los otros consuelos y gozos, en tanto que yo me siento ligado a un dolor para el que no hallo consuelo, salvo en la labor espiritual. En ese aspecto nada tengo que objetar a mi destino. Por el contrario, doy cada día gracias a Dios por haberme concedido siempre más de cuanto habría podido esperar. Todos los días Le ruego que me conceda el osar agradecerLe; Él lo sabe.

Pero se trata de lo siguiente. Mi porvenir se volverá cada vez más difícil para mis posibilidades económicas. Si no tuviera la traba de este mutismo mío, podría buscar un empleo. Pero ahora es difícil. Hace largo rato que medito si será posible volcarme. Y puesto que hasta ahora he obrado sobre

todo evitando, olvidando, a menudo he pensado que era mi deber, especialmente por cuanto este mutismo pueda convertirse para mí en ocasión de pecado, intentar una ofensiva contra mí mismo.

Si no lo hubiera hecho, tendría que reprochármelo siempre. Pero ahora que lo hice, me comprendo mejor que antes, precisamente gracias a ello.

Espero que Dios, de un modo o de otro, quiera acudir en mi ayuda para mi actividad de escritor, o que proveyendo de otra manera a mi sustento me permita continuar escribiendo.

Creo, por cierto, en la remisión de los pecados; pero la comprendo de tal manera (como hasta ahora lo he hecho) que a la vez he de llevar mi castigo toda mi vida, encerrado en esta dolorosa cárcel de mi mutismo, alejado del más íntimo comercio con los hombres, pero tranquilizado con la idea de que Dios me ha perdonado. A esa altura de la fe no puedo llegar aún, una franqueza semejante de adhesión no puedo tenerla, hasta que pueda cancelar el doloroso recuerdo. Mas creyendo me defiendo de la desesperación; arrastro la pena y el dolor de mi silencio, pero me siento indescriptiblemente feliz con la actividad del espíritu que Dios me ha concedido con tanta abundancia y gracia.

Si he de romper mi silencio, ello sucederá, quizá, más bien porque Dios en alguna forma me abra un camino para encontrar empleo, y entonces me ayudará a concentrarme por entero en esa situación. Pero cuando pretendo acabar con mi hermetismo, pensando continuamente en él, obtengo exactamente el efecto contrario.

NB. NB.

11 de mayo de 1848.

...Las naturalezas excepcionales tienen naturalmente una infancia y una juventud muy desdichadas, pues del hecho de que sean esencialmente reflexivas en aquella edad (que naturalmente vive dentro de lo inmediato) nace la más profunda de las melancolías. Pero se verán recompensadas, pues la mayoría de los hombres no llegan a ser espíritus. Todos esos años

felices de su inmediación representan para el espíritu un andar a paso de tortuga; por lo mismo no llegan al espíritu. Pero la infancia y la juventud desdichadas de las naturalezas excepcionales se transforman en espíritu.

1847 - 1848

(PAPELES SUELTOS)

Algo sobre la remisión de los pecados...

...He sido educado muy severamente en el cristianismo por un anciano; por eso mi vida fué profundamente perturbada y he debido soportar conflictos que nadie imagina y de los que menos aún se habla. Sólo ahora, a los treinta y cinco años, quizá como consecuencia de mis sufrimientos y de la amargura del arrepentimiento, he aprendido a apartarme tanto del mundo que puedo pensar en hallar mi dicha en la fe del perdón de los pecados. Pero a la verdad que aunque espiritualmente me sienta fuerte como nunca, estoy demasiado viejo para enamorarme de una mujer, etc...

Es preciso estar decrépito para sentir verdaderamente la necesidad del cristianismo. Si nos lo imponen a la fuerza antes de este momento, acaba por hacernos enloquecer. Hay en el niño y en el joven cosas que les pertenecen tan naturalmente que uno debe decir: "¡Dios lo ha querido así!". La esencia de la infancia y de la juventud es el culto de la vida natural: el cristianismo, en cambio, es "espíritu". Concebir sin más ni más a la infancia dentro de la categoría del "espíritu" es una crueldad, equivale a matarla, cosa que no ha sido la intención del cristianismo.

Por esto el cristianismo en la mayor parte de la cristiandad se ha convertido en palabrerío, por el hecho de que así nos educan. Pues es raro, muy raro, que un niño tenga una educación religiosa realmente severa: lo cual al fin de cuentas (en la peor de las hipótesis) es infinitamente mejor, aunque se mate a la infancia y a la juventud. En general la educación cristiana se hace a la ligera, y todo entonces se echa a rodar. Pero es mejor siempre tener que soportar esas penas en la infancia y en la juventud, tensos como en un potro de tortura dentro de la categoría del "espíritu", que aún no ha sido alcanzada; haber soportado todas esas penas que hacen de la infancia una continua desdicha; y luego, desbordantes de felicidad, poder por fin comprender: —Bueno, ahora puedo emplearlo, ahora el cristianismo existe para mí y lo es todo—. Esto es mejor que la insulsez de no haber sido ni lo uno ni lo otro.

15 DE MAYO DE 1848 AL 2 DE ENERO DE 1849

El "balotaje"[1] (pues en esto consiste fundamentalmente el principio vital de la democracia moderna: en el número) representa el fin de todo lo noble; de toda cosa santa y amable y, en primer lugar, del cristianismo; una idolatría de lo mundano, un inflamarse por las cosas de este mundo... Por consiguiente, para el cristiano, la verdad está en la minoría, para el "balotaje" en la mayoría. ¡Bien!

Es una verdadera crueldad que el cristiano tenga que vivir en un mundo que de todos modos quiere obligarlo a hacer lo opuesto a aquello que Dios, con temor y temblor, le ordena en su fuero interno. ¡Sería una crueldad de parte de los padres que por medio de amenazas y castigos severos, ordenaran al niño: "¡Mira que has de portarte así y así...!", y luego lo enviaran en compañía de rapaces que lo obliguen de todas maneras a hacer lo contrario!

¡Cuán extraño! Sócrates hablaba siempre de aquello que había aprendido gracias a una mujer (Platón, *El banquete*, 201 y sig.). También yo puedo decir que lo mejor de mí mismo se lo debo a una jovencita; no lo aprendí de ella, sino a causa de ella.

[1] *K. utiliza un término semejante con un sentido despectivo para referirse al sufragio popular. Traduzco literalmente la palabra "ballotazione" empleada por el T. I.* (N. DE LA T.)

En el fondo, muchos hombres piensan que los principios cristianos (por ejemplo, el de amar al prójimo como a sí mismos) han sido expresados ex profeso con excesivo rigor, más o menos como cuando adelantamos media hora el despertador, para no darnos cuenta así de que nos despertamos demasiado temprano por las mañanas.

N. B.

Vuelvo otra vez a los puntos más importantes en lo relativo a las relaciones con Dios...

Dios es espíritu. Con un espíritu sólo se pueden mantener relaciones espirituales; pero toda relación espiritual es *eo ipso* dialéctica. ¿Cómo sabe entonces un apóstol que es llamado? ¿Por medio de una revelación o por medio de una dialéctica semejante? Esto no lo comprendo, pero puede creerse.

La relación de un hombre común con Dios y con Cristo, la comprendo, en cambio, de una manera socrática. Sócrates (¡ese bribón!), no sabía en realidad con certeza si existía o no la inmortalidad (*Apol.* 40 y sig.): pues sabía que la inmortalidad es una categoría del espíritu, *eo ipso* dialéctica y que está más allá de toda certidumbre inmediata; por lo tanto, ignoraba si era inmortal, cosa que muchos imbéciles saben al dedillo. ¡Pero Sócrates sabía lo que decía! Porque su vida expresa la existencia de la inmortalidad, él es inmortal. El asunto de la inmortalidad dice él, tanto me preocupa, que todo lo arriesgo por este "si".

¡Oh, sí! La pena mayor es la de ser espíritu y tener que vivir entre los hombres.

Una forma de locura que nos sacude y nos conmueve es la de Otelo cuando dice a Desdémona, antes de matarla:

—"¿Ha dicho Desdémona su plegaria nocturna?"

No la tutea, se expresa con el lenguaje que se emplea con los niños: —¿Ha hecho Guillermo, tal o tal cosa?

Es una escena magistral.

No porque me creyese más perfecto que los otros, he elegido esta vida, que he considerado siempre como a mi misión, sino porque me sentía más mísero, y el mayor pecador.

Por ello he vivido hasta ahora en un riguroso renunciamiento de toda recompensa terrenal, y así necesariamente (dentro del espíritu del cristianismo) he acabado por ser mal visto, escarnecido, aborrecido, arrojado como pasto de cualquier brutalidad, en tanto que los aristócratas se complacen, movidos por secreta envidia.

Decir a cualquiera tales cosas, de nada sirve ya. Existe un "tiempo de silencio" (*Proverbios,* 3-7)[1], como lo demuestra el modelo más elevado: "Y no le respondió ni una palabra" (*Mateo,* 27-14). Pero yo lo he aprendido de un modelo más humilde, de Sócrates, quien, como Cristo, poseía el poder de salvar su vida... ¡halagando al pueblo!

Periissem nise periissem es y será el lema de mi vida[2]. Por esto mismo he podido soportar todo aquello que hace tiempo hubiera concluído por matar a cualquiera que no estuviera ya muerto.

No reprocho nada a nadie.

No existe hombre a quien yo haga reproche alguno; son los hombres quienes no me han comprendido. Aun en este momento no puedo desprenderme de mi primer pensamiento; es decir, de que ningún hombre piensa en Dios en lo recóndito de su corazón. Jamás he medido con una mirada de pies a cabeza a nadie, ni siquiera al sirviente o a la criada más humilde: porque aquel que está "en presencia de Dios", debe en lo más profundo de su alma, horrorizarse en el instante mismo pensando así: —¡Y si ahora, como castigo, Dios te midiera con su mirada de pies a cabeza! Tal es y será mi infortunio:

[1] *El proverbio citado dice así: "No seas sabio en tu opinión; teme a Jehová y apártate del mal".* (N. DE LA T.)

[2] *"Hubiera perecido si no hubiera perecido", citado anteriormente en el* Diario *de 1843, señalado con el signo NB. Es también el lema de* ¿Culpable o no culpable?, *ensayo autobiográfico en* Etapas en el camino de la vida. (N. DE LA T.)

humanamente hablando, he hecho demasiado por los hombres. Exteriormente me he comportado como si los mirara de arriba a abajo... precisamente porque me avergonzaba demostrarles cuánto los amaba; para que no me tomaran, sin más ni más, por un loco.

¡Sólo por haber olvidado dar los "buenos días" a una criada, he sufrido como si se tratara de un delito, y temido que Dios quisiera abandonarme! ¡Y luego atribuyen las persecuciones de que soy objeto a mi orgullo!

En todo he visto una relación de deber, y Dios siempre ha estado presente para mí. Pero nadie parece tener deberes con respecto a mí.

El mismo Cristo dice que no ha venido a traer la paz sino la discordia (*Lucas* 12-51). ¡Ése es el punto capital! El cristianismo representa la discordia con el mundo, pero el cristiano halla la paz de Cristo.

Siento un deseo de mayor perfección. Confiado y entregado a Dios, con la fe en la remisión de los pecados, espero también estar maduro para alguna tarea más elevada. Pero si aún me quedara un resto de vida, si sólo me quedara una hora, la aplicaría con todas mis energías a la tarea a la cual hasta la fecha las he aplicado: a atacar el refugio del mal... La turba, el impío parloteo entre los hombres, el sacrílego desprecio por el Ente.

...He sido desdichado en amor, pero es imposible pensar que pueda ser feliz, porque habría de convertirme en otro hombre. Mas mi desdicha ha sido mi felicidad. Humanamente hablando he sido salvado por un difunto, por él ¡padre mío! Me es imposible imaginar que un vivo hubiera podido salvarme. Me convertí entonces en escritor, según las posibilidades de mi naturaleza; pero de no haber sido perseguido, no habría dado la exacta medida de mí mismo. En la vida existe siempre una melancolía, y al mismo tiempo una indescriptible felicidad. A esto, además de a la gracia y a la indescriptible ayuda de Dios, debo el haberme convertido en yo mismo. Casi

me sentiría tentado a decir... "con Su predilección", si ello para mí no representara menos que la beatitud en la cual creo y que me da una beata calma: el pensamiento de que Él tiene para cada hombre un amor de predilección. Mi vida con Dios ha sido la de un hijo con su padre.

Poder reconciliarme con "ella" sería mi único deseo y me daría una íntima alegría. Pero su matrimonio está en mis manos. Si ella llegara a poseer la certeza de cuánto la he amado y de cuánto la amaré, se arrepentiría de su casamiento. La sostiene el pensar en que, a pesar de las dotes que me reconocía, no obstante la admiración y el amor que me dedicaba, yo me he comportado con ella de una manera innoble. Ella no ha tenido la religiosidad suficiente para vivir con un amor desdichado: ¡me ha causado tanta pena la idea de que no me haya atrevido jamás a ayudarla directamente!

Si no me hubiera sentido feliz en medio de mi melancolía, no me habría sido posible vivir sin "ella". Los poquísimos días en que me he sentido dichoso, humanamente hablando, no he dejado de sentir una indescriptible nostalgia de "ella", de "ella", a quien tanto había amado y que tanto me había conmovido con su súplica. Pero mi melancolía y los padecimientos de mi alma me han hecho, humanamente hablando, siempre desdichado, de tal modo que no he poseído felicidad alguna para compartir con ella. No me atrevo aún a hacerle la más leve observación: mientras viva, yo seré el responsable de su porvenir.

A mi padre le debo todo desde un comienzo. Fué él quien, melancólico como era, al verme triste me suplicó un día: — ¡Trata de amar de veras a Jesucristo!

Pero la muerte de mi padre fué para mí un golpe tan tremendo que con nadie he hablado jamás de ello. El proscenio de mi vida está envuelto en la más tétrica melancolía y en las nieblas de esa miseria difusa en las profundidades de mi

alma que no causa asombro por ser yo quien fuí. Pero éste será siempre mi secreto. En otros, quizá esto no habría producido una impresión tan profunda: ¡pero cuando uno piensa en mi fantasía y especialmente al comienzo, cuando no hallaba objeto alguno donde volcarse! Esta melancolía congénita, esta inmensa dote de dolor, esta situación tan profundamente dolorosa cual la de haber sido educado desde la infancia por un anciano melancólico... en tanto que uno posee la innata habilidad para engañar a cualquiera mostrándose lleno de brío y de alegría: ¡y que luego Dios desde el cielo me haya ayudado de esa manera!

...Uno verifica precisamente lo que mi padre decía: —Existen ciertos pecados de los cuales un hombre no puede ser salvado sino por una extraordinaria ayuda divina—. A mi padre, humanamente hablando, yo le debo todo. Me ha convertido en todos sentidos en el más desdichado de los seres, al hacer que mi juventud fuera un padecimiento sin igual y que en mi fuero interno me haya sentido a punto de escandalizarme del cristianismo. Mejor dicho, llegué a sentirme escandalizado; aunque por respeto decidí no decir palabra a nadie, y por amor hacia mi padre, me empeñé en exponer al cristianismo de la manera más verdadera, contrastando así con todo ese palabrerío que (en la cristiandad) se hace pasar por cristianismo. Y sin embargo, mi padre era el más cariñoso de los padres; sentía y siento su íntima nostalgia, de tal manera que ningún día he dejado de recordarlo por la mañana y por la noche.

Sólo ahora he llegado a ese punto en que todo se vuelve claro para mí. Como la mujer que al sentirse embarazada se vuelve silenciosa y seria, concentrada por entero en el pensamiento de su niño, también yo he visto ya bastante en el mundo. Mi tarea la percibo claramente; aunque debiera vivir una sola hora o quizá cien años, mi tarea me satisface igualmente.

No se trata tanto de hacer una revisión del cristianismo sino de borrar 1800 años como si no hubieran existido. Tengo

la certeza de lograrlo: todo es para mí claro como el sol. Siento, sin embargo, mi responsabilidad, porque basta la menor impaciencia y terquedad: entonces no aguanto más, mis ideas se confunden.

Por la mañana, apenas me levanto, doy gracias a Dios; luego comienzo a trabajar. A cierta hora de la noche dejo el trabajo, doy gracias a Dios y me retiro a descansar. Ésa es mi vida. Aunque a veces no se vea exenta de ataques de melancolía, mi vida transcurre cotidianamente en medio de un beatífico encantamiento. ¡Ay de mí! Así vivo en Copenhague: el único individuo que no es formal, que no gana dinero, que no realiza nada, ¡un pobre diablo medio loco! Así me juzga la turba: y aun los pocos que ven con algo más de profundidad, no se lamentan de que éste sea el juicio que de mí se forman.

Quien de niño no ha recibido impresión alguna del cristianismo, pero que la recibe más tarde, debería sentirse destrozado por la angustia y por el temor de sí mismo. Yo, en cambio, me siento muy sereno, porque sólo ahora, entre estas cosas familiares, me hallo como en mi hogar.

Mi desgracia, humanamente hablando, está en haber poseído demasiado poca corporeidad. Mi inferioridad (y ésa es mi relación con Dios, ante el cual con temor y temblor me siento siempre como un cero, para no hablar del dolor y del arrepentimiento de mis pecados) se estremece casi por la menor futesa que emprendo, al pensar así: —¡Quién sabe si Dios no se irritará contra mí y me abandonará! —Por eso me siento tan angustiado en mis relaciones con los dolientes y con todo aquel que sea inferior a mí. ¡Vaya a saber cómo luego me acusan de orgullo y de egoísmo!

Pero el hallarse de ese modo frente a Dios, aunque represente una verdadera felicidad, exige un enorme esfuerzo. Por eso me he sentido y me siento tan desdichado, comparado con los otros hombres. Ser sano y fuerte, poder tomar parte en todo, estar dotado de fuerzas físicas y sin pensamientos:

¡cuántas veces lo he deseado! ¡Los padecimientos de mi juventud han sido tremendos!

Existe algo de verdad en la concepción de los griegos (ver, por ejemplo, a Plutarco) que hacen del héroe un género especial, distinto del género humano. Como la categoría cristiana del "espíritu". Pero lo humano consiste en lo siguiente: que a todo hombre le ha sido concedido poder ser espíritu, espíritu, que no es la privanza de una cofradía de cerebros afilados, pues es verdad que a veces y con frecuencia un hombre del pueblo está capacitado para realizar dicha categoría, en tanto que un profesor difícilmente la alcanza.

El crimen máximo ante los ojos de los hombres, aquel que castigan más cruelmente, es el de "no ser como los demás". Eso prueba su naturaleza animalística; porque los pájaros tienen razón de perseguir a picotazos al pájaro que no es como los otros, puesto que la especie es superior a los individuos. Los pájaros son animales, ni más ni menos. En cambio, el destino de los hombres es el de no ser "como los demás", sino el de poseer cada uno su propia particularidad.

Los hombres perdonan cualquier crimen, menos éste que juzgan inhumano: ¡el derecho de ser hombre!

Me apena en medio de mi vida de esfuerzos el hecho de que no siempre logro poseer, como quisiera, la interioridad de dolerme de mí mismo, esa interioridad que poseía una vez, cuando todos me juzgaban feliz y contento.

¡Cuán fácil es, en un conflicto similar con el ambiente, olvidarse de uno mismo, de nuestra íntima relación con Dios, algo que en cierto sentido parece tan poca cosa con respecto a lo mucho!

Quien vive en quietud y apartamiento puede hallar tiempo para dolerse del menor pecado.

Espero, sin embargo, que Dios me conceda que no me convierta en importante ante mis propios ojos; yo me abandono a Él en la más completa obediencia.

Todo hombre posee una realidad infinita, y es soberbia y ambición negarse a honrar en cada hombre a su propio prójimo. ¡Oh, si pudiera hablar con cada hombre por separado, seguro estoy de que los conmovería a todos! Pero es un paralogismo pensar que mil hombres valen más que uno, pues significa reducir a los hombres a una categoría animal. La sal de la condición humana está en que la unidad representa lo más elevado: mil hombres valen menos que uno.

¡Pobre de mí! ¡Quién sabe cuándo lograré que a los hombres les quepa en la cabeza esta dialéctica!

Lo que digo acerca de mí mismo

Una palabra para mis contemporáneos

Tal vez sea oportuno que también yo diga una palabra acerca de eso de lo cual todos hablan ahora (por ser el único que no ha hablado de ello o que apenas si ha hecho algún comentario en privado), es decir, del ataque de la plebe... ¡a mis pantalones!

Cuando una mujer de vida alegre se adorna y embellece, presenta un aspecto exuberante de vida, de juventud y de dicha. Pero, ¡cuán tremendo horror esconde ese rostro envejecido! Porque los rasgos del pecado son los rasgos de la vejez.

Así, la calumnia, cuando se tiñe de escarnio, de gracejo, de vanidad, ofrece el aspecto de una cornucopia llena de bombones... Pero, por detrás... ¡Qué abominación, Dios mío! ¡La corrupción de la juventud, el desvío de los incautos y además los que fueron llevados a la tumba! Y, si no todo esto, las mujeres que soportan el dolor...

Es extraño que ninguna otra acción me haya proporcionado tanta dicha como este paso mío; en mi fuero interno no puedo dejar de pensar que en la hora de mi muerte contará por lo menos un acto bueno, un acto del cual tendré que regocijarme toda la eternidad...

Pedro [1] sabe que el estado de mis finanzas es alarmante,

[1] *Pedro, el hermano mayor de K., único sobreviviente con él de*

sabe que mi salud está muy quebrantada, conoce y se representa mis esfuerzos para permanecer aquí, sorteando hábilmente el ataque de los necios y el escarnio cotidiano. Sin embargo, desde entonces no he tenido la satisfacción de recibir una sola palabra suya. Probablemente es presa de un gran susto y como buen pusilánime que es probablemente estará rumiando el prosopopéyico pensamiento de que esto podría ser un castigo infligido por Dios. ¡El muy cobarde y por añadidura, vanidoso, siempre dispuesto a aceptar cualquier demostración de estima de parte de esos grundtvigianos! [1]. ¡Oh, es algo "amoroso", "amoroso de veras"! [2].

Una actitud semejante yo no la entiendo. Si uno comprende que las cosas andan mal para otro, creo que los miramientos deberían desaparecer. Cuando hace algún tiempo se halló en dificultades con Mynster, me apresuré a escribirle, y más de una vez. Pero estos "ortodoxos" que no tienen un ápice de franqueza filial con respecto a Dios y lo consideran más como a un tirano a quien hay que halagar que como a un padre a quien hay que tratar con amor, experimentan una cierta voluptuosidad cuando creen que Dios está maltratando a alguien.

Basta de esto. Mis sentimientos hacia mi hermano son inmutables. El destino que Dios asigna al extraordinario es el de ser siempre el incomprendido, especialmente por sus amigos y parientes. Pedro se ha considerado toda su vida como mejor que yo y me ha juzgado un poco como "al hijo pró-

toda la familia. Fué pastor y luego obispo de Aalberg. K. adude otras veces en su Diario *a las diferencias espirituales planteadas entre ambos hermanos y a sus respectivas relaciones con el padre. Ver por ejemplo: "la parábola de los dos hermanos", en el* Diario *del 24 de enero de 1847 al 15 de mayo de 1848. No obstante, fué Pedro quien se hizo cargo de los papeles de K. a la muerte de éste, por haber renunciado a dicha responsabilidad Regina Olsen, a quien K. había instituído heredera.* (N. DE LA T.)

[1] *Los que seguían la tendencia del obispo y sociólogo Grundtvig, partidario de una Iglesia del Estado, racionalista y nacionalista.* (N. DE LA T.)

[2] *Evidente ironía imitando el lenguaje de los grundtvigianos.* (N. DEL T. I.)

digo". En eso ha tenido razón: él ha sido siempre más honesto que yo. Su conducta con mi padre, por ejemplo, era la del hijo pródigo, la mía en cambio, criticable. Pero Pedro no quiso a papá como lo he querido yo. Pedro no le dió disgustos como yo le di. Sin embargo, hace mucho tiempo ya que Pedro ha olvidado a mi padre, en tanto que todos los días —desde aquel 9 de agosto de 1838— [1] yo pienso en él y pensaré siempre hasta que nos reunamos beatíficamente en el más allá. Y así en todas mis relaciones... Luego pasó un tiempo. Cuando en el fondo yo era considerado como una cabeza dura a punto de perderse, Pedro era siempre el honesto. Después me convertí en un canalla; como deben de haberlo supuesto los otros. Pedro, en verdad, es el honesto; a la luz del contraste se convierte en el amoroso. Entonces me yergo sobre mis pies. Pedro, tal vez, no pueda comprenderme: cuanto más me mira y me observa, más se asusta de mí. De todos modos, espera que yo le haga confidencias. Y eso es justamente lo que no puedo hacer. Se sintió ligeramente ofendido. ¿Cómo no iban a tomar mal cariz las cosas?

Ninguna vida produce un efecto tan grande como la de un mártir: porque el mártir comienza a actuar después de su muerte, tan sólo. Y de este modo la humanidad o se mantiene unida a él o permanece aprisionada dentro de sí misma.

"Más él (Pedro) negó delante de todos" (*Mateo,* 26-70). ¿Qué puede importarme? Si Pedro procede bien, entonces Pedro es Pedro. Si Pedro procede mal, no tengo nada que ver con él, puesto que no es esto lo que de él debo aprender.

Réplica: ¡Cuán penoso es sentirse tan viejos como lo eterno nos vuelve; en tanto que uno es aún un hombre, un hombre sobre todo, y cuando aún la existencia se dirige a nosotros con el lenguaje de la juventud! Hubo una niña a quien yo amaba, graciosa y tan joven (¡cuán atrayente ha de ser sen-

[1] *El padre de K. murió en la madrugada de ese día.* (N. DEL T. I.)

tirse tan joven!), como persuasiva y seductora. ¡Qué pena tremenda. . . : yo era para ella viejo como la eternidad!

La Edad Media culmina con Rafael en su representación de la Virgen. El protestantismo culminará con la imagen de Cristo; pero ésta será la flor del más perfecto desenvolvimiento dialéctico.

Lo mejor de la vida consiste en el hallar. A veces quien busca, halla; otras veces uno halla algo sin haberlo buscado. Quien encuentra una perla sin buscarla, la ha hallado a pesar de todo; pero si alguien todo lo abandona por su posesión (*Mateo,* 13-45) expresa a la inversa que la buscaba; pues conquistar de ese modo la posesión, luego de haber logrado encontrarla es "en sentido inverso", lo mismo que buscar.

La mejor prueba de la inmortalidad del alma, de la existencia de Dios, etc., se reduce en el fondo a la impresión recibida en la infancia. Por consiguiente, la prueba, diferentemente de lo que acaece con tantas doctas y solemnes pruebas, podría ser expresada en los siguientes términos: —Es muy cierto, porque mi padre me lo dijo.

¡Es bastante extraño! Durante una de mis primeras conversaciones con "ella", cuando me hallaba más profundamente agitado y alterado, le dije que en cada generación había siempre algún hombre destinado a ser sacrificado por los demás. Probablemente ella no lo comprendió y quizá ni yo mismo me comprendí por entero (en todo caso se trataba sólo de mi íntimo sufrimiento); y menos que nada que ella comenzara a llevar las de perder. Pero justamente la juvenil espontaneidad de su beatitud comparada con mi tremenda melancolía y en tales proporciones además, debió enseñarme a conocerme a mí mismo; pues antes no había sospechado cuán melancólico yo era, ni tenido la menor idea de cuán feliz puede ser un hombre. . .

¡Con cuánta benevolencia me ha guiado Dios a través de los obstáculos! He aquí que ahora me encuentro en el pre-

ciso punto en que la situación exterior también demuestra la verdad del principio: "existen hombres destinados a ser sacrificados por los demás".

Son "suyas" estas palabras proféticas con respecto a mí: "¡Acabarás por hacerte jesuíta!" Para el romanticismo de una fantasía juvenil, el jesuitismo es precisamente una aspiración cuyo τέλος [1] sobrepasa por completo a la inteligencia de esta juventud.

Pero acerca de mis relaciones con ella, no puedo escribir nada. Soporto la responsabilidad del resto de su existencia, y por eso mismo toda comunicación directa podría acarrear una confusión sin límites.

Es verdad eso que he dicho de mí mismo: —Soy como un espía al servicio de lo más elevado—. La policía también utiliza espías. Con tal fin no se busca precisamente a hombres de vida intachable, sino a delincuentes, audaces y astutos, porque la policía necesita de su audacia y al mismo tiempo los impulsa por la conciencia de su vida "anteacta". Y de este modo se sirve Dios de los pecadores. Pero la policía no piensa en mejorar a sus espías; en cambio, Dios lo hace, cuando misericordiosamente los utiliza, a la vez los educa y los vuelve mejores. Mas también en este caso la obediencia incondicional produce la conciencia de la vida "anteacta"; pues un pecador humilde y contrito debe confesarse que, aunque otro podría exigir algo de Dios, él no puede exigir absolutamente nada, sino que por el contrario ha de estar dispuesto a todo y así cuando es castigado, darle gracias como de un favor recibido.

En la antigüedad se amaba a la sabiduría (φιλοσφοι) hoy se ama el nombre de filósofo.

1 τέλος : *realización, objetivo final también con motivo de la iniciación en los misterios.* (N. DE LA T.)

...Los hombres viven como cabezas huecas, como frívolas mujercitas. Por esto no tienen la menor idea de lo que significa el que a Dios le plazca mantenerse *in incógnito.*

Tomemos un ejemplo menor: a Sócrates. Cuán pocos son los que tienen una idea de la significación del hecho de que para él la ironía sea expresión del carácter y que por lo tanto no le importara mucho ser comprendido, sino precisamente mantenerse fiel a su carácter; en consecuencia, ser incomprendido. Quiere ser incomprendido porque quiere conservar el incógnito. La suya no era una astucia de Rey Mago que busca dar placer a los parientes y a los nietecitos. Vivió así, día tras día, durante muchísimos años.

...Se puede ser cruel de muchos modos. Un tirano puede maltratar a un hombre. Pero se puede ser cruel de una manera diferente como lo han sido conmigo. Con lágrimas en los ojos, postrada ante mí, ella me rogó por amor a Dios que hiciera algo que yo no podía hacer. ¡Oh! ¡Fué demasiado cruel y no he podido recobrarme! ¿Qué es más cruel? ¿Ser nosotros los crueles... o descargar sobre los demás la responsabilidad de ser tan crueles?

Toda esa concepción de la "posibilidad del escándalo" es algo que me complace imaginar en determinados momentos en los que antes no había pensado; algo por completo ajeno a mi ser que se opone a lo que debo llamar la sal de mi posición de servidor con respecto al cristianismo. Una vez más he de proclamar categóricamente que los años no me han cambiado en absoluto, sino que desde un comienzo he procurado servir sinceramente al cristianismo.

Sin embargo, ahora que me propongo iniciar un desarrollo más rígido y decisivo del cristianismo, no me atrevo ya, ni probablemente tendré tiempo ni deseos, de desarrollar un tema estético [1].

[1] *K. alude en este texto a sus dudas acerca de la oportunidad de publicar* La repetición, *obra a la cual, por su carácter estético, consideraba inconveniente para su posición definitiva de escritor esencialmente*

Lo peor con respecto a ello es que he acabado por embrollar el asunto con tales y tales reflexiones que a veces no sabía cuál camino escoger. Y por lo mismo, aunque no existiera otra razón, era necesario actuar. Nada me agota tanto como las decisiones negativas; sentirme dispuesto a llevar a cabo algo, por haberlo considerado justo y deseable, etc., y luego verme arrollado por un turbión de reflexiones. Eso no sirve. ¡Algo que en sí mismo es una bagatela y que ha sido bien ponderado, corre el riesgo de convertirse de improviso en una tremenda realidad! ¿Significa esto que la reflexión se ha tornado enfermiza? En tal caso es preciso actuar para salvar la vida. La indolencia proseguirá entonces pretendiendo daros a entender que aferrarse a lo negativo habría sido de todos modos la mejor solución. ¡Puras mentiras! Lo único justo es encomendarse a Dios y luego actuar.

¡Ay de mí! Acaecerá conmigo y mis contemporáneos lo mismo que acaeció con mi padre y conmigo. Le ocasioné muchos padecimientos, después él murió y yo recibí su patrimonio. La época hace todo lo posible para atormentarme, exprime mis mejores esfuerzos; luego moriré y cobrará mi herencia. Llegará un tiempo en que un danés ha de sentirse orgulloso de mí como escritor; por consiguiente, orgulloso al fin y al cabo por el hecho de que haya sido yo herido.

En general, dos son las desviaciones fundamentales con respecto al cristianismo.

1) El cristianismo no es una doctrina sino una comunicación de existencia. (Luego sobrevinieron las exageraciones de la ortodoxia con discusiones a propósito de tal o tal cosa, mientras que la existencia permaneció completamente inmutada, y así es como se discute acerca del cristianismo lo mismo que acerca de la esencia de la filosofía platónica, etc.). Por esto, cada generación debe comenzar por el principio: esa eru-

religioso. La repetición *apareció, por fin, en julio de 1848, publicada en los números de* Faedrelandet *del 188 al 191. (Ver Cronología).* (N. DE LA T.)

dición sobre las generaciones pasadas es esencialmente superflua, pero no despreciable si sólo comprende a sí misma dentro de sus propios límites, mucho más peligrosa si así no lo hace.

2) En consecuencia (puesto que el cristianismo no es una doctrina) con respecto al cristianismo no es indiferente la persona que lo expone (como en las otras doctrinas), como si bastase exponerlo con exactitud objetiva. No; Cristo no ha instituído docentes sino imitadores. Si el cristianismo (precisamente porque no es una doctrina) no se reproduce en quien lo expone, éste no expone al cristianismo; pues el cristianismo es una comunicación de existencia y sólo puede ser expuesto con el existir. Existir en él es expresarlo existiendo: esto es, reduplicarlo [1].

Es así como en lo que a mí se refiere, tengo un aguijón en la carne desde los primeros años. Si no lo hubiera tenido, tal vez me habría engolfado en las cosas del mundo; pero no puedo hacerlo, pues si no de buena gana lo habría hecho. Por lo tanto, no tengo mérito alguno; pues, ¿cuál es el mérito del que camina rectamente porque tiene andador o del caballo que sigue el camino trazado porque tasca un freno?

La idea de que podría morir ahora, la idea de la muerte en la que he reposado, es ahora causa de perturbación para mí a causa de la publicación de ese pequeño artículo estético [2]; me perturba el pensamiento de que ese artículo quede como mi última publicación.

Pero, por otra parte, este pensamiento de la muerte inminente podría ser tan sólo melancólico fantasear, precisamente ahora que acabo de publicar el artículo. Y esa melancolía sería con justeza examinada; para lo cual tal vez sirviera la publicación del artículo.

[1] *Reduplicación: redoblamiento, dualidad, expresión que emplea K. para designar a la relación objetiva producida por la reflexión.* (N. DE LA T.)

[2] La repetición, *a la cual he aludido anteriormente.* (N. DE LA T.)

La cristiandad tenía verdadera y suma necesidad de una persona célibe que tomara en sus manos la causa del cristianismo. No es que tenga nada que objetar contra el matrimonio, pero ha cobrado demasiada importancia. Al fin de cuentas el casamiento se ha convertido en la única y suprema necesidad. Pero el cristianismo no lo entiende así. Tienes permiso para casarte y el cristianismo bendice tu matrimonio, pero no olvides que has de dejar lugar a las existencias religiosas más decisivas. De otra manera se podría reprochar a San Pablo que no fuera casado (I *Corintios* 7-7).

Al respecto convendría examinar aquí las excepciones que se hacen en las prédicas: "Esto era válido para aquellos tiempos, para aquellas circunstancias", etc.

Lejos de mí el pretender que soy un cristiano eminente entre los auténticos cristianos; pero, sin embargo, respeto a la cristiandad, con la ventaja de saber de qué se trata. Es preciso suponer que la mayoría de los hombres no han recibido impresión alguna de lo que el cristianismo es, y que por lo tanto ni siquiera han advertido la posibilidad del escándalo. Confieso sinceramente que en ello no tengo mérito alguno, pues lo debo, en el fondo, a la educación que mi padre me dió.

Aquí es preciso citar otra vez a algunos hombres célibes. Lutero pudo muy bien tener razón en casarse; pero de haber estado casado ya no se habría convertido en Lutero. Especialmente, en estos tiempos se precisan hombres solteros, porque el mal contra el cual ha de combatirse está en la "turba", en la prudencia, en el respeto humano. ¿Y es posible imaginar a una esposa que pueda resignarse con la idea de que su marido se sacrificaría luchando contra un poderoso, por ejemplo, un rey o un emperador? *¿Varum?* (¿Por qué?) Por la razón de que así se le antoja a su fantasía. Pero exponerse a los comentarios de los hombres, ser burlado y escarnecido: esto es algo que hace estremecer a una mujer, debido a su naturaleza. Quizá tendría ella coraje suficiente para imaginarlo decapitado por el gobierno, pero maltratado, o burlado o escarnecido por la turba, no, no, esto no podría soportarlo. Una

mujer rogaría y suplicaría al hombre que no se expusiera, por el amor de Dios, a una cosa semejante; con lágrimas en los ojos protestaría que no puede tolerar verlo maltratado de ese modo; rogaría para que sus niños no sufrieran el suplicio de ver a su padre tratado de esa manera, ni el de ser hijos de tal padre.

¿Y dónde mejor que en la prensa tiene su asilo este mal? Y eso que casi todos los periodistas son solteros; ¡luego no quieren reconocer la necesidad de ser solteros, para servir al bien!

Existe un aspecto de la vida, el de las cotidianas pequeñeces (por ejemplo, que deba ir yo a tal o cuál lugar, ponerme un sobretodo pesado o liviano, etc.), que muy difícilmente pueden resultar conmensurables en las relaciones con Dios. Tampoco Dios lo quiere así. Por eso Él ha creado al hombre y a la mujer, y les dijo: "Casaos". Tales cosas existen más bien para que los hombres se ayuden los unos a los otros. Es algo semejante a las relaciones entre un padre y su niño: —No tengo ganas de pasar el día jugando contigo; búscate un compañero para eso. —Es muy peligroso que el padre deba ser al mismo tiempo compañero de juegos del niño y que el niño sólo frecuente la compañía de su padre. Otro tanto sucede en la relación con Dios. Pero cuando se trata de un niño enfermo, por supuesto que el padre lo hace. Y cuando se trata de un hombre que fué desdichado hasta el extremo de renunciar por deber a la felicidad conyugal, muy lejos de interpretar su renunciamiento como algo grandioso, tal vez porque al sobreestimar al matrimonio, más profundamente sufría el propio infortunio: entonces Dios se arroga el derecho de ayudarlo hasta en las cosas pequeñas de la vida. Para un hombre semejante, aun muchas pequeñeces pueden de una conmovedora manera volverse conmensurables en sus relaciones con Dios.

Es el mío un martirio de reflexión, o bien un martirio como sólo puede manifestarse en el mundo luego que la reflexión haya sustituído a la pasión inmediata. La pena para mí consiste en no hallar justamente ningún pathos (ni si-

quiera en los malos tratos) —¡Es una necedad, una fruslería! — dicen ellos. Y sin embargo, no cabe duda de que ése es el martirio ante el cual más se estremecen los hombres.

Por "ella" nada puede hacerse. Dios sabe que de muy buena gana lo haría y también por mí si ella lo deseare.

Por cierto que ella sería capaz de perder otra vez la paciencia si se enterara de cómo han sido en realidad las cosas. La idea de que yo soy un canalla o por lo menos alguien que quería convertirse en una celebridad mundana, es y será la piedra fundamental de su matrimonio.

Sábado 26 de agosto.

Fuí a Fredensborg. Me impulsaba un vago presentimiento; sentíame muy contento y estaba casi seguro de que me encontraría con la familia (de Regina) y que por lo tanto valía la pena intentarlo. No me encontré con nadie. Entonces, luego de dar el paseo acostumbrado, pregunté a un marinero, si al consejero de Estado, Olsen [1], se le veía con frecuencia este año. "No —repuso—, este año una sola vez, el primer domingo de Pascuas".

Fuí a descansar a la casa de los Kold. Estaba comiendo cuando vi pasar a un hombre frente a mi ventana: era el consejero Olsen.

Él es el único con quien me atrevería con toda certeza a reconciliarme, porque en ello no existe peligro alguno para la muchacha. Sigo sus pasos y por fortuna lo alcanzo. Me aproximo y le digo:

—Buenas tardes, señor Olsen, ¿no quisiera charlar un rato conmigo?—. Se quitó el sombrero para saludar, pero hizo ademán de rechazarme y me dijo: —Con usted no quiero hablar—. ¡Ay! Las lágrimas asomaban a sus ojos; ¡con cuánto dolor reprimido pronunció esas palabras! Traté de acercarme, pero él echó a correr tan rápido que no habría podido alcan-

[1] *El padre de Regina.* (N. DE LA T.)

zarlo, aunque me lo hubiera propuesto. Entonces grité con todas mis fuerzas y estoy seguro de que debe haberme oído: —¡La responsabilidad es completamente suya, pues no ha querido escucharme!

Por el momento no es posible hacer más.

...Diferencia entre el fariseo y el publicano (*Lucas,* 18, 9-14).

1) El publicano estaba al final, "apartado".
   El fariseo había elegido el primer puesto, donde se mantenía "apartado".
2) El fariseo habla consigo mismo.
   El publicano habla con Dios.
   Porque sin duda alguna, el fariseo imagina hablar con Dios, pero uno ve fácilmente que se trata de pura imaginación.
   Esto constituye una gran diferencia.
3) El publicano baja los ojos.
   El fariseo posiblemente los mantiene en alto, con expresión orgullosa.
4) El fariseo da gracias a Dios, y en el fondo lo burla.
   El publicano se acusa a sí mismo... ruega y honra a Dios. Aun si suponemos que el fariseo se había presentado justificado, su manera de entrar en la casa de Dios constituyó una culpa que llevó consigo de vuelta a su hogar. Posiblemente esto se le escapó por completo, es decir, que su culpa consistió en haber entrado en la casa de Dios "en aquella forma". De haberse quedado en casa, contaría con un pecado menos.

Aunque quiero hacer todo por "ella", para su bien y el mío, no es sin embargo posible; no me atrevo, temo a su apasionamiento que no repara en nada cuando tiene el menor apoyo. Al final yo soy el garante de su matrimonio y Dios sabe el enorme esfuerzo que ello me cuesta. ¿Qué es lo que no me ha tocado soportar? Lo comprendo mejor, gracias a

una señal indirecta, al hecho de que sólo ahora, después de siete años, me atrevo a confiar al papel algo sobre este asunto [1].

El paso dado a su debido tiempo para romper el noviazgo, representó para mí la mayor humillación posible, y para ella el gesto más conciliante, pues fácilmente podía verse que la causa era la melancolía. Hice todo lo posible para evitarle la menor humillación y así mantendría mi superioridad, etc. En esto reside toda su culpa, la única; porque cuánto ha sufrido inocentemente por lo demás, nadie lo sabe mejor que yo, que precisamente he debido sufrir sabiéndome yo la causa. Pero ésta es su culpa y en el fondo se debe a su amor propio. Ella consideró vana mi melancolía esperando angustiarme hasta la muerte para obligarme a capitular; luego, imaginativa como era, por cierto que no con un sentido esencial pero impulsada por la exaltación, me aseguró que si yo hubiera podido convencerla de que era un canalla, ella habría podido soportarlo todo: prueba de que tenía una idea de mi melancolía. Por lo tanto, debió ceder, soportar su padecimiento y aceptar esa apacible solución, la de separarse de mí porque era yo un melancólico. En cambio, ella sobrepasó los límites de toda humana relación y me angustió terriblemente. No se dió cuenta de que mi melancolía ocultaba una elasticidad tan fuerte como ella, y ésta estalló. Ella misma me provocó para que empleara las medidas que he empleado.

Mi desgracia ha consistido en el hecho de haberla visto tan orgullosa por el hecho de ser mi prometida. En lo que a esto se refiere, podría amainar un poco ahora y hacer que su matrimonio fuera bello. Dios sabe que de buena gana lo haría y cuán penoso me ha resultado verla humillada por mi causa, a pesar de que tengo conciencia de haber hecho todo lo posible para evitarlo. Pero mi culpa permanece siempre, y tan grande es que anula la suya con respecto a mí.

Después de mi muerte (que no me parece tan lejana) ella, naturalmente, entrará en posesión de sus derechos. Con

[1] *K. estaba escribiendo entonces "Mi relación con ella", publicado por primera vez en 1908 que en los* Papeles *está fechado el 24 de agosto de 1849.* (T. I.)

respecto a esto todo está dispuesto ya. Su nombre debe pertenecer a mi actividad literaria: su memoria quedará ligada a la mía. Pero mientras viva, si en el ínterin no ha cambiado mucho, es un tema peligroso.

Mi actitud me ha procurado un alivio indescriptible, pues aunque la realidad no me haya pesado jamás, ha sido algo tremendo mantenerla en vilo dentro de la posibilidad. Pero tal es la condición de su matrimonio.

Hay que ver de cerca para creer, como ciertas personas aún "valerosas" y decentes, apenas se convierten en "turba" se transforman en otros seres muy distintos. Es preciso observar de cerca esa falta de carácter con la cual algunas gentes, por lo demás probas, exclaman: —¡Es una vergüenza, es indignante hacer o decir cosas semejantes!... —y luego contribuyen con su grano de arena para envolver a la ciudad y al país en un polvillo de charlas y de chismes. Esa dureza de corazón con que actúa hasta la llamada gente de buenos sentimientos cuando se viste de "público", porque el participar o el no participar les parece simplemente una inepcia, ¡una inepcia que, sin embargo, gracias al concurso de muchos se convierte en una inmensidad! ¡Ver que ningún otro ataque es tan temido como el del ridículo, hasta el extremo de que el hombre cuyo coraje lo hace capaz de arriesgar la propia vida por un extraño, se siente a punto de traicionar a su padre y a su madre para no ser ridiculizado! Porque ningún otro ataque aisla tanto, ni nos deja tan enteramente privados del sostén de la simpatía ajena; en tanto que los curiosos y los sensuales sueltan la carcajada, y que los cobardes temblarían como hojas sólo de pensarlo, todos gritan sin cesar: —¡No es nada! ¡Tremendos bellacos corruptos y con buen semblante que sólo piensan en defenderse de un ataque semejante y que luego dicen: —¡No es nada! Y aun los mismos a quienes disgusta, dicen: —¡No es nada!

¡Así es como me tratan en Copenhague! Me toman por una especie de inglés, por un original medio loco con el cual

"todos nosotros, desde los personajes hasta los ganapanes, tenemos derecho —¡demonios!— ¡a divertirnos!" Mi actividad literaria, esa enorme producción cuya interioridad debía de conmover hasta a las mismas piedras y cuyas distintas partes no temen la comparación con ningún escritor contemporáneo (sin mencionar en absoluto al conjunto) es considerada una especie de manía *ad modum* de ir de pesca u otros esparcimientos semejantes. Los que algo podrían hacer en mi favor, estallan de envidia y permanecen mudos como piedras...; los otros no comprenden un comino, y así carezco del apoyo de una brizna de reseña literaria o de algo por el estilo. Pequeños profetas me plagian en conferencias sin pies ni cabeza, en convenciones de pastores y en reuniones de ese tipo: pero nombrarme... ¡vaya, por Dios!; ¡eso sí que no es necesario!

Tal manía es considerada ahora como una diversión, y el solaz consistiría al fin de cuentas en lograr que enloqueciera o en sacarme de mis casillas: ¡Bonito recreo!

Detrás de estas maquinaciones se oculta la convicción de mi grandeza, de la misión extraordinaria que me ha sido confiada. Pero la envidia mezquina de la chusma saborea deliciosamente el placer de pensar que la posesión de semejante ventaja resultará posiblemente para mí un tormento mayor que si fuera el más miserable de todos, ¡y que todo dependerá del capricho de la chusma!

Una perspectiva más agradable sería la siguiente: Yo sería un genio, pero un genio tan interiorizado que no logro ni ver ni sentir nada. Esta diversión a mi costa es un placer reservado a la chusma (la aristocracia junto con la clase media, y además los ganapanes del arroyo): por consiguiente, ¡no es nada!

El panteísmo es una ilusión acústica que confunde la *vox pópuli* con la *vox Dei,* como cuando gritaron: "¡Crucificadle!", ¡era *vox pópuli!*

El único cristianismo que posee la cristiandad se reduce al final a judaísmo. Pues así es: un cristianismo tranquila-

mente planeado (como un orden "establecido") es judaísmo. El verdadero cristianismo está en continuo movimiento.

No me siento aún capaz de afrontar el martirio por el cristianismo, porque no oso llamarme cristiano en un grado tan elevado. Al final soy un genio que podría tal vez convertirse en mártir de la verdad, es decir, por exponer verdaderamente qué es el cristianismo.

Por lo mismo, muy justamente en: *Punto de vista en mi actividad como escritor,* se habla siempre de "estar bajo el efecto de la educación", porque yo debo aún de ser educado de una manera muy diferente. Probablemente es mi melancolía la que me engaña con la idea de la muerte próxima.

La fe consiste en "mantener firme la posibilidad". Esto era lo que tanto complacía a Cristo en el enfermo, quien luego de haber padecido durante largos años, creía siempre con la misma espontaneidad y juventud en que la ayuda de Dios era posible (*Juan* 5, 5 y sig.). Lo que desmoraliza en el sufrimiento es precisamente esa queja que atonta, ese devanarse los sesos sin esperanza: —Ya es demasiado tarde... el momento ha pasado ya, etc.

La única relación ética que se puede tener con la grandeza (y también con Cristo) es la contemporaneidad. Referirse a un difunto es una relación estética: su vida ha perdido el estímulo, no juzga a mi vida, me permite admirarlo... y también me deja vivir en una categoría muy diferente; no me obliga a juzgar en una forma decisiva.

...La importancia de la sociabilidad religiosa se basa fundamentalmente en lo siguiente: cuando la idealidad de la relación con Dios se ha vuelto demasiado fuerte para el Ente (puesto que éste no puede exigir de Dios una revelación inmediata y queda prisionero de sus reflexiones) él debe tener a otro hombre a quien consultar. Se demuestra así que la sociabilidad no es el fin más elevado, sino una concesión a la debilidad de la naturaleza humana. Otra vez nos hallamos

frente a la importancia del hecho de que Dios se relaciona con todo el género humano. La categoría del género (de la sociabilidad) es entonces una categoría intermedia entre Dios y el Ente.

Éste es el movimiento inverso. Pero donde haya de predicarse el despertar, donde el precio haya de ser alzado, allí se debe hacer valer al Ente. Esto es habitualmente lo más necesario, porque por lo general los hombres viven en relajación y pereza. La sociabilidad, en cambio, representa un consuelo. Escrito está: —"No es bueno para el hombre estar solo"— (*Génesis* 2, 18) y le fué dada la mujer como compañera. Pero aquí se trata de estar "solos con Dios", tan solos literalmente que casi no existe hombre capaz de soportarlo; lo cual exige un tan tremendo esfuerzo que por lo mismo el hombre necesita compañía...

Sí, es verdad, humanamente hablando; existe una cierta crueldad en el cristianismo. Pero ello no depende del cristianismo, sino más bien del hecho de que deba existir, manifestarse y desarrollarse, en un mundo de pecado. La crueldad no reside en el cristianismo sino en lo que con él acaece, pues en sí mismo es todo sosiego y amor, el amor esencial, el amor personificado.

Es verdad, humanamente hablando, que hay una cierta crueldad en lo que a un cristiano se le exige; no precisamente en lo que se le exige sino en lo que acaece: pero esto no depende del cristianismo, sino en parte de que el hombre sea un pecador, y en parte también de que el mundo en el cual le toca vivir, esté sumergido en el pecado...

El bautismo, si fuera diferido hasta los veinticinco años, tendría aún algún sentido. ¿Se le ocurriría a alguien permitir a un muchacho de catorce o de quince años que dispusiera de su propia vida, por ejemplo en lo relativo al matrimonio o a cosas similares?

Existen, como ya lo he demostrado, dos formas de pecado: el pecado de flaqueza y el pecado de desesperación. Se peca

por desesperación de haber sido débil o por ser tan débil que uno incurre en el pecado. La esencia del pecado está dada por esta última forma y a ella se dirige el cristianismo. Porque, en el fondo, la doctrina de la redención se relaciona con esa desesperación que la redención detendrá. Sólo quien haya experimentado la desesperación comprende fundamentalmente a la redención, porque siente su necesidad [1].

La nostalgia del mundo es en sí misma un pecado. Sin embargo, es harto fácil que, en medio de esa tristeza, uno se vuelva importante para sí mismo. La nostalgia de Dios es esencialmente arrepentimiento; cuando la tristeza ha durado demasiado, es preciso el arrepentimiento para aliviarla.

Con frecuencia he dicho, bromeando, que puedo vivir bien lo mismo con cualquier gobierno, con tal de que conozca su *imprimatur*. Ahora se me ocurre que tal es al fin y al cabo la doctrina del cristianismo. En el relato evangélico de la moneda del tributo (*Mateo*, 22, 16 y sig.), Cristo, en efecto, pregunta a los fariseos: —"¿Cuya es esta figura y lo que está encima escrito?"— Es evidente lo que Cristo quiere significar: —Si quieres ser cristiano, debes absolutamente desentenderte de toda política... Porque la imagen del emperador está grabada en la moneda del tributo, pero el cristiano lleva consigo la imagen de Dios y por lo mismo realiza con su persona aquello que Cristo ordenó que se hiciera con la moneda: se da por entero a Aquél cuya imagen lleva grabada.

El cristianismo es la única explicación consistente de la existencia (*). La existencia terrenal es padecimiento; cada hombre tiene su parte, y sus palabras en el instante de la muerte serán por eso mismo: ¡Que Dios sea loado, porque también esta hora ha pasado!

La existencia terrenal es tiempo de prueba, es el examen. Esas charlas de que es posible sobreponerse son invenciones de

[1] *Este pensamiento, expuesto ya en el* Diario *de 1847, será el tema central del ensayo*: La enfermedad mortal. (N. DEL T. I.)

los pastores para sacar dinero: una clase de seriedad que revoca a Dios...

(*) No me refiero a la existencia natural sino a la sociedad humana. Porque el canto de los pájaros es delicioso, el gorrión, placentero, el lirio, gracioso, y el ejército de estrellas, eternamente inolvidable... Sólo el hombre, el milagro de la creación, su ornamento (¡como dicen los pastores, por dinero!), es el único que desentona.

La reforma abolió el claustro. ¡Bien! No quiero detenerme en el hecho de que la reforma a su vez ha vuelto a poner en vigencia a la política mundana. Pero observemos un poco a la cristiandad. Si queremos hallar aún una pizca de cristianismo, ¿dónde podemos encontrarlo sino entre las "gentes quietas"? [1] Las "gentes quietas" son las únicas migajas de cristianos en nuestros tiempos. Pero dichas "gentes quietas" no son cristianos en un sentido decisivo: ellos no viven su vida dentro del "doble peligro". En suma, las "gentes quietas" sólo son una edición mundanizada del claustro: gentes que se ocupan de sus asuntos, que traen hijos al mundo, etc.... y así... en medio de su "quietud espiritual" se ocupan también del cristianismo. En resumen, constituyen la comunidad de la "interioridad secreta". Pero rehuyen con todas sus fuerzas el peligro de sufrir por causa de la fe, el ingresar en la auténtica situación cristiana...

Eso que los hombres consideran egoísmo y falta de sociabilidad, puede con frecuencia ser melancolía. Cuando uno se siente contento y feliz, es también más expansivo; pero cuando se siente íntimamente desdichado, uno se encierra cada vez más dentro de sí mismo. Pero por eso no quiere decir que se trate de egoísmo. Puede ser a menudo una especie de delicadeza, que consiste en el pudor de no querer demostrar a los demás nuestra propia desdicha.

[1] Stille i Folket: *forma de neopietismo, difundida especialmente entre los campesinos y los artesanos que alimentaban una profunda aversión por la teología erudita de los señores.* (N. DEL T. I.)

Antonino, quien, como estoico, naturalmente aprueba y exalta el suicidio, desaprueba en cambio el martirio de los cristianos (XI, 3). Exige que la presteza del ánimo (para morir, para eliminarse a sí mismo), deba ser el efecto de una convicción personal y no (como para los cristianos) una simple obstinación; no, esta presteza ha de manifestarse con dignidad reflexiva y, para que pueda persuadir a los demás, sin ninguna trágica postura. Por consiguiente, lo que al fin de cuentas desaprueba es la entera concepción cristiana de luchar contra el mundo. Antonino exige el egoísmo inteorizado que no elige a la muerte para servir a una causa, etc., sino porque esto complace mejor al Yo. El Yo de los estoicos es el Yo más aislado; por lo mismo sería tal vez un error pensar que la propia muerte deba servir a una causa. No; la propia muerte debe únicamente satisfacernos a nosotros mismos.

Llegará indispensablemente el tiempo en el cual el juicio sobre la prensa habrá cambiado por completo; pero esta invención todavía impresiona demasiado a los hombres. Deben habituarse más aún a los abusos de la prensa, para poder con toda tranquilidad sopesar lo útil y el daño que esta invención ha proporcionado a la humanidad En el fondo, las altas clases no están muy lejos de pensar que ella proporciona infinitamente más daños que utilidades. Por supuesto, que hablo de los periódicos.

El cambio de juicio a propósito de la prensa traerá como consecuencia el abandono de la distinción jurídica entre lícito e ilícito, de tal modo que los diarios no pudieran causar daño alguno, aun cuando publicaran noticias que de ninguna manera pudieran ser consideradas como falsas o prohibidas. Es preciso insistir sobre la desproporción ínsita en el medio de publicidad, considerado en sí mismo. Por ejemplo, si un periódico hace público que una joven (llamada así y así... cosa que muy bien puede ser exacta) ha lucido un nuevo vestido (¡también esto puede ser exacto!), si se pretende repetir la historia un par de veces, la pobre muchacha corre el riesgo de ser infortunada para el resto de sus días. Y un hombre puede hacer

algo así en cinco minutos gracias a los periódicos. ¿Por qué? Porque la prensa es un medio de comunicación desproporcionado. Si uno inventase un instrumento, un cómodo y pequeño altavoz, tan potente que pudiese ser oído en todo el país, ¿acaso no lo prohibiría la policía por temor a que la sociedad entera fuese presa del pánico? Así también se prohiben los fusiles.

Los libros, preferentemente los densos, podrían tolerarse, porque debido a su misma extensión no tienen relación alguna con "el memento". Generalmente el mal de los periódicos se debe al hecho de que estén fabricados a propósito para inflar y volver a la situación mundial cien mil veces más importante. Pero toda educación moral consiste precisamente y sobre todo, en despojar a los hombres de la sugestión de lo momentáneo.

Por cierto que yo no alcanzaré a verlo, pero estoy seguro de que esto ha de llegar. Así como China se detuvo en un momento dado de su desarrollo, así se detendrá Europa en lo relativo a la prensa; permanecerá detenida como un "memento", y lamentará que el género humano haya realizado un descubrimiento que termina por embaucarlo.

"Despójate de la vida", dice el estoico,[1] "y entonces desaparecerá el dolor" (*marg.*: Despójate de la vida y no habrá lloriqueos y libre de éstos, ya no habrá dolor alguno...). ¡Bien! Pero, desde el punto de vista religioso, es despojarse de la idealidad y en el fondo liberarse de Dios porque en y con la idea comienza la relación con Dios. La piedad consiste en remitir el dolor a Dios (pero para ello es necesario poseer la idea), en comprender que Él es quien nos ha educado.

Quien no pudiera "seducir" a los hombres, no podría "salvarlos". (Ésta es una categoría de la reflexión.)

Hasta cierta edad la juventud complace; luego es preciso volverse formales, preocuparse por el dinero y por las cosas

[1] *Los editores daneses hacen referencia a Antonino.* (N. DEL T. I.)

terrenas. No se piensa que como la segunda infancia (el retornar a sentirse niños) es lo más elevado, así la juventud, la falta de reparos propia de ella, es "por segunda vez", lo más serio, y que más bien ella tan sólo y con un sentido eterno, significa seriedad. Pero la temporalidad no puede entenderlo, porque la seriedad es la verdadera relación con lo eterno, por eso mismo la seriedad no tiene "reparos" en absoluto.

...Es absolutamente imposible para un verdadero cristiano el evitar el ridículo. En efecto, ¿existe acaso algo más ridículo que lo Absoluto en este mundo, que es el mundo de la relatividad (y en esto hay justamente una situación dialéctica)?...

Así ha acaecido siempre. No se trata de una invención mía que enarbolo como propaganda, esto de decir que el mundo de hoy se ha vuelto maligno. No, así fué el año I, y el año 335, así es el año 1848 y será también el año 10.008.

Hay algo de extraño en la idea de que el llanto sea invención de la divinidad, y la risa en cambio invención diabólica. Claro que si yo fuera o me imaginara la pura idealidad absoluta de la seriedad, en ello no habría nada de cómico, porque dicha seriedad contemplará al hombre siempre bajo el aspecto ético y, por consiguiente, no encontrará motivo alguno de risa sino de llanto.

Y es también extraño que el mundo tienda evidentemente a lo cómico, a ese desarrollo cada vez más intenso de la risa; triste consecuencia de la regresión por la cual atraviesa el mundo. Nada nos detiene de una manera patética, nada nos hace estremecer... uno sigue su camino y encuentra que todo es cómico. La perversión humana se vuelve cómica y se intenta representarla de una manera cómica: la desmoralización de los Estados, todo el fraudulento mal de la vida pública, toda esa mezquindad y falsía y astucia que se superan sin cesar a sí mismas con muestras de ingenio sin cesar renovadas, todo eso es motivo de farsa (por ejemplo: Scribe). Esto demuestra que la actual concepción de la vida está fundada sobre la

desesperación: todo es engaño... ¡riamos, pues! Recuerda en cierto sentido a la época de los brindis: todo es mezquindad... ¡brindemos, pues! ¡Es bien triste! Ciertamente es inmoral que una mujer sea liviana; pero la mujer capaz de divertirse al ver a su propia liviandad representada como farsa, ha caído mucho más bajo aún.

¿Cuál es humanamente mi desdicha? Que poseo demasiado pudor o interioridad, pues en cierto sentido ellos son una misma cosa, puesto que el pudor oculta a la interioridad. Puedo soportar una pérdida aunque sea considerable, pero no puedo prorrumpir en gritos; trato en lo posible de convertirla en una cosa insignificante. Mas el mundo exige, y demasiado tremendamente está habituado al descaro. Sobre todo, cuando de dinero se trata. Es terrible el descaro con el cual casi todos gritan que necesitan subvenciones, que son unos indigentes. Quien tenga pudor con respecto a este punto, y quien crea que debe de tenerlo justamente por su causa y por su idea, *eo ipso,* se ve excluído. Así sucede con todo. Puedo sufrir y muy profundamente... pero empezar a proferir gritos y a pedir socorro me repugna. Puedo ver perfectamente cómo un hombre me engaña, cuán vilmente a menudo abusa de mi bondad; pero regañarle, no, no lo puedo hacer; me avergüenza. En general, no puedo menos que imaginar a los demás a mi hechura; para mí el pensar en el silencio de los demás sería un castigo más que suficiente.

¡Cuán terrible es para mí pensar, así sea por un solo momento, en los tenebrosos entretelones de mi vida desde los primeros años! ¡La angustia con que mi padre llenó mi alma, su tremenda melancolía, todas esas cosas que no puedo ni siquiera escribir...! Una angustia similar se apoderó de mí con respecto al cristianismo, y sin embargo me sentía poderosamente atraído por él. Y luego, lo que he debido sufrir a causa de Pedro, cuando le atacó esa especie de manía religiosa.

Como ya he dicho, hay momentos en que me resulta terrible pensar en la vida que he llevado hasta aquí en el más íntimo secreto, sin poder hacer referencia alguna a nadie, ni

siquiera una palabra; tampoco he tenido valor para redactar la más insignificante de las notas... ¡y que haya podido disfrazar una vida así con una existencia exterior exuberante de vida y de alegría!

Por eso mismo son veraces las palabras que me he aplicado a mí mismo: que así como Scherezade salvó su vida contando fábulas, también yo salvo la mía o la conservo a fuerza de escribir.

Se dice que el bien da fuerzas. Es verdad, pero se trata de fuerzas muy frágiles y delicadas, en tanto que el mal proporciona una robusta fuerza. De otra manera, ¿cómo se explica que quien hace el bien, tenga que sufrir por ello y mucho más, sino porque el bien, aunque en un sentido noble, lo ha tornado frágil y delicado? Cuando alguien realiza una mala acción, al instante el mal le ayudará proporcionándole fuerzas, pues entonces habrá de vencerse a sí mismo, precisamente porque se siente culpable. El bueno se siente débil, en comparación con él. Por eso las individualidades desesperadas, que no creen en Dios ni en la eternidad, se muestran con suma frecuencia muy fuertes en esta vida; porque ellos desconocen en absoluto la fragilidad que da la eternidad. De ahí el proverbio: "mala yerba nunca muere".

Que el bien infunda fuerzas, es también cierto, pero se trata de esa clase de fuerzas que no hacen un buen papel en el mundo.

El pretender abolir las garantías morales para reemplazarlas con las jurídicas fué una invención de la prudencia humana presuntuosa y difidente. Pero fué también algo más, una tentativa para abolir a Dios o para convertirlo en un necio: a Él, que por una parte, en lo que a Él respecta, es lo bastante simple como para conformarse con las garantías morales, ¡y que es por otra parte el garante de todas las garantías morales!

También a este respecto, existía entre "ella" y yo una diferencia infinita. Ella deseaba o había deseado brillar en el

mundo; ¡y yo, en cambio, con mi melancolía y con mi concepción melancólica del padecer y del tener que padecer! Probablemente, al principio ella se habría conformado con su relación conmigo; en los primeros tiempos le habría bastado para satisfacer su vanidad. Pero cuando las cosas adquirieran un cariz más serio, cuando yo me viere reducido a la insignificancia para el mundo y abrazare el padecer efectivo y cristiano, para el cual no existe posibilidad alguna de honores y de consideración, ella se habría descorazonado fácilmente. Y yo... yo nunca más habría sido yo mismo.

La potencia de la superioridad es precisamente la impotencia para la habilidad. Sócrates poseía la potencia de la superioridad y por ello fué condenado a muerte. De haber sido un hombre común, se habría echado a lloriquear y a lagrimear frente a sus jueces; habría halagado al pueblo y así no lo hubieran condenado. Y de este modo el fuerte, capaz de soportar fácilmente todas las injurias de la abyección literaria con una sonrisa, es, por eso mismo, impotente. Si se mostrara débil, lo compadecerían y no tendría que sufrir.

Del único de quien podría decir que me siento envidioso es de él cuando llegue su hora; de él a quien llamo "mi lector", aquél que en paz y en silencio podrá, de una manera puramente intelectual, gustar el drama de la infinita comicidad que ofrece mi existencia aquí en Copenhague. El valor de ese drama, yo lo percibo mejor que él; pero a mí me ha correspondido la amargura, la abominación de esta vida cotidiana, este nuevo tipo de incomprensión, que ni siquiera hayan osado reír conmigo porque desconfiaban y no podían entender cómo en medio de tantos comentarios, yo guardaba aún un cierto sentido de comicidad. Desde el punto de vista poético, esto no ofrece ningún interés; más bien desde el punto de vista poético choca un tanto que este drama sea representado día tras día durante años enteros; poéticamente, debería de ser abreviado. Ésta esrá la buena fortuna de "mi lector". En cambio, en virtud y junto a la realidad cotidiana comienza la vida reli-

giosa y así entiendo yo a mi vida: este drama de una infinita comicidad representa para mí un verdadero martirio. Pero si careciera de la conciencia de que poseo obligaciones de infinita importancia en el campo religioso, podría desear el retiro en un lugar solitario y echarme a reír con toda el alma..., ¡aunque me doliera la idea de que en este rincón de cornejas, en esta cueva de prostitución burguesa está mi patria, mi querido Copenhague! [1]

Probablemente, con todos mis contemporáneos acaecerá lo mismo que ha acaecido con mi padre, mi novia y en todos los momentos decisivos de mi vida. Una joven me arroja a la cara una palabra [2] sin darle mayor importancia (pues no estaba muy desarrollada religiosamente)... [3] y esa palabra me produce un efecto enorme. Ella, en cambio, olvida bien pronto, y tranquilamente se casa con otro. Así también mis contemporáneos han creído tal vez que podían bromear un poco a costa mía; sin pensar en que, debido a mi fantasía y a mi educación de cumplir hasta el final con el orden divino religiosamente, el asunto adquiere un aspecto diferente. Con los contemporáneos me acaecerá lo mismo que con aquella muchacha: de pronto ellos comprenderán lo que han causado, y cuando se arrepientan, será demasiado tarde.

Todos hablan de desear únicamente la verdad, pero siempre se sobreentiende alguna otra cosa...

1 *El* Prefacio *a* Dos disertaciones edificantes *del 5 de mayo de 1843 (cumpleaños de K.), éste lo dedica al "Ente", al "Único", "a quien con alegría y gratitud llamo mi lector". Se refiere a Regina, pues el danés sólo tiene un género, el común, en oposición al género neutro.* (N. DE LOS T. F. *en* Cronología de S. K.)

2 *Que moriría si él la abandonaba.* (N. DEL T. I.)

3 *Regina Olsen afirmó que había recibido una esmerada educación religiosa. Su madre la llevaba desde niña a las reuniones de los "devotos" en Stormgade, la misma secta a la que pertenecía el padre de K. La Biblia y la Imitación de Cristo figuraron siempre entre sus lecturas predilectas. (Del prólogo de Rafael Meyer a* Kierkegaardske Papirer Forlovelsen, *Copenhague, 1904.* (N. DE LA T.)

He tenido oportunidad de descubrir el doble juego, donde menos lo hubiera esperado. Recuerdo que hace un año o un año y medio, dije a mi hermano Pedro: "Creo que me convendría más renunciar por completo a la pluma y consagrarme a la cría de caballos", y con toda seriedad me respondió: "Yo también creo que sería lo mejor". ¡Pues tan carente en absoluto de objeto juzga él a mi aspiración! Si, por el contrario, la pluma me hubiera dado fama, si hubiera ganado dinero a montones, Pedro, seguramente, me habría dicho: "¡Oh! ¿Acaso estás loco?"

HOJAS SUELTAS

Mi salud decrece a diario; tal vez dentro de poco haya dejado de existir. Pero no temo a la muerte. He aprendido, como los soldados romanos, que hay cosas peores.

2 DE ENERO AL 7 DE SETIEMBRE DE 1849

NUNCA he conocido la alegría de ser niño. Las tremendas penas que padecía perturbaban la tranquilidad que es propia de la existencia de un niño, esa capacidad para aplicarse por sí mismo, etc., para dar alegría a su propio padre; porque mi inquietud interior me arrastraba siempre a vivir fuera de mí mismo.

Pero con frecuencia me parece que ahora me veo compensado; pues aunque mi padre me haya hecho desdichado, con respecto a Dios me parece ahora que vuelvo a sentirme niño; como si las primeras cosas de la vida me hubieran sido arrancadas de una manera tan terrible precisamente para que pudiera experimentar, por segunda vez y de un modo más verdadero, mi relación con Dios.

...¿Qué significa ser poeta? Significa tener su propia vida personal, su propia realidad, en una categoría distinta a la de la actividad poética; significa remitirse al ideal sólo con la fantasía, y que la propia existencia personal se convierta más o menos en una sátira de la poesía y de uno mismo. En cierto sentido, los pensadores modernos todos, aun los más profundos (me refiero a los alemanes, porque entre los daneses no hay ninguno) son poetas. En general éste es el galardón máximo que brinda la vida contemporánea. La mayoría de los hombres viven por completo sin ideas; luego están los pocos que logran

ponerse poéticamente en contacto con el ideal, que después niegan en la vida privada. Entre estos pocos figuran los pastores, y por el hecho de ser pastores, son, en un sentido más profundo, poetas; por lo tanto, "embrollones", como ya Sócrates había clasificado a los poetas.

La desgracia fundamental del mundo es ese maldito "docere", y el hecho de que el progreso de los descubrimientos ponga a los docentes en situación de impartir una enseñanza cada vez más impersonal. Ya uno no encuentra hombres, ni pensadores, ni amantes, etc. Por culpa de la prensa la humanidad se ve envuelta en una atmósfera de pensamientos, de sentimientos y de impresiones; y también de resoluciones y propósitos que a nadie pueden ser atribuídos, que pertenecen a todos y al mismo tiempo no son de ninguno.

...Verdaderamente, para servir a la verdad sólo una cosa debe hacerse: sufrir por ella. Tal es la única forma posible de despertar. Una madeja tan horrible de reflexiones que todo lo envuelve, tan horrible como ésta donde hoy ha encallado la humanidad, no puede ser deshecha por medio de la reflexión. Se requieren otras fuerzas. Sólo el mártir puede hacerlo: mártires necesitamos, simplemente, y no aventureros...

No, por "Ella" no puede hacerse nada. En cierta forma Schlegel ha sido afortunado: ¡tan joven y ya jefe de sección en el Ministerio! Esto le dará ánimos, como un asentimiento de la Providencia respecto de su matrimonio. Se sentirá reconciliada con su destino; me perdonará gentilmente; creerá dentro de su capacidad de comprensión que aunque estuviera dotado de extraordinarias condiciones, el infiel soy yo, y ella la amante fiel. En todo lo que me ha acaecido en los últimos años, verá ella, según su humor, una especie de castigo, a veces comprenderá que fué un bien para ella no haberme seguido mar adentro. Y así todo se atenuará. Yo permaneceré como un recuerdo desvanecido que al final la visitará muy de vez en cuando; y aún entonces con un matiz de melancolía, porque la complace no juzgarme y porque le da placer que yo no me case.

Tal situación se vería alterada apenas ella, de cualquier

manera, se pusiera al corriente de la realidad, porque de esa religiosidad específica, no tiene la menor sospecha [1]. Al instante comprendería todo de una manera muy distinta, se haría reproches, perdería la idea que de sí misma tiene y la de la superioridad de sus sentimientos comparados con los míos; y entonces sobrevendría el vértigo, la imaginación volvería a dominarla. Y entonces... sí, entonces todo se habría perdido.

Es indudable que la vida más exasperante es la de verse obligado a vivir en completa independencia. Cuando uno está ligado a una posición, resulta evidente que tal cosa no puede hacerse, que tal otra es imposible, etc., etc., de manera que uno no desperdicia tiempo en reflexiones puesto que eso es imposible. En cambio, algo así, lleva mucho tiempo a menudo, y es causa de muchas emociones, cuando se es por completo libre e independiente. Pero por otra parte es también verdad que entonces uno aprende a conocerse a sí mismo y a la vida de una manera muy distinta.

Será difícil que logre realizar por entero mi proyecto: es demasiado para un hombre solo. Precisamente porque era necesario despojar al cristianismo de la enorme cultura y del refinamiento, de la confusión del cientifismo, etc., yo mismo debía de estar provisto de esa cultura, ser en cierto sentido delicado como un poeta, y espíritu puro como un pensador. Pero para lo que sobreviene se precisan fuerzas físicas y una educación severa de otro tipo: saber vivir con poco, no necesitar demasiadas comodidades, poder dedicar parte del propio espíritu a esta autodisciplina.

Tomad por ejemplo a un niño sano y robusto, educadlo en esta forma de dominio de sí mismo. Al cabo de un par de años estará tan compenetrado de mi manera de pensar, que

[1] *No he encontrado referencia ninguna a la nota indicada en el texto. El traductor italiano señala que el texto precedente presenta una hoja arrancada, y hace alusión a las terribles cosas de su vida, a las que K. se refiere con frecuencia y que no podía confesar a Regina.* (N. DE LA T.)

no necesitará ni siquiera la décima parte del esfuerzo y de la diligencia en la reflexión, ni esa clase de dones que yo he poseído y que eran indispensables para desencadenar el primer ataque. Ése será el hombre que hace falta: endurecido, severo, y también suficientemente armado de dialéctica.

Pero la verdad es que, y me atrevo a decirlo, a mí me ha correspondido un trabajo de Hércules. Para llevarlo a cabo he contado con todas las presuposiciones, una fortuna considerable y una bendición; pero para lo que ha de sobrevenir no cuento con tantas disposiciones. Debería volver a ser niño; pero preferentemente no un niño viejo que carece de fuerzas físicas; debería tener más salud física y mucho menos fantasía y dialéctica.

Es penoso, le dije una vez al rey Cristián VIII, ser un genio en un pequeño país. Lo dije naturalmente, de tal manera que pareciera un cumplido para él. Le dije: "Majestad, vuestra única desdicha es que vuestra sabiduría y prudencia sean demasiado grandes y el país demasiado pequeño; es una desdicha ser un genio en una ciudad de provincia". A lo cual él me respondió: "Así será posible hacer mucho más por las personas". Era la primera vez que yo hablaba con él. Tuvo para mí muchas palabras de elogio y me invitó a que lo visitara. Repuse: "Majestad, no acostumbro a hacer visitas". "Pero no tendrá nada en contra si lo mando llamar", me contestó. A lo cual repliqué: "Soy un súbdito, y Vuestra Majestad sólo tiene que mandar, pero me permito por mi parte hacer algunas reservas". "¿Cuáles, por ejemplo?". "Que me sea permitido hablar a solas con vos". Estrechó mi mano y nos separamos. Durante el transcurso de la conversación, en un comienzo, hizo alusión a mis numerosas ideas y me dijo si no podría dejarle algunas. Le respondí que mi expresa intención había sido que toda mi labor fuera, entre otras cosas, útil para cualquier gobierno; pero el punto culminante era y sería siempre que yo permaneciera en calidad de simple desconocido, pues de otra manera se prestaría para una interpretación mezquina. Y ade-

más agregué: "Yo tengo el honor de servir a un poder más alto, con el cual he empeñado mi vida".

Cuando fuí introducido y dije mi nombre, me felicitó: "Me alegra particularmente verlo, he oído hablar muy bien de usted". (¡En la antesala me sentía lleno de temor y temblor, sin saber si traspondría el umbral de pie o cabeza abajo! Uno que aguardaba conmigo me preguntó si haría las tres inclinaciones de rigor cuando fuera introducido; le contesté que para mí se trataba de un asunto ridículo: un viejo cortesano habría resuelto el problema de antemano; yo no sabía si entraría caminando sobre mis pies o de cabeza). Pero una vez que hube entrado, me aproximé tanto al rey que éste instintivamente dió un paso atrás y yo pude así apoderarme de sus ojos en los cuales vi lo que deseaba ver. "Y yo, Majestad —repuse— siempre me he dicho a mí mismo: al final el hombre con quien te hallarás más a gusto será el rey; para que eso suceda, es preciso que tenga yo un rey lo bastante talentoso y que sepa mantenerse tan por lo alto que no se le ocurra mostrarse mezquino conmigo".

En conjunto, mis conversaciones con él merecerían ser transcriptas y referidas.

La segunda vez que hablé con Cristián VIII fué en Sorgenio en un pequeño país. Lo dije naturalmente, de tal matido, no tenía mucha importancia para mí, puesto que deseaba que fuera yo quien hablara.

Pero hablar con él era excitante; nunca he visto a un anciano tan vehemente, casi fuera de sí; más bien parecía una mujer. Poseía una especie de voluptuosidad por la cultura y las cosas del espíritu. De que esto pudiera resultarme peligroso, me dí cuenta al instante y por lo mismo me mantuve, con la mayor cautela posible, lejos de él. En presencia de un rey hallé inconveniente servirme de mi originalidad como pretexto para no acudir y por eso empleé otra táctica: dije ser de salud delicada. Cristián VIII poseía dotes brillantes, pero su excesiva inteligencia lo extraviaba, pues carecía de un fondo

ético adecuado y correspondiente. De haber vivido en un país meridional y caído en manos de algún astuto religioso, se habría convertido seguramente en su víctima. Ninguna mujer hubiera tenido poder alguno sobre él, ni siquiera la mejor dotada; para ello él era por una parte demasiado inteligente, y por otra poseía la superstición común a todos los hombres de creerse más inteligente que las mujeres. Un jesuíta sí que podría haber doblegado y manejado a su antojo a Cristián VIII; habría debido, sin embargo, saber administrar "lo interesante", pues de ello estaba en el fondo sediento. Amable y excepcionalmente fino, dotado de verdadera agudeza para todo lo que significara proporcionar placer y hacer felices a las gentes, eso sí que lo era sin duda alguna.

Entré, pues: "Hace mucho que no se le ve", me dijo. Respondí desde la puerta: "Vuestra Majestad me permitirá ante todo que me explique. Debo suplicar a Vuestra Majestad que crea que en mucho aprecio la gracia y el favor que Vuestra Majestad me dispensa; pero no me siento muy bien y por eso vengo tan rara vez; no puedo hacer antesala, la espera me fatiga". Me repuso que no era necesario que esperara y que de todos modos podía escribirle. Le agradecí. Luego comenzó la conversación que en parte mantuvimos recorriendo la estancia. Prefería él hablar de cosas del gobierno o encauzar la conversación hacia consideraciones generales acerca de cualquier tema político. Aquel día lo fué sobre el comunismo; era evidente que el asunto le inspiraba gran inquietud. Le expliqué que, según tenía entendido, el movimiento que amenazaba con desencadenarse no atacaría al rey. Habría luchas de clases, pero los partidos en litigio mantendrían siempre su interés por estar en buenas relaciones con el monarca. Los problemas de la antigüedad retornaban, y en cierto modo los reyes estaban aparte. Habría peleas, como en un edificio, entre el sótano y la planta baja y entre ésta y el primer piso, pero el propietario no sería molestado. Hablé luego de cómo se combate contra la "turba", mostrándose perfectamente tranquilo. Le dije que la "turba" es como una mujer contra la cual no se ha de combatir directamente, sino de manera indirecta, ayudándola a sa-

lirse de los carriles; y como ella carece de ideas, acabará siempre por perder; lo único que se requiere es mantenerse firmes. "Sí, así es como debe ser un monarca ante todo", afirmó. A lo cual no respondí nada, pero dije en cambio que la época necesitaba educación y que lo que en otros países sería causa de grandes violencias, no pasaría en Dinamarca de "gentiles bribonadas". Me hizo luego algunos elogios por esta feliz prueba de ingenio y aproveché la situación declarando: "Vuestra Majestad podrá juzgar mejor por el caso mío si lo que digo es verdad; pues en cuanto a mí todo se ha reducido a que he recibido una buena educación y por lo tanto, en el fondo, se lo debo a mi padre". Hablamos un poco de Guizot [1] y de un ataque que, precisamente en ese mismo momento, se desencadenaba en su contra. Le demostré la infamia de semejante falacia: los Estados modernos al fin y al cabo han convertido al escándalo en un personaje oficial del Estado y por lo tanto la táctica consistía en ignorarlo; pero un buen día podía ocurrir que un ataque similar haya de ser tomado en serio: "Pienso en Guizot. Habrá leído los cargos, y a lo sumo se habrá mirado al espejo para cerciorarse de que su risa y sus gestos eran los de costumbre; y luego, luego pretenden que la cosa sea seria. Si por el contrario, otro día tomara el ataque en serio, se vería embaucado como un gentilhombre campesino que ignora la vida de la ciudad".

(*Marg.*) Luego se distrajo hablando de Soröe [2]; me dió una especie de conferencia a propósito. Quiso conocer mi opinión. Le respondí que no me había formado una idea acerca de Soröe. Me preguntó si no me gustaría dictar una cátedra allí. Me constaba que aquella misma mañana había salido de pesca y por eso en mi respuesta tuve cuidado de deslizar una alusión. Le dije que los pescadores, además de sus propios sedales, cuentan a menudo con un pequeño sedal de reserva con el

[1] *Francisco Guizot (1787-1874): Político y escritor francés, discípulo espiritual de Montesquieu, filósofo de la historia. Es autor, entre otras obras, de una "Historia de la Civilización de Europa y Francia después de la caída del Imperio Romano".* (N. DE LA T.)

[2] *Soröe: pequeña ciudad danesa, donde funcionaba una Academia literaria superior, famosa en toda Dinamarca.* (N. DEL T. I.)

cual atrapan, algunas veces, a los mejores peces. . . — y yo era un pequeño sedal de ese tipo.

Entonces me agradeció el último libro que le llevara en mi visita anterior y que había hojeado. Según dijo era muy profundo, pero demasiado elevado para él. Repuse: "Vuestra Majestad no tiene tiempo, naturalmente, para leer libros y los que yo escribo no son tampoco apropiados para vos. Vuestra Majestad ha recibido en cambio hace poco tiempo la visita de los naturalistas; eso sí que satisface vuestro gusto por la belleza". Se mostró un tanto chocado, y dijo: "Sí, claro, pero también lo otro puede ser bueno".

Más de una vez había hecho ademán de retirarme con la excusa de que no quería retenerlo más tiempo. Una de ellas me repuso: "Sí, claro, a mí no me sobra el tiempo". A la tercera vez que repetí mis insinuaciones, le dije: "Vuestra Majestad juzgará si yo tengo tiempo suficiente, temía que Vuestra Majestad no dispusiese de más".

Luego me enteré por un hombre más práctico a quien conté la conversación que me había comportado como un simplón; que con una Majestad se requiere mostrarse cortés, con tales maneras uno acaba por ser descortés, puesto que es preciso esperar hasta que el rey con una inclinación dé la señal.

Por fin me retiré. Al despedirme dijo que tendría especial placer en volverme a ver. Luego hizo un ademán que yo recordaba de la vez pasada; quería estrecharme la mano, pero como aquel mismo hombre me había informado que la práctica imponía el besamanos cuando el rey nos tiende la suya, pues no podía decidirme a hacerlo, fingí no haber notado el gesto e hice una reverencia.

Entretanto me prometía a mí mismo visitarlo lo menos frecuentemente posible.

Mi tercera visita tuvo lugar en Sorgenfrie y le llevé un ejemplar de *Acciones del amor*. El pastor Ibsen me había dicho que una vez al rey se le había puesto en la cabeza que no lograba comprender mis libros y que nunca podría desechar esta idea. Yo había pensado lo mismo. Entré y le ofrecí el

libro. Lo hojeó superficialmente y observó la disposición de la primera parte: (Tú *debes* amar. Debes amar al *prójimo, tú* debes amar al prójimo) y al instante se sintió impresionado; era por cierto una mente clara. Entonces tomé el libro y le rogué que me permitiera leerle un pasaje: elegí en la primera parte, la pág. 150 ("El amor es un problema de conciencia"). Se conmovió. En general, era fácil conmoverlo.

Luego se acercó a la ventana y yo lo seguí. Empezó a hablar de su gobierno. Le dije que naturalmente podía informarle de ciertas cosas que de otro modo no lograría conocer, podría decirle la impresión que el rey causaba al hombre de la calle. "Pero, ¿debo hacerlo o no debo hacerlo? Si la respuesta es afirmativa hablaré sin pelos en la lengua". Repuso: "Diga lo que quiera". Entonces observé que se dejaba seducir por sus dotes personales; que a este respecto un rey se asemeja mucho a una mujer, quien ha de ocultar su talento para ser tan sólo una madre de familia; y él, sólo el rey. He pensado con suma frecuencia en la conducta que un rey debiera observar. Ante todo no estaría mal que fuera feo; luego habría de ser sordo y ciego o por lo menos fingir que lo es, pues esto simplifica muchas dificultades... Una salida de mi parte audaz e impertinente, que precisamente por haber sido dicha a un rey, adquiere un significado específico, y puede ser borrada del mejor modo con un: —¿Qué ha dicho, por favor? — indicando así que el rey no la ha oído. En fin un rey no debe hablar mucho, sino poseer una frase propia para ser empleada en su oportunidad y que no exprese nada. El rey, riendo, dijo: "Una descripción de un rey muy graciosa en verdad". Contesté: "Así es, pero hay algo más aún. El rey ha de cuidar, de vez en cuando, de hacerse pasar por enfermo; esa participación es siempre excitante". Me interrumpió entonces con una particular expresión de placer y de júbilo: "¡Ah! Ahora comprendo por qué dice que se siente indispuesto, quiere hacerse el interesante"

Sí, es muy cierto que en la conversación, se comportaba de veras como una mujer, por la facilidad con que se entusiasmaba. Luego le demostré que se había perjudicado a sí mismo con

las audiencias; concediendo demasiada familiaridad a Fulano y Mengano se había enajenado a funcionarios superiores que estaban descontentos de sus contactos a troche y moche con extraños; el rey habría de comprender por sí mismo que no es posible gobernar de tal manera que permita conversar con cada uno de los súbditos. No pensaba que cada uno de los que conversaban con él, lo comentaran luego agregando detalles por su cuenta. Cometía ahora el mismo error conmigo, aunque se tratase de una excepción, dado que obligado por mi religiosidad yo mantendría cada palabra en secreto (y en efecto no lo he comentado con nadie mientras vivió y después de su muerte con muy pocos y sólo en parte)[1]. Repuso que no creyese que sus eventuales condiciones fuesen únicamente las que lo habían extraviado, porque desde que subió al trono su opinión fué que "ser rey no podía ya constituir una posición de prestigio, pero que poco a poco había cambiado de opinión".

Le dije que parte de estas observaciones ya había tenido oportunidad de hacérselas, inmediatamente después de su ascensión al trono. Respondió: "¡Ah, es verdad!; fué cuando se celebró la asamblea general de los estudiantes en la cual usted actuó como presidente". Como se ve, tenía buena memoria. En ese mismo instante las puertas de una habitación contigua se abrieron de par en par para cerrarse inmediatamente. El rey fué hasta la puerta, diciendo: "Debe ser la reina. Tiene grandes deseos de verlo. Iré a buscarla". Al poco rato, llegó con la reina del brazo. Me incliné. Era al fin de cuentas una descortesía hacia la reina, pues en esa circunstancia ella no podía mostrarse con toda su pompa real, tenía un aspecto casi insignificante: ¿acaso podría ser de otro modo si una reina se ve obligada a presentarse así? (*Marg.*): El rey mostró a la reina el ejemplar del nuevo libro, a propósito del cual dije: "Vuestra Majestad me confunde, ya que no he traído conmigo un ejemplar para la reina". El rey replicó: "¡Ah, en cuanto a nosotros, un ejemplar puede bastar para los dos!".

La reina dijo que me conocía muy bien, que me había

[1] *Cristián VIII murió el 20 de enero de 1848.* (N. DE LA T.)

visto un vez mientras paseaba por los bastiones (cuando la evité dejando a Tryde solo y confundido); y agregó: "He leído algo de su *O lo uno o lo otro,* pero no logré entenderlo". Repuse: "Vuestra Majestad ha de ver que eso es una desventaja para mí". Pero la situación produjo un incidente aún más cómico. Cristián VIII había notado al instante el error de *O lo uno o lo otro,* y también yo, ¡caramba!, con asombro comprobé que la reina hablaba como las modistillas... El rey me clavó una mirada que yo esquivé. Cambiamos algunas palabras más, y luego el rey dijo a la reina: "¿Ha quedado sola Juliana?". Ella respondió que sí, y se despidió.

Nosotros proseguimos con nuestra conversación. El rey me preguntó si tenía intenciones de viajar. Repuse que a lo sumo haría un breve viaje a Berlín. "Imagino que allí tendrá quizá muchas relaciones interesantes". "No, Majestad, en Berlín vivo solitario por completo y trabajo con el mayor empeño". "¡Entonces podría llegarse hasta Smörum-Ovre! (y reía de su gracia)". "No, Majestad, que yo vaya a Smörum-Ovre o a Smörum-Novre [1] es lo mismo, el incógnito, un escondite que me proteja de 400.000 personas, no lo puedo encontrar". La respuesta era un tanto aguda y él me repuso: "Sí, es la pura verdad".

Luego me interrogó acerca de Schelling. Hice entonces algunas tentativas a fin de atraer su atención. Me preguntó cuál era la posición personal de Schelling en la corte, de cuáles consideraciones disfrutaba en la Universidad. Le dije que Schelling estaba como el reno en el foso, donde todo se vuelve agua estancada y que de ese modo, Schelling se empantana en su calidad de Excelencia de la Corte Prusiana. Luego hablé un poco acerca de las razones por las cuales la filosofía oficial había sido primero hegeliana, y que probablemente ahora había llegado el momento de Schelling.

Esta última visita fué un ejemplo de la fineza que Cristián VIII sabía mostrar con aquella forma de atención que se adaptaba a la calidad individual de las personas, con su

[1] Smörum-arriba y Smörum-abajo: *localidad rústica y aislada.* (N. DEL T. I.)

manera halagadora y muy atractiva de convertir a la audiencia en una visita familiar.

Después no he vuelto a conversar con el rey. Había decidido firmemente no volver a visitarlo sino rara vez, es decir, cuando debiera llevarle un libro; pero no me arrepiento de haberlo visitado; para mí será siempre un recuerdo muy querido. Si hubiese vivido más tiempo, creo que yo hubiese tenido algunos inconvenientes, porque en realidad no le gustaba mucho que alguien llevase una vida completamente privada: consideraba que competía al gobierno del rey prescribir a cada uno sus propias tareas. Por eso fuí a visitarlo sólo en la época en que buscaba un empleo cualquiera.

Mis contactos con él serán siempre un buen recuerdo para mí: mi actitud personal ha debido dejarle una impresión de energía perfecta, y yo siempre le vi como a la amabilidad y a la vivacidad en persona.

Por otra parte, en cierto sentido, debo a Cristián VIII algo que no es poco. Me refiero a la agradable y placentera impresión de la vida que él sabía infundir a los demás. Siempre he sentido demasiada indolencia para ponerme en contacto con lo temporal. Si mis visitas al rey hubieran adquirido un cariz desfavorable, habría acabado por volverme aún más indolente. Pero acaeció exactamente lo contrario. También en otro sentido esta relación me fué de provecho. Rodeado por la plebe y por la envidia tan mezquina, privado del socorro de la menor ilusión; dado que era y soy todavía un simple hombre privado y que me he transformado para la masa, a causa del despreciable ambiente que reina en Dinamarca y gracias a mis dotes eminentes, en un original, porque no estaban capacitados para comprenderme. . . : en este sentido ha sido un bien que la aristocracia envidiosa, quien desde bastidores ha azuzado en contra mía a la plebe, haya tenido su pequeño hueso que roer. Por lo mismo, mi existencia necesitaba de algún relieve, y con tal objeto de mucho me ha servido mi relación con el rey. Tal tarea me convenía en cierto sentido: ¡acercarme a un hombre con entera confianza, verme a solas con un monarca absoluto,

quien además era Cristián VIII...! Me dí cuenta, no obstante, fácilmente, que esta relación podía resultarme peligrosa; vi que Cristián VIII podía hallarse demasiado a gusto en mi compañía; y que por lo tanto habría de usar de la mayor cautela, como admitirá cualquiera que conozca la inclinación que por mí sentía. Pero, por otra parte, nuestras relaciones se mantenían tan en vilo que habría podido ponerla por obra en el momento en que así lo hubiera querido.

La inteligencia de Cristián VIII, tenía sin embargo un límite: supersticioso de su propia inteligencia, apenas se daba cuenta de que estaba frente a una eminente inteligencia se volvía fantasioso y veía espectros por todas partes. No era de nervios firmes, su vida había influído en su estructura espiritual, carecía de una conducta ética y en cuanto a la religión, apenas si la rozaba desde el punto de vista estético; y además era inteligente. Era obvio que su conformación no era sana, sino hecha a propósito para convertirlo (por supuesto que de la manera más placentera y atrayente) en víctima de la astucia. El hecho de que se sirviera con frecuencia de otras personas, en lugar de los personajes oficiales, era un error de su astucia. Pero un carácter vigoroso le inspiraba miedo. Si esa persona poseía una constitución fuerte, y se mostraba, por decirlo así, musculoso, la alejaba. Un carácter indómito, que supiese ocultarse tras de la ductilidad de la astucia y de la fantasía, ése era su límite. Un enigma similar no habría sabido resolverlo, y como obedeciendo a una ley de la naturaleza habría caído en su poder.

En resumen: debo declarar que Cristián VIII me ha enriquecido con numerosas experiencias psicológicas. Tal vez un psicólogo debiera de prestar atención a los reyes, especialmente a los reyes absolutistas; pues cuanto más libre sea un hombre y cuanto más ligado se sienta a las preocupaciones y a los reparos de lo temporal, tanto mejor podrá conocerlo.

Si fuese esencialmente un hombre de reflexión y me hallase en el caso de tener que actuar de una manera decisiva, ¿qué acaecería? Mi reflexión me mostraría otras tantas posibilidades en pro y en contra. ¿Qué significa eso? Significa que,

como todo hombre, debo prestar atención al hecho de que existe una Providencia, un gobierno del mundo, un Dios; debo reflexionar que mi reflexión y la de los otros, no es capaz de otra cosa sino de realizar que Dios existe y que corresponde pagar el derecho de peaje. ¿Y contra qué he chocado? *El absurdo*. ¿Y qué es el absurdo? El absurdo en este caso consiste en que yo, ser de razón, debo actuar en un caso en que mi razón y mi reflexión me dicen: —Puedes hacer una u otra cosa—; es decir que mi razón y mi reflexión me dicen: —Puedes no actuar—, mientras que yo "debo" actuar. Y el caso se repetirá cada vez que deba actuar de una manera decisiva, pues entonces me hallo sometido a la tensión de una pasión infinita cuya consecuencia es la desproporción entre acción y reflexión. Cuando actúo siguiendo la falsilla de la vida cotidiana, no tengo presente el secreto de la reflexión y supongo que actúo en virtud de la reflexión aunque nada sea menos posible, porque la reflexión representa precisamente el equilibrio de las posibilidades. El absurdo, o actuar en virtud del absurdo, es por lo tanto actuar según la fe, confiando en Dios. ¡Muy bien! Quedamos, pues, en que debo actuar, pero la reflexión me cierra el paso. Entonces elijo alguna de las posibilidades o me dirijo a Dios diciendo: —Así procedo yo, bendice ahora mi obra, ¡yo no puedo hacer de otro modo, porque mi reflexión me ha detenido!

Cualquier hombre es capaz de experimentar algo semejante, así esté dotado de poca o de mucha reflexión; porque la esencia de la reflexión es la misma, aunque su grado difiera según los individuos. Pero la razón por la cual tan rara vez se la experimenta, estriba en que muy rara vez un individuo se vuelve hacia su fuero íntimo. Cuando comienzan las dificultades, recurre para pedir consejo a los demás y éstos le enjaretan al instante una linda reflexión. Y así se sale del paso. La historia es muy sencilla. Tomemos a Fulano, quien en lugar de resistir y de actuar en virtud de Dios, se remite por ejemplo a Mengano. Supongamos que Fulano disponga de cinco porciones de reflexión, y Mengano, en cambio, de siete; la reflexión de Fulano, de haber resistido éste, con rigor, en su inte-

rioridad, le habría señalado justamente el equilibrio de las cinco posibilidades a favor y de las cinco en contra. En el otro caso recibe una posibilidad de Mengano, pero dado que esta posibilidad no pertenece a Fulano, éste naturalmente no posee la posibilidad en contra correspondiente (y Mengano, o no piensa en ella o se la calla): entonces Fulano actúa en virtud de aquélla y cree que actúa con reflexión. En cambio, sólo se trata de pura imaginación y de una ilusión.

Nada es más imposible ni más contradictorio que la acción (infinita-decisiva) en virtud de la reflexión. Quien dice que sabe cómo hacerlo se denuncia a sí mismo, demostrando que no posee aún capacidad alguna de reflexión (pues la reflexión que no disponga para cada posibilidad a favor de una en contra, no es reflexión, ya que ésta consiste en el dualismo), o bien demuestra que ignora qué es actuar.

Punto de vista en mi actividad como escritor no debe de ser publicado; ¡no y no!

1) Esto es lo decisivo (todo lo que he meditado acerca de riesgos para mi situación económica no tiene importancia): no puedo explicarlo por completo. Ya en el texto primitivo (que guardo en mi poder sin pensar en hacerlo imprimir) no he logrado poner de relieve el punto que es para mí esencial: que soy un penitente y que esto explica mi más profunda naturaleza. Sin embargo, cuando volví a tomar el manuscrito con intención de publicarlo, debí de corregirlo porque me dí cuenta de que ese aspecto estaba demasiado acentuado para poderlo publicar. Sólo si pudiera hablar e insinuar de un modo suficientemente fuerte (como acaece en mi fuero íntimo, cuando reflexiono por mi cuenta) la entidad de mi culpa y de mi pecado, sólo entonces podría y querría hablar de la extraordinaria misión que me ha sido confiada. De otra manera, es como si la considerara en vano.

2) No puedo decir que mi actividad como escritor haya sido un puro sacrificio. Es verdad, por cierto, que desde niño me he sentido indescriptiblemente desdichado, pero reconozco que el expediente empleado por Dios para hacerme convertir

en un escritor, ha sido para mí tanto más abundante en goces. De modo, pues, que es verdad que he sido sacrificado, pero mi actividad literaria no ha sido un sacrificio, porque constituía mi más ardiente anhelo.

Por consiguiente, no logro tampoco en esto mostrarme completamente sincero porque en un libro impreso no puedo hablar de mis penas ni de mis miserias, y entonces el goce será al final lo más evidente.

También ha habido de mi parte un poco de exaltación; por lo mismo, podría fácilmente engañarme acerca de la consistencia de mi propósito de preferir, llegado el caso, que me mataran antes de buscarme una ocupación más tranquila.

3) Si además alguna me vez me atribuyo la misión extraordinaria, aunque lo haga con la mayor reserva, esa situación se volverá entonces inmutable para mí. La vida se convertirá en un tormento, a cada momento, patéticamente, será considerada como algo extraordinario; ¡y adquiriré, así, una tremenda responsabilidad!

4) El hecho de que de tal modo no logre expresarme por entero a mí mismo, significa que soy esencialmente un poeta; y en este punto me corresponde detenerme...

En sí mismo el libro da en la tecla y a mi parecer es magistral. Pero sólo podrá ser publicado después de mi muerte, si acaso entonces se acentúa más el hecho de que soy un penitente, poniendo de relieve mi pecado y mi culpa, y se agrega una alusión a mi miseria íntima. Pero con la idea de la muerte es preciso ser cauto y no dar un paso pensando en que habré de morir dentro de algunos meses... ¡y luego tal vez alcance hasta los ochenta y dos años! No, el libro será revisado y encerrado en una gaveta, bien sellado y con esta inscripción: "Para ser abierto después de mi muerte..." [1]

Ha sido providencial que no publicara en este momento *Punto de vista en mi actividad como escritor*. ¡Endiablada impaciencia melancólica la mía! Según el orden del tiempo, ha

[1] *Fué publicado como obra póstuma por su hermano Pedro en 1859.* (N. de la T.)

sido escrito con posterioridad a toda mi producción intermedia, que ahora habría de ser publicada antes, si el libro fuera publicado durante mi vida...

La idea de dejar de escribir se me había metido en la cabeza desde el comienzo; he dicho a menudo que estaba vacante el puesto de un escritor que supiera dejar la pluma a tiempo. Pensé en abandonarlo todo con *O lo uno o lo otro*. Pero nunca estuve tan cerca de hacerlo como luego de publicar las *Disertaciones religiosas*. Había vendido la casa y obtenido dos mil táleros. Acariciaba entonces el proyecto de emplearlos en un viaje. Pero no soy bueno para viajar y probablemente me habría puesto a escribir como me acaece siempre, cada vez que viajo. De modo que me quedé en casa; tuve que padecer el tormento de la confusión de la época, luego perdí dinero con los títulos que había comprado, etc. Entretanto proseguí escribiendo, dando fin a lo que, sin estos sufrimientos y una cierta melancolía, no habría sido capaz de realizar, pues la idea de postergarlo se me hacía cada vez más familiar.

Ahora aparecerá la segunda edición de *O lo uno o lo otro* para la cual ha de servir de contrapeso el grupo de artículos: *Un ciclo de disertaciones éticorreligiosas* que corresponden a la nueva dirección a tomar. Lo concluído que quede así. Es oro puro, usado con gran prudencia.

El final del sermón de Lutero (sobre el cap. XIII de la 1ª Ep. a los *Corintios*) donde se afirma que la fe es más elevada que el amor, es sofístico. Lutero pretende siempre explicar al amor como simple amor al prójimo, casi como si no existiera también la obligación de amar a Dios. Lutero, en suma, ha sustituído el amor a Dios, con la fe, y llama luego al amor, amor al prójimo.

En verdad, puedo decir que he trabajado al servicio del "orden establecido".

Y aún cuando llegara a ser un reformador según la mayor capacidad para mí posible, quedaría siempre al servicio del "orden establecido": porque la turba es, y así la consi-

dero yo, el mal. Si debiera caer, si fuera necesario que cayera, me pronunciaría contra ella apoyando al gobierno con todas mis fuerzas.

El hecho de que ponga el dedo en la llaga de la mala costumbre de las prebendas, no significa que quiera privar a nadie de la suya, intimarlo y obligarlo a renunciar a ella. El punto en discusión (muy secundario, sin embargo) es una idea: la idea a cuya luz se considera a la propia prebenda. Si se admite que poseer alguna constituya una facilitación, un arreglo, y que no es posible tener el descaro de invertir la situación convirtiendo a la prebenda en cosa seria ...¡y tomando a Cristo y a los Apóstoles por visionarios!

Es verdad, pues, lo que dije a Cristián VIII, que me consideraba como un benemérito del "orden establecido". Pero es verdad también lo que añadí, es decir, que lo significativo residía en el hecho de que fuera yo un simple particular. Tal era el "despertar" que la época reclamaba y también el "orden establecido" necesitaba de esta rehabilitación en tiempos tan mezquinos, donde todo se explica con motivos mediocres: donde por un desplante un hábil servidor del Estado desmaya, porque se dice: —¡Oh! es un servidor; el Estado le paga.

Mi última palabra sobre Goldschmidt

Si me viera obligado a hablar diría lo siguiente: No tengo nada que reprocharle. Debo, en cambio, reprocharme el haberme causado daño a mí mismo por excesiva bondad y deferencia, el haber creído demasiado en él y el haber esperado que existiera en él algo de bueno y ocasionádole un daño al ponerlo a prueba, a fin de que la situación se aclarara definitivamente.

Todos lo consideraban como a un ser despreciable y ninguno de mis amigos lo frecuentaba. Quizá se equivocan, pensé. Decidió hacer carrera literaria y en esa circunstancia se dirigió a mí. Con lealtad y benevolencia hice todo lo posible por darle ánimos y para arrancarlo, tal vez, a la aberración y a la perdición del *Corsario*.

Me expuse a las críticas de muchos (así fué, y muchos me lo han dicho) que se maravillaban de que yo saludara o que fuera de paseo con un hombre semejante. Me expuse al peligro de que algunas camarillas de envidiosos propalaran la voz de que yo, a ocultas, toleraba la ironía de la plebe.

Había meditado la posibilidad de estrechar con él lazos más íntimos. Pero primero se imponía una prueba: la de ver si, con respecto al único a quien él admiraba, con respecto a lo que él mismo escribiera en el periódico, tenía valor suficiente (¡si le quedaba por lo menos una brizna de propia estimación!) para decir: —No, por caridad, yo no lo ataco —o si no—: Atacaré ese pequeño artículo que acaba de escribir. Pero por supuesto que no atacaré los libros ya publicados, que he admirado e inmortalizado y a los cuáles mucho debo.

No superó la prueba. Eso fué para mí, si así se le quiere llamar, el castigo por ser el único en cometer un error con Goldschmidt... por confiar demasiado en él, esperando que en el fondo tuviera algo de bueno.

Dice un proverbio oriental: "Quien primero elogia y luego desprecia, miente dos veces". Fué el lazo que le tendí; pero ha sido una exageración. ¡Ay de mí! Debí contentarme con la certidumbre que todos poseían de que era un ser despreciable.

Es verdad: el cristianismo ha de ser presentado de manera (y en esto consiste la "posibilidad del escándalo") que un hombre haya de ser loco para ingresar en él, si no lo impulsa la conciencia del pecado. Es preciso acabar con esas remilgadas charlas de que el cristianismo satisface las aspiraciones más profundas, etc. No; tan sólo "la lucha y la indigencia de una conciencia angustiada" pueden impulsarlo a uno a arriesgar la aventura del cristianismo. De otro modo, se acabará por hallar un motivo de escándalo.

El origen de las indulgencias y otras cosas por el estilo (no me refiero a su degeneración) fué, sin embargo, como todo en la Edad Media, un error infantil. Si se recitaba tantas y tantas veces determinada oración, se obtenían tantas y tantas

indulgencias. ¿Pero no hacía lo mismo mi padre conmigo, cuando era un niño? Una vez me prometió un tálero si le leía en alta voz un sermón de Mynster, y cuatro táleros si copiaba el sermón que oyera en la Iglesia. No acepté; recuerdo también que me mostré reticente porque quería ganarme de ese modo, conociendo mi debilidad por el dinero. Pero en realidad la equivocación no fué por entero de mi padre, sino mía, porque nunca fuí un niño de veras. Con un niño que no tiene mejor comprensión de las cosas, no está mal proceder de ese modo; se espera que poco a poco irá penetrando en la esfera de una idea más elevada de manera que al hacerse adulto, podrá aplicarse a ello más profundamente.

He aquí la mejor prueba de cuán profunda es la desmoralización de la época. Lo que en el pasado formaba la prédica penitenciaria de un juez (por consiguiente, éticamente, de carácter ético) se ha reducido a refinada astucia que divierte a la época con argumentos espirituales e interesantes..., contando los pecados de la época. Todos nos echamos a reír; y el narrador no es en absoluto mejor que los males que relata. ¡Qué horror!

¿Acaso tiene alguien más talento que Scribe para describir la bajeza de la época, la fuerza de la mentira, del egoísmo y de la mezquindad del mundo? Y estas comedias (¡es horrendo que lo sean!) son admiradas y gustadas por la época; y el mismo Scribe no es menos mediocre que el mundo que describe.

¡Abismo de perdición! En el fondo yace la desesperación. Proponerse hacer algo para detener esta desmoralización: querer salvarse a sí mismo por lo menos, sería considerado como ridícula locura. Dejemos pasar, se dicen todos, dejemos que ruede hasta el abismo... Y mientras nos hundimos cada vez más, divirtámonos la mar con estos pérfidos chistes.

"¡Amnistía general, dicen, amnistía para todos!" A nadie se le ocurre reprochar algo al otro. ¡Riamos, pues! Cuanto más locos, mejor. "No basta con ser unos miserables canallas, dicen, refinémonos con una cultura a base de chistes y de

hipocresía y con el virtuosismo de describirla dramáticamente".

¡De este modo oficia el mundo de juez! Por degenerada que sea nuestra época, nada la vuelve tanto como ello.

¡Llegaremos al extremo de suponer que el Juicio de Dios será también chistoso!

...Aunque de mi vida se tratara, no comprendo cómo sería posible (¡humanamente hablando!) consolar a un hombre por medio del cristianismo que lo vuelve (¡humanamente hablando!) más mísero, de lo que antes lo fuera...

Un hombre solo no es capaz de ayudar o de salvar a sus contemporáneos; sólo puede expresar que ellos van hacia el abismo.

¿Qué importan los peligros a los cuales podría exponerme? Ellos son mi elemento.

Pero existe un peligro, o mejor aún, existe algo que es contrario a la total estructura de mi personalidad, algo que la agita; verme obligado a hablar de mi interioridad, de mi relación con Dios.

Quisiera rogar que se me dispensara de este paso que entristecería mi espíritu. Estaba dispuesto y lo estoy aún, a exponerme a todo; pero eso es otra cosa; no se trata de polémica sino de confesarse.

Ésta es la causa de que la publicación de los últimos libros me haga sufrir tanto...

Con fe en Dios puedo luchar contra los hombres; estoy dispuesto a dejarme destrozar. Pero no puedo soportar que me compadezcan y que me consideren como a algo extraordinario; sería mi muerte. A pesar de mi propósito de no viajar, en tal caso, me vería obligado a alejarme, a irme al fin del mundo, posiblemente para no regresar jamás.

Job todo lo soportó; sólo cuando sus amigos acudieron para consolarle, perdió la paciencia. (*Job*, 6,1 y sig.)

Tan sólo una cosa ha de ponernos serios: el propio pecado. Para lo demás, vale el principio de que tomarlo a la ligera es posible y tanto mejor. Pero tomar a la ligera el propio pecado equivale a pecar de nuevo; lo cual demuestra que en eso consiste la seriedad.

Humanamente hablando, lo que contribuyó a que Cristo fuera muerto, es el hecho de que Él mantenía al pueblo en una tensión continua (v. *Juan* 10, 24). Humanamente hablando Él habría podido evitar al pueblo el deicidio, viviendo por ejemplo algunos años ocultamente, para luego mostrarse de nuevo. Claro que esto habría sido una falsedad de Su parte; pero el hecho de haber empleado un tiempo tan breve, en tanto que por otra parte el pueblo no tuvo casi un momento de descanso para respirar, fué lo que precipitó su fin...

"Universo", *Uni-versum* es una hermosa palabra para expresar que todo lo creado sirve a un solo señor, que se dirige solamente a Uno.

"Se adiestran ratones para destruir a los ratones"; así cada generación educa al o a los que deben anunciar en serio el cristianismo a ellos mismos. Cuanto más lo persigan y lo maltraten, más su ánimo volverá la espalda al mundo hasta el extremo de que sólo hallará refugio en Dios. Y solamente cuando un hombre se siente tan desdichado y vejado que su sufrimiento se troca en odio hacia la humanidad, solamente entonces el cristianismo empieza a existir para él...

Uno salta de la esfera ética a la estética cuando, al hablar de la muerte, dice que lo más cruel no es nuestra muerte o que debamos morir, sino la muerte de nuestros amigos. Error, puesto que lo único serio es que yo debo morir, y luego... ¡ser juzgado!

Al descuidar el aspecto ético del problema, se confunde el sentido de la muerte, y uno concluye en ese parloteo de que

si lo más cruel es perder a alguien o tener que morir nosotros mismos.

Si después de mi muerte se quisiera publicar mi *Diario*, podría ponérsele este título:

"Libro del juez"

¡Qué melancolía! Hasta ese asunto de mis pantalones, que tanta bulla ha armado, tiene una triste (¡casi simbólica!) conexión con la melancolía de mi vida. No es que tuvieran nada de raro, o que yo tuviese la intención de atraer las miradas sobre mi manera de vestir. Es muy sencillo. Si uno repara en la manera de vestir de las gentes, se verá que los viejos generalmente usan pantalones más cortos, en tanto que los jóvenes se preocupan más por andar atildados, especialmente de llevar pantalones elegantes. Los viejos piensan en la comodidad y no en el aspecto de las ropas.

Mi padre era un anciano: siempre lo conocí así. La desdicha fundamental de mi vida, es decir la que desde niño se me tomara por un viejo, era visible también en mi modo de vestir. Recuerdo cuánto me entristecía cuando era un chiquillo verme obligado a usar, también yo, aquellos pantalones cortos. Recuerdo además las pullas continuas de mi cuñado Cristián.

Luego me hice estudiante; pero nunca fuí joven, nunca tuve esa impresión juvenil de tener por delante una larga vida, (porque para mí literalmente nunca hubo más de medio año, ¡y esto apenas!), que estimula el deseo y el cuidado del aspecto exterior. Me consolé de otra manera. Mi espíritu se desarrollaba enormemente y no pensaba en cosas semejantes. Pero como con todas las cosas, yo me atenía a lo que fuera costumbre en casa de mi padre, almorzar y cenar a tales horas, etc., así acaeció con mis ropas. No cambié en absoluto mi manera de vestir, de modo que en verdad puedo decir que en el fondo se ataca a mi pobre padre, al atacar mi vestimenta. En medio de mi melancólica tristeza y de la exuberante ironía, comprendí a mi naturaleza involucrada en el

sufrimiento de haber sido viejo cuando contaba ocho años y de no haber sido nunca joven: dotado de eminentes dotes espirituales, me erguía irónicamente por encima de todo lo que se refiriera al lado animal de la vida. Pero que por eso habría de ser atacado por los periódicos y que millares de personas se sirvieran de ello como de un motivo para atacarme como carácter ¡eso no lo hubiera pensado jamás!

...Porque soy un genio de tal naturaleza que no puedo, sin más ni más, asumirlo todo personalmente sin introducirme demasiado en la casa de la Providencia.. Por otra parte, no soy religioso hasta el extremo de poder relacionarlo todo con Dios.

Por consiguiente, ni siquiera una palabra. Pero si llegado el caso debiera decirla, hela aquí:

Sufro indescriptiblemente cada vez que he comenzado a proponerme la publicación de algo similar sobre mí mismo o sobre mi carrera literaria.

Mi alma se inquieta; mi espíritu no encuentra ya en la pluma el reposo de antes; retengo con pasión tremenda cada palabra, la mastico horas enteras, durante el resto del día. Mi oración se vuelve malsana y distraída, porque cualquier futesa asume para mí una importancia exagerada cuando está en relación con este estado. En cambio, apenas dejo o me pongo a escribir otra cosa o aunque escriba acerca de ello pero sin idea de publicarlo, me tranquilizo al instante y mi espíritu se serena, como ahora que he escrito y voy a publicar: *Tres disertaciones religiosas.*

Es demasiado pretender que asuma de pronto esta enorme actividad como una idea única, aunque vea perfectamente que así es. No creo, sin embargo, que sea esta vanidad lo que me haya determinado. En su origen ha sido un pensamiento religioso: creí que fuera mi deber con respecto a Dios. Por lo mismo todo está listo ya con la inscripción: "Para después de mi muerte".

Personalmente no puedo publicarlo con mi nombre, no

puedo asumir la cosa. Por ejemplo: es verdad que me inicié "con una resolución religiosa", pero esto ha de ser comprendido de una manera diferente. *O lo uno o lo otro* y *Diario de un seductor,* especialmente, han sido escritos para "ella", para apartarla de mí. En general, el signo de mi genialidad es el siguiente: de mis asuntos personales la Providencia sabe extraer grandes consecuencias para el mundo. Pienso a propósito de esto en las palabras que escribió acerca de Sócrates un seudónimo [1]: "Mi vida entera era nada más que una ocupación personal consigo mismo y luego la Providencia se encarga de añadirle una importancia mundial." Tomemos otro ejemplo: polémico lo soy por naturaleza y el asunto del "Ente" lo he comprendido hace ya mucho tiempo. Pero cuando escribí por primera vez (en *Dos disertaciones edificantes*) [2] acerca del tema, yo pensaba sobre todo en *mi* lector: porque el libro contenía una pequeña señal para "ella"; entonces era absolutamente cierto que yo no buscaba más que a un simple lector. Luego acabé por asumir esa idea, poco a poco. Pero otra vez aquí la parte que ha desempeñado la Providencia ha sido infinita.

Las demás obras pueden publicarse. Pero acerca de mí mismo ni siquiera una sola palabra.

Luego debo viajar.

¡Ojalá pudiera decir, así como lo comprendo en mi fuero íntimo: "Yo soy un penitente". Lo era, y por eso no he buscado un empleo y he roto mi noviazgo; lo era, y por eso me expuse a la plebe, juzgando que ésa era una misión para un penitente; lo era, y por eso no me he escabullido: porque hago penitencia.

Y, no obstante, me ha sido concedida la cosa más extraor-

1 *Se refiere a Johannes Climacus en el* Tratado acientífico conclusivo.

2 *Publicadas conjuntamente con* O lo uno o lo otro. *En el prefacio, K. se dirige a "mi lector, a ese ente hacia el cual tiendo casi los brazos", quien ciertamente es Regina. Sabido es que Regina seguía con vivo interés la producción literaria de K. y en particular la de carácter edificante.* (NOTAS DEL T. I.)

dinaria. Pues ésa es justamente la dialéctica de lo extraordinario: cuanto más bajo... tanto más alto. Pero hablar de esas cosas, no puedo, ni del hecho de que sea yo un penitente y, por consiguiente, de lo otro.

¡Ay de mí! Y tal vez en mi más íntima comprensión hay mucha melancolía.

Soy un poeta...; debo viajar.

NB

¡Cuán extrañamente pueden mezclarse la melancolía y la religiosidad! ¡Y cuán peligroso es que uno posea fuerzas enormes, como las que a mí me han sido concedidas!... ¡y además un ambiente tan reducido como éste en el cual yo vivo!

He considerado, no obstante, la posibilidad de dar un paso más y de marcar sistemáticamente la ruta, paso por paso, con la perspectiva de que pudieran asesinarme...

Es verdad que el cristianismo habría necesitado un despertar semejante; no lo dudo en lo más mínimo; más aún, estoy absolutamente seguro y persuadido de que la empresa hubiera triunfado. Humanamente hablando, habría sido lo máximo que podía obtenerse de mi vida.

Pero surge aquí el lado melancólico y falso: para mí lo importante era caer. Según mis cálculos poseía un patrimonio suficiente para resistir algunos años más, y la catástrofe del 48 ayudó de un modo extraordinario a este fin: así me habría evitado todo problema económico... [1]

[1] *K. se mostró muy hábil en la administración de su patrimonio. Atendió personalmente a sus intereses y supo también cuidar y exigir sus derechos de autor. Empleó el dinero que como herencia le correspondió, en acciones y actividades lucrativas. Por otra parte, no era un asceta ni llevó nunca una vida de privaciones. Le gustaban las comodidades y se las proporcionaba. Fué generoso con sus sobrinos, pródigo con los servidores, gastaba mucho dinero en café, cigarros y vinos finos y paseos. No llegó a conocer la indigencia. El día que sufrió el ataque que lo abatió, acababa de retirar del Banco el último depósito. Véase:* Kierkegaard og Pengene (K. y el dinero), *Copenhague, 1935, por Fritjov Brand y Else Rammel.* (N. DE LA T.)

En mi defensa debo decir que lo que vuelve tan difícil mi relación con una pequeñez como Copenhague (por supuesto que en el caso de que haya de convertirme en un hombre público), es que yo no pueda estar sin tener conmigo a la idea... A ninguno de mis contemporáneos se le ocurrió que mi vida podría adquirir el cariz que ha adquirido; y quizá hasta podría concluir en el martirio. Soy yo quien dirige astutamente la intriga, mi táctica exige que mis contemporáneos no deban de abrir los ojos, abrirlos por sí mismos, antes de que el hecho se haya producido...

Y así he trazado el último panorama de mi vida. Cambio de ruta ahora, permanezco fiel a mí mismo dentro de mi constitución originaria: al fin de cuentas, soy esencialmente un poeta y por la fuerza habré de dejar de escribir cuando no tenga medios de vida.

Por lo tanto, me alejo. Las cosas cambian ahora; ya no estoy en condiciones de ser yo mismo el ser que expongo.

Pero jamás podré agradecer suficientemente a la Providencia, por lo que ella me ha concedido y por la forma en que me ayuda. Deberé por cierto arrepentirme de haber pensado seriamente en dar aquel paso, el de hacerme matar. Pero en parte no pasó de pensamiento, y por otra parte yo he resistido (o Dios me ha ayudado a resistir) apenas me dí cuenta de adónde me llevaba, y apenas sentí que mi genio se rebelaba. Y el infinito amor, que es la Providencia, me ha dado también ese tesoro precioso, esa cosa más profunda que he considerado como un don del cual puedo disponer *poéticamente* y aun sacar mucho provecho, es decir, el don de comunicarlo *poéticamente* en la debida manera.

¿Cómo podré nunca dar gracias suficientemente a Dios?...

En lo referente a mis relaciones con R. Nielsen, lo comprendo ahora todo muy fácilmente. Donde he de cambiar de ruta, siempre necesito a un hombre. Se convierte él para mí, pero en un grado mucho menor, en lo que una vez fué la pequeña [1]. No debe, sin embargo, lamentarse de haber man-

[1] *Regina.* (N. DE LA T.)

tenido relaciones conmigo porque se ha visto abundantemente favorecido. En mi pensamiento, y mucho menos en los secretos motivos de mi especulación, jamás lo he iniciado. Lo mantuve tan sólo a mi lado, ¡pues en el caso de verme obligado a actuar de veras, habría sido el único de quien podría servirme!; y si acaso me hubiera existencialmente encaminado por la senda del martirio, se habría convertido en el discípulo. La diferencia entre él y ella es, con mucho, esencial. ¡Ay de mí!, pues a "ella" la he engañado de un modo particular, no habiéndome comprendido a mí mismo al comienzo. En resumen, aquella vez la Providencia me atrapó. Si no hubiera pedido su mano y, con mi certeza de dominar el asunto, me hubiera asegurado su relación a la distancia (así, por ejemplo, diciéndole que en el caso de casarme, me uniría a ella) y luego hubiera empezado a reflexionar profundamente sobre la conveniencia de casarme, todo habría sido más fácil, pues el resultado conduciría a que no debía de casarme. Pero la Providencia me atrapó entonces y hube de sufrir tremendamente porque Dios tomaba parte en el problema en el más riguroso de los sentidos, y entre Ella y yo existía una obligación moral. A mi relación con Nielsen la hice elástica desde el principio, todo lo posible, y por cierto que lo he favorecido enriqueciéndolo con un buen caudal de conocimientos. Con "Ella", como ya lo he dicho, las cosas fueron diferentes. Pero, por cierto que ha sido un bien para mí, aún en el sentido de que de otra manera le habría causado al fin más daño asegurándomela a la distancia; no le habría proporcionado la satisfacción de saber que me han tomado por un canalla por no haberme casado con ella. En resumen, soy su deudor de un modo inefable. Ella me ha conmovido. Duro de sentimientos como era, aunque tierno en lo íntimo, tenía que ser una mujer quien me hiriera tan profundamente, porque la mujer combate con sus propias armas, con súplicas y lágrimas. Y esta batalla ha de ser mi certera derrota. Por esto, desde entonces, lucho siempre a fin de excitar al adversario de modo que no recurra a súplicas, ni a lágrimas, ni a mencionar el nombre de Dios, porque entonces estaría perdido.

25 de abril.

¡Dios sea loado! Ahora me comprendo. Fué un bien que el año pasado no me dedicara a viajar: tal vez el viaje me habría disipado o impulsado a escribir algo fuera de lugar; y además las penas que he padecido el año pasado, a pesar de que fueran tremendas, me han sido de inefable provecho...

En general, primero sobreviene el héroe, o más bien el carácter ético, luego el poeta; yo quería ser ambos a la vez. En tanto que necesitaba de la quietud del "poeta" y del despego de la vida y de la calma propia del pensador, quería al mismo tiempo estar en medio de la realidad, y en la creación poética y en la reflexión metafísica a un mismo tiempo. Mártir de mí mismo, como siempre lo he sido, en mi melancolía había, no sin orgullo, escogido estas tareas para atormentarme. Dios acudió en mi ayuda y, como de costumbre, más allá de toda medida...

Ahora todo está en orden. Me corresponde retroceder un paso en lo relativo a ser yo mismo el que he descripto, y así, mío será el objetivo. Insistiré con mayor fuerza en la cristiandad. Seré el amante infeliz, pues no puedo *ser* yo mismo el cristiano ideal: por eso he de ser el poeta. Jamás olvidaré esta humillación, y por lo mismo seré distinto a los habituales predicadores que confunden el charlar acerca de algo con el serlo en realidad. Así como, a pesar de no estar casado, me he convertido en el más entusiasta propugnador del matrimonio, así también, en un sentido algo similar, acaecerá con la segunda tarea. Porque no he tenido la fuerza necesaria para dejarme matar por la verdad (tampoco mis disposiciones naturales estaban hechas para ese fin) me convertiré en un poeta y en un pensador: he nacido para ello, pero en lo relativo al cristianismo y al ideal de ser cristiano. Puedo tal vez hacer cualquier sacrificio en las pequeñeces, pero esencialmente me remito a testimoniar la verdad humildemente, es decir, confesando que en el más riguroso de los sentidos no soy un testimonio de la verdad. Esta confesión es para mí la verdad pura, pero el hecho de que sea la verdad produce en mí un dolor

que precisamente señala la situación del poeta con respecto a la obra, cuando es al mismo tiempo la obra de un pensador.

He ido muy lejos, mucho más allá del poeta. Fué necesario para hallar el objetivo: es decir, el cristianismo, el ideal de ser cristiano.

Así como en el canto de un poeta resuena un suspiro de su amor infortunado, así en todo mi entusiasta discurrir sobre el ideal cristiano, resuena el suspiro: ¡Ay de mí!, yo no lo soy; sólo soy un poeta y un pensador cristiano.

El movimiento del mundo o, si mejor place, el conflicto entre ambas concepciones en lo relativo a mi actividad de escritor, se plantea entre estos dos polos: lo interesante o la simplicidad. El gusto de la época se ha perdido dentro de lo interesante; era preciso, pues, encaminarse a la simplicidad.

Para ello yo estaba eminentemente provisto de lo interesante (que el tiempo anhelaba). Será difícil, más bien imposible, que ningún escritor pueda disputarme en Dinamarca la palma dentro del género de lo interesante.

Si hubiera traicionado a mi tarea, me habría convertido en el héroe y en el ídolo del "momento"; porque habría abandonado el movimiento hacia la simplicidad y encauzado mis fuerzas hacia lo interesante y hacia el "momento"; esto demuestra que me mantuve fiel a mi tarea.

¡Dios sea loado; Él todo lo logra!

No hay en esto mérito alguno de mi parte; soy, en parte, un genio que a menudo se ha comprendido a sí mismo sólo después de haber llevado a cabo la acción más justa; y en parte me he sentido al servicio de un poder más alto, ya sea debido a mi melancolía originaria o a un penoso aguijón en la carne, ya sea debido a que era nada más que un penitente.

Mi desdicha, humanamente hablando, ha sido simplemente la de haber sido un genio, la de haber sido educado severamente en el cristianismo, la de haber poseído medios suficientes para vivir.

Sin lo primero, no habría comenzado con un impulso tan

gigantesco, sino al menudeo, y me habría embadurnado con los miramientos; sin lo segundo, no habría tenido la idea de sufrir, que me decidió a actuar contra toda prudencia. Sin lo tercero, no habría sido capaz de alcanzar la situación requerida. Las tres cosas, de las cuales las dos primeras especialmente son bienes reales, han constituído mi desdicha; porque para los hombres la verdad y el temor a Dios no son más que orgullo y vanidad.

Si prescindiendo de la relación con Dios, alguien me preguntara cómo he podido convertirme en el escritor que soy, le respondería: "Se lo debo a un anciano por quien siento el mayor reconocimiento, y a una jovencita por quien me siento aún más obligado". Por eso también, me parece que mi naturaleza es el producto de una síntesis de vejez y de juventud, de rigor invernal y de dulzura estival... El primero me educó con su noble sabiduría, la otra con su amable imprudencia.

¡Vaya a saber si no me he mostrado demasiado quisquilloso al no admitir ni siquiera a un secuaz! Pues, a pesar de que si efectivamente muriese ahora o si debiera ser sacrificado por mi idea, evitando de este modo la dificultad de los secuaces, podría llegar a tener alguno en otra generación, a menos que todo no concluya como una pompa de jabón. ¿Y puedo pretender, entonces, padecer o soportar el fastidio de los secuaces, quienes siempre, más o menos, traicionan a la idea?

Es como si en la idea sólo me hubiese amado a mí mismo; de manera que mi vida expresase la idea, sin pensar en que para que la verdad —o algo verdadero— haya de penetrar en el mundo, debe ser comunicada a los demás, y soportar por lo mismo que se vuelva menos verdadera, que todos los que la posean de segunda mano la atenúen o la rebajen. ¿Pero no será preciso amarlos tanto que deba uno decirla explícitamente?...

En las relaciones entre el pecador y Cristo acaece lo mismo que en el amor de la mujer por el hombre. La primera

etapa es dolor y padecimiento; pues la mujer no se ha entregado aún, permanece apegada al yo y por lo mismo, se estremece al pensar en la superioridad masculina...

La reflexión es para la mujer casi siempre excesiva y, por ende, muy peligrosa; porque a fuerza de reflexionar, la mujer, si ha vencido en tal punto o si ha sido derrotada, no podrá menos de detenerse en la consideración de que ha vencido... y entonces tropezará.

El hombre es de carácter más esencial. El carácter no consiste tanto en vencer, sino en resistir después de la derrota, en mantener el carácter. La psiquis femenina es capaz de resistir durante algún tiempo contando con el posible descanso en la victoria. Y precisamente este momento constituye el peligro. Carácter en el fondo, es continuidad.

La Edad Media se equivocaba al suponer que fuera un sacrilegio el matrimonio para un sacerdote. Luego sobrevino Lutero... que se casó. Ahora hemos progresado tanto que se considera pecado que un pastor no se case; no es lícito ser pastor si no se está casado; los feligreses no podrán confiar en él si no está casado; y lo dicen claramente, con el mismo sentido con que se dice de un médico: "que las familias prefieren a los casados", porque temen que los solteros sean unos disolutos.

En la Edad Media, pues, el celibato correspondía a la santidad (en abstracto, sin parar mientes en que podían existir algunos disolutos). Ahora, en cambio, el soltero es sospechado, y la esposa y la hija no están seguras en sus manos.

¡Cómo ha progresado el mundo en el terreno de la espiritualidad! En la Edad Media se confiaba más en un célibe, considerando su estado como garantía (silogismo del espíritu). Ahora se confía mejor en un casado, y por el hecho de serlo se supone que ofrece garantías contra la seducción de la mujer o de la hija (silogismo de la carne).

¡Cuán penoso es! He dicho con frecuencia de mí mismo que a semejanza de la Princesa de las *Mil y una noches,* he

salvado mi vida con los relatos, es decir, escribiendo. La pluma ha sido mi vida. Una melancolía inmensa, padecimientos interiores de naturaleza patética; todo podía dominarlo con tal de que me fuera permitido escribir. Entonces el mundo se enfureció conmigo. Malos tratos que habrían vuelto estéril a otro, me hicieron en cambio más fecundo; todo lo olvidaba entonces. Nada tenía poder sobre mí, con tal de que se me permitiera escribir.

¡Pero cuánto me hizo sufrir esto! Mi melancolía resurge, mis penas íntimas adquieren nuevo vigor. Los malos tratos y la resistencia del mundo se me hacen insoportables. En resumen, me falta aquello que habría podido vencerlo a todo, me falta mi actividad literaria. Al final, para aliviarme un poco, debo permitirme escribir alguna nadería. Pero no acertaré a hacerlo, porque no me atrevo a comenzar una obra de grandes proporciones y así el calmante no surte ningún efecto. El verdadero calmante consistía en tener el móvil perpetuo de una actividad constante.

...Hay algo de verdad en el dicho de que al final las mujeres poseen más espíritu de sacrificio, porque ellas viven más silenciosas y apartadas, y por lo tanto, más cerca de la idealidad. Ellas no confunden tan fácilmente el precio del mercado con el criterio justo, como hace el hombre en cuanto empieza a actuar en la vida. Lo que las salva (por esto mismo es frecuente hallar en las mujeres rastros y manifestaciones de individualidad y del coraje necesario para anclar en un pensamiento individual), es ese desapego por la vida que durante cierto período les es concedido. Un régimen de vida más callada hace que algunas veces sean más ellas mismas que los hombres, cuya interioridad desde la infancia se ve comprimida por el tener que ser "como los demás". Y ya en la juventud, para no hablar de la edad adulta, están completamente echados a perder por el hecho de conocer y entender a las cosas prácticas y reales. La ruina consiste precisamente en este conocimiento. ¡Si se educara a las jóvenes del mismo modo, pobre género humano!

También la emancipación de la mujer, que tiende a una educación semejante, es una invención diabólica.

Fué el "espíritu del Mal" quien condujo a Cristo a la soledad para tentarlo. De esto se podría deducir que siempre es el espíritu del mal quien empuja a un hombre a la soledad. Algo de verdad hay en ello, pero es al mismo tiempo el camino para una verdadera relación con Dios... En la soledad se encuentra lo Absoluto, y también el peligro absoluto. En la sociedad, la relatividad y el peligro relativo; pero también —¡atención!— el peligro más que relativo de no alcanzar lo Absoluto, de no descubrir la existencia, de que la propia vida no esté jamás determinada en este sentido, aunque uno esté muy lejos de serlo. Para un hombre es una presunción fantástica la de pretender ser lo Absoluto; pero la verdad está en comprender que ésa es la medida con la cual ha de medirse y para propia humillación e incitación; porque si bien es humillante descubrir cuán alejados estamos de ello, ha de estimularnos también para que tendamos hacia Él.

Es muy fácil sucumbir a la tentación de dedicarse a reformar y a despertar al mundo entero, en lugar de reformarse a sí mismo; una aberración de los entusiastas y exuberantes de fantasía.

También yo he sentido la inclinación a obligarme, casi de una manera demoníaca, a ser más fuerte de lo que en realidad soy. Así como a los hombres sanguíneos se les exige que se odien a sí mismos, así también se me exige que deba amarme a mí mismo y prohibirme aquello que melancólicamente pueda representar casi un placer, el odio melancólico de mí mismo.

Tengo el defecto de acompañarme mientras estoy poetizando; de exigirme casi desesperadamente la acción como si estuviera dispuesto para ella. Por eso mismo necesito humildad. Me humillé una vez cuando debí romper el noviazgo: acto ante el cual mi orgullo se rebelaba.

De se ipso

Al final sucederá algo tal vez diferente de lo que en un principio pensara.

Cuando comencé mi carrera literaria con *O lo uno o lo otro,* poseía, según creo, una impresión mucho más profunda, que la de cualquier pastor del país, acerca del *terror* que infunde el cristianismo; estaba animado de un temor y temblor como nadie lo ha estado tal vez. No por eso quería apartarme del cristianismo. No, mi explicación fué otra. Por una parte, había aprendido hacía ya mucho tiempo que existen hombres destinados a sufrir; y por otra parte tenía conciencia de haber pecado mucho; por eso pensaba que el cristianismo debía serme enseñado por este terror. Pero, ¡qué crueldad y qué falsía de tu parte, pensaba, si quisieras con esto aterrorizar y turbar quizá demasiado, a muchas felices y amables existencias, de quienes se podría tal vez decir que poseen verdaderamente la persuasión de ser cristianas! Era completamente ajeno a mi naturaleza, el pensamiento de proponerme asustar a los demás; en cambio, ya sea por melancolía o tal vez por un poco de orgullo, hallaba mi gozo en consolar a los otros, en mostrarme con ellos como la dulzura personificada, ocultando mis terrores en el arcano más profundo.

Mi intención fué dar una señal a mis contemporáneos bajo una forma humorística (para aparecer frívolo), a fin de ver si ellos comprendían que se requería una presión mayor; a mi grave carga me proponía reservármela, como a mi cruz. He desaprobado a menudo que un verdadero pecador se dedicara a asustar a los demás. Ése es el significado del *Tratado conclusivo.*

Entonces vi con terror lo que significa un "Estado cristiano" (lo vi especialmente en 1848); vi cómo aquellos a quienes incumbía gobernar, tanto en la Iglesia como en el Estado, se ocultaban cobardemente, mientras el hampa se alzaba con insolencia; y experimenté cómo se paga una aspiración de puro desinterés y de verdadero temor a Dios (y tal era mi actividad literaria) . . . ¡en un Estado cristiano!

Con lo cual mi destino quedó decidido. Ahora depende de los contemporáneos la cotización del precio de ser cristianos; ¡hasta qué extremo han de querer que sea terrible! A mí —estaba a punto de decir desgraciadamente— me serán concedidas con certeza fuerzas suficientes para ello: lo digo sin orgullo. Estaba y estoy más que dispuesto ahora a suplicar a Dios que me libre de esta espantosa tarea. Además, yo también soy un hombre, también a mí me gustaría una vida feliz en esta tierra. Pero si ha de haber cristiandad, si ha de existir un Estado cristiano —como ahora se ven por todas partes en Europa— pretendo, comenzando por Dinamarca, cotizar el precio de ser cristianos de modo que todo ese revoltillo de conceptos (Iglesia del Estado, funcionarios, prebendas...) vuele por los aires.

No me atrevo a actuar de otra manera porque soy un penitente al cual Dios todo puede exigir. Hasta mi condición seudónima depende del hecho de que sea un penitente. La persecución no dejará de arrojárseme encima; en cuanto a los honores y a la reputación, que por otro lado podrían incumbirme en parte, estoy bien asegurado.

Estoy ya tan acostumbrado a soportar la traición y la ingratitud del pequeño país, la envidia de los aristócratas y el escarnio de la plebe, que tal vez —a falta de algo mejor— nadie sea más apropiado que yo para predicar el cristianismo. Que el obispo Mynster guarde para sí el manto de terciopelo y el ornamento de la cruz pectoral.

Sobre "Ella"

En lo que a "Ella" se refiere, siempre estoy, y de ser posible de un modo más ardiente, pronto y dispuesto para hacer todo aquello que podría animarla y alegrarla. Pero temo a su apasionamiento. Soy la garantía de su matrimonio. Si se enterara de lo que pienso acerca de ella, quizá su matrimonio la disgustaría de pronto. ¡Ay, demasiado bien la conozco! Una de dos: o ella es la misma de siempre, y entonces

resultaría en extremo peligroso; o ha cambiado tanto que no le importaría nada si tratase de acercarme.

El domingo siguiente a la muerte del padre estaba ella (en la iglesia del Espíritu Santo) con toda la familia. Yo también estaba. Contra lo habitual, inmediatamente después del sermón ella salió en lugar de quedarse para el canto del himno. Yo, en cambio, desde tiempos inmemoriales tengo la costumbre de salir de inmediato. Ella iba acompañada por Schlegel. La tentativa le salió bien: estábamos a punto de encontrarnos, cuando descendía yo de la galería. Tal vez esperaba que la saludara. Fingí no verla. Aunque lo hubiera querido, una razón completamente fortuita me habría impedido, por lo demás, aproximarme a ella en ese momento.

Quizá ha sido un bien que haya tenido en estos días el lío con la imprenta; pues me habría decidido a dar el paso contrario a lo que hasta ahora he entendido que debo hacer: sólo con su padre habría podido explicarme. Tal vez ella piense lo contrario; tal vez piensa que fué él precisamente quien impidió que nos acercáramos de nuevo.

Dios sabe cuánto necesitaría ser bueno para con ella; pero no me atrevo. Y de muchos modos parece más bien que una Providencia quiere casi impedirlo, quizá en previsión de las consecuencias. . ., porque ha sido por una circunstancia fortuita por lo que no pude hablar con ella. A la vez siguiente, cuando predicaba Kolthoff, yo me hallaba en la iglesia del Espíritu Santo, pero "ella" no estaba.

Sócrates amaba a los adolescentes. ¿Por qué? Porque en ellos hay un soplo del infinito, y esto era lo que él quería que se conservara.

Tomad en cambio a Mynster. En verdad, él no ama a los jóvenes; sino a los hombres ya desmoralizados, que convierten a sus objetivos temporales en la seriedad de la vida; a éstos no es difícil enseñorearlos.

Contra "el aguijón en la carne" uno debe luchar cediendo, no mostrándose recalcitrante. (Pablo probablemente re-

sistió con tanta fuerza que le quedó clavado el aguijón en la carne [*Hechos,* 9, 5]); contra el pecado, en cambio, uno debe luchar con todas sus fuerzas.

Por eso una de las colisiones más tremendas es decidir si se trata de un aguijón en la carne o de un pecado.

A veces, en ciertos momentos de depresión, se me ha ocurrido pensar en que Cristo no fué nunca tentado por el padecimiento de la enfermedad, y menos aún del tipo más penoso entre todos, cuando el cuerpo y la psiquis están recíprocamente afectados, de manera que en este sentido la Vida del Modelo habría sido más fácil. Pero entonces me digo a mí mismo: "¿Crees que si fueses completamente sano alcanzarías la perfección fácilmente o más fácilmente? ¡Oh, todo lo contrario! Te abandonarías entonces con suma facilidad a tus pasiones; y si no a otras, ciertamente al orgullo, y a un sentimiento aumentado de ti mismo y a cosas similares". Así los sufrimientos —aunque sean un peso— son un peso útil, como los tutores que se usan en ortopedia.

En general, ningún hombre puede llevar una verdadera vida espiritual si goza de una perfecta salud corporal y psíquica, porque el bienestar inmediato lo domina. La vida del espíritu en cierta forma representa una muerte para lo inmediato. El sufrimiento sirve de ayuda. Cuando uno debe sufrir a diario, cuando se es tan frágil que la idea de la muerte está sin más ni más y al instante, al alcance de la mano: entonces uno logra también persuadirse, de veras, que tiene necesidad de Dios.

La salud física y el bienestar inmediato son un peligro mucho mayor que las riquezas, que el poder y la reputación...

Acerca de su perdón

..."Su" perdón no puede hacer más fácil mi vida, puesto que al fin de cuentas no fué ella quien se ligó a mí, sino yo quien se ligó a ella. La herida que recibí de su mano, guiada,

eso sí, por la mía, era y había de convertirse en una herida religiosa: el vínculo que une es la relación con Dios.

Si, en cambio, debiera proseguir con el engaño hasta el último extremo y aparecer de improviso como un canalla arrepentido, la engañaría y su perdón sería una ficción.

Amorosa como es, seguramente descansa ahora en su matrimonio. Ella lo entiende así. Yo era un hombre de condiciones extraordinarias y en cierta forma demasiado elevado para ella. Pero luego no fuí ni siquiera fiel, aspiraba a un fin audaz. . . y ella habría debido sucumbir. "Sin embargo, me ha amado —se dice ella a sí misma— y yo lo perdonaré; mejor aún, rogaré a Dios por él". Lógica respuesta para una mujer. Lo que la mantiene por encima de mí es precisamente que ella sea la piadosa, que ella haya sido mejor que yo. Si con mis explicaciones consigo demostrarle dónde está la piedad, tal vez se trastornaría.

Está claro que yo me remito a Dios. Pero es preciso que renuncie a toda autotortura. Que al final, en esto consiste el haber pretendido hasta la desesperación que ella lograra comprenderme. Pero tal vez Dios no lo quiere así; me mantiene unido a Él por medio de un malentendido, y en sus manos me siento tan débil, porque a cada instante (cuando la fe flaquea) surge la preocupación por hacer algo, a fin de que ella me comprenda. Cuando con fe cierro los ojos y me estoy callandito, me siento tranquilo; apenas dejo de hacerlo, el malentendido me atormenta porque en lo que a ella se refiere, tengo en mi contra a todo lo inmediato y a todas las apariencias exteriores.

Si ella me pidiera ahora una explicación, le diría simplemente: "¡Hay un punto, del cual no puedo hablar, y tú debes perdonarme por ello!" Además, diría así la verdad, y supongo que un cierto grado de comprensión la complacería. Podría verdaderamente decirle que la amaba, que ha sido la única criatura a quien he amado cada vez más, que la amaba cuando la abandoné y que no amaré jamás a ninguna otra. Luego tendría que suplicarle, con respecto a cierto punto, que me creyera. Si ella posee suficiente feminidad, la explicación será

más o menos definitiva. Si, en cambio, tuviese la dialéctica requerida para reflexionar intensamente acerca de un conflicto semejante y tan loco, se sentiría vencida. Mientras crea que yo me he comportado, si no como un mal sujeto, al menos como un trastornado por pensamientos de grandiosidad, el conflicto no existe; pero si he de mostrarme como religioso, el conflicto surge.

He considerado mi responsabilidad hacia ella hasta el extremo de asumir la responsabilidad de su vida. Hace rato ya que ha salido del paso por sí sola, con su casamiento. El error que cometí al embarcarme en una relación que no podía llevar a cabo, ha sido castigado; y haya o no haya sufrido el castigo adecuado, debo de todos modos impetrar a Dios el perdón. Darle una explicación, si acaso fuera posible, puede ser peligroso para ella, podría disturbar la ilusión de su matrimonio: puede ser peligroso para mí y alterar mis relaciones con Dios. Y aunque no se tratara de esto, queda aún un reparo, el de Schlegel [1], a quien debemos todo miramiento.

Pero, como lo he dicho, porque sea peligroso no ha de suponerse en absoluto, que no pueda acaecer; pues a veces aún lo más justo, puede ser peligroso. Si ella lo deseara, se podría intentar. Dios sabe que de muy buena gana lo desearía.

Tal vez algún día me resulte evidente que me corresponde a mí dar el primer paso; pero lo que más importa son mis relaciones con Dios, y además ella ahora está casada.

Mi relación con ella

Mi principal culpa es la de haberla arrastrado a alta mar.

1

"El noviazgo". Esencialmente replegado sobre mí mismo, oprimido por el dolor de la melancolía y por las penas del espíritu de haberla "arrastrado conmigo mar adentro"; con ella naturalmente era el amor y la atención misma, tal vez

[1] *El marido de Regina.* (N. DE LA T.)

exageradamente, pero ya era yo un penitente. Además, no tenía la menor sospecha de que ella me proporcionara alguna dificultad.

2

Ella se comporta con presunción excesiva. En el mismo momento mi melancolía se desvanece esencialmente y las penas del espíritu desaparecen. Vuelvo a respirar a mis anchas, como antes.

Ésa es mi culpa. Habría debido escoger este momento para impulsarla a la ruptura, habría representado el triunfo de su presunción.

Pero para mí era demasiado serio el pensamiento de que no podría realizar el matrimonio; también había algo de infantil en su presunción.

De todos modos, ahora disponía de mí mismo y manejé el caso un poco inclinándolo hacia ella.

3

Ella se me entrega y se revela como el más amable de los seres.

Al mismo tiempo, lo "primero" retorna de nuevo y aumentado por la responsabilidad, acrecentado por su abandono femenil, casi de adoración.

4

Preveo que se impondrá una separación.

Entonces, sincero con ella y traicionándome a mí mismo, le dí el consejo de que no tratara de luchar con orgullo porque en ese caso el asunto se simplificaría para mí, sino que luchara con abandono.

Sea como sea, era preciso romper; le devuelvo el anillo con una carta que ha sido reproducida textualmente en el *Experimento psicológico* [1].

[1] *Incluído en* ¿Culpable o no culpable?, *de* Etapas en el camino de la vida. (N. DEL T. I.)

5

En lugar de considerar el asunto como terminado, ella sube hasta mi cuarto durante mi ausencia y me escribe un mensaje desesperado en el cual, por amor a Jesucristo y por la memoria de mi difunto padre, me suplica que no la abandone.

De modo que sólo me resta arriesgar una tentativa extrema: la de sostenerla, si fuera preciso, con un engaño; la de hacer todo lo posible por rechazarla, por excitar aún más su orgullo.

Así fué como dos meses más tarde rompí por completo nuestras relaciones.

7 DE SETIEMBRE DE 1849 AL 18 DE ABRIL DE 1850

7 de setiembre.

Acerca de Ella

¡Tan querida debía de hacérseme esa niña, o tanto habría de quererla yo religiosamente!

Ella misma, con lágrimas y súplicas (por amor a Jesucristo, por la memoria de mi pobre padre difunto...) me conjuraba a que no la abandonara. Por lo demás, habría podido hacer con ella lo que quisiera, absolutamente todo; y ella me habría agradecido toda la vida el haber permanecido a su lado, como el mayor de los beneficios. Su padre, considerando extraña mi conducta, me rogaba y suplicaba que no la abandonara: "Está dispuesta a soportarlo todo, absolutamente todo". En cuanto a él y al resto de la familia, me prometía del modo más solemne (si esto era lo que yo deseaba) que ni él ni ninguno de los otros transpondría el umbral de mi casa, apenas me casara con ella. Sería absolutamente mía, como si no tuviera ni parientes ni amigos.

Así habría podido casarme con ella (si no hubieran existido otras dificultades íntimas para mí), habría podido fácilmente vincularla a mí por completo, como deuda de gratitud. Además, habría podido ser un tirano, dado que tenía en mi poder ese terrible coercitivo: que el matrimonio era un beneficio que yo le había concedido. Pero, en verdad, que si me

hubiera comportado así, habría procedido como un canalla; de un modo indigno que clama al cielo, habría abusado del dolor de una niña que la impulsaba a decir lo que nunca hubiera debido ni querido decir en ese sentido. Y tal vez ella no cometía un error, pues bien comprendía que en el caso de que me decidiera a aceptarla, habría realizado todo lo que estuviera en mi poder para hacerle la vida digna de ser vivida. Eso significa que ella tenía fe en mí.

Admitamos que me hubiera casado con ella. ¿Qué habría sucedido? En menos de medio año se hubiera acongojado. Hay en mí (en ello consiste el lado bueno y el malo de mi naturaleza) algo de incorpóreo, algo que hace que nadie pueda enfrentarse conmigo cuando de compartir la vida cotidiana se trata, y entablar de este modo una relación real. Por supuesto, que la frívola cara que le muestro a la gente es harina de otro costal. Pero luego, en mi hogar, vivo en un mundo de espíritus. Con ella he estado comprometido durante un año entero, y en el fondo ella no me conocía aún. Por lo tanto, se habría sentido quebrantada Probablemente, entonces me habría obligado a cambiar; y yo, en mi empeño por ayudarla a recobrarse, habría dado un tumbo porque su estructura era en cierta forma demasiado ligera. Yo era demasiado pesado para ella y ella demasiado ligera para mí; y precisamente esta circunstancia puede hacer que uno ruede por tierra. Así, probablemente, no habría llevado a cabo nada; o quizá me hubiera desarrollado igualmente, pero ella se hubiera transformado en un tormento para mí; porque una vez casados, yo la vería en una situación completamente equivocada. Ella moriría... y todo habría acabado. Asociarla conmigo en la historia, si se hubiera convertido en mi mujer... no, esto no es posible. Puede muy bien convertirse en una señora casada, pero debe permanecer en su condición de mi amada; nada más. Debe ser la historia de un amor infeliz, y para mí será siempre "la amada a la cual todo lo debo". Entonces la historia la asociará a mí; ¡ya me ocuparé yo de enseñárselo!

Es muy sencillo. La razón me decía con toda claridad que lo que me proponía hacer era justo, lo único justo. Pero si no

hubiera poseído un deber de conciencia que me detuviera, ella habría vencido. No me hubiera atrevido, confiando en la reflexión de mi razón, a desafiar sus lágrimas, sus súplicas, el dolor del padre, mi propio deseo... habría acabado por ceder. Debí sostener el combate desde un puesto mucho más alto: ésa fué la causa de mi inamovilidad, que interpretaron como dureza de corazón. Por otra parte, de no haber tenido un problema de conciencia, las cosas no habrían llegado hasta ese extremo y probablemente hubiera cedido. Verdaderamente, ella se había entregado demasiado a mí, y quizá no hubiera podido recobrarse.

La razón me dijo: "Puede casarse con Schlegel". Ella misma me había confesado más tarde que si yo no me hubiera presentado aquel día [1], probablemente se habría comprometido con Schlegel. De modo que todo estaba en orden. ¡Y quién sabe si mi niña, persuadida de que la he dejado por una razón de orgullo, no haya sido quien, en realidad, me haya preferido por orgullo! Después de lo que debió soportar conmigo, las relaciones con Schlegel muy bien podían enderezarse. Al fin de cuentas ella ha ganado un hombre de bien, el mismo que una vez amara. Así, como mujer, ha reconquistado su derecho, porque su vida ha tenido gran importancia para él. Podrá, agradecido, apreciar su gracia gentil a diario y a cada hora de la vida familiar. Si no lo hace es un necio. ¡Ay, mi naturaleza

1 *Según las declaraciones de Regina, ella admiraba a K. y no esperaba su petición de matrimonio, que la sorprendió muchísimo. Ella le habló en esa oportunidad de Schlegel. "Podrás hablar de Schlegel hasta el día del juicio —la interrumpió él—, ahora te quiero yo". Regina ha confesado que nunca dejó de percibir su melancolía, que lo dominaba hasta producirle un cambio de expresión. Según parece, interpretó la ruptura del noviazgo como una crisis de melancolía y ella habría resuelto la situación por sí misma, diciéndole: "Basta, no puedo más; eres libre, no vuelvas a verme". Ha declarado también que el 17 de mayo de 1855, el día de su partida para las Antillas, donde su marido había sido nombrado gobernador, provocó un encuentro con K. por la calle, y acercándose a él le murmuró: "¡Que Dios te bendiga y te conceda que todo vaya bien para ti!" (Del Prefacio de Rafael Mayer a los* Papeles *relativos al noviazgo, publicados en Copenhague en 1904*). (N. DE LA T.)

es así! Existe en mí algo de incorpóreo, y me habría dado pena ver toda esa gracia amorosa de una adoradora desperdiciada conmigo, como si no fuera algo infinitamente precioso, como si el error fuera de ella y no mío. De ese error yo, en cambio, no la habría arrancado jamás, porque ella estaba como embaucada y, viviendo en mi hogar, lo habría estado cada día más, de una manera cada vez peor. Sus relaciones han tenido un final conveniente. Ella no se ha convertido en una mendiga en mi hogar sino en la amada, en la amada única. Así pertenece ella a la historia.

No me siento muy apegado a la vida y moriría de buena gana. El día en que muera, su condición será envidiable. Ha tenido un matrimonio feliz; su vida tiene cierta importancia, como rara vez puede alcanzar una vida de mujer para un hombre que, por cierto, no está lejos de adorarla; y además, mi vida expresa que ella ha sido la única amada; mi existencia completa de escritor ha de colocarla en primer plano. Y ya que no antes, en la eternidad seguramente ella me comprenderá... (*aquí, una hoja arrancada.*)

Después de mi muerte verán que basta con *Temor y temblor* para hacer inmortal un nombre de escritor. Será leído y también traducido a lenguas extranjeras, y horrorizará por el tremendo *pathos* que contiene. Pero cuando fué escrito, cuando aquel que pasaba por ser el autor, se paseaba bajo el incógnito del vagabundo y con aires de petulancia, de guasón y de frívolo; nadie pudo comprender su profunda seriedad. ¡Necios de ellos! ¡No obstante, ningún libro es tan serio como ése! Era la auténtica expresión del horror.

Si el autor hubiera tenido un aspecto formal, el horror habría sido menor. La dualidad es el máximo del horror.

Pero cuando haya muerto se formarán de mí una idea fantástica, la de una figura tétrica; entonces el libro tendrá un éxito tremendo.

Una palabra de verdad ya ha sido dicha, cuando pongo de relieve la diferencia entre un poeta y un héroe. Hay en mí un aspecto poético preponderante, y la mistificación consiste

justamente en que *Temor y temblor* es en el fondo una reproducción de mi vida. En tal sentido, el libro ha sido indicado la primera vez que en el "Diario" aludo al tema, con respecto a mi actividad como escritor.

Justamente, Vigilius Haafniensis [1] ha llamado la atención sobre el concepto de la *angustia* como categoría intermedia en lo referente a la tentación. Ésta es al fin y al cabo la verdadera dialéctica de la tentación. Si un hombre pudiera vivir siempre sin angustia, la tentación no lo atraparía jamás.

Así entiendo que tentó la serpiente a Adán y a Eva; pues precisamente la fuerza de la serpiente es la angustia; no tanto la astucia y la hipocresía, sino esa astucia que sabe cómo angustiarnos.

Y la angustia (como lo observa Anticlimacus justamente en relación a lo inmediato, cuando se menciona a la generalidad de la desesperación) alcanza su grado máximo en virtud de la nada [2]. De este modo se insinúan el tentador y la tentación en aquel que sucumbe, como si él mismo hubiera inventado la tentación. Porque al fin y al cabo la tentación y el tentador dicen: "¡En el fondo no he dicho nada, te has angustiado por nada!..."

La angustia es el primer reflejo de la posibilidad, un relámpago, que sin embargo posee un tremendo encanto.

La mujer con respecto al hombre (amor - matrimonio) ofrece este atractivo: ella posee solamente "el sentido de las cosas de los hombres" (*Mateo*, 16-23) [3]; es decir, proteger al amado, cuidarlo, embellecerle la vida, etc.: exactamente la antítesis de la verdadera generosidad divina, de la impaciencia del martirio, en la cual consiste el sentido de las cosas de

[1] *Seudónimo del* Concepto de la angustia.

[2] La enfermedad mortal.

[3] *El versículo al cual se hace referencia, dice así: "Entonces él, volviéndose, dijo a Pedro: "Quítate de delante de mí, Satanás; me eres escándalo; porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres".* (N. DE LA T.)

Dios. Lo mismo que digo para la mujer se aplica a los amigos en general. Vése, por lo tanto, que el mártir ha de ser maldecido en vida, odiado, acusado de egoísmo, de vanidad, de enemistad hacia el género humano y de otras cosas similares.

Y al mismo tiempo se ve cuán justa es mi acusación fundamental contra la cristiandad, por querer sustituir fraudulentamente a la piedad cristiana con la piedad judaica. La piedad judaica consiste en aferrarse a la vida terrestre, en poseer tan sólo el sentido de las cosas humanas; el cristianismo, en poseer el sentido de las cosas de Dios. Los predicadores pasan por encima de la auténtica exigencia cristiana y embellecen al judaísmo. En primer lugar, se las componen cómodamente para vivir con el criterio de la piedad judaica... luego le endosan la redención y la eternidad en virtud del cristianismo. Una religiosidad así constituída es, por cierto, la más cómoda que se haya meditado hasta ahora.

¡Cuánta dulzura y cuánto consuelo existe para el hombre en poder decirse: también mi vida expresa el amor que experimento hacia aquella persona! ¡Pobre de mí!, mi vida, el amor que me inflama, sólo expresa crueldad hacia la amada. Y en el angustioso momento del escrúpulo siento angustia de mí mismo, como si de veras fuera crueldad y como si Dios debiera en realidad actuar conmigo de ese modo.

Mi relación con "Ella". Ultimátum: ¡Por esta vez!... Se debería entonces recurrir a un poeta a fin de explicarle que el lado poético de la situación consistía precisamente en el papel de hermana. Si lo comprende, todo peligro erótico será alejado; pues con una insinuación de poesía y además con una pequeña ayuda de mi parte, podría entrar como por el ojo de la aguja.

Es de veras triste ver a esa muchacha continuamente relegada a la sombra. Schlegel es, por cierto, un hombre amable: estoy convencido de que ella se siente feliz por completo con él. Pero esa muchacha es un instrumento que él no sabe tocar; tiene tonos que sólo yo sabía arrancarle...

Por lo demás, en este asunto mi actitud ha sido y permanece como un ejemplo de una de las mayores distancias entre la apariencia y la realidad. Yo desempeñé el papel de un canalla... ¡en tanto que hacía todo lo posible para que ese matrimonio fuera posible! Bastaba con una sola palabra mía y el matrimonio se habría echado a rodar. Yo soy el canalla, un perfecto canalla; y luego yo soy quien sostengo a ese matrimonio, cuando en cualquier momento podría sentirme tentado a mostrarme un poco menos cruel conmigo mismo, y de este modo, el matrimonio se vería perturbado. Durante mucho tiempo, por lo menos, ésa fué la situación; y si ahora no lo es, se debe a mí precisamente, porque de un modo inmutable he proseguido siendo... ¡el canalla!

Si mi sufrimiento y mi debilidad no representaran las condiciones de toda mi actividad espiritual, podría intentar aún el ponerme, sin más ni más, en manos del médico. No tiene sentido alguno sufrir como yo sufro, y luego no hacer nada en absoluto, cuando la propia vida carece de importancia. Pero ése es el secreto: la importancia de mi vida depende justamente de mis padecimientos.

El texto de San Pablo: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fuí hombre hecho, dejé lo que era de niño." (I *Corintios*, 12-11.) Podría sugerir el tema: *¿Qué piensas de tu infancia y de tu juventud?*

¿Piensas que ha sido fútil o llena de fantaseos?

¿O acaso piensas que entonces estabas más cerca del ideal?

Dime simplemente qué piensas de tu infancia y de tu juventud, y te diré quién eres... Di a ti mismo lo que piensas, que así podrías alcanzar la sabiduría. Porque la sabiduría del hombre consiste precisamente en juzgar con rectitud su propia infancia y su propia juventud, en que su vida exprese en verdad el propio pensamiento.

...En esto consiste al fin y al cabo mi fuerza: en mi sufrimiento. Es tremendo pensar que mi relación con un con-

temporáneo tenga por fondo una comprensión de mi yo ante Dios en un sentido diametralmente opuesto.

Acaecerá conmigo como ha acaecido con los demás anteriormente: tarde o temprano, se creerá que me han comprendido por el *resultado*. ¡Oh, pero cuando estaba solo con mi miseria, tan mísero que ni siquiera conseguía tomar la pluma para describir mi estado, aunque muy bien sé y recuerdo lo que quiero decir; cuando estaba tan solo, no como un simple doliente, sino con el peso de la acusación de una niña: que yo habría sido la causa de su muerte; y con el dolor de un padre como si ya hubiera muerto, con la maldición de una familia, y las habladurías y todo en contra mía! Si entonces no me hubiera dedicado a recorrer las calles para charlar con una vendedora de frutas y con cualquier ganapán, etc., no habría podido resistir. Me impresiona en la historia de Napoleón que cuando llegó a los Alpes, parecía distraído con sus ensueños y prefería entretenerse discutiendo con los guías acerca de sus asuntos domésticos. Es comprensible: Napoleón llevaba consigo un plan mundial; yo, en cambio, una melancolía casi en los límites de la humana posibilidad.

La justicia se venga por sí misma; el amor es vengado.

Sobre mi actividad como escritor

La heterogeneidad debe ser mantenida ante todo: es decir, que hay aquí un escritor y que no se trata objetivamente de una causa, sino de una causa por la cual un individuo se ha mantenido solo, ha padecido a solas, etc. Pero como no han entendido por qué el *Tratado conclusivo* tiene un carácter cómico y que en ello consiste precisamente su seriedad; y como creen que mejoran la situación tomando las cosas individualmente y traduciéndolas al uso y costumbre de los docentes; así también, debido a una nueva confusión, concluyen por tratarlo como una causa y todo se traduce en objetividad; hacen consistir la novedad en el hecho de que exista en la obra una

doctrina nueva, en tanto que la novedad consiste en que existe en ella una personalidad.

Como un penitente, y persuadido al mismo tiempo de que en cierto modo esto correspondía a mi estructura originaria, no he querido ponerme en evidencia. Mi actividad y mi existencia de escritor es como una exigencia. He trazado el campo de batalla, incitando y espiando la aparición de ese Ente; al instante me habría colocado a su lado, presentando esa "formación" que mis seudónimos muestran siempre; en la que el mayor está siempre en situación de servidor con respecto al menor. Esto indica la meta más alta, en tanto que lo demás siempre es mayéutico.

Pero esto no ha acaecido...

Hay algo de verdad en las palabras que un día me dijo mi hermano Pedro: que la diferencia entre nosotros desde el punto de vista religioso, estribaba en que para él la relación con Dios consistía en ser amado y para mí en amar. La observación no era del todo nueva; porque a menudo me ha inquietado la duda de que si no sería Dios demasiado infinitamente elevado para que un hombre ose amarle. Sin embargo, está escrito: "Amarás al Señor Tu Dios". Además, también yo he expresado siempre que para mí Dios lo hace todo...

Al fin de cuentas los hombres prefieren a un "exaltado" que la emprende con el ideal (con éste, o pueden acomodarse o mandarlo de paseo diciendo justamente: ¡quiere venderse por Cristo!) a un "aspirante" honesto que admite humildemente no ser más que un poeta, y confiesa cuán infinitamente arredrado está. Con él los contemporáneos no pueden arreglárselas al instante o tan pronto; puede convertirse en la inquietud incesante de la contemporaneidad.

En conjunto, la mujer es y debe ser un correctivo de la prédica éticorreligiosa. No ha de ser ésta severa para con los hombres y diferente para las mujeres, pero debe, a pesar de su severidad, respetar a la mujer como una instancia, y ser

por lo tanto indulgente. Y por otra parte, tal vez la mujer puede soportarlo... ya sea porque posee menos pensamientos y menos ideas que el hombre, o porque tiene más sentimiento, más fantasía y más pasión. Por eso mismo quizá, ella puede aguantar el peso casi mejor.

Que el "libre arbitrio" sea una quimera, se deduce, mejor que de cualquier otro modo, por las dificultades, por el prolongado esfuerzo requerido para mudar una simple costumbre, aún después de haberse hecho un firme propósito; o si no cuando el hombre, presa de escrúpulos, debe luchar contra movimientos involuntarios y combate con angustia mortal, que, en un principio, lejos de alejarlos, los provoca. De modo que sólo logra vencerlos poco a poco, luego de infatigable lucha.

El hijo pródigo. El padre. El hermano [1]

3 disertaciones

O quizá se podría elegir una forma nueva: diversión como edificación (*entre paréntesis*: Lectura recreativa).

(*Al margen*): No es una novela. El relato es breve y no contiene una sola palabra sobre el amor; no hay personajes femeninos. A ningún novelista se le ocurriría una situación semejante; simplemente un padre y sus dos hijos; una narración muy simple.

1

El hijo pródigo

Empecemos por el principio. En el principio él quiso conocer el mundo; está harto de su hogar, de ver las mismas cosas, de escuchar siempre lo mismo. La eterna historia. Así

[1] *Comentario con fondo autobiográfico de la parábola evangélica,* (Lucas, *15, 11-32*), *que acentúa, a pesar de la rusticidad con que está redactado, el profundo "pathos" personal.* (N. DEL T. I.)

piensa la juventud. Llega el momento en que la casa paterna parece demasiado estrecha. Otro tanto acaece con la jovencita que desde la ventana de la casa paterna espía la calle (porque una joven debe contentarse con el permiso de mirar de vez en cuando por la ventana; no le está permitido salir como al muchacho); así le parece descubrir que aquello que busca está lejos. Por eso, la actitud característica de la jovencita es la de "suspirar" en medio de su dicha: ¡ese suspirar tan suyo! Pero generalmente no pasa de ahí. Permanece tranquila en la casa paterna y la nostalgia se transforma en un presentimiento callado, en riqueza para el resto de su vida.

¡Pero el hijo debe marcharse!

...continúa el relato.

[*al margen*: Luego de recibir (su) — sí, claro que era posible disputarle el derecho, pero de eso hablaremos en otro lugar. Y dado que el padre, el más autorizado para hacerlo, no opuso dificultades, no las haremos nosotros tampoco: de modo, pues, que luego de haber recibido "su" parte de los bienes paternos, se marcha al extranjero. Si sucumbe en el mundo, de todos modos no podrá decir que ha sido porque el padre, con terquedad y severamente, dificultó su formación y le negó el dinero para un viaje al extranjero.

Parte, pues. No es una novela; en seguida uno presiente que el relato se precipita hacia la "catástrofe". Uso esta palabra extraña porque en esta narración existe de veras un desbarajuste. Parte; y de esta manera, no sólo él y el relato se trasladan a ese país extranjero; no, en el mismo instante hemos llegado al fin del cuento, por lo menos de la primera parte. Se podría mostrar fácilmente que su impresionante brevedad puede tener un significado más profundo. Porque, cuanto más pronto un derrochador haya tirado todo lo que posee, tanto más derrochador es; y por lo tanto, es contradicción prolongar la historia en volúmenes y volúmenes con el relato de los derroches del derrochador máximo. Pero aun en lo relativo a tales observaciones, trataremos de ser breves].

De haber permanecido junto a su padre, seguramente no habría derrochado tanto. Así, su desgracia consiste en haberse

marchado lejos. Pero quizá haya sido también su salvación; porque ahora el padre no estaba tan cerca de él como para impedirle que hiciera formalmente el aprendizaje por el cual debía pasar.

En general, los padres no lo entienden; no poseen la magnanimidad suficiente como para echar al hijo de la casa o para comprender que debe partir: y de este modo, no existe solución alguna.

Las compañías del hijo pródigo fueron malas desde el principio hasta el final (¡perdió todo su dinero con las rameras!) y acabó guardando puercos; la compañía más o menos es la misma...

Es un error considerarlo hijo pródigo después de que haya gastado su dinero; lo era más aún cuando lo derrochaba con las meretrices.

"Luego volvió en sí". He aquí que el viaje al extranjero ha concluído; en realidad no concluye con el regreso al hogar, sino con el volver en sí. Y ahora queremos comenzar a hablar en otro tono del hijo pródigo.

2

El padre

En general, se presta toda la atención al hijo pródigo y se olvida casi al padre.

Pero no es justo, porque este padre era en verdad un hombre muy extraño.

Si quieres saber exactamente en qué consistía su extrañeza, te lo diré, pero escúchame bien. Cuando tuvo un hijo pródigo se convirtió en un padre de veras. Los otros padres se complacen en serlo cuando tienen hijos sin defectos; en cambio, en el caso de un hijo pródigo, el padre dice: "No quiero ser su padre, ¡que se marche de mi casa!". Nadie quiere ser padre de un hijo pródigo, pero este padre, este hombre extraño, quería serlo justamente, hasta tal punto que parecía amar menos al hermano del hijo pródigo, al muchacho de bien: ¿no es

raro? ¡Oh!, si un coplero podría acabar así la historia con un: "¿no es raro?", ¿no podré yo acaso concluirla de la misma manera? El hijo pródigo no es un caso raro en la realidad; pero, ¡vaya a saber cuántas veces uno se encuentra realmente con un padre como éste, por no decir que su lugar está en los cuentos y en el Evangelio!, pues el padre que aquí se menciona es verdaderamente el Dios del cielo.

Empecemos por el principio, a fin de estudiar a ese padre amoroso y aprender a conocerlo.

El hijo quiere conocer el mundo, halla demasiado estrecha la casa paterna. En cierta forma, era ingrato con su padre, pero el padre no se lo reprocha. Por el contrario, el padre probablemente ha concentrado de tal manera su amor en el hijo que no piensa en sí mismo.

Luego el hijo exige que el padre reparta con él sus bienes. ¡Cuán injusto es!, porque el hijo no tiene el menor derecho a exigirlo. ¡Y cuán ingrato! Al final es como si dijera al padre: "En el fondo, quisiera que hubieras muerto". Y si esto habría de contentar al hijo y si fuera para su bien, el padre amoroso habría deseado estar muerto.

El padre, entonces, divide sus bienes con él. Claro que es raro que un padre se muestre dispuesto de esa manera; pero si asi fuera, los dioses habrían de estar de acuerdo. Pero este padre todo puede soportarlo y, sin embargo, proseguir siendo padre; la paternidad no es para él un título de pega. No. El hijo quiere marcharse: él es el padre. El hijo parte: él es el padre. Sí: y si tú, porque así te complace, pretendes un cambio, es mejor que interrumpas inmediatamente la lectura; pues en tal caso ese padre se convertirá para ti en el hombre más aburrido de la tierra. Y nada más tengo que decirte para tu consuelo, sino que a un padre semejante muy poco se lo encuentra en la realidad.

Ahora correspondería comenzar desde el principio, punto por punto.

3

El hermano

Es costumbre representarlo sin más ni más como al de corazón duro, horrorizarse ante su dureza de corazón, sentirse mejores que él. ¡Cuidado! Es preciso ser cautos, si verdaderamente se desea sacar provecho del Evangelio, y sobre todo, ser cautos y no seguir el primer impulso.

Humanamente hablando, él tiene razón; sobre este punto nada hay que decir. No hay exageración alguna en su descontento; se mantiene en los límites de lo conveniente; repito que, humanamente hablando, tiene razón. Por eso cuidemos el domingo de no servirnos del Evangelio para creernos diferentes a ese hermano. Sí, hay una razón de descontento que no se descubre al instante: pues él era siempre un buen hijo. Seguro es que ha amado a su padre y ha creído merecer su amor. De modo que en el fondo no es que le tenga rencor al hermano sino que el hermano, ¡y qué clase de hermano!, es preferido a costa suya. Y cómo la alegría del padre llega hasta el extremo de que más parece que tuviera un solo hijo, el pródigo, y que el otro hubiera sido abandonado. Como si el padre dijera (al contrario de los otros padres que no quieren serlo de los hijos pródigos): no quiero ser el padre del hijo decente. Y quiero recordar aquí que a menudo, en los casos grandes como en los pequeños, se ven ejemplos en que el hijo de mala conducta es el favorito y todos están dispuestos a cumplimentarlo cuando ese hijo mala cabeza demuestra un poco de afecto; de modo que la condición más ventajosa —en la vida de familia como en la más vasta, del Estado— es casi la de ser el hijo de mala conducta. Debe subrayarse, eso sí, que el hijo pródigo se convierte de veras.

Mi objeción contra el hermano, en el fondo, es ésta: puesto que ve que al padre el asunto le causa un inefable placer, habría debido, por amor a su padre, secundarlo en su idea.

A este respecto contar todo lo que se sabe acerca del hermano.

Luego utilizar tal vez la parábola de los dos hermanos: uno de los cuales dice que sí y no lo hace; el otro dice que no y hace la voluntad del padre.

Lo que confunde por completo la doctrina sobre la "esencia" en lógica [1] es el no considerar que se opera siempre con el concepto de existencia. Pero el *concepto* de existencia es una idealidad, y la dificultad estriba precisamente en saber si la existencia se resuelve por medio de conceptos. Si así fuera, Spinoza podría tener razón con su *essentia involvit existentiam* [2], esto es, el concepto de existencia, vale decir, la existencia ideal.

Pero, por otra parte, Kant tiene razón cuando afirma que del concepto de existencia no surge ninguna nueva determinación de contenido. Kant, claro está, piensa honestamente en la existencia como no coincidente con el concepto, es decir, que piensa en una existencia empírica. Sobre todo en el ámbito del ideal cuenta el principio de que la esencia es la existencia (si está permitido emplear en este caso el concepto de existencia). La tesis leibniciana —si Dios es posible, es necesario— es justísima. Nada se le añade a un concepto, sea que tenga o no existencia; para el concepto esto no cuenta en absoluto; porque sobradamente posee existencia, es decir, existencia de concepto, existencia ideal.

Pero la existencia corresponde a la realidad singular, al ente (como ya lo enseñó Aristóteles): se mantiene aparte y de ninguna manera coincide con el concepto. Para un ser animal, para una planta, para un ser hombre, la existencia (ser, o no ser) es algo muy decisivo; un hombre Solo no tiene, por cierto, una existencia conceptual. Del modo como la filosofía moderna habla de la existencia, demuestra que no cree en la inmortalidad personal; la filosofía en general no cree, ella comprende tan sólo la eternidad de los "conceptos".

No logro que nadie me comprenda. Claro que se puede comprender aquello que digo; pero cuando se trata de ponerlo

[1] *Evidente referencia a la* Lógica *de Hegel.* (N. DEL T. I.)
[2] *La esencia involucra la existencia.* (N. DE LA T.)

en práctica, nace la incomprensión. Nadie está como yo, en todo instante sometido a las exigencias de una fuerza superior, que inflexiblemente lo obliga a seguir hasta en los más mínimos detalles aquello que ha comprendido.

Imaginad un caballo que contemple admirado al caballo "bailarín" de un circo ecuestre y que se proponga imitar el paso de danza. ¡Ningún caballerizo con fusta, espuelas y freno le obliga a seguir ese paso de danza! ¿Creéis, acaso, que por cuenta propia, lograría aprender el paso que para un caballo común representa una especie de crueldad?

Y lo que acaecería con este caballo (que a lo mejor no era ni menos bien formado ni carecía de condiciones) respecto del otro, acaece con los demás y conmigo. Se esfuerzan por dar un salto, tropiezan, se embarullan... y dan un salto distinto; cuando uno se lanza a actuar de una manera éticorreligiosa, casi al instante cae en el uso de medios impacientes, hábiles, mezquinos. Falta el caballerizo, la fusta y el freno.

...Es un error fundamental creer que no existan conceptos negativos. Los más elevados principios de todo pensamiento, o bien las pruebas de los mismos, son negativas. La razón humana tiene sus límites: y sobrevienen los conceptos negativos. Las luchas contra los límites son negativas, es decir, repulsivas. La idea que se posee de la razón humana es torpe y presuntuosa, especialmente en nuestros tiempos; no se concibe jamás a un pensador, a un hombre razonable, sino a la razón pura y a otras cosas por el estilo que en realidad no existen; porque a mi parecer, nadie (sea profesor o lo que se le antoje) puede considerarse la Razón absoluta. La Razón absoluta es un producto de la fantasía, lo cual explica la magnífica carencia de límites, y por ende, la ausencia de conceptos negativos, la comprensión total, como la bruja (de la fábula) que acaba comiéndose las entrañas.

Nunca el mal y la mediocridad son tan peligrosos como cuando los encubre la cordialidad.

La angustia, en el fondo, no es más que impaciencia.

Hermosas palabras las de Petrarca: "La ira es una locura breve, y si no se la contiene, una larga locura que conduce a la perdición".

La situación más peligrosa para un niño en el campo religioso. El mayor peligro no está en que el padre o el educador sea un librepensador o un hipócrita. No, el peligro está en que sea un hombre pío y temeroso de Dios, en que el niño resulte profunda e íntimamente convencido; y que más tarde, sin embargo, realice que en lo íntimo de su alma se oculta una inquietud, como si ni siquiera el temor de Dios y la piedad pudiesen darle la paz. El peligro consiste en que en condiciones semejantes, el niño se siente impulsado a formular casi una conclusión con respecto a Dios, a pensar que Él no sea el Amor.

El dogma "del pecado original" como "culpa" es la verdadera paradoja. Se demuestra mejor la paradoja de la manera siguiente: este dogma resulta de una síntesis de categorías cualitativamente heterogéneas. "Heredar" es una categoría natural, "culpa" una categoría éticoespiritual. ¿Cómo es posible pensar entonces, dice la razón, en reunirlas, afirmar que se hereda lo que para su concepto es imposible de heredar?

Es preciso creer. La paradoja en la verdad cristiana depende siempre de que la verdad haya de ser tal como es para Dios. La medida y el criterio utilizados son sobrehumanos, y con respecto a ellos una sola situación es posible: la de la fe.

La manía de los ferrocarriles es un intento absolutamente babélico. Un efecto del ocaso de una cultura, la velocidad del fin. Desgraciadamente comenzaron casi al mismo tiempo las novedades y el año 1848. Los ferrocarriles representan la potencialidad de la idea de centralización. Y la novedad conduce al despedazamiento *in disjecta membra* [1].

[1] Disjecta membra: *miembros dispersos. Horacio, Sátiras, I, 4.* (N. DE LA T.)

La centralización señalará probablemente, aun desde el punto de vista económico, el fin de Europa.

En la primera etapa de la vida humana, vale el principio: el mayor peligro está en no arriesgar. Luego, cuando uno ha arriesgado fundamentalmente, en la segunda etapa cuenta el principio de que el mayor peligro está en arriesgar demasiado. En el primer caso, por negarse a arriesgar, uno se pone al servicio de la trivialidad; en el segundo, por haber querido arriesgar demasiado, se desemboca en la fantasía, quizá en la impiedad.

Una observación psicológica sobre el amor entre mancebos en la antigüedad.

La razón por la cual la pederastia en la antigüedad estaba tan generalizada y no era condenada al fin y al cabo, se debe ciertamente a la corrupción del paganismo; pero desde el punto de vista psicológico es preciso tener en cuenta algo.

En las relaciones entre hombre y mujer, en la esfera de la simple sensualidad, la intelectualidad no hallaba cabida; en este aspecto, la mujer estaba considerada muy por lo bajo y ante todo demasiado inferior para la idea masculina, como acaece en todo Oriente. Las relaciones son puramente sexuales. La intelectualidad se abocó entonces al amor inocente por los mancebos, como dice Sócrates, y luego degeneró en el vicio. Pero la intelectualidad nada tenía que ver con el amor al sexo opuesto.

En la cristiandad se ha puesto más o menos intelectualidad en lo referente al amor a la mujer. Queda en pie la pregunta de si este agregado de intelectualidad, con respecto a un instinto así, no constituye un peligro moral mayor; es decir, si no desarrolla un refinamiento que conduce a que poco importe amar solamente a una y atenerse a ella, cuando *per abusum* se pone en contacto, de este modo, a la intelectualidad.

Necesitar del trabajo para ahogar una melancolía profunda (hasta el extremo de que el médico deba decirme:

"¡Trabaje, por amor de Dios!"): no atreverse luego a trabajar porque se carece de medios (en tanto que habitualmente quien quiera ganar más basta con que trabaje más): en estas condiciones haber conocido a diario la perspectiva de soportar los malos tratos de la brutalidad... ¡es muy cruel!

Sin embargo, como aquel que ha atravesado una selva virgen a golpes de hacha, así también me siento yo feliz y gozoso. He vencido, he abierto un claro en la selva: a través de las ilusiones he abierto una tronera sobre el cristianismo, como hacía mucho tiempo no se había logrado hacerlo. ¿Qué me importa sufrir entonces? Verdaderamente no he trabajado en vano, no he dado golpes en el aire. (I *Corintios,* 9-26.) Ha sido preciso un despilfarro; todo lo he comprometido; la Providencia me ayudó; he triunfado. Por lo demás, no importa mi actual condición: con inefable reconocimiento la he puesto en manos de Dios. Es cierto que sólo así se podía alcanzar lo que he alcanzado. Si el ritmo se hubiera retardado durante uno o dos años, ese resultado jamás habría sido alcanzado. Mis contemporáneos han recibido el arpón en pleno cuerpo; pueden correr, si quieren, pero arrastrarán consigo la cuerda.

La palabra creadora de Dios crea con omnipotencia de la nada.

Un orador, un retórico, produce el efecto inverso; habla de la verdad que es escarnecida... y él obtiene honores y consideraciones.

Un pensador existencial produce aquello que anuncia. Cuando dice "la verdad es perseguida" da golpes decididos, que reciben como respuesta otros golpes; y puede añadir, señalándose a sí mismo: "podéis comprobarlo, mirándome".

De mí mismo

Bueno, lo que los otros llaman jocosidad, broma... una futesa: para mí es simplemente, y en el más profundo de los sentidos, un delito.

La canalla se proponía conseguir que yo pasara frente

a la plebe por loco, para provocar de ese modo el escarnio con respecto a mí.

Querían: o que me marchara —para que quedara demostrado que la plebe me condenaba al ostracismo —, o que mi obra fuera disminuída.

Las cosas llegaron hasta el extremo de que habría debido esperar un ataque personal por la calle; en ese caso, los que me conocen se hubieran asustado y yo habría sido quebrantado.

Pero de una manera paternal, de una manera inefablemente paternal, la Providencia me tendió la mano. Debo también sin duda a mi innata prudencia y a mis virtudes personales el saber comportarme en una situación tan difícil (de la cual todo depende): en vez de invocar la ayuda ajena, traté de disminuir la importancia del ataque, de modo que los amigos no me han traicionado.

¡Y cuánto he ganado para poner de relieve al cristianismo! ¡Y cuántas hipótesis poseo acerca de la vida danesa! ¡Ya lo verán cuando llegue el momento!

Enséñame Tú, ¡oh Dios!, a fin de que no me asfixie en el martirio o en medio de una asfixiante reflexión, sino para que respire a pleno pulmón en la fe.

Sin que quiera alabarme a mí mismo, me atrevo a creer que yo podría ser quizá en nuestro ambiente quien gozare de mayores consideraciones. ¿Por qué? Porque se da por supuesto que soy un estrambótico, un demente, etc....

Una meretriz refinada siente en su fuero íntimo honda estimación por una joven honesta; pero no debe manifestarla en público, pues quiere reservarse el derecho de burlarse de su honestidad como de una extravagancia, de una rareza. Mientras la joven no repara en ello y se mantiene tranquila, todo va bien; pero si quisiera invertir la situación y juzgar que la vida de la meretriz es algo más que una extravagancia, una triste locura, una perdición; el destino de dicha joven quedaría marcado. La mala mujer no se daría paz hasta que la pobre muchacha cayera en la trampa.

15 DE ABRIL DE 1850 AL 22 DE ENERO DE 1851

El estoicismo y mi vida

CUANDO LEO a alguno de los estoicos, descubro que yo me remito esencialmente al cristianismo. Puede ser verdad aquello que el estoico expresa a menudo con energía y habilidad, pero no me comprende. En un estoico todo es orgullo, no hay cabida para la tristeza. Desprecia a esos hombres, pobre plebe ignorante; los trata como a niños, como si para él no contasen. Sus acciones carecen de significado para ese sabio, no pueden ofenderlo; no sólo es capaz de perdonarles las ofensas que le infieren sino que en su soberbia dice: ¡Hijos míos, vosotros no podéis ofenderme!

¡Mi vida no es ésa! Es cierto que con los aristócratas y los poderosos puedo sentirme inclinado a emplear esa táctica, a armarme así, y por lo mismo su actitud para conmigo nunca me ha afligido en el fondo; me vengo de ellos un poco a la manera estoica.

Pero, en cambio, ¡cuánto he amado al hombre común! Mi alegría más gustada era la de poder expresar de alguna manera mi amor por el prójimo; mi consuelo era, al ver la abominable ostentación de aristocracia frente a los más pobres, atreverme a decirme: —¡Yo no me conduciré así!— Mi placer, mi dichoso pasatiempo era el de poder suavizar mi requisitoria. Ése ha sido el fin de mi vida. Por eso me afligen

indeciblemente los escarnios del hombre común. Creo que entre nosotros no ha habido nadie que amara al hombre común como yo lo he amado, ¡y ver que ahora muestra una actitud hostil para conmigo! Un periodista que por medio del engaño saca su dinero al hombre común para suministrarle conceptos confusos, es considerado como un benefactor; en cambio, quien tanto sacrificó, quien renunció a las ventajas de ingresar en la camarilla de los aristócratas es presentado como enemigo del hombre común, como aquel a quien el hombre de la calle ha de escarnecer.

¡Nunca la vida cobrará un aspecto semejante para un estoico!

El público

La situación general de la vida pública no es más que una absoluta falta de conciencia. Existe un monstruo hambriento (no quiero decir que esté sediento de sangre, aunque los últimos acontecimientos parezcan indicar que fácilmente se podría despertar la sed de sangre): este monstruo famélico es el público, ese ser devorado por la desesperación de encontrar algo que criticar. Y los periodistas son los servidores de la fiera, pues procuran al público aquello que ha de comentar. En otros tiempos se arrojaban los hombres a las fieras; ahora los periodistas suministran graciosamente al público el plato que mejor saborea éste: ¡claro que con salsa de chismes!

Una personalidad pública es *eo ipso* sacrificada. El periodista sabe cómo establecer con precisión durante cuánto tiempo (en proporción a la fama) uno puede ser servido al público y cuántas veces por semana el público se divertirá en despellejarlo con sus comentarios. Si la personalidad pública es un egoísta que soporta todo esto como inevitable, si pone sus miras en otros bienes terrenales, entonces sufrirá menos, no habrá martirio ni padecerá tristeza. Pero el público lo devora, de todos modos, aparejado con charla; lo único útil que el público obtiene al final de los hombres célebres es que consigue hablar de ellos, que saca su buena tajada de charla. Aquellos que no conocen la vida de sociedad piensan con fre-

cuencia que el personaje público debería precaverse, hacer aclaraciones, etc., y que constituye una prueba de orgullo el no hacerlo. ¡Cuán desdichados sois en vuestra ingenuidad! No, el público sólo desea chismes, "algo para comentar". Sólo hay una escapatoria, la de la astucia, la de mantenerse ocultos todo lo posible y mostrarse nada más que en las circunstancias más solemnes; pero una conducta semejante, el cristianismo no la permite...

¡Algo para comentar! Dios creó al hombre a su imagen (*Gén.*, 1, 17) y le dotó también con el don de la palabra, pues era su intención que el hombre hablara al hombre como a su prójimo, el amado con la amante, el amigo con el amigo, y los hombres entre sí. Pero, ¿de qué? Tú, Omnipotente, has puesto en movimiento cielos y tierra para crear a un hombre cuya sabiduría, grandeza y amor la eternidad admirará eternamente; pero el hombre halló que de eso no valía la pena hablar. ¡Oh, Tú, infinitamente sublime, por cuya sublimidad aún combaten las escuadras celestes! Tú te dignaste rebajarte hasta el hombre —como hace el abuelo con el nieto, cuando para contentarlo se pone a jugar con él—; Tú, excelso, que has llevado a cabo esa admirable unión de la que habla la historia —en la cual además Tu participación ha sido algo más que un juego— y los espíritus mismos que te circundan, y pues Te ayudan en la organización del cosmos y ven más profundamente en el secreto de la creación, no la han agotado aún y mucho menos se han cansado de asombrarse; pero el hombre no halló cosa alguna que valiera la pena comentar. El hombre... es decir, el público. Sólo pide alguien a quien criticar y con esto se da por sentado que nos ha sido ofrecido algo para criticar conjuntamente, nuestra vida insulsa y, sobre todo, nuestras insulseces. El resto repugna al público, que sólo conoce un placer: el autoerotismo, el desove de la charla, el placer al cual se entregan a causa del periodista.

El amor perfecto

El amor perfecto consiste en amar a quien nos hace desdichados, pero ningún hombre puede exigir que se le ame así. Dios lo puede; ésta es la naturaleza de la infinita Majestad. Y para aquél que ha sido religioso en el sentido más rígido, para él ha sido ciertamente verdad que, en tanto que amó a Dios, ha amado a Aquél que lo ha hecho, humanamente hablando, desdichado en esta vida... ¡aunque también dichoso!

Carezco de fuerzas suficientes para comprender de ese modo la cosa, y mucho temo enredarme en el más peligroso de todos los lazos: en el de volverme meritorio a mis propios ojos. De todas maneras, quien es religioso en el sentido más estricto, ha superado también ese peligro.

Un rasgo de mi padre que merece ser retenido

Un día volqué un salero sobre la mesa. Mi padre, que era irascible e impulsivo, comenzó a regañarme de tal manera que llegó hasta a decirme que yo era un hijo pródigo y otras cosas por el estilo. Protesté entonces y le recordé un antiguo episodio familiar, cuando mi hermana Nicolina rompió una sopera de valor y mi padre nada dijo fingiendo no haberse enterado. Me respondió: —Y bien, mira, ése era un objeto precioso y no hacían falta los regaños. Tu hermana se daba perfecta cuenta de que era un daño. Pero cuando se trata de una cosa insignificante, entonces es preciso el regaño.

Esta historieta contiene algo de la grandeza de la antigüedad; esa objetividad que no regaña, según la impresión individual, sino de una manera puramente objetiva, según la necesidad del reproche.

La relación con Dios

Niégate a ti mismo, de ser posible de la manera más íntima y sincera durante setenta años, más íntima y más sincera-

mente que mil cristianos juntos; trabaja, posiblemente más que mil mártires, siempre será por la gracia por lo que has de salvarte, así como la gracia salva al mayor pecador.

En ese sentido podría parecer indiferente hacer una u otra cosa; ¡claro que si fueses un monstruo!

Pero si Dios no fuese tan infinitamente elevado, no sería Dios; sería más o menos indigente, mientras que, en cambio, es la Gracia.

El error consiste en que te compares con los demás: pero ante Dios la cosa es infinitamente simple.

La razón por la cual el vínculo matrimonial se vuelve insoportable para aquellos que quieren separarse, se debe al hecho de que la separación sea posible: si fuese imposible, todo andaría mejor.

El vendedor de palomas sabe que si toma dos palomas entre las más irreconciliables (¡pero macho y hembra!) y las mete en la misma jaula, acabarán por acoplarse.

¡Cuán seguros son los actos de Dios! Con dos gallos sería imposible, se matarían; pero un macho y una hembra *deben* de adaptarse; cuando sea simplemente imposible que se separen, ya veréis cómo las cosas se arreglan por sí solas.

Las prédicas de Mynster, y yo

Yo he sido educado en las prédicas de Mynster; pero por mi padre, por un hombre ingenuo, simple, serio y severo a quien por nada en el mundo se le habría ocurrido actuar de una manera distinta.

Si hubiese sido educado por Mynster, entonces naturalmente habría aprendido que sería un utópico quien quisiera practicar el lunes, el martes y todos los días de la semana, etc., lo que está escrito.

¡Qué diferencia! ¡Ay! ¡Y qué sátira de Mynster que he resultado yo al fin y al cabo! Esto no se ve; pues la piedad que he heredado hacia él, la conservo intacta y ciertamente que me ha sido útil al impedirme que exagere; cosa por otra

parte extraña a mi naturaleza, porque es mi característica la circunspección al servirme de aquello que en un periquete podría causar arrebatos. Además, depende también de que hace mucho y muy profundamente, haya comprendido que represento a la excepción.

Mi casa

Cuando uno vive solo como yo, tanto más se circunscribe a su hogar y desea tener paz por lo menos allí.

¿Cómo es mi casa, ahora? En casa del curtidor de pieles el verano pasado sufrí de una manera indecible por causa del hedor y no tuve coraje para quedarme otro verano, aparte de que el precio total era demasiado caro.

Donde vivo ahora, sufro intensamente el reflejo del sol durante la tarde, de tal manera que en los primeros tiempos temí volverme ciego.

Y ahora se suman las preocupaciones por mi criado Strube; el hombre en quien tanto confiaba, que había heredado de mi padre y tratado durante veinte años, a quien consideraba uno de esos trabajadores sanos y fuertes: precisamente él, mientras está a mi servicio enloquece; es preciso internarlo en el hospital porque le ha atacado la manía de reformar al mundo entero, etc. Cuando uno está empeñado en una labor espiritual como la mía, desea disfrutar de un ambiente de familia, como el que imaginé que me proporcionaría Strube; ¡y ahora todas estas preocupaciones por su causa! ¡Verlo sufrir, aunque haya logrado calmarlo un poco; temer que la enfermedad retorne y que, luego, estando en mi casa, acaezca un hecho que comenten todos los periódicos!

¡Eso no es todo! No hace mucho tiempo (cuando todavía vivía en casa del curtidor), volviendo un día a mi hogar, noté que alguien debía de haber estado revolviendo en mi escritorio y en una de mis cajas, la de caoba; puede ser que yo mismo, al salir, haya olvidado cerrarla, aunque sea casi inconcebible; de todos modos resulta muy molesto. Tales cosas hacen que la casa se me vuelva desagradable, aunque uno

disponga, como en mi caso, de los más fieles servidores. Me era desagradable a causa de Anders[1], de Anders, que me había dado muchas satisfacciones.

Y cuando uno regresa a su casa fatigado, añadir a esto, a menudo herido por la brutalidad a la cual me veo expuesto a diario: ¡Oh, predicar el cristianismo en semejantes condiciones es muy distinto que ser pastor!

Y luego carecer de medios para continuar escribiendo: porque cuando me pongo a escribir, me olvido de todo.

¿Es la naturaleza humana cristianamente entendida una unidad o una dualidad?

Se habla mucho hoy día, y los filósofos naturalmente lo saben, de que la naturaleza humana es unidad —también mi hermano lo expone así en el pequeño artículo dirigido a la convención de los pastores—. En resumen, es por cierto un argumento con el que suponen hacerse fuertes como con un axioma, el de que la naturaleza humana es y debe ser una unidad.

Durante la última entrevista que mantuve con Mynster, le sometí la pregunta a propósito de Nielsen, del cual dijo: "A Nielsen no logro comprenderlo; me parece que quiere hacer del hombre una dualidad". A lo cual respondí: "Y bien: ¿y si fuera realmente así? ¿No es ése acaso, Excelencia, el pensamiento del cristianismo, la lucha que se entabla en cada hombre entre el hombre natural y el hombre nuevo, una lucha que ha de durar toda la vida?"

Le expuse mi punto de vista al respecto, más o menos en los siguientes términos:

La categoría de la relación entre el hombre y lo humano es la que mejor entiendo cuanto más pienso en ella. En la relación entre el hombre y Dios, la categoría en cambio es: cuanto más pienso en la divinidad, menos la entiendo. Dos calidades heterogéneas no pueden jamás, en virtud de su mu-

[1] *Anders, criado de Kierkegaard.* (N. DE LA T.)

tua relación continuada, convertirse en homogéneas: su diferencia de calidad, la heterogeneidad se hace por el contrario más evidente. Toda religiosidad sincera, es por eso mismo en cierto sentido una regresión, vale decir, nunca un progreso directo. Cuando era niño creía estar más cerca de Dios; a medida que avanzo en edad y descubro que los dos somos infinitamente diferentes, tanto más hondamente experimento el infortunio, y por consiguiente, *in casu*: tanto menos comprendo a Dios, es decir, me resulta cada vez más evidente cuán infinitamente sublime Él es.

Por lo tanto: cuanto más progreso en lo relativo a pensamiento, inteligencia y comprensión, tanto más natural se me hace el deseo de querer comprender cada vez más. Pero he aquí que entonces menos comprendo a la divinidad (a causa de la relación inversa entre las calidades). Y cada vez que esto ocurre, parece como si el cristianismo se me pusiera al lado para decirme: "¿Acaso quieres abondonarme?". El creyente responde: "¡Oh, no! Claro que quiero creer. Tal es la potencialidad de la fe: cuanto menos comprendo, con tal de creer, más intensa será la fe".

Pero la cristiandad es vanidosa, quiere sustraerse a esa cruz, a la humillación de confesar llanamente que la propia vida consiste en cosas que no pueden comprenderse. De esto un adulto se avergüenza, especialmente en nuestros tiempos especulativos y cuanto más especulativo sea uno: entonces se sustituye a la profundidad por la especulación, para esquivar la cruz.

Y la cristiandad es cómoda: por eso su tendencia a la unidad. Se convierte a la categoría cristiana, a lo que debe valer para toda la vida, en un momento transitorio, en un "pasaje". Al principio resulta incomprensible, pero poco a poco..., etc. Es decir: se hace entrar de contrabando el deseo del hombre natural de querer comprender, ¡obteniendo así la auspiciada unidad del propio ser y las comodidades! Porque con esta unidad desaparecen las inquietudes y la aspiración, el temor y el temblor que han de valer para toda la vida.

Que la dualidad sea esencial a la naturaleza del hombre,

es resultante por otra parte del principio mismo de que Dios debe ser un dominador absoluto. Observad a un tirano que entienda de veras del placer de dominar. ¿Acaso se contenta con dominar de una manera directa? No, para gozar del placer del dominio, inculca una dualidad a los demás hombres: se transforma a sí mismo en algo incomprensible y justamente por esa inaccesibilidad obtiene de los otros una adoradora dedicación. En las relaciones de hombre a hombre esto constituye una impiedad. Pero Dios no puede hacer otra cosa: Dios no puede ser el superlativo absoluto de las cosas humanas: Él es diferente cualitativamente. De aquí deriva ante todo la incomprensión que crece con el desarrollo de la razón humana, y así también, a su vez, adquiere poder la fe que cree contra toda razón humana...

La metamorfosis de Lutero

Los contemporáneos de Lutero, especialmente aquellos que estaban más cerca de él, le vieron como a un héroe de la fe, víctima primero de la melancolía, y luego presa de los escrúpulos más horrendos: como a un hombre piadoso, y como tal esencialmente un extraño en el mundo.

Al poco tiempo concibieron una idea distinta: lo vieron como a un héroe político y el santo y seña con el que lo recordaban fué: —¡Escúchame tú, Papa, yo seré!..., etc.

Pero mudaron de opinión, una vez que el Papa fué vencido; lo concibieron entonces como a un hombre mundano, amante de los placeres de la vida; el santo y seña, ya sea del clero, ya sea de los laicos, fué entonces:

—¡Quien no ama a las mujeres, al vino y los cantos!...

De una manera muy popular se podría decir hoy que la importancia de la reforma consiste en que Lutero haya restablecido en sus derechos, dentro de la Iglesia cristiana, a las muchachas, al vino y a los juegos de naipes como elementos integrantes; más aún, como a la verdadera perfección, ¡en contraste con la imperfección que existe en la pobreza, la oración y el ayuno! En tal sentido su memoria se

podría celebrar mejor con el siguiente brindis, cantado en coro por el clero y los fieles:

"¡Brindemos por Martín Lutero! ¡Viva Lutero!

"¡Humillado sea aquél que se niegue a beber en honor de Martín Lutero! ¡Viva Lutero!

"¡Éste sí que es un verdadero brindis! ¡Viva, viva Martín Lutero!".

También se podría, para guardar su memoria, hacer que su retrato se convirtiera en la sota de espadas. Alzar columnas en su honor no basta, dar su nombre a uno de los días del año no basta. No, convertidle en la sota de espadas, ¡y no habrá eclesiástico que no tenga motivos para no recordar a menudo a Martín Lutero y a la Reforma!

Cristianismo. Judaísmo

Tan sólo en esto se puede ver su heterogeneidad. El judaísmo presenta a la vida de familia como una forma del temor a Dios: el cristianismo deshace todo vínculo contraído en virtud de lo absoluto del vínculo con Dios que puede llevar hasta aborrecer al padre y a la madre (*Lucas,* 14-26).

El judaísmo es un temor a Dios que tiene su patria en este mundo, el cristianismo es el ser ajenos a este mundo (*Hebreos,* 11-13).

Para el judaísmo la merced del temor a Dios es la bendición en este mundo, para el cristianismo es el odio a este mundo.

La colisión que el cristianismo anuncia que introducirá en el ámbito mismo de la piedad, el judaísmo debe considerarla como impiedad; por lo tanto, lo más lejos posible de ser una expresión del temor a Dios.

Las bodas de Cana. (*Juan,* 2-1 y sig.)

La cristiandad se ha afanado de un modo espantoso con estas bodas, pretendiendo demostrar vaya a saber qué cosas.

Ante todo, la circunstancia de que Cristo estuviera presente en la boda no prueba nada con respecto al matrimonio. Como Maestro, era su obligación estar en todas partes, dispuesto a buscar la oportunidad de enseñar. Porque no era Él un profesor que lee a ciertas horas *ex cathedra*, dispensas... Por lo tanto, nada significa. Por otra parte, por el hecho de que Él participara en convites con fariseos se podría demostrar que Cristo era defensor de los convites y de los fariseos.

"Pero cambió el agua en vino para alegrar a la compañía". Muy cierto. Mas sabido es que Su Madre debió forzarle y que primero Ella soportó un reproche; Él, pues, no estaba muy dispuesto a hacer el milagro.

Si a juzgar por este hecho se debiera pronunciar uno acerca del pensamiento del cristianismo a propósito del matrimonio, deberíamos decir: el matrimonio se vincula con el cristianismo como María con el milagro; en el fondo, el cristianismo no quiere mezclarse en ese asunto; se mantiene indiferente, sea que te cases o no te cases. Pero la mujer ruega para que así sea, y entonces el cristianismo cede y por un momento concuerda con la idea de la mujer sobre el matrimonio.

Notas minúsculas

El 9 de agosto de este año (aniversario de la muerte de mi padre) era viernes. Comulgué.

La prédica de Lutero que me tocó leer ese día era bastante extraña, sobre un versículo de Santiago: "Todo don es bueno y perfecto..." (*Santiago*, 1-17.)

El día en que mandé el manuscrito a la imprenta, la prédica de Lutero que me tocó leer era sobre el texto de San Pablo: "Las tribulaciones de estos tiempos..." (*Romanos*, 8-18.)

Extraña coincidencia: me ha impresionado profundamente, dado que no recuerdo con anterioridad la prédica que me toca leer.

El 8 de setiembre (aniversario de mi noviazgo) cae en

domingo este año y el Evangelio es: "Nadie puede servir a dos amos a la vez" (*Mateo,* 6-24, 33).

Sobre el pudor en relación con la sexualidad.

Montaigne dice que es extraño que se considere como despreciable a una cosa a la que todos debemos nuestra existencia. Piensa que el pudor es más bien una reserva excesiva. Así han pensado no pocos espíritus fuertes.

Pero a ello es preciso responder lo siguiente: sólo en parte el hombre debe su existencia al acto de la generación. Existe también un momento creativo que debe ser atribuído a Dios. Con el ser humano no acaece lo mismo que con los animales entre los cuales cada criatura es sólo una copia. Quien verdaderamente se convierte en espíritu (porque cada hombre está destinado a ser espíritu) asume de una vez toda su naturaleza al elegirse a sí mismo, como digo en *O lo uno o lo otro* y al reducir el acto de la generación a mera función inferior.

¡No es maravilla entonces que se sienta pudor con respecto a la sexualidad! Los que procrean representan tan sólo el aspecto más bajo, se expresan a sí mismos en el momento del acto de la generación, están determinados por el aspecto más bajo de su naturaleza, o mejor aún por el punto extremo de la síntesis, en la dirección del alejamiento del espíritu. Pero precisamente esta conciencia de alejarse del espíritu es lo que constituye el pudor. El espíritu consiste en el pudor, o más bien el pudor está en que uno se siente espíritu. El animal no siente pudor ni tampoco el hombre bestial: cuanto menos uno es espíritu, tanto menos es púdico.

De mí mismo

Hay en mi naturaleza una dualidad. Estoy (creo poder decirlo sin exageración) en posesión de una prudencia y de una inteligencia eminentes; pero ¡ay de mí!, soy también un hijo de la época por cuanto no soy reacio a hallar una cierta satisfacción en ser el más inteligente.

Así, en cualquier caso entiendo cuál es el partido más

prudente. Pero luego hay en mi fuero íntimo un entusiasmo, un melancólico titubear acerca de los grandes Modelos que demuestran cómo la verdad debe sufrir, no logro persuadirme de actuar con astucia y hago todo lo contrario.

Es por esto, según creo, que mis acciones son tan intensas, pero también me cuestan un esfuerzo inmenso. Aún por el hecho de que mi responsabilidad sea tan grande, pues he visto claramente cuál era el partido más prudente.

Éstos sí que son actos de fe; pero a la vez están expuestos en los momentos de flaqueza, a convertirse en blanco de los escrúpulos.

Clara Raphael[1]

Crítica

Una señorita. Nombre completo: Clara Raphael. Edad: veinte años. Aspecto: gracioso. Religión: librepensadora. Profesión: gobernanta en casa de un superintente. Carácter original, como lo dice ella misma, su amiga Matilde, y muchas respetables señoras y señores de la vecindad en el lugar donde trabaja como gobernanta...

Concibe una idea no menos original... "Quiere ser original". ¡En realidad es algo original de veras!

Según parece, ella misma considera esta determinación asaz mediocre, y empieza a dar vueltas buscando una idea para la cual ha de vivir y además permanecer soltera, porque no quiere casarse.

¡He aquí a la idea: la emancipación de la mujer! Todo acaba ahí. Por sus cartas no se logra saber nada más concreto acerca de esa idea, cosa bastante original. Si la idea fuera más

[1] *Editado por I. L. Heiberg. Su autora, la señorita Matilde Fibiger fué quien, como jefa de enfermeras del Frederick Hospital, atendió solícitamente a K. durante su última enfermedad. Emil Boesen, amigo y confidente de K. en su juventud, cuenta en el* Diario de la última enfermedad *cómo Clara Raphael fué afectuosa con K. hasta el momento de la muerte.* (N. DE LA T.)

concreta, podría ser que la compartiera con alguna otra persona: pero ella se ha asegurado la privanza de su originalidad.

Y aunque la idea por ella elegida a causa de su infinita abstracción, no parece en modo alguno que pueda impedirle el matrimonio (ojalá con un viudo con diez hijos). Clara Raphael, sin embargo, permanece inquebrantable: no se casará, vivirá para su idea. Originalidad casi incomprensible. Pues cuanto menos molestias proporcione una idea, mayor será la originalidad al mantenerse firmes. Pero, claro está, cuando la idea no es tan abstracta, es decir, vacua, entonces al final la idea se vuelve decisiva para uno; y no se trata tanto de decidir no casarse, puesto que no habrá tiempo para pensarlo, ya que la idea colma por completo a ella y a su tiempo.

Un día comulga, algo muy original también para una tal librepensadora... y hace voto a Dios de que quiere vivir por su idea; un voto con el cual, por cierto, ha puesto a Dios en una situación embarazosa debido a la originalidad de su idea, es decir, de su absoluta carencia de ideas, al fin y al cabo.

Pronunciado el voto, regresa a casa y al instante se enamora. Pero Clara no es tan sólo virtuosa como su Charles, es una heroína: no se casará.

Sufre tanto debido a esta resolución, que enferma; nadie sabe cuánto sufre ella, dice su amiga más íntima; y como nadie está más cerca que ella para saberlo y ella no lo sabe tampoco, en verdad entonces nadie lo sabe.

No, al claustro no quiere pertenecer, quiere vivir para la idea y hela aquí convertida en fundadora de una orden novísima: se casa, en efecto, con su amado... ¡pero como hermano y hermana!

Verdaderamente es un tipo de claustro original.

Una observación más acerca de esta idea original: ¡un matrimonio entre hermanos! Como la frase habitual de las novelas: "lo estimo mucho pero no puedo amarle", así también dice Clara: "puedo amarlo sólo como hermana". Por lo general, esto indica que una pareja no se casa. No es tan original como para que no se lo comprenda. Pero que esto signifique matrimonio es un hallazgo ciertamente original, un

hallazgo casi indecente, como todos estarán de acuerdo conmigo, por cuanto él, por otra parte, está muy lejos (lo mismo que yo) de ser tan puritano como para considerar (como el señor Zierlich) que es indecente que dentro de un armario cuelguen juntas ropas de hombre y de mujer. Si seguimos por este camino, dentro de poco una pareja de hombres deseará que le impartan la bendición nupcial, lo cual no es menos indecente que casarse para vivir como hermano y hermana.

El libro tiene una particularidad: un amplio prólogo del editor (dócil servidor del sistema, inolvidable autor de premisas; más tarde, aunque no abiertamente, profesor llevado a las estrellas de un modo astronómico, ahora propugnador y patrono del claustro... ¡del claustro de Clara Raphael!), el señor director del Teatro, Consejero de Estado, Caballero Heiberg. En su prólogo hace todo lo posible para demostrar que el libro es una obra extraordinaria, lo peor que podía hacer para sí mismo y para el libro. Demuestra que la concesión protestante en materia de claustro es...: ¿cuál?, ¿la de casarse? No, esto no, no la de casarse como hombre y mujer, sino como hermano y hermana; en resumen, lo que el protestantismo entiende por claustro es un matrimonio teatral: un matrimonio dentro del cual se vive célibe por una idea.

Pero el mérito del descubrimiento y de haber introducido la idea en el mundo, el editor lo concede incondicionalmente a su cliente, Clara Raphael; se reserva tan sólo algunas posibles objeciones, como por ejemplo, en contra de la doctrina de Clara Raphael sobre la Trinidad.

Tal vez Heiberg contaba con que el profesor Martensen se viera impulsado, por esta muy importante contribución al dogma de la Trinidad, a tratar el tema más a fondo. Porque es imposible que esté de acuerdo con ella en lo del claustro así proyectado, un claustro de mescolanza, por no decir de ayuntamiento; dado que el profesor Martensen, según su dogmática, transporta la vida claustral al otro mundo, donde nosotros los muertos nos abstendremos del matrimonio más rigurosamente que Adán, antes de la creación de Eva.

Si nadie quiere asumir la tarea de poner en guardia contra la invasión de esta coquetería estética en el dominio de la religiosidad, yo, de todos modos, no me he quedado mano sobre mano.

Arrepentimiento

El terror de la culpa, el pecado, no es por cierto más fuerte en el primer momento. Por el contrario, lo es luego de haber pasado un tiempo y de haber acaecido un progreso en el bien: cuando un hombre en circunstancias semejantes, tal vez por azar, se entera o lee algo a propósito de otro hombre, reo de la misma culpa, quien se ha perdido; entonces despierta el terror. En el primer momento de la culpa el pecado tiene poder de autoconservación; y en cierto sentido, esto le da fuerzas, fuerzas físicas, fuerzas de la desesperación, para que no repare en la culpa.

La charla engendra a la charla

Cuando en alguna reunión social entra alguien que posee una competencia verdadera acerca de un tema cualquiera, sobre el cual quizá, todos quisieran discutir, la conversación cesa de golpe; las gentes enmudecen, lo dejan hablar mostrando un severo ceño, porque perciben su superioridad. En cambio, cuando entra alguien que apenas si sabe abrir la boca, demostrando al instante que no conoce un ápice más que los otros, entonces se entablará una animada conversación.

Y así también en situaciones mayores, en la literatura: una obra de valor no tendrá crítica ni mención alguna, en tanto que a lo que a la mediocridad se refiera, se le hará publicidad en todos los periódicos. Pero la obra de valor sólo será objeto de envidia secreta.

22 DE ENERO DE 1851 AL 30 DE AGOSTO DE 1852

Lo viejo. Lo nuevo

Es VERDAD que lo que digo es algo muy anticuado. Pero, poned atención, que después del año cuarenta y ocho se está volviendo muy reciente.

"Constricción de conciencia"

Ninguna otra palabra, en materia de seriedad, es tan astuta, pues es tan inmensamente obligante.

¡Es tan fácil... tan solemne, reclamar a la conciencia y lamentarse de presiones sobre la conciencia!

Pero, ¡cuidado!: lamentarse de presiones sobre la conciencia puede muy fácilmente ser una autodenuncia.

Puedo, por ejemplo, lamentarme de que mis zapatos me ajusten, sin denunciarme a mí mismo como culpable, porque en este caso probablemente el culpable será el zapatero.

Cuando uno dice que siente una presión sobre la conciencia y no puede hacer otra cosa que lamentarse, se trata con seguridad de una presión exterior; esto es verdad. Pero por otra parte, además, la libertad no ha reaccionado lo suficiente como para proponerse arriesgarlo todo. Porque si he procedido así, si he arriesgado absolutamente todo, estoy en buenas relaciones con mi conciencia.

Pero, por lo general, las cosas suceden de la siguiente manera: uno siente un peso pero no está dispuesto a arriesgarlo todo, y entonces se lamenta; es decir, se traiciona a sí mismo mostrando que al fin y al cabo se trata para nosotros de un problema de conciencia.

Indicio psicológico de un problema de conciencia

Quien padece un problema de conciencia, no sólo no busca la ayuda terrenal, evitar los peligros, hallar el modo "más fácil", sino que sale al encuentro de los peligros. Se crea por sí mismo la dificultad, escoge el modo más difícil. Porque le preocupa sólo una cosa: la duda de haber cometido tal vez un error, que el asunto no sea un problema de conciencia; y a fin de aclarar esta duda, los peligros ayudan.

Cuando falta ese síntoma, no existe en el más riguroso de los sentidos, un problema de conciencia.

Tranquilo como un funcionario de banco, que a la menor señal nota que el billete es falso... así digo yo tranquilamente: cuando falta ese síntoma, falta también el problema de conciencia. Pero no digo luego: ¡cuando el síntoma existe es absolutamente seguro que existe un problema de conciencia!

La Ética de Fichte

Esta fraternidad será el pretexto para que desaparezcan la propiedad, el matrimonio, la familia y la diferencia misma de talento y de habilidad personal: "El amor fraternal será proclamado de improviso como fuerza revolucionaria, liberadora: ¡una contradicción muy rara!"

Y nos demuestra que el derecho es lo que nos vuelve iguales en este sentido y no el amor.

Habría pedido decir, con mayor energía, que el amor es justamente aquello que conserva la diferencia, puesto que no procura la propia ventaja, sino la del prójimo: por el contrario, le alegra que el prójimo la alcance, o que posea algo que yo ni soy ni tengo. (I *Corintios,* 13-4.)

Pero la más tremenda mistificación de los tiempos modernos es la de que el egoísmo pase por amor, de tal manera que muestre exigencias en lugar de ser quien da. Amor consiste en decir: aunque los otros tuvieran tales y tales ventajas y yo no, aunque fuera el único que no las poseo, me sentiría contentísimo por los demás. Egoísmo consiste en decir: si yo no tengo esta ventaja, que nadie tampoco la tenga.

Y vemos otra vez que la mentalidad moderna se reduce a esa desdichada caricatura de la religión que es la política...

Pero la política es el egoísmo disfrazado con la máscara del amor, es el más tremendo de los egoísmos, el propio Satanás con figura de ángel luminoso (II *Corintios* 11-14). Sí, en verdad, el favorito debería decir: todo me lo quitan, pero por lo menos que tengan la honestidad de no hacerlo en nombre del amor.

A menudo nos horrorizamos ante la crueldad refinada, con que en otros tiempos el poder eclesiástico entregaba un hereje al brazo seglar a fin de no mancharse las manos con sangre, llegando hasta suplicar que se evitase el derramamiento de sangre; ¡lo cual significaba que el condenado habría de ser quemado!

¡Oh! ¡Pero no hay menos refinamiento cuando el más tremendo egoísmo, ese demonio desencadenado, se hace pasar por amor y exige, en tanto que todo lo nivela, que lo adoremos y que lo veneremos... como amor!

Hombre. Mujer

Así como la tentación de la mujer estriba en abusar de la astucia (por ejemplo, engañar), así también el hombre está expuesto a la tentación de abusar de la fuerza.

En el fondo, éste es un cumplido que se hace a la mujer indirectamente, una manera de admitir que en lo relativo a astucia ella es el sexo fuerte y que la culpa de la mujer se revela siempre con más fuerza que la del hombre.

La libertad

Tanto San Agustín como muchos modernos han demostrado que es ilusión el concebir a ese libre arbitrio en abstracto *liberum arbitrium;* como si un hombre en todo momento de su vida se hallara siempre provisto de esta posibilidad abstracta, de manera que en el fondo no se movería jamás del puesto; como si la libertad no fuese al mismo tiempo un estado histórico.

Me parece que esto puede aclararse de una manera muy sencilla. Pensad en una balanza de precisión: luego de haber sido usada aunque sólo sea durante una semana, ya tiene historia. El propietario está ahora al corriente de este hecho histórico: que la balanza tiende a inclinarse hacia uno u otro lado; una historia que prosigue según el uso que de ella se haga.

También la voluntad tiene una historia, historia ininterrumpida, que puede hacer que un hombre pierda al final hasta la facultad de poder elegir. Aquí no acaba la historia. Porque, como dice muy justamente San Agustín, ese estado es el castigo del pecado, y también es pecado. El concepto del pecado nos atrapa de todos modos. No se trata de un hecho exterior, es decir, que el castigo consista en otra cosa; no, el castigo (la recaída), aunque sea un castigo, es a su vez otro pecado.

Lo interesante y la delincuencia: una reduplicación de una existencia delictuosa

No se presta suficiente atención a que, así como todo progresa en el ámbito de la reflexión, otro tanto acaece en el del delito.

El tipo de un delincuente similar reflejo es, por ejemplo, el siguiente: se trata de un joven culto, dotado de cultura científica, musical, sensible a todo género de impresiones, que escribe poesías, y frecuenta los salones; en resumen: es "interesante". Las mujeres hallan en él una esfumatura de

melancolía y cuando a veces se murmura: "Éste debe haber hecho algo...", las mujeres opinan que debe tratarse de una cosa pasada hace ya muchos años y que de ahí proviene su melancolía, pero que ahora es honesto y amable "¡y tan melancólico!".

Así es el hombre. Pero es preciso vivir, más aún, llevar un tipo de vida en gran estilo. De modo que ha hallado un modo de ganar dinero; por ejemplo, en secreto dirige una pequeña banda de ladrones a la que dedica cierto tiempo, se ocupa personalmente de sus asuntos pero en secreto, reservándose del 30 % al 50 % del botín. No puede ser de otra manera. Así como un funcionario trabaja durante ciertas horas por día, como un comerciante negocia a su modo, así también su oficio es el de procurarse de esa manera el dinero, porque dinero necesita, y mucho.

La idea (del delito) en el fondo no existe para él; en virtud de un endurecimiento demoníaco, ha tomado definitivamente ese camino; es preciso calcular tantos delitos por año para vivir como un elegante señor. Cuando de ello se trata no vacila. Para todo lo demás, procura ser amable, agradable y disfrutar de la vida de la alta sociedad.

La reduplicación consiste en lo siguiente: lleva una doble vida. Cuando uno imagina a un "talento extraviado", o a "un joven en el mal camino", a "un simple y perfecto delincuente", etc., ninguno de ellos lleva una doble vida. No, cuando el talento se extravía, se extravía en todas sus manifestaciones, etc. La reduplicación, en cambio, es la conciencia demoníaca: poder actuar, según una norma fija, como delincuente al tanto por ciento anual, y al mismo tiempo ser amable y culto, etc.

Un similar delincuente "reduplicado", naturalmente es de los más peligrosos; engañará a las mujeres, a la mitad de los hombres, y desorientará a los policías más expertos. Quien no le haya atrapado en flagrante delito, pensará: "Sí, antes se comportaba así, pero ahora es mejor. ¡Tiene tanto ánimo, es tan emotivo, culto, interesante y melancólico!

Pero no es de extrañar que un delincuente similar se vea

comprometido en ese tipo de crímenes que atañen a la policía, porque por una parte siempre existe algún detective experto en la materia, que sabe cómo la facilidad que esas gentes poseen para inducir a engaño los convierte en los más calificados entre los delincuentes, y por otra parte, siempre permanece vigente la idea de que se trata de crímenes auténticos.

Tomemos a un delincuente reduplicado de esta manera, pero no culpable de latrocinio ni de bandidaje: no, vive de la calumnia. Para eso se sirve de los periódicos. Ante todo, se protege con extrema prudencia, y luego calcula: "...necesito tanto y tanto para llevar una vida brillante. Lo ganarás con la calumnia. ¡Cuidado con tambalear!: es tu oficio, tu negocio; por lo demás, haz todo lo posible por mostrarte amable, agradable; trata de granjearte a la alta sociedad que frecuentas..."

No existe detective capaz de atrapar a un delincuente similar, ni tribunal que lo juzgue. En el fondo, la opinión pública lo hace todo. Y la opinión pública está formada por esos numerosos millares de hombres decentes pero ingenuos, y por esa clase de mujeres, etc., gentes que no entienden un ápice de reduplicación, incapaces por completo de pensar que pueda existir algo semejante, "que tan luego él...: ¡no, si es tan interesante, amable, bonachón, emotivo, melancólico, etc.!". Al final, la situación puede darse vuelta así: surge un sereno observador que con su mirada aguda descubre en él al delincuente y lo trata como a tal, pero he aquí que este observador es acusado de calumniador, acusado de sentir rencor por el amable...

¡Cuán pocos son los verdaderos expertos en el campo de lo demoníaco! Y justamente la reduplicación es demoníaca; lejos de constituir una excusa, es, por el contrario, lo tremendamente calificativo. Pero lo demoníaco tienta; y aún aquellos que conciben alguna sospecha con respecto a un hombre semejante, se sienten tentados, sin embargo, a suponerlo un hombre de bien, a considerar que existe aún en él un lado bueno.

Nota: Como es sabido, en general pocos son más buenos y generosos que las mujeres públicas, y nadie más propenso

al llanto que un delincuente: se trata de emociones que nada significan.

Nota: Y si luego acaece que la situación se torna de manera que un demoníaco semejante pueda obtener el mismo beneficio pecuniario que le es indispensable, por medios honestos, todos se regocijan como si se tratase de una conversión. ¡Sin duda, respira aire de conversión!

Pero apenas no pueda obtener por medios honestos los recursos y las influencias que desee, tal vez vuelva tranquilamente a las viejas prácticas. Porque lo demoníaco consiste precisamente en esa tranquilidad con que resuelve que necesita tanto por año para vivir y tales y tales apoyos. Eso ha de obtenerlo *à tout prix* [1].

Lo existencial

Cada vez que alguien existencialmente hace progresar un paso a la causa, sobreviene una generación de docentes y charlatanes que transforman el progreso en doctrina; es decir, que se retrocede.

Lo humano. Lo cristiano

"Lo humano y lo cristiano se identifican perfectamente": ésa es la tesis, el santo y seña de nuestra época. Pero es la exacta expresión de la abolición del cristianismo.

Voltaire, debe haber dicho que no creía en la herencia nobiliaria, hasta que no se le probara, historia en mano, que un niño había nacido con espuelas. Yo diré lo siguiente: hasta nueva orden, hasta que no se haya demostrado que ha nacido un niño que tenga como disposición natural la abnegación, mantendré la vieja persuasión de que lo humano y lo cristiano contrastan cualitativamente. Y lo de nacer con espuelas de que habla Voltaire, no es tan imposible, por lo menos no

[1] *A cualquier precio. En francés en el texto.* (N. DE LA T.)

existe en ello ninguna contradicción; pero que la disposición natural sea la abnegación, eso es completamente absurdo.

Sin embargo, así lo escriben ahora por todas partes. Uno escribe un libro sobre la unidad de lo humano y de lo cristiano; otro lo cita modificándolo un poco, etc.: ¡puras monstruosidades! Nadie piensa en hacer por cuenta propia este ensayo inocente: cerrar tras de sí la propia puerta, y hablando de tú consigo mismo, preguntarse: ¿pero será acaso verdad?

Sócrates

¡Cuán natural es! Primero se ocupa de la naturaleza (estudios naturales, de astronomía y otras materias similares): luego pasa a ocuparse de los hombres como moralista y aquí se detiene.

Ahora se procede al revés. Comienzan con los hombres, y luego, aburridos, se dirigen a la naturaleza. Ejemplo: Rousseau.

De mí mismo

El domingo 18 de mayo prediqué en la iglesia de la Ciudadela. Versaba mi primer y querido texto sobre el capítulo I de la Epístola de Santiago. Hablaba también, lo confieso, pensando en "ella"; *ítem,* suponiendo que ella habría sentido placer en escucharme.

Al principio sufrí mucho por cualquier esfuerzo, como me acaece cada vez que debo emplear mi personalidad corpórea.

La prédica resultó bastante bien; pero mi voz era tan débil que en la iglesia se quejaban de que no lograban oírme.

Cuando regresé a mi casa me sentía bastante bien, excitado; había pensado en pronunciar algunas prédicas de ese tipo durante el verano, naturalmente que luego de una oportuna preparación.

Luego fué evidente que me reclamaban un tiempo desmesurado y que me fatigaba demasiado.

Entonces se me ocurrió pensar: Nunca podrás predicar *ex tempore.*

Esto me impresionó. Habría ensayado la solución extrema.

¿Qué acaeció entonces? El lunes me sentía tremendamente agotado.

Así transcurrieron varios días. No abandoné la idea de predicar *ex tempore* y de hacer resaltar la realidad cristiana existencialmente todo lo posible.

Pero sentía que el proyecto contrastaba con todo mi ser.

Me debilitaba cada vez más, pero no renunciaba por completo a la idea. Hube de renunciar, sin embargo, la vez siguiente.

Luego enfermé de veras. Ese dolor desdichado y penoso, que es el límite de mi personalidad, empezó a agitarse tremendamente, como no me había acaecido hacía mucho tiempo.

En determinado momento lo consideré como un castigo por no haber estado lo suficientemente dispuesto para aprovechar la ocasión.

Me sentí más mísero.

Al domingo siguiente, leí como de costumbre mi "Prédica" de Mynster; le tocaba el turno a la del "aguijón en la carne": "Y porque la grandeza de las revelaciones no me levante descomedidamente..." (II *Corintios,* 12, 7.)

Esto me impresionó.

Pero no quería renunciar a ese proyecto; creía que era mi deber esforzarme más. Y mi sufrimiento se hizo más intenso.

Recordé entonces que ya otra vez había intentado sobrepasar mi límite, y ahora descanso con las palabras dichas: "Y porque la grandeza de las revelaciones no me levante descomedidamente..." Mi tarea es la interiorización, hay en mí mucho de poeta.

El domingo diez y ocho, por la mañana, había rogado a Dios que algo nuevo naciera en mí (no sé cómo se me ocurrió). Además un pensamiento se me impuso: así como los padres educan a sus hijos y luego los llevan al bautismo, así también era éste el "bautismo" al cual Dios me conducía.

Y en cierta forma también esto fué verificado: que algo

nuevo ha nacido en mí, porque ahora comprendo mi tarea de escritor de otra manera, está ahora consagrada a difundir la religiosidad de un modo directo. Y he recibido ese "bautismo" según creo.

¡Oh, sobre todo me preocupaba por arriesgarme tanto a causa de la otra inquietud que me atormenta: la económica! Y temía tanto que fuese un error grave, en lugar de hacer algo en lo que a ello respecta, arriesgarme idealmente más allá del límite.

Dios, seguramente, otra vez hará que todo sea para mi bien. Él, a quien nunca podré agradecer bastante por todo lo que por mí ha hecho.

Lutero. Catalina Bora

Lutero no era un enamorado de verdad.

Pienso que pudo haber dicho a Catalina: "Querida niña, el matrimonio, como te he dicho, no debe ser otra cosa que un desafío a Satanás, al Papa y al mundo entero. Podrás darte cuenta así que muy bien podría casarme con tu cocinera. Pero lo importante es que se sepa que estoy casado. Podría casarme con el marco de una puerta también, si fuera posible, con tal de que pudiera considerarlo como a mi mujer, como a un matrimonio verdadero; ¡porque no deseo tanto el lecho conyugal, cuanto desafiar a Satanás, al Papa y al mundo entero!".

Por el contrario, alguien podría decir: "Mi querida niña, el hecho de que no me case contigo no debe afligirte. Ante mis ojos serás siempre lo único amable; ¡pero para desafiar a Satanás, al público, a los periódicos y a todo el siglo XIX, no puedo casarme!". [1]

El Ente

La causa de tan enorme confusión estriba en que cada uno quiere equipar al instante una teoría y obligar a los de-

[1] *Evidente alusión a la ruptura del noviazgo.* (N. DEL T. I.)

más. Apenas recibe una impresión del cristianismo, formula una teoría y como procede él, así deben de proceder los demás...

¡No! Es preciso subrayar que existe un libro que se llama el Nuevo Testamento. Yo me siento obligado así y así y ni teorizo ni obligo a los demás. Simplemente digo: así me siento obligado y así lo traduzco en la práctica.

La verdad no consiste en atraer a los demás para formar un pequeño círculo ni en ligarlos a mí o a mis teorías; la verdad consiste en manifestar que existe un libro que se llama el Nuevo Testamento y que cada uno por su cuenta y en presencia de Dios debe seguir sus preceptos.

Psicológico

El placer que experimentan las mujeres especialmente, cuando más ignorantes son, en aterrar a los niños con historias fantásticas, por ejemplo, "el ogro va a llevarte", etc., depende (sin tener en cuenta que es un medio para aquietar a los niños) del amor propio. Da placer, o es excitante ver al niño angustiado por algo que a nosotros no nos angustia, cuya nulidad percibimos claramente.

Cuando un hombre procede de ese modo, se verá que da al caso un tinte cómico. Pero la mujer posee un secreto vínculo que la liga a la angustia: la visión de la angustia infantil la excita.

Hegel

El lado honesto de los más encarnizados ataques llevados a cabo antaño contra el cristianismo, era éste: la esencia del cristianismo permanecía más o menos intacta.

El lado peligroso de la obra de Hegel consiste en haber desnaturalizado al cristianismo poniéndolo de acuerdo con su filosofía.

En general, es ésta la característica de la época de las luces. En lugar de dejar inmutados a los hechos y de decir

mejor: ¡no!, se cambian las cartas sobre la mesa y se dice: "Pero, ¡Dios mío, si estamos de acuerdo!".

La hipocresía de la inteligencia es infinitamente socarrona y por lo mismo es difícil tomarle la puntería.

Los acontecimientos de Francia

...Napoleón III no es un héroe, no es necesario demostrarlo. Una prueba existe, sin embargo; en la víspera del golpe de Estado, entre las dos y las cuatro de la madrugada, se paseaba inquieto y preguntaba al asistente y a los centinelas si no habían oído algo, es decir, la señal que aguardaba. El otro Napoleón, en cambio, podía dormir en vísperas de una batalla. Un héroe soporta intensamente su misión con tranquilidad, sin dejar traslucir cuánto le pesa. El nuevo Napoleón carece de calma intensiva, es como un jugador y demuestra la tensión de un jugador: no descansa en sí mismo como un héroe.

ENERO DE 1852

"El profesor"

En la antigüedad los filósofos eran una fuerza, constituían una fuerza ética, un carácter. El imperialismo se aseguró... pagándoles, convirtiéndolos en "profesores". Lo mismo acaece con la vida cristiana.

El profesor es un castrado: pero no ha perdido su virilidad "por el reino de Dios" (*Mateo,* 19-12), sino por el contrario, para acomodarse mejor en este mundo sin carácter.

¿Puedo comprender? ¿Quiero comprender?

Dentro de la esfera de la intelectualidad, y con respecto a todo lo que en ella va comprendido, debemos preguntarnos: ¿puedo yo comprender? Lo importante es comprender. Las diferencias entre hombre y hombre tienen aquí cabida; uno puede comprender más que otro, comprende más fácilmente, es más ágil, etc., tiene más genio y talento y si yo no poseo esta diferencia, entonces no hay nada que decir.

Dentro de la esfera ética y éticorreligiosa, la fórmula es: ¿quiero comprender? Aquí, por lo tanto, no hay diferencias.

Dentro de la esfera ética y éticorreligiosa, sobre todo, no se puede admitir que haya algo acerca de lo cual se deba

preguntar: ¿puedo yo comprenderlo? Al instante mismo la ética se desnaturaliza, pierde autoridad, se introduce el aflojamiento.

La ética no puede tampoco valerse de la esfera de la inteligencia, diciendo: ahora trata de aspirar, luego lograrás comprender seguramente: ten un poco de paciencia y ya verás cómo llegas a comprender alguna vez, etc. No, no: todo lo que sirva para la inteligencia, no tiene valor ético, excede del campo de la ética. La ética sólo puede ser servida al estilo policial: ¡canalla! ¡Tú eres quien no quiere comprender, pedazo de hipócrita! O por medio de la ironía que hábilmente recela la trampa...: podrían muy bien comprender, ¡pero no quieren!

Por eso mismo, ¡qué abismo de astucia es la construcción de una ciencia en el ámbito ético y éticorreligioso! ¡Qué abismo de astucia hay en decir que las prédicas, para satisfacer a las exigencias de la época, deberían de haber comprendido a la nueva filosofía moderna! Pero, claro, la exigencia de la época estriba precisamente en ser dispensados de la exigencia de la ética. Entonces es mejor aplicar la ciencia, quien con elegancia obra en dirección a la intelectualidad: hacia el poder comprender.

Amor y Psiquis

Justamente hoy he releído el cuento de Apuleyo. La cuarta prueba a la que Venus sometió a Psiquis, fué la de ir en busca de la caja de Proserpina; y los peligros que la acechan en el camino, provienen en su mayor parte de las visiones y de los objetos que pretenden despertar su compasión y de este modo distraerla y retenerla.

Esto mismo lo he observado en otras leyendas; es decir, que con respecto a lo extraordinario, a aquello que según los griegos es el "riesgo divino", lo que retiene o mejor aún lo que intenta retener al hombre, proviene de la compasión.

Y con mucha justicia. Porque los peligros, y todo lo que está en conexión con ellos, asustan a los hombres comunes y

les hacen retroceder. En cambio, los valerosos los sobrepasan. Ellos no se asustan ante los peligros y otras cosas similares. Pero he aquí que nace la tentación bajo la forma de la compasión. Y así, pues, el valeroso generalmente acaba por ser el mejor dispuesto para compadecerse de los demás. Los hombres, en general, tal vez no se dejan retener tan fácilmente por la compasión, cuando tienen coraje para afrontar el peligro; pero el valeroso precisamente es también el más débil, cuando se trata de demostrar compasión.

Supongamos que sea preciso introducir una idea. La táctica del hombre común consiste en apartarse de un riesgo semejante, por temor al peligro; se horroriza y preferiría mejor contentarse con seguir siendo un hombre común. Surge el valeroso. Éste, es verdad, no se espanta ante el peligro. Pero —cuando la compasión lo asalta—, ante el pensamiento de que algo semejante no pueda llevarse a cabo sin que algunos sufran por ello. . . : ¡entonces sí que tiene escrúpulos!

La ley de la existencia

Primero acaece la vida; luego, un poco o mucho más tarde (pero más tarde) tiene lugar la teoría; no viceversa, primero la teoría y luego la vida. Primero el arte, la obra de arte, luego la filosofía del arte, y así con todo.

Por lo tanto, primero acaece la vida y después la teoría. Luego por lo general sobreviene una tercera cosa: el intento de crear la vida con la teoría, o mejor aún la ilusión de reanudar la misma vida anterior con la teoría, es decir, de reanudarla de una manera fomentada. Ésa es la parodia (todo concluye en una parodia), y así acaba el proceso; se hace necesaria entonces una nueva vida. Tomemos ahora al cristianismo. Hizo su aparición en el mundo como vida; puro heroísmo que todo lo arriesgaba por la fe.

El cambio sobrevino esencialmente apenas se consideró al cristianismo como doctrina. La teoría pura consistía en tratar DE aquello que se había vivido. Pero alguna fuerza vital exis-

tía aún, y por lo mismo tenían lugar a menudo discusiones a ultranza alrededor de la "doctrina" y de los dogmas.

Mas la doctrina se convirtió cada vez más en la categoría más adecuada de la existencia. Todo se volvió objetivo. Ésta es la "teoría" del cristianismo.

Luego siguió un período durante el cual se creía posible reproducir a la vida en virtud de la teoría: éste es el período del sistema, de la parodia. Ahora el proceso ha concluído. El cristianismo debe recomenzar como vida.

También la catástrofe del 48 tiene este sentido total.

Por esto es más fácil escribir una gramática de una lengua muerta: porque es cosa concluída. El anatomista debe trabajar con un cuerpo muerto, porque aunque pudiera *disponer* de un cuerpo vivo, éste sufre cambios continuos, está en movimiento. La garantía para poder elaborar una teoría estriba siempre en que el objeto "sea" o "haya sido", no en que "devenga". Parece como si la teoría contuviese algo más que la vida misma. Y en cierta forma es así, porque la teoría abraza a la totalidad, al conjunto de los detalles y de una vez, en tanto que la vida es pobre y sucesiva. Pero por otra parte, la teoría no contiene a la vida. Y esta seducción acaba por enredar a la teoría con la vana presunción de que podría ser capaz de crear la vida en una medida superior, aún esa misma vida que precedía a la teoría.

La dificultad de nuestra época

...Si habéis visto una nave hundida en el fondo fangoso, por ejemplo, de algún río, sabéis que casi es imposible reflotarla, porque es imposible que ninguna grúa halle un fondo lo suficientemente sólido para afirmarse. Así también la humanidad entera está hundida en el lodo de la inteligencia. Esto no provoca remordimiento sino por el contrario despierta complacencia de sí mismos y presunción, consecuencias inevitables del intelectualismo y del pecado intelectual. ¡Oh, pecados del

corazón y de las pasiones: cuánto más cerca estáis de la salvación que el pecado de la inteligencia!

Ser-en-sí-y-para-sí[1] *y mi tarea*

Tomo el Nuevo Testamento (anteriormente me he procurado el conocimiento más indispensable de la antigüedad clásica y no he descuidado del todo a los primeros siglos cristianos) y me pregunto: ¿cómo nos relacionamos ahora, cómo se relaciona ahora el género humano, con esa concepción de la vida contenida en el Nuevo Testamento? ¿No se ha producido acaso, un cambio cualitativo en lo referente al concepto de humanidad y de ser hombre?

Así es y es muy fácil verlo.

¿Cuál es, entonces, ese cambio? Que el ser-en-sí-y-para-sí, lo Absoluto, ha desaparecido por completo de la vida y que la "razón" lo ha sustituído. Así el ser-en-sí-y-para-sí, el Absoluto, no se ha borrado del todo pero se ha convertido para los hombres en una ridiculez, una exageración cómica, algo quijotesco que causaría risa si se lo pudiera ver, pero no se logra verlo porque ha desaparecido de la vida.

El en-sí-y-para-sí y la razón se relacionan entre sí en sentido inverso: donde está el uno no tiene cabida la otra. Cuando la razón ha penetrado por completo a todo y a todos, entonces el en-sí-y-para-sí ha desaparecido por completo.

En este punto nos hallamos ahora más o menos. Razón por todas partes. En lugar de enamoramiento incondicional, matrimonio de razón. En lugar de obediencia incondicional, obediencia en virtud del razonamiento. En lugar de fe, saber por la razón. En lugar de confianza, garantías. En lugar de riesgo, probabilidad, cálculo prudente. En lugar de acción, simples acontecimientos. En lugar del individuo, una camarilla. En lugar de personalidad, una objetividad impersonal, etc., etc.

[1] *El* An sich-und-für sich, *que en la terminología hegeliana indica lo Absoluto, pero que para K. recobra su genuino significado metafísico.* (N. DEL T. I.)

Pero el Nuevo Testamento representa justamente al en-sí-y-para-sí. Yo me pregunto entonces: ¿qué significa que finjamos que todo está en orden por el hecho de que nos llamemos cristianos según el Nuevo Testamento, cuando lo que es el nervio del Nuevo Testamento, el en-sí-y-para-sí, ha desaparecido de la vida?

De que existe una enorme inconveniencia, muchos se han dado cuenta. Quisieran salir del paso diciendo: "¡La humanidad ha crecido demasiado para adaptarse al cristianismo!".

Para mí es todo lo contrario: la humanidad ha retrocedido. (¿Acaso no es el matrimonio de razón una regresión —así fueran 170.000 sus razones y las mejores— en comparación con el enamoramiento?) Hombres tallados por el cristianismo ya no viven; se ha obtenido un término medio de individuos que representan un progreso para el género humano, pero ya no hay individuos que puedan imponerse como portadores del cristianismo.

Goethe, como representante de la moderna falta de carácter: los pecados de la inteligencia son más de temer que los demás pecados. El cristianismo evidentemente pone ahora su causa en manos de los jueces: será preciso remontar por lo menos hasta Lutero; será preciso ver en especial la manera como se lo sirve, la predicación objetiva que carece de carácter. Quizá pueda ser de utilidad mostrar la moderna falta de carácter en otro campo, por medio de su representante, Goethe, en cuyo caso no asume proporciones tan serias, porque Goethe no se presenta como un maestro del cristianismo, ni está obligado por ningún voto sagrado en virtud de la Ordenación y de la comunicación del Espíritu Santo, a enseñar el cristianismo.

El bautismo de los niños

Si se quiere conservar absolutamente el bautismo de los niños, sería preciso cuidar mejor que "el segundo nacimiento" se convierta en una categoría decisiva para hacerse cristianos.

Melancolía

En un himno se cita a aquel rico que ha reunido un tesoro a costa de grandes fatigas y que "no sabe quién habrá de heredarlo".

Así yo dejaré en pos de mí un capital intelectual nada pequeño; ¡ay!, sé también quién recibirá mi herencia; él, esa figura que me es tan inmensamente antipática, precisamente él, que hasta ahora ha heredado y que heredará además lo mejor de mí mismo: el docente, el profesor.

También esto forma parte de mi sufrimiento, el saberlo, y luego proseguir con toda tranquilidad con mi aspiración que me causará penas y fatigas y cuyo fruto, en cierta forma, será heredado por el profesor; digo en cierta forma, porque en otro sentido me lo llevaré conmigo.

La conducta de Dios para conmigo

Originariamente yo he estado en posesión de las condiciones exteriores requeridas para gozar de la vida: y a mí —esto es demasiado cierto— no me faltaba el deseo de querer gozar de la vida. Pero luego me fué otorgado un aguijón en la carne, una cruz; y no pude, por lo tanto, llegar a gozar verdaderamente de la vida jamás.

Cuando luego, poco a poco, las condiciones para gozar de la vida se fueron esfumando y fuí presa de las preocupaciones económicas, pensé entonces en la posibilidad de arrancarme ese aguijón de la carne. Habría podido así utilizar en mi beneficio las fuerzas y los dones concedidos y, humanamente hablando, es muy cierto que mi industriosidad personal habría logrado asegurarme aún las condiciones para gozar de la vida; y lo habría logrado todavía entonces.

Comprendí muy bien que había algo de inconveniente en este proyecto para mi vida. Pero como dije, lo he pensado. No acaeció así; nunca habría obtenido el consentimiento de mi conciencia para actuar en ese sentido. Si lo hubiera hecho,

si lo hubiera logrado, me habría convertido —desde el punto de vista cristiano— en un sofista.

No acaeció así, pues. Y ahora tal vez mi vida adquiera el cariz presentido. Ese aguijón en la carne tal vez me sea arrancado; pero para entonces no estaré en posesión de las condiciones para gozar de la vida; estaré entonces tentado por tales sufrimientos y tan avanzado en la vida que, por mí mismo, proscribiré la posibilidad del goce.

Y así deberé seguir otro *cursus*. El aguijón en la carne será removido y entonces me serán ofrecidas de improviso las condiciones para gozar de la vida, mejor dicho, me serán casi impuestas por la fuerza. Para entonces habrá avanzado tanto en la mortificación y tanto habrá madurado mi espíritu, que tendré la fuerza de decir libremente: no, no lo quiero.

Así fué como no llegué nunca a gozar de la vida. ¡Oh, Dios mío, tal era quizá tu determinación para conmigo! Quisiste obtener de mí algo mucho mejor que el despilfarro de la vida en goces y luego tener que arrepentirme durante toda la eternidad.

Pero al principio no podía ni comprenderlo ni hacerlo, y por eso mismo fué precisa la constricción, como cuando se aplica un tutor a una pierna rota. La educación consistió entonces en conducirme a fin de que pudiera un día hacer libremente aquello que antes sólo lograba hacer obligado por la fuerza.

El Ente

Aunque fuera comprendido, no podría desear la fundación de un partido. Me preocupa lo siguiente: ¿qué es la verdad? ¿Me remito yo a esa verdad?

Si fundara ahora un partido, lograría alcanzar poder terrestre; con esto quizá impediría que la existencia circundante me creara una situación que para mí se convierte en un examen. En vez de lograr saber algo acerca de la verdad y de mi relación con ella, lograría saber —cosa que sé de sobra y que me importa un pepino— que cuando uno posee un poder te-

rrestre, aumenta siempre el número de los que aceptan lo que uno dice y de este modo se acrecientan el poder y los beneficios terrenales.

Pero esto no me interesa. Mi problema en cambio es: ¿lo que he comprendido acerca de la verdad, lo traduzco con mis obras a la realidad, pero de manera que al darle realidad sirva al mismo tiempo para producir esa situación que muestra hasta qué punto yo me remito a la verdad? Por eso mismo cuido ante todo que no se vuelva imposible (por ejemplo, fundando un partido) la creación de ese estado de cosas. Fundar un partido no me sirve para descubrir la verdad y tampoco para probar mejor si me remito a la verdad; tan sólo me procura un poder terrestre.

Tal vez sea éste el objetivo principal de la vida de los otros y por eso mismo se muestran tan activos (con la etiqueta de la filantropía y de la simpatía) para fundar partidos.

Es extraño. ¿Acaso es eso amor y simpatía? Yo creía, en cambio, que amar era amar a los otros como a sí mismo; por lo tanto ayudarlos de la misma manera, en cuanto sea posible para un hombre hacer esto por otro, para que presten atención a la verdad, y para que se examinen a sí mismos, a fin de ver entonces si ellos se remiten a la verdad.

Mi relación con Dios

El pensamiento de hacer tal o tal cosa, o de sacrificar, de arriesgar esto o aquello —para servir a la causa de Dios—, un pensamiento semejante jamás me ha movido. Porque siempre he pensado que debía de haber cierto galimatías en la creencia de que un Omnipotente —para quien millones de mundos cuentan como un cero a la izquierda— tenga una causa para la cual sea de importancia que fulano o mengano hagan esto o lo otro.

No, eso no es posible para mí. Pero resulta mejor cuando imagino a Dios como a un examinador que dice: —Desearía de ti tal o tal cosa. — Con esto no quiero decir que todo se convierta en artificios vanos; no, debería servir de ayuda. Pero

el pensamiento de que Dios deba de tener una causa, y que el hombre fuese para ello, sin más ni más, Su cooperador, me parece de un infantilismo excusable en otros tiempos, pero que ahora se convierte en galimatías; porque equivale a decir que Dios debería tener una causa, en el sentido que Él sería entonces una parte, en tanto que lo es todo.

No, no es Dios quien tiene una causa, sino cada hombre quien tiene una causa con Él. Y Dios, con infinita elevación, lo contempla beato; y debido a la infinita totalidad del todo hace sufrir a un hombre, abrazándolo sin embargo con su infinito amor. Él espera que un hombre, por decirlo así, haga tal o tal cosa, que soporte esto o aquello porque eso forma parte del todo. Pero Dios no tiene una causa; a lo sumo se podría decirlo, por acomodación, como cuando el adulto para alegrar al niño participa de sus juegos. Pero Dios no tiene una causa, no la tiene en el sentido de que haya aún que librar una batalla, algo que a Él se refiera, de modo que resulte dudosa la victoria de la causa de Dios, del Omnipotente que infinita y eternamente, ha vencido por toda la eternidad y sin lucha.

No es posible negar que el pensamiento de que Dios posea simplemente una causa, que para Dios tenga importancia el hecho de que tú o yo combatamos por Su causa, no es posible negar que un pensamiento semejante haya, a su debido tiempo, entusiasmado a muchos y les haya hecho fácil el sacrificio total. Pero eso nada prueba, no es más que pura imaginación y sería tremenda presunción si los hombres hubieran tenido en el pasado una idea tan desarrollada de la infinita sublimidad de Dios, como pueden tenerla hoy. Por otra parte es cierto que la infinita beatífica tranquilidad con que debemos pensar en Dios infinitamente elevado por encima del mundo acabará por aturdir nuestra inteligencia; así nos convertimos en espectadores y no en actores. Pero no hay reverso: es preciso que volvamos aún a la acción, al mismo desmesurado entusiasmo con que en los tiempos antiguos se abrigaba la ilusión de servir de ayuda a Dios combatiendo por Su causa.

Otra vez existe aquí una reduplicación que vuelve muy

difícil el profundizarlo, una reduplicación que se halla siempre, cada vez que el entusiasmo debe sobrepasar o seguir a una ilusión. Con un ojo hemos de considerar casi todo el esfuerzo humano como la mayor niñería, más aún, como a lo más indiferente en el mundo (porque Él, el Omnipotente, tiene millones de recursos, y siempre ha vencido infinitamente); y luego, no obstante, hemos de esforzarnos hasta el extremo, no menos que aquel que de veras sentía entusiasmo al pensar que de su tenacidad y de los riesgos que corría, dependía que Dios debiera vencer o perder.

En cierta forma, podría sentirme tentado a decir: —¡Felices de vosotros! — Porque, ¿acaso no puede soportarlo todo el hombre convencido de que su aspiración es infinitamente tan importante que pone en juego a la causa de Dios? Por otra parte, no obstante yo me considero feliz, porque ¿acaso no proporciona una inmensa alegría el poseer una idea de Dios infinitamente más elevada?

"A Él conviene crecer, mas a mí menguar" (*Juan,* 3, 30). Estas palabras pueden aplicarse a las relaciones de la humanidad con Dios. A cada progreso que el hombre realiza, Dios se hace cada vez más infinitamente elevado; y por ende, el hombre se disminuye, aunque ello acaezca en virtud de un progreso.

Sobreviene luego el peligro de que esta infinita sublimidad de Dios produzca el efecto de aturdir, de paralizar; de este modo el hombre pierde voluntad y coraje, alegría y audacia en el arriesgar y sufrir porque ello ni agrega ni quita nada. (¡Claro que sí, si yo fuera el hombre que debo ser, porque precisamente esto es siempre lo más entusiasmante!)

Y como Dios se ha convertido para nosotros los hombres en tan infinitamente elevado, ya no se trata, como en las épocas más infantiles, cuando se creía de una manera más directa, de que Dios tenga una causa por la cual combatimos; de este modo hasta el bien superior, la beatitud eterna, se ha vuelto demasiado elevado para nosotros, inconmensurable para nuestra aspiración. Por eso sólo es Gracia. Hubo un tiempo en que los hombres con seriedad infantil, con entera seriedad, creían

que podían satisfacer a la exigencia y ganar la beatitud eterna. Y en verdad, ¿qué es lo que los hombres no podían llevar a cabo, cuando estaban convencidos de que realmente estaba en su poder el conquistar la beatitud eterna, persuadidos de que esa tarea era conmensurable para sus fuerzas? Podría sentirme tentado a exclamar: ¡Dichosos de vosotros! Y sin embargo: ¡cuánta ventura hay en la posesión de una idea infinitamente más elevada del bien superior!

No, ninguna aspiración finita puede alcanzar la beatitud eterna. Por eso es todo Gracia. Volvemos a encontrarnos ante el peligro de que por ser Gracia tan sólo, cause el efecto de aturdir, de paralizar, de adormecer; pues al fin de cuentas, es una aspiración en vano, puesto que sólo es Gracia.

¡Otra vez la reduplicación! Primero, creer que la aspiración humana más esforzada es solamente una estupidez, una molestia inútil, un gesto ridículo aunque pretendiera merecer la beatitud; y luego, sin embargo (¡oh, si fuera como debiera ser, esto sería lo más entusiasmante!), deber esforzarse más que aquel que creyere de veras que con su esfuerzo puede alcanzar la beatitud.

El corazón falaz

¡Cuán a menudo me he sorprendido al ver que cuando había comprendido perfectamente algo y lo tenía ante mis ojos en su forma más convincente, clara y hasta elocuente, lo que más me preocupaba era no lograr escribirlo al instante, porque temía que en otra oportunidad no conseguiría escribirlo tan bien! ¡Ay de mí! ¡Lo más importante era que lograra hacerlo en conformidad!

Pero recuerdo también que con mayor frecuencia, al proceder de este modo, acaecía que un pensamiento adquiría para mí una forma luminosa y precisa; y a pesar de esto, no sentía el deseo de escribirlo, pues comprendía que lo necesitaba para mí.

A veces he escrito pensamientos tales cuando ya estaban consumados; porque entonces otro pensamiento se me había

ocurrido, un nuevo pensamiento que no debía de ser transcripto, sino consumado. Porque el alma necesita también su alimento y esos pensamientos son justamente el alimento de mi alma, los que no puedo escribir de inmediato.

O bien... O bien...[1]

Así me correspondió ser llamado en otros tiempos. ¡Qué serie de determinaciones, y decir que la que debe entenderse por el segundo *bien,* nunca la he recorrido!

Señalé al matrimonio como al segundo *bien,* pero el matrimonio no fué el segundo *bien* de mi vida: he sobrepasado con mucho al primer *bien.*

En efecto, un tal *bien* significa gozar de la vida en el sentido más desenfrenado. Luego sobrevienen las instancias intermedias: goce de la vida con un agregado ético. Pero en esto no consiste mi segundo *bien.* Luego sobreviene el goce de la vida, con un agregado éticorreligioso; pero tampoco es éste mi segundo *bien.*

Sólo queda para mí entonces un segundo *bien*: el dolor, el renunciamiento, esta actitud religiosa de convertirme en menos que nada en este mundo.

Si soy un dialéctico originario, si la dialéctica constituye mi naturaleza, resulta en consecuencia que sólo puedo hallar reposo en este último *bien* y no en ningún otro *bien* intermediario; porque tan sólo cuando se descansa en este último *bien,* se ha agotado el dilema.

[1] Aut-Aut, *título en danés de* O lo uno o lo otro. *He preferido la forma: O bien... o bien... para conservar el sentido del texto.* (N. DE LA T.)

30 DE AGOSTO AL 2 DE NOVIEMBRE DE 1852

10 de setiembre.

HOY, PUES, se cumplen 12 años de mi compromiso.

"Ella", naturalmente, no dejó de encontrarse en el lugar de costumbre para verme; y aunque en verano yo salgo más temprano que habitualmente, ella se cruzó conmigo hoy como ayer por la mañana. Cuando pasó a mi lado ayer, bajó de improviso los ojos, cosa que me asombró. Pero al instante tuve la explicación. Un caballero me gritó que mi cuñado me seguía y que quería alcanzarme. Ella lo había visto. Hoy se limitó a mirarme, sin saludarme ni dirigirme la palabra: ¡Ay!, tal vez esperaba que a mí me correspondiera hacerlo. ¡Dios mío, cuán voluntariamente haría esto y todo por ella! Pero no me atrevo a asumir la responsabilidad. Ella misma debe pedírmelo.

Este año lo deseaba aún con toda el alma. ¡Cuán penoso es postergar el asunto año tras año!

Pero ha sido un bien que no haya sucedido. Porque habría podido influirme de tal manera que, para adornarla con la celebridad, me hubiera sentido tentado a comprometerme a fin de vencer en un sentido terrenal y a hacer fortuna en el mundo.

Por eso mismo me causó una profunda impresión el hecho de que hoy también haya salido bien librado: esto ha renovado la íntima convicción de que ella no ocupa, sin em-

bargo, el lugar de prioridad en mi vida. Es verdad, de buena gana querría no decirlo, que humanamente hablando ella posee y debe poseer el lugar de prioridad en mi vida; pero en un sentido absoluto es Dios quien tiene ese puesto. Mi noviazgo con "ella" y su ruptura dependen, en el fondo, de mis relaciones con Dios; forman, si puede decirse así, de una manera divina mi noviazgo con Dios.

De modo, pues, que el 10 de setiembre es el aniversario de mi compromiso, ¡con tal de que lo recuerde a solas...! ¡Oh!, debería recordarlo y recordar que no debo concluir por flaquear y por convertirme en un sofista que hace fortuna en el mundo predicando que en el sufrimiento hay beatitud; un sofista que, aun cuando él no goce de la vida verdaderamente, podría hallar placer en alegrarse con la dicha experimentada por una mujer ante la celebridad que él proyecta sobre ella.

Tal vez "Ella" me encontrará mañana y me lo preguntará por su cuenta; quizá pasado mañana, quizá dentro de un año... yo estaré siempre dispuesto. ¡Oh, pero creo que hoy ha sido una lección útil que nada acaeciera! Tal vez lo habría interpretado como una invitación de parte de Dios para gozar de la vida, para vencer en el tiempo... y de ese modo habría contristado al espíritu. Y tal vez sólo en el instante de la muerte habría comprendido que tomé un camino equivocado.

Del odiarse a sí mismo

La prédica oficial del cristianismo. Según el Nuevo Testamento existe una sola categoría de cristianos: los discípulos.

Para reconocer qué es lo que se exige a fin de ser discípulo de Cristo, basta con leer el Nuevo Testamento (abandonarlo todo, odiarse a sí mismos, a la propia vida, etc.).

Para hallar luego en el mundo al verdadero discípulo que practique en serio esas enseñanzas (abandonarlo todo, odiarse a sí mismo), el Nuevo Testamento no hace misterios: será odiado de todos, maldito, aborrecido, etc., y después (¡cuán lógico es el cristianismo a pesar de todo!) es preciso volver a

odiarse a sí mismo por la voluntad de exponerse a algo semejante.

¡Odiarse a sí mismo! En efecto, el cristianismo enseña que sólo se puede amar a Dios si uno se odia a sí mismo; y el cristianismo exige que uno ame a Dios.

La doctrina del Nuevo Testamento es que el cristianismo consiste en odiarse a sí mismos.

La prédica oficial del cristianismo ha logrado amasar a millones de cristianos enseñando que amar a Dios es amarse a sí mismos; que es preciso amar a Dios para poder en verdad gozar de esta vida; que sólo cuando se espera la dicha eterna se gustan de veras los bienes y las alegrías de esta vida (Mynster). Y así, el término medio de los hombres jamás alcanzan el cristianismo, si el cristianismo ha de consistir en odiarse a sí mismos, o bien si se exige simplemente tal reconocimiento, el de que ésta es la exigencia.

¿Le está permitido a un hombre atacar a otro hombre porque su vida no cumple con la exigencia requerida para ser cristiano? ¡No, jamás! ¿Y por qué no? Porque así se altera al cristianismo y se lo transforma en Ley. Y además, si éste lo transforma de esa manera en Ley para otro, ¿acaso no hará otro tanto Dios con él?; ¿no estamos todos acaso sometidos a la misma condición de cumplir con la exigencia?

¿Cómo es posible entonces llevar a cabo el ataque? De un modo muy simple. Cuando la "prédica" o se excede de la exigencia o la calla, el ataque es justo; porque entonces no se ataca la vida del ente sino su doctrina.

Y precisamente en eso consiste la inconveniencia de cierta prédica; en que calla la exigencia. ¿Es acaso asombroso puesto que el cristianismo oficial consiste en amarse a sí mismos, en gozar de la vida, etc.?

1853

Con la literatura moderna...

...MIS RELACIONES son muy extrañas. Leo y releo y permanezco tan inteligente, o mejor tan estúpido, como antes. Como armar jaleo, ya lo creo que lo hacen; pero para lo que al fin y al cabo me interesa, nada logro aprender. El único fruto es la impresión de un jaleo insulso que se da, sin embargo, aires de pretender que tiene algún significado. Por medio de una imagen puedo indicar exactamente lo que quiero decir.

Vivo ahora tan cerca de la Frue-Kirke[1], que durante la noche puedo oír el alerta de los centinelas nocturnos, que se eleva a cada cuarto de hora. Cuando por la noche me despierto con frecuencia, podría enterarme de la hora. Con respecto a ese punto estoy bien servido; sólo debo aguardar unos instantes, puesto que el centinela lanza su alerta cada cuarto de hora. ¡Y cómo lo hace! Lanza su grito en alta voz, agudamente: lo percibo con tanta claridad que casi me despertaría si estuviera dormido (cosa que no deseo). Grita: ¡Centinela alerta!, luego baja el tono, después de haber realizado un esfuerzo de voz tan magnífico, y dice en voz baja la hora.

1 *La catedral protestante de Copenhague, célebre por su estatua de Cristo y de los Apóstoles de Thorvaldsen. Allí se celebraron los funerales de K. con gran asistencia de público.* (N. DEL T. I.)

Y así prosigue cada cuarto de hora, hora tras hora. Si permaneciera despierto durante una noche entera y me dedicara a escuchar cada quince minutos, todo lo que lograría saber sería ese permanente: ¡Centinela alerta!

Extraña contradicción de nuestra época

Si hubo alguna vez un tiempo o una época que haya apreciado y tenido en cuenta a la experiencia es la nuestra. Todo ha de ser experiencia, ciencia experimental, etc.

Sólo en lo que respecta al cristianismo se nos exime de hacer experimentos. Se pretende juzgarlo, sin osar relacionarse con él, sin arriesgar tanto que uno penetre en esas decisiones vitales que crean las situaciones cristianas.

Por eso no se halla a nadie que se convierta en cristiano. Así como en otros tiempos se decía que la guerra había caído en desuso y que había sido reemplazada por las conversaciones diplomáticas y por los tratados escritos; así también en vez de la anormalidad del riesgo por la acción, se emplea el prevalimiento de las razones en pro y en contra. Pero aquel que hace prevalecer a las razones, permanece por supuesto inmutable; y de ese modo, cosa bastante ridícula, permanece más o menos el mismo, sea que abrace o que no abrace el cristianismo.

Mi tarea. De mí mismo

13 de febrero.

El cristianismo es una heterogeneidad, algo inconmensurable, algo irracional para el mundo y para ser hombre de un modo directo, tal es en absoluto el punto decisivo. Por esto el cristianismo sin ascética es un imposible.

Una fase del ascetismo puede, no obstante, ser considerada hoy como superada... En efecto, al principio el cristianismo debió luchar contra las pasiones vulgares y salvajes y, por lo mismo, fué preciso educar a los hombres por medio de eso que con estricto rigor se debe llamar ascetismo.

El fruto de esa educación de la humanidad es el haber depositado una capa de cultura cristiana.

Pretender colocar al ascetismo en la base de esta formación y cultura cristiana es, por lo tanto, acrecentarlo y constituye una empresa muy seria. De todos modos, no entiendo que sea ésta mi tarea.

En cambio, esta formación y cultura han conducido a un desarrollo de la inteligencia que amenaza identificar al ser cristiano con la cultura y la prudencia; que estaremos capacitados para comprender al cristianismo, etc.

Sobre este campo ha de librarse la batalla, si habrá batalla en el futuro. Se tratará de hacer valer con respecto a ello la heterogeneidad del cristianismo, de mantener en suspenso la posibilidad del escándalo, etc. En resumen: se necesitará abnegación y ascetismo en este sentido; en tanto que el ascetismo tal como se lo concebía en otros tiempos, deberá ser aplicado de una manera colateral, para mantener el orden, para inculcar la necesidad de la Gracia.

De mí mismo: Desde la infancia, gimo con "un aguijón en la carne", al cual se ha añadido la conciencia de culpa y de pecado: me he sentido heterogéneo. Ese dolor, esa heterogeneidad la he comprendido como a mi relación con Dios.

Desde el momento en que hallé mi tarea, es decir, desde que me convertí en escritor, he tenido ocasiones cada vez más frecuentes de reconocer cuánto me había sido concedido, por lo demás; pero en cuanto a aquel dolor pensé que nunca podría serme quitado, y como aún estaba vinculada a él la conciencia del pecado, no poseía la franqueza de orar a Dios por ello.

Y así todo anduvo bien. Pero poco a poco se impuso el problema económico, porque mi patrimonio no alcanzaba para toda la vida y no acaeció, como siempre había supuesto, que muriera en edad temprana.

Entonces debí de considerar al problema bajo otro aspecto. Me pregunté, pues: "¿No sería posible que te liberaran

de tu heterogeneidad? ¿Acaso no es Cristo un Salvador también para eso?"

Y me encaminé así en ese sentido. Pero he aquí que una nueva dificultad se alzó ante mí. "Si ahora, me decía para mi coleto, lograras verdaderamente tu fin en el nombre de Cristo, le darías las gracias de manera inefable; ¿y acaso no debería Él exigirte, en señal de gratitud, que lo imitaras en el más riguroso de los sentidos, que hubieras de sufrir infinitamente en este mundo como Él ha sufrido y muerto por ti?"

Me sentí bloqueado. Me parecía que sólo bajo esta condición habría podido hallar salvación y ayuda, y la condición misma me hizo retroceder de espanto, sobre todo si debía de ser considerada en verdad como la "condición"; porque me parecía que había aquí —si puedo decirlo así— una superchería que no correspondía a mi idea de la Gracia en Cristo. He luchado durante mucho tiempo por esa causa, he sufrido inefablemente.

Ahora, Dios mío (¡loado sea Dios!), ahora lo comprendo de otro modo. No, ¡Cristo no es tan mezquino! Vemos en el Nuevo Testamento que Él no obliga a aquellos a quienes sana y demás, a dar en compensación su vida por Él. No, no; Él sólo quiere de ellos su agradecimiento (véase el único leproso samaritano: *Lucas,* 17, 16 y sig.); y la parábola del endemoniado curado (*Marcos,* 5, 1 y sig.), a quien no permitió siquiera que Lo siguiera, a pesar de que el hombre así se lo pidiera. No, Cristo no es mezquino y no hace pactos; no, Él es Gracia, Gracia infinita; tómala, agradéceme como a tu corazón le plazca, pero libremente y con franqueza.

Un hombre, cuyo juicio aprecio, dijo una vez que cuando yo era joven, a un solo hombre juzgaba erróneamente: a mí mismo. Hay algo de verdad en estas palabras. Existe en mí una melancolía que en parte, sin embargo —así lo creo—, tiene algo de bueno, pero que por otra parte puede ser también algo de orgullo.

He estado a punto de cometer un error conmigo mismo. Privado de un vínculo inmediato con Dios, he creído mi deber

asumir sufrimientos que sólo son adecuados para aquellos que tienen un vínculo inmediato con Dios.

El Apóstol, el Discípulo, tienen, en ese sentido, un vínculo inmediato con Dios y en él reside su fuerza para soportar padecimientos sobrehumanos, y también la dispensa de servirse de su propia inteligencia. Un hombre común sólo tiene con Dios un vínculo mediato y debe, bajo la responsabilidad de Dios, hacer uso de su inteligencia: más aún, tiene una responsabilidad en el caso de que no la use.

Ahora me siento tan contento, tan rico, tan indescriptiblemente rico, que en verdad en este instante (si debiera describir mi estado) me hallo como aquel que ha recibido una inmensa fortuna y pasa por un momento en que no quiere ni siquiera hacer proyectos o dedicarse a examinar sus tesoros en particular, ¡sino que se zambulle en la totalidad! Sí, soy infinitamente más rico aún.

Me encuentro ahora en la misma situación que cuando puse en acción al último de mis seudónimos [1]. ¡Pero cuán mudado! Humillado a través de una tremenda escuela, he adquirido también la franqueza: ¡Oh, Dios mío, en este momento no logro describir cómo otra vez, en virtud de tu infinito amor, todo ha sido dispuesto para conducirme hasta este feliz punto de arribo! En cuanto a mí, pensaba si no sería mi deber detenerme, dejando así de llevar a cabo lo último. ¡Pero temía tanto que el remordimiento de haber procedido de ese modo pesara sobre mi conciencia! ¡Loado sea Dios, porque me he arriesgado!

No obstante, aquí me detengo. En este momento me siento demasiado, pero demasiado rico para poder describir lo que he padecido, aun por todo lo extraordinario que me ha sido concedido durante estos últimos años, por otra parte tremendamente dolorosos.

[1] *Anticlimacus.* (*En* La enfermedad mortal de *1849 y en* El ejercicio del Cristianismo, *de 1850).* (N. DEL T. I.)

Sobre el ascetismo

El ascetismo puede con suma facilidad transformarse en sofística. Imaginad a un hombre que si no ha vivido en juergas y parrandas, ha derrochado bastante en placeres; imaginad que deseche todo eso; ¿por eso se detendría? No; al cabo de poco tiempo, con la misma morbosa preocupación, se abalanzará sobre la menor futesa: le asaltará el escrúpulo acerca de si osará o no comer un bizcocho de más, o saciarse de pan, etc.

Epigrama

Se cuenta que un pastor sueco, habiendo conmovido a su auditorio con un magistral y espléndido sermón, preocupado por el efecto obtenido, agregó para tranquilizar: —No lloréis, hijos míos, podría ser todo mentira. — ¿Por qué el pastor no dice lo mismo actualmente?

Respuesta: —Hoy no es necesario porque los feligreses ya lo saben. ¡Pero a pesar de eso sus lágrimas podrían ser igualmente sinceras! ¿Acaso no son sinceras las lágrimas que se derraman en el teatro, donde fieles y público saben que todo es mentira?

Temor y temblor (1843) [1]

Boceto

Supongamos (de esto no hablan ni el Antiguo Testamento ni el Corán) que Isaac (*Génesis*, 22, 3 y sig.) hubiese sabido que el padre lo llevaba consigo al monte Moriah para sacri-

[1] *Al margen de este texto, K. remite a los textos anteriores sobre el mismo tema. He preferido por eso incluirlos con sus respectivas fechas, a fin de dar al lector una visión más completa de las variaciones y los cambios sufridos por el pensamiento de K. a propósito de este tema que él mismo consideró en su "Diario" como su obra más seria, "una reproducción de su vida" (ver "Diario" de 1849).* (N. DE LA T.)

ficarlo. Y bien, si contáramos hoy con un poeta, podría describir el coloquio entre padre e hijo a lo largo del camino (*). Ante todo, imagino que Abraham habrá concentrado en su mirada todo su amor de padre; su rostro venerable y el corazón desgarrado daban realce a sus palabras: exhortó al hijo a soportar el destino con paciencia, dándole a entender con palabras veladas que también él, como padre, sufría, y mucho más. Ante su fracaso, Abraham debió probablemente apartarse por un instante y cuando volvió a mirar al hijo estaba irreconocible para Isaac: la mirada huraña, el aspecto glacial y las venerables canas despeinadas como la cabellera de una furia, cubriéndole la frente. Aferró a Isaac por la cintura, sacó el cuchillo y lo apostrofó así: —¿Crees que quería hacer esto por Dios? Te engañas. Soy un idólatra; este deseo ha despertado en mi fuero íntimo, quiero matarte, ése es mi deseo, soy peor que un caníbal. No te jactes, necio chiquillo, pensando que soy tu padre; ¡soy y quiero ser un asesino! — E Isaac se arrodilló clamando al cielo: —¡Apiadaos de mí, Dios de misericordia!— Mas he aquí que Abraham murmura para sí: — Es preciso proceder de este modo; al fin y al cabo es mejor que me crea un monstruo, que me maldiga como padre y que ruegue a Dios, antes de que sepa que ha sido Dios quien me impuso la tentación; de lo contrario, quizá perdería la razón y blasfemaría de Dios.

¿Pero dónde hallar en nuestros tiempos al poeta capaz de imaginar un conflicto similar? Y sin embargo, la conducta de Abraham resultaría plena de auténtica poesía, de una magnanimidad que sobrepasa a todo lo que he leído en las tragedias. Cuando es preciso destetar al niño, la madre se pinta el seno con acíbar, pero la mirada materna sigue fijándose con ternura en el párvulo. Éste cree que es el seno y no la madre lo que ha cambiado. ¿Por qué volver amargo al seno? Porque la madre piensa que si continúa amamantando al niño le causará un perjuicio, puesto que no debe ya seguir criándolo con sus pechos. Éste es un conflicto fácil de esclarecer, pues el seno no es más que una parte de la madre. ¡Dichoso aquel que no ha vivido conflictos más tremendos,

que no necesita embadurnarse de negro ni hacer un viaje al infierno para conocer el aspecto de un demonio y presentarse bajo esa forma, impidiendo así posiblemente a otro ser por lo menos que se aparte de Dios! Ése será el conflicto de Abraham. —Quien logre explicar este enigma, habrá explicado al mismo tiempo mi vida.

¿Pero dónde encontrar entre los contemporáneos a alguien que pueda comprender un enigma semejante?

(*) Podría suponerse que la vida anterior de Abraham no está desprovista de culpa y hacerle rumiar el pensamiento de que se trata de un castigo de Dios: sugerirle tal vez la melancólica idea también de que debe secundar a Dios en lo relativo a hacer que el castigo sea lo más duro posible.

Temor y temblor (1852)

Abraham

...Y él cortó la leña, ató a Isaac y encendió la pira; sacó el cuchillo, ¡y lo hundió en el pecho de Isaac!

En ese mismo instante, Dios apareció en forma corpórea ante Abraham y le dijo: "¿Qué haces, pobre anciano? ¡No pretendía de ti una cosa semejante! Eres mi amigo, y sólo quise probar tu fe. Hasta el último momento te he gritado: ¡Detente, Abraham!".

Entonces Abraham repuso con una voz que era la de la flaqueza solemne, propia de la adoración y al mismo tiempo la de la flaqueza postrada, propia de la locura: —¡Oh, Señor, no te he oído! Pero ahora que lo dices, me parece que escuché una voz semejante. ¡Pero cuando Tú lo ordenas, Señor, cuando Tú ordenas a un padre que mate a su propio hijo, uno se siente un tanto tenso; por eso no he escuchado Tu voz. Y si la hubiera oído ¿cómo habría osado creer que era la Tuya? Cuando me ordenas que sacrifique a mi hijo y en el último momento se escucha una voz que dice: "¡Detente!", ¿no debo creer acaso que es el tentador quien quiere impedirme que

cumpla con Tu voluntad? Una de dos: o habría debido pensar que la voz que me decía que sacrificara a Isaac era la del tentador; y en ese caso no me habría puesto en camino. Pero como me aseguraste que era la Tuya, entonces debí sacar en conclusión que la otra voz era la del tentador.

Luego Abraham regresó a su hogar, y el Señor le dió un segundo Isaac. Pero al mirarlo, Abraham no se mostraba contento. Cuando lo contemplaba meneaba la cabeza y decía: —¡No era así el otro Isaac!

Mas dijo a Sara: —Ha sido muy extraño que haya sido Dios quien quiso que sacrificara a Isaac: fué cierto, eternamente cierto, el mismo Dios no puede negarlo. Y cuando cumplí su orden resultó un error de mi parte; ya no se trataba de la voluntad de Dios...

¡Pero no puede ser así para el padre de la fe, Abraham! Porque en esto consiste la obediencia, en obedecer al instante e incondicionalmente hasta el final. ¡Oh! Cuando uno está dispuesto a decir A, está humanamente dispuesto a decir B y a dar el golpe. Más difícil que trepar al monte Moriah y sacrificar a Isaac es, una vez que se ha blandido el cuchillo, poder y querer comprender, en absoluta obediencia, lo que de mí se exige. Cuando se trata de decisiones semejantes a la de sacrificar al propio hijo o de conservarlo, poder guardar hasta el último momento la misma obediente diligencia, y si me atrevo a decirlo así, la agilidad del servidor que debe resignarse —cuando ya ha llegado casi al término— a retornar y por consiguiente a haber hecho el camino en vano. ¡Oh, esto es grandioso! "Pero nadie ha sido tan grande como Abraham: ¿quién podrá entonces comprenderlo?"

Temor y temblor (1852)

...Abraham sacrificó al carnero y regresó a su hogar con Isaac, a quien conservaba.

—Pero —se decía Abraham—, con esta historia me he convertido para siempre en heterogéneo para la humanidad. Si te hubiera complacido, Señor, hacer que naciera, siendo

hombre, bajo la forma de un caballo, no sería más heterogéneo para la humanidad de lo que me he convertido frente a ella en virtud de este hecho. Al fin y al cabo, la diferencia en la figura exterior no es tan grande como la de no poseer en común los mismos conceptos y de tenerlos, precisamente en lo que respecta al punto decisivo, infinitamente opuestos. Con Sara no puedo hablar, debe de considerar este viaje al monte Moriah como el delito más tremendo contra ella, contra su amado hijo y contra Ti, Señor. Ciertamente que llegará el tiempo en que su cólera se apacigüe y en que me perdone. Y entonces tendré que darle las gracias por su amoroso perdón. Y otro tanto acaecerá con Isaac: algún día reflexionará acerca de esta historia y me odiará, pero luego llegará el momento del perdón, y yo le agradeceré que así sea. ¡Oh, Señor: al dolor de mi corazón, cuando me vencí a mí mismo para sacrificar a Isaac, a ese desgarrón responden con el perdón del delito, y yo doy las gracias humillado y confuso ante ese amoroso perdón! Y si yo (cosa que no haré a fin de no contaminar mi relación Contigo iniciando a otros), quisiera decir a alguien que se trataba de una prueba Tuya o que dependía del hecho de estar en relación Contigo, con eso me volvería más heterogéneo en mi calidad de ser humano que si hubiera nacido bajo la forma de un caballo.

¡Pero no puede ser así para el padre de la fe, Abraham! Porque abandonarse a pensamientos semejantes significa acercarse a los límites de la fe, aun cuando uno pensara que lo hiciera a fin de mantenerse dentro de los límites de la fe. ¡Oh, las reflexiones sólo producen el efecto de hacernos trasgredir los límites, esos confines donde la fe se desvanece en reflexiones!

Nuevo "Temor y temblor" (1852)

Abraham

El tono del relato debería rozar con mayor precisión la locura. Lo culminante sería que Abraham no hubiera podido man-

tenerse en la cima de la fe hasta el final y que, por lo mismo, acabara por sacrificar a Isaac.

Tono

Había una vez un hombre, que siendo niño aprendió la historia de Abraham y, como siempre, sabía repetirla de memoria al dedillo.

Pasaron los años, y como acaece con muchas cosas que se aprenden en la infancia, acaeció con ésta que para nada le servía y que acabó por olvidar.

Entretanto, su vida cambió y tuvo muchas pruebas, y una extraña colisión de golpe puso en orden su vida, y él tuvo desde entonces bastante con pensar en ello.

Le preocupaba desde la mañana hasta la noche, durante el sueño y la vigilia, y envejeció precozmente.

Así pasaron quince años. Hete aquí que una mañana, apenas despertaba, un relámpago cruzó por su mente: —¡Pero si eso que estás viviendo es la historia de Abraham!

Entonces comenzó a leer. Leyó durante largas horas; en voz alta; trazó un croquis, lo detalló sobre el papel, no hizo otra cosa. ¡Pero aquel hombre ni comprendió a Abraham ni se comprendió a sí mismo!

Nuevo "Temor y temblor" (1853)

...Y Abraham ascendió al monte Moriah con Isaac. Decidió hablar con Isaac... —y logró persuadir a Isaac de que era la voluntad de Dios, y así Isaac se siente dispuesto a dejarse sacrificar.

Cortó la leña, ató a Isaac y encendió la hoguera... —besó a Isaac por última vez. No eran padre e hijo: no, eran dos amigos, obedientes hijos de Dios.

Empuñó el cuchillo... y lo sepultó en el pecho de Isaac.

En el mismo instante, Dios, en forma corporal apareció junto a Abraham y le dijo: —¿Qué has hecho, pobre anciano,

hijo mío? ¿No oíste mis palabras? ¿No has escuchado mis gritos? Te advertí: ¡Detente, Abraham!

Pero Abraham respondió con voz que en parte tenía el acento de la sumisión, y en parte el de la locura: —No, Señor, no lo he oído. Grande era mi dolor, bien lo sabes, porque Tú sabes dar lo mejor y sabes también exigirlo. Mas mi dolor fué mitigado porque Isaac comprendió y en medio de la alegría de estar de acuerdo con él, no he oído tu voz. Yo mismo, convencido de que demostraba obediencia, hundí el cuchillo en la víctima inocente.

Entonces Dios resucitó a Isaac. Pero encerrado en un mudo dolor, Abraham mascullaba para sí: —¡No era así el otro Isaac!— Y en cierto sentido no lo era tampoco, porque por haber comprendido lo que Isaac comprendió sobre el monte Moriah, que era el elegido de Dios como víctima, se había convertido en cierto sentido en un anciano, viejo como Abraham. "Éste no es absolutamente aquel Isaac", y sólo para la eternidad estaban hechos en verdad el uno para el otro.

Dios lo previó, y tuvo misericordia de Abraham e hizo que como siempre todo saliera bien, infinitamente mejor que si no hubiera acaecido aquel error. —Hay —dijo Él a Abraham— una eternidad; dentro de poco te reunirás eternamente con Isaac y estaréis hechos el uno para el otro en eterno. Si hubieras oído mi voz, si te hubieras detenido: entonces habrías tenido a Isaac en esta vida, pero el problema de la eternidad no se te hubiera vuelto evidente. Fuiste demasiado lejos, todo me lo echaste a perder...: pero yo hago que el asunto salga mejor que si no te hubieras extralimitado. ¡Hay una eternidad!

Ésta es la relación entre judaísmo y cristianismo. Según el cristianismo, Isaac es inmolado realmente... pero para la eternidad. Según el judaísmo, sólo se trata de una prueba y todo el problema permanece esencialmente dentro de esta vida.

De mí mismo

13 de octubre.

En lo que he escrito sobre mí mismo en el "Diario" del año 48 y en el del 49, creo que a menudo se me ha deslizado un fragmento de corte literario. No es fácil cuando uno es escritor como yo lo soy, evitarlo por entero. Esto acaece cada vez que tomo la pluma. Porque (¡vaya extrañeza!) en mi interior tengo una idea más clara y llana acerca de mí mismo. Pero apenas me propongo volcarla sobre el papel, interviene al instante la forma literaria. Es así bastante extraño que cuando se trata de impresiones religiosas, de pensamientos y de expresiones que a mí se refieren, no experimento placer alguno en escribirlas; son para mí casi demasiado importantes. De tales pensamientos conservo aún algunos: pero como escritor he producido una infinidad y sólo cuando una palabra —por decirlo así— ha cumplido su tarea, se me ocurre anotarla y transcribirla.

No obstante, quisiera escribir algo acerca de mí mismo.

Hay en mi alma dos pensamientos tan precoces, cuyo origen en el fondo no logro demostrar. El primero es que existen hombres cuyo destino es el de ser sacrificados, de ser sacrificados por los otros de una u otra manera, a fin de hacer progresar a la idea, y yo, en virtud de una cruz particular, soy uno de ellos. El otro pensamiento es que jamás me vería obligado a trabajar para mi sustento, por una parte porque creí que moriría muy joven, y por otra, porque preveía que Dios, en consideración a mi cruz particular, me habría evitado este padecimiento y esa tarea. De dónde provienen tales pensamientos no lo sé; pero lo cierto es que no los he recibido ni gracias a mis lecturas ni a las conversaciones con los demás.

Recorreré ahora a vuelo de pájaro mi vida.

Cuando la dejé a "ella", pedí a Dios una sola cosa: que lograra escribir y que llevara a término a *O lo uno o lo otro* (también por causa de "ella", porque el *Diario de un seductor* ha sido escrito para rechazarla: como digo en *Temor y temblor,* que procede la madre cuando el niño ha de ser deste-

tado, pintándose el seno con acíbar) y luego derecho a encerrarme en un presbiterio para ser pastor, pues pensaba que con eso expresaba mi renunciamiento al mundo.

O lo uno o lo otro fué concluído. Pero no acaeció lo que esperaba según mis intenciones, es decir, ser odiado, aborrecido, etc. ¡Nada de eso! Obtuve, en cambio, un espléndido triunfo.

Entonces debí, pues, haberme encerrado en un presbiterio para ser pastor rural. En homenaje a la verdad debo confesar que, luego de haber realizado una producción tan enorme en un tiempo tan breve; luego de haber despertado en nuestro ambiente una impresión semejante, ese proyecto se había borrado de mi mente. Al mismo tiempo se despertó en mí un impulso tan fuerte de escribir, que no pude resistirlo.

Acaeció por lo tanto otra cosa, y me convertí en escritor; pero con el firme propósito de ser un escritor religioso.

Pronto reapareció el antiguo proyecto (ser pastor rural). Creí que debía darme prisa para concluir con mi actividad literaria lo más pronto posible, y luego convertirme en un pastor rural.

Cada vez que concluía una obra, me decía: debo abandonar la pluma.

Esto lo comprendí en especial después de la publicación del *Tratado acientífico conclusivo* (1846).

Mi intención fué detenerme ahí; fué entonces cuando escribí esas líneas a propósito de *El corsario.*

Desde ese momento cambié de idea acerca de mi actividad literaria; juzgué que debía continuar mientras fuera posible. Ser escritor, permanecer en mi puesto, se había convertido en algo tan exasperante entonces que representaba un ascetismo más áspero que el de retirarme al campo.

Sobrevino el año 48. En ese momento me fué concedida una visión de mí mismo como para permanecer casi alelado. Creí entender que había sido objeto de una Providencia particular: tuve la impresión de que verdaderamente me había sido concedido lo extraordinario.

Pero al mismo tiempo otro pensamiento se me hizo evidente: si yo debía ser en realidad lo extraordinario, si debía

exigirme que pudiera ponerme en condiciones de aceptar la pobreza, de padecer de una manera distinta a aquella que había concebido hasta ese instante.

Sobrevino, pues, el año 1848. Físicamente fuerte, en el fondo, no lo he sido jamás. En aquel tiempo, más de una vez tuve la sensación de que la idea de la muerte me cercaba. Esto me hizo pensar en que debía de buscar a alguien a quien poner al corriente de mi problema, en el caso de que yo muriere. Con este fin elegí al profesor Nielsen, quien un tiempo atrás había tratado de acercarse a mí.

Sufrí entonces un nuevo retraso.

El tiempo pasaba. Pensé: si no puedes asumir lo extraordinario como carácter, abandona la última producción (ético-religiosa), y busca luego una tarea para esta vida; así podrás vencer. Porque había comprendido hacía ya mucho tiempo que mi tarea con respecto a los contemporáneos está en sentido inverso; es decir, que si he de vencer en el tiempo, sólo lo lograré sobrepasando la exigencia.

He considerado siempre como esencial a la sinceridad; y bien, entonces vuelvo finita a mi aspiración.

Al instante surge la idea de "ella"; porque si se trata de sobrepasar, si debo vencer en el tiempo, también "ella" ha de ser puesta en el tapete.

Con tales pensamientos transcurrió el tiempo. Sufría muchísimo.

La *summa summarum* fué que, no obstante, me horrorizaba el pensamiento de abandonar la idea primitiva y resolví publicar mi última obra: *El ejercicio del cristianismo*. Escribí a la imprenta: debía de entregar el manuscrito al día siguiente. He aquí que entonces muere el consejero de Estado, Olsen [1]. ¡Cuán extraño! De haberlo previsto el día antes, probablemente no habría escrito a la imprenta, sino que hubiera esperado un tiempo más. Consideré entonces el asunto como decidido. Pero hubo un regateo, y por lo tanto mi última obra apareció con seudónimo.

[1] *El padre de Regina. Ver "Diario" del 2 de enero al 7 de setiembre de 1849.* (N. DE LA T.)

Volví entonces al proyecto de convertirme en un pastor rural. Pero la situación había cambiado, porque se trata de un recurso económico, de un acto directo para asegurar mi vida. Llegado a este punto, me sumergí en el problema: ¿puedo yo cristianamente hacer que mi aspiración sea finita?

En cuanto a "ella", nada puedo hacer; por una parte porque constituye un grave riesgo para mí tocar el punto de nuestras relaciones (ver mis notas del año 48 y 49); por otra parte porque tampoco tengo coraje para hacerlo. Esto significaría, pues, que prosigo mudando de proyectos y que una vez más vuelvo finita a mi aspiración.

Por esto no me oponía a la idea de que "ella" me lo pidiera de alguna manera; si de un modo oficial y decisivo buscaba un entendimiento conmigo, tal vez yo lo consideraría como una señal de la Providencia para que me sobrepusiera. para que convirtiera en finita a mi aspiración.

Mi vida se hace cada vez más tensa; escribir me parece casi una bagatela y, en cambio, padecer hambre me parece ser el cristianismo. Porque, al fin de cuentas ¿qué es el cristianismo? No consiste en un conjunto de doctrinas, sino en servir a la verdad como carácter.

Hace un año y medio que he cambiado mi método de vida, tratando así de ver cuánto puedo soportar.

Pero considero luego al ascetismo como sofística, y entonces retorno a la Gracia.

El Nuevo Testamento evidentemente tiene por base el pensamiento de que existe una condenación eterna, de la cual apenas un hombre entre tantos millones se salva. ¡Nosotros, educados en el cristianismo, vivimos en cambio con la convicción de que todos nos salvaremos!

Hay momentos en que quisiera aferrarme a lo primero que encuentro, y así, en nombre de Dios, romper con todo.

Pero espero, y surge un nuevo obstáculo: "ella". De ese auténtico cristianismo "ella" no tiene la menor sospecha; si me pongo a practicarlo, si lo convierto en efecto, entre nosotros se alza una diferencia de religión.

—¿Acaso debería eso de apartarte de concebir así al cris-

tianismo? —se dirá. ¡Oh! El Nuevo Testamento es un libro tremendo, porque considera este tipo de conflicto como si formara parte del verdadero cristianismo.

Así lucho yo. Hay momentos aún en que todo es apacible para mí, cuando creo comprender que mi tarea consiste en introducir a la verdad en nuestra existencia; es decir, hacer evidente y hemos de confesarlo abriendo el corazón, que nuestro cristianismo es mitigación, que a nadie se le exige que sea el "discípulo".

Pero debo concluír: escribir me fatiga. Tengo sobre mis hombros un enorme fardo de obras, mas lo que me preocupa es otra cosa; ¿puedo yo volver finita a mi aspiración obteniendo beneficios terrenales con la prédica del cristianismo, que es el renunciamiento a toda cosa temporal?

Mi relación con "Ella"

1849
24 de agosto de 1849

En forma un poco poética

1. N. B. En los últimos "Diarios" del año pasado y de este año se encuentran aquí y allá algunas observaciones acerca de ella.

2. *Infandum, regina, jubes renovare dolorem* [1].

3. Regina Olsen. La vi por primera vez en la casa de los Rördam. En realidad, las primeras veces la vi en casa de ellos, dado que frecuentaba a la familia (con Bolette Rördam, en cierto sentido, tengo alguna responsabilidad; pues creo que anteriormente me había impresionado y yo también debo de haberla impresionado un poco, aunque con entera inocencia y desde el punto de vista intelectual).

Ya antes de la muerte de mi padre, me había decidido

[1] *K. escribe habitualmente*: "Infandum jubes regina, renovare dolorem". (*Ver* Diario *de 1847*: *"Me mandáis, reina, que renueve un dolor indecible"*). (*Eneida, Canto II - 3*). (N. DE LA T.)

por ella. Mi padre murió y me puse a estudiar para el examen. Durante ese tiempo permití que su vida se vinculara con la mía.

4. Es suya también esta réplica con respecto a mí: —¡Acabarás, por cierto, por hacerte jesuíta!

5. Durante el verano del año 40 me diplomé en teología. Hice en seguida una visita a los Rördam. Partí para Jutlandia [1] y tal vez ya entonces tendía mis redes; por ejemplo, prestándole libros durante mi ausencia y señalándole algunos pasajes.

En agosto regresé. Puede decirse que durante el período comprendido entre comienzos de agosto y comienzos de setiembre fué cuando de veras me acerqué a ella.

El 8 de setiembre salí de casa con el firme propósito de decidirlo todo. Nos encontramos justamente frente a su casa. Me dijo que en la casa no estaba nadie; fuí lo bastante audaz como para interpretar esas palabras como una invitación, cosa que convenía para mis fines. Subí con ella hasta su casa. Henos aquí a solas en el saloncito. Ella está un poco nerviosa. Le rogué que ejecutara algo para mí, como lo hacía habitualmente. Lo hizo, pero no logré mi intento. Entonces, de pronto, tomé la partitura, la cerré con impetuosidad arrojándola sobre el piano, y le dije: —¿Qué importa la música? ¡A "usted" es a quien quiero desde hace dos años!— Enmudeció. Por otra parte, nada he hecho para hechizarla; hasta la puse en guardia contra mí y contra mi melancolía. Cuando aludió a un entendimiento con Schlegel, repuse: —Está bien, lo consideraré como un paréntesis, pues yo tengo la prioridad.

N. B. Creo más bien que fué el 10 cuando me habló de Schlegel, porque el 8 no pronunció una sola palabra. Naturalmente, no me respondió; finalmente, me marché, pues temía que alguien viniera y nos hallara juntos y a ella en tal estado de agitación. Fuí a ver directamente a su padre, el consejero de Estado; recuerdo muy bien que temía mucho haberla asustado demasiado y que también mi visita diera de alguna manera pretexto para equívocos, hasta en detrimento de su reputación.

[1] *Ver notas del viaje.* (N. DE LA T.)

El padre no dijo ni sí ni no, pero se mostraba bastante aquiescente, como fácilmente lo comprendí. Pedí una entrevista con ella, la obtuve el 10 de setiembre por la tarde. No dije una sola palabra para convencerla; me aceptó.

En seguida entré en relaciones con toda su familia. Empleé mi habilidad, sobre todo con el padre, por quien por otra parte siempre he tenido mucha deferencia.

Pero al día siguiente, en mi fuero íntimo descubrí que me había equivocado. Un penitente como yo, con mi vida *ante acta* y mi melancolía... debía bastar.

Durante ese tiempo he padecido penas indescriptibles.

Ella no parecía notarlo. En cambio, se volvió tan arrogante, que una vez me declaró que se había comprometido conmigo por compasión[1]; en resumen, puedo declarar que jamás he visto una arrogancia semejante.

Ése fué, en cierto sentido, el peligro. Si a ella no le importa otra cosa, pensé, sino el poder decir (como dijo una vez): "que el día en que estuviera persuadida de que yo la visitaba sólo por hábito, rompería las relaciones"; si no toma el asunto más a pecho, yo tengo la sartén por el mango. Recobré, pues, mi autodominio. En otro sentido confieso mi flaqueza, reconozco que en determinado momento me hizo perder la paciencia.

Puse en acción a todas mis fuerzas; ella cede de veras, y cae en el exceso opuesto: el más absoluto abandono de adoración. Cosa de la cual, hasta cierto punto, tengo yo la culpa y la responsabilidad, porque yo mismo conozco demasiado las dificultades de la situación y convencido de que era preciso empeñar todas mis fuerzas para vencer si fuera posible mi melancolía, le había dicho: —Cede, porque con el orgullo me facilitas las cosas—. Palabras completamente sinceras, para ella, y melancólicamente traicioneras para mí.

Naturalmente, mi melancolía se despierta porque su abandono me endosa la "responsabilidad" en la mayor medida posible, en tanto que su altanería casi me liberaba de la "responsabilidad"; comprendo que debemos acabar por romper.

[1] Etapas en el camino de la vida. (N. DEL T. I.)

Juzgo, y así pensaba entonces, que ése era el castigo de Dios para conmigo.

No logro aún comprender por entero cuál impresión, en un sentido puramente erótico, ella ha ejercido sobre mí, pues es cierto que al verla abandonarse casi en adoración y suplicarme que la amara, me había conmovido hasta el extremo de que todo lo hubiera arriesgado por ella. Pero una prueba de cuánto la amaba es el hecho de que me haya ocultado hasta a mí mismo cuánto me había conmovido en el fondo; esto está fuera de lo erótico.

6. De no haber sido un penitente, de no haber tenido mi vida *ante acta,* de no ser un melancólico, la unión con ella me habría proporcionado una felicidad como nunca la soñara. Pero aun cuando yo (por ser demasiado quien era) debiera decir que habría alcanzado mayor felicidad en mi desdicha, sin ella que no con ella...; me había conmovido y de buena gana hubiera cumplido sus deseos.

7. N. B. Sin embargo, ella presintió algo de lo que en mí incubaba, porque a menudo se le escapaban estas palabras: —Tú no eres feliz jamás. De modo que nada pierdes si me permites estar a tu lado—. Una vez, hasta llegó a decirme que nunca me pediría ninguna explicación con tal de que le permitiera estar junto a mí.

8. Pero había una protesta divina. Así lo entendí yo. La consagración. Habría debido callarle muchas cosas, basarlo todo en una falsía.

Le escribí devolviéndole el anillo. El mensaje está fielmente reproducido en *Experimento psicológico* [1]. He tratado por entero de atenerme al hecho puramente histórico; pues de eso nunca he dicho una palabra a nadie, a nadie en absoluto; soy más mudo que un sepulcro. Si el libro cayera en sus manos quisiera que lo recordara.

9. N. B. Algunas réplicas allí citadas son tomadas de la realidad; por ejemplo, la de que: "Nadie ha dicho que el casarse haga engrosar; he conocido a alguien (aquí dí el nombre

[1] *Incluído en* ¿Culpable o no culpable?, *de* Etapas en el camino de la vida. (N. DE LA T.)

de mi padre, y así el hilo de la historia fué desviado) que se casó dos veces, sin engordar". Y también: "Puede uno romper un noviazgo de dos maneras: por motivos de estima, y por razones amorosas". Así como su respuesta: "Creo que estás loco".

10. ¿Qué hace ella? Impulsada por femenina desesperación, hete aquí que ella se desmanda. Evidentemente había notado mi melancolía y debe haber pensado en angustiarme hasta el fin. Acaece lo contrario. Claro que ella me angustió de una manera extrema, pero mi naturaleza se rebeló con gigantesco sacudimiento para apartarla de mí. Sólo restaba rechazarla con todas mis fuerzas.

Fué un tiempo de tremendas penas; verse obligado a ser tan cruel, y amar, no obstante, como amaba yo. Ella luchaba como una leona; de no haber creído yo que era una protesta divina, habría vencido.

11. N. B. Durante estos dos meses del engaño, seguí la táctica de decirle a intervalos, en tono explícito: —Basta, déjame, ¡no resistirás!—. Ella respondía con pasión, que todo lo habría soportado con tal de no dejarme.

Le propuse hasta que resolviéramos el asunto de la siguiente manera: que ella rompiera, para ahorrarle la humillación. No quiso. Repuso que si estaba dispuesta a soportar todo lo demás, soportaría también eso; y de una manera no del todo asocrática, observó que probablemente nadie se lo haría notar en su presencia, y que de lo que decían en ausencia suya nada le importaba.

12. La ruptura definitiva tuvo lugar dos meses más tarde. Ella se desesperó. Por primera vez en mi vida tuve que hacerle reproches. No quedaba otro remedio.

Desde su casa fuí directamente al teatro, porque quería encontrarme con Emil Boesen [1] (por eso inventaron el chisme de que había estado de paseo por toda la ciudad; que yo había dicho a la familia, sacando el reloj, que se dieran prisa si tenían algo más que decirme, pues debía ir al teatro).

[1] *El amigo íntimo de K., su confidente en el lecho de muerte.* (N. DEL T. I.)

Había concluído la función. Mientras salía de la segunda platea, se me acerca desde la platea baja el consejero de Estado Olsen y me dice: —¿Podría hablar con Su Señoría?—. Fuimos a su casa. Ella estaba desesperada. El padre me dijo: —Será la muerte para ella, está completamente desesperada—. Repuse: —Trataré de tranquilizarla, pero es cosa decidida—. Él me replicó: —Soy un hombre orgulloso y es duro para mí decirlo, pero le suplico que no rompa con mi hija—. En verdad, era un gran hombre; me conmoví; pero no cedí. Me quedé a cenar con la familia esa noche. Hablé con ella al despedirme. Al día siguiente recibí una carta del padre en la que me decía que ella no había pegado los ojos en toda la noche y que debía ir a verla. Fuí y logré calmarla. Ella me preguntó: —¿Entonces no vas a casarte nunca?—. Le respondí: —Sí, dentro de diez años, cuando me haya curado de caprichos; entonces necesitaré una chica de sangre joven para rejuvenecerme. —Una crueldad necesaria. Ella me dijo: —Perdóname todo lo que te he hecho. —Le respondí: —¡Debía ser yo quien te pida perdón! — Y ella: —Prométeme que te acordarás de mí—. Se lo prometí. —Dame un beso —dijo ella. La besé... pero sin pasión. ¡Dios misericordioso!

13. N. B. Ella sacó un billete con algunas palabras que yo escribiera para ella y que tenía por costumbre llevar colgado del cuello; se lo quitó y lo hizo mil pedazos en silencio. Luego, dijo: —¡Me has jugado una mala pasada!

14. N. B. Me dijo: —¿Entonces ya no me quieres? — Le respondí: —Sí; ¡si continúas portándote así no te querré más!

15. Ella: —Quisiera que fuera tarde cuando te arrepientas — aludiendo a la muerte. Tuve que responderle con una broma, diciéndole si creía que iba a tener el fin de Wilhelm en Lenora.

16. ¡Zafarme del vínculo como un canalla, como el más auténtico canalla! No se podía hacer otra cosa para que volviera a sus cabales, para liberarla y darle el impulso hacia el matrimonio; pero al mismo tiempo era una galantería exquisita. Con mi habilidad, habría sido fácil retirarme en mejores condiciones; que esta conducta fuera galantería lo ha

demostrado el joven Constantino Costantius[1]. Estoy de acuerdo con él.

17. Así fué como nos separamos. N. B. Es verdad. El día en que recibí las cosas que ella me devolvía, escribí una carta al padre que me fué devuelta sin abrir. Pasaba las noches enteras llorando en mi cama, pero durante el día me mostraba como siempre, más burlón y chistoso que antes; era necesario que así lo hiciera. Mi hermano me dijo que iría a ver a la familia para demostrarles que yo no era un canalla. Le dije: —¡Si lo haces, te meto una bala en la cabeza!— La mejor prueba de cuánto me preocupaba el problema.

Partí para Berlín. Sufrí muchísimo. No pasaba día sin recordarla. Hasta hoy he mantenido mi promesa de rogar a diario por ella por lo menos una vez, a menudo dos, sin contar con las veces que pienso en ella.

18. Roto el vínculo, mi estado de ánimo era: o te entregas a las diversiones alocadas, o a la religiosidad absoluta, siempre que no sea a ese embrollo que amasan los pastores. El *Diario de un Seductor* fué escrito para ella, para rechazarla. El prólogo a *Dos disertaciones edificantes* fué hecho a propósito para ella, como muchas otras cosas: la fecha del libro y la dedicatoria a mi padre[2]. Y también en el libro había algunas vagas alusiones: la relativa al abandono: que se pierde al amado tan sólo cuando uno lo arrastra para que actúe contra la propia persuasión. Ella lo leyó. Lo sé por Sibbern.

19. El *Diario de un Seductor* estaba escrito a propósito para rechazarla, y de sobra sé la agonía que me costó su publicación. Pues mi pensamiento, mi intención, era suscitar en contra mía el desdén universal: plan que fracasó por completo, especialmente por parte del público que acogió jubiloso la obra, cosa que contribuyó a aumentar mi desprecio por el público. Pero hacer que alguien al leer el "Diario" haya pensado, o piense en ella, era al mismo tiempo la más exquisita galantería que se pueda imaginar. Para una mujer, ser la elegida de un seductor es como para el fruto ser picado por un pájaro, por-

[1] *Seudónimo de La* repetición. (N. DE LA T.)

[2] *5 de mayo, cumpleaños de K.* (N. DE LA T.)

que el seductor es buen conocedor. Evidentemente, un amante está ciego; por consiguiente, su juicio no es objetivo; ve tal vez belleza y rasgos por completo inexistentes. Pero el seductor es un fino conocedor; y de una parte "el seductor" —el absoluto conocedor—, y de otra, una simple muchacha, verdaderamente constituye la mayor galantería imaginable, pero demasiado profunda para adquirir popularidad. No sería galantería mayor la de hacer que el seductor de la muchacha se convirtiera, porque al instante se transformaría en "amante" ciego, su juicio ya no inspiraría confianza. ¿Qué son entonces los cantos de los poetas que han cantado e idolatrado a la amada de una manera directa, como enamorados? ¿Qué valor tienen sus elogios? No, el seductor y una muchacha única; ésa es la situación ideal.

20. Sólo permanecí en Berlín seis meses. Mi intención era pasar allí un año y medio. El hecho de que regresara tan pronto debió de atraer su atención. Así fué. Me buscó el día de Pascuas después del sermón de Mynster. La esquivé. Lo hice para rechazarla, para que no se detuviera en la idea de que había pensado en ella durante mi viaje. Además, Sibbern me había dicho (fué ella quien se lo contó), que no podía soportar el verme. Vi entonces que no era verdad; pero que no podía soportar el hablar conmigo, hube de creerlo.

Por otra parte, puedo decir que los pasos decisivos de su vida, han sido dados bajo mis auspicios. Antes de comprometerse con Schlegel, ella notó mi presencia en una iglesia. Le concedí una mirada. Dos veces seguidas me hizo una señal; meneé la cabeza, y esto significaba: —Debes de renunciar a mí—. Entonces repitió el ademán; respondí con el gesto más gentil posible, que quería decir: —Mi amor será para ti.

Cuando ya estaba comprometida con Schlegel, se cruzó conmigo una vez por la calle y me saludó de la manera más amable e insinuante. No comprendí, pues entonces ignoraba su noviazgo. La miré de un modo interrogante meneando la cabeza. Seguramente ella me suponía enterado del noviazgo y buscaba mi consentimiento.

El día en que se publicaron las amonestaciones de su matrimonio yo estaba en la Iglesia del Salvador.

21. N. B. Ahora el consejero ha muerto [1]; ella espera volver a verme: una relación inocente de amor puro. ¡Oh, querida niña mía! ¡Dios sabe cuánto querría verla, hablar con ella, complacerla, y si ella lo necesitara, entusiasmarla! ¡Qué no daría para poder adornarla, mientras viva, con los joyeles de la celebridad histórica que le está asegurada! Ella debe tener un rango superior entre las jóvenes. Es importante que sea yo quien describa el caso; porque de otro modo su matrimonio sería una salida de tono, fácilmente yo me convertiría en una sátira: yo que he permanecido célibe, mientras que ella quería morir de mal de amor.

22. Por cierto que le daría placer la celebridad: ella, que antaño, en su primera juventud, deseaba ser actriz para brillar en el mundo. Sería la rehabilitación, para ella que, a pesar de todo, era tan altanera.

23. ¡Cuánto placer tendría en hablar con ella! ¡Qué alivio sería para mi relación con Dios! En la posibilidad ella es un peso, en la realidad me es ligera. Pero no oso dar el paso; ella me demostró una vez cuán capaz es de excederse del límite. En verdad que un matrimonio no bastaría para atarla, si de nuevo su pasión se inflamara. Claro: si realmente yo hubiera sido un canalla todo sería más fácil.

Su vínculo con Schlegel no es una garantía. Supongamos que ella, en cierto sentido, haya comprendido con astucia que éste sería el único modo posible para reanudar una relación conmigo; porque si hubiera permanecido soltera, ya no sería el caso de pensar en un casamiento. Si hubiera pensado que era mi voluntad que ella se casara con Schlegel, y que por eso mismo durante los dos últimos meses, bromeando y casi por incomodarla, le hablaba a menudo de él, diciéndole que debía atraparlo. Y en verdad tal era mi pensamiento y mi deseo; pero en ese caso su relación conmigo es más elevada que la relación con Schlegel.

Si Dios le inspirara el pedido de una entrevista conmigo,

[1] *En la noche del 25 al 26 de junio de 1849.* (N. DEL T. I.)

sí... en ese caso me arriesgaría. Me daría placer: esto es verdad, pero sólo así me atrevería a correr el riesgo. Nuestra relación sería entonces perfecta, pues el matrimonio es mi traba; una relación fraternal con ella me daría una grande, muy grande alegría.

24. ¡Qué felicidad sería para mí el poder contentarla! ¡A ella que tanto ha sufrido por mi causa! ¡Y cuán duro es verse obligado a mostrarse tan cruel! Casi ha habido una trama de insidias de mi parte al comportarme así para ligarla a un matrimonio y luego abandonarla a ella misma. ¡Ojalá hubiera comprendido a su matrimonio como una posibilidad de un matrimonio fraternal conmigo, en quien posiblemente sólo ha visto una grandeza puramente intelectual! Pero correr el riesgo de ser yo quien dé el paso, no me está permitido en conciencia. Ella demostró una vez ser capaz de pasar del límite; y por otra parte, al casarse, ella se ha emancipado al fin y al cabo.

25. Cuando vivía en Nörregade, en el primer piso, me hice construir un armario de palo de rosa. Fué hecho según mis indicaciones, que a su vez, se inspiraban en una palabra que ella me dijera, ¡tan graciosa en medio de su pena! Me dijo que me agradecería toda la vida si le concedía que permaneciera junto a mí, aunque hubiera de estar encerrada dentro de un pequeño armario. Por eso el mueble fué construído sin divisiones. En su interior guardo con sumo cuidado las cosas que me la recuerdan, que para mí pueden significar un recuerdo de ella. De todos mis libros se han impreso dos ejemplares únicos en papel vitela, uno para ella, otra para mí.

Entre mis papeles hay una carta, para ser abierta después de mi muerte, que se refiere a ella. A ella y a mi pobre padre dedicaré el conjunto de mis obras: a mis dos maestros, la noble sagacidad de un anciano y la amable imprudencia de una mujer.

En verdad la causa de la religión, y sobre todo la del cristianismo, requiere sin duda un hombre célibe. ¡Pero cuán extrañamente dialéctica es la historia infinita de mi educación!

¡Y si a ella no se le ocurre pedirlo, probablemente deberé renunciar! Es extraño, por otra parte, que ella me haya comprendido tan poco que no vea que para mí todo se reduce a una cuestión de responsabilidad. Por eso deseé tanto que fuera ella quien rompiera el noviazgo.

Ahora probablemente ella vive feliz casada con Schlegel. Él ha sido afortunado: será un estímulo para ella, algo así como la aprobación de la Providencia con respecto a su matrimonio. Para mí, en cierto sentido, el mundo me es adverso. Tal vez ella encuentre justa la explicación de que pesa sobre mí un castigo. Pero también podría la oposición del mundo, cosa bastante peligrosa, conferirme un nuevo valor ante sus ojos.

26. Si es verdad lo que me ha contado la señorita Dencker (y yo me he servido a menudo de la señorita Dencker para hacerle llegar mis sugestiones directas a fin de consolidar su matrimonio), que ella dice que "en el fondo" no me guarda rencor por haber roto el noviazgo, sino por la manera como lo hice, esto demuestra que posee una buena dosis de desmemoria femenina, propia de la inmediación. Olvida evidendentemente que recibió, dos meses antes del paso decisivo, una carta mía de ruptura, redactada con las explicaciones más humillantes a mi respecto: creo que contra ese procedimiento no había objeción alguna que hacer. Fué ella, quien por no querer resignarse, insistió de una manera tan desesperada que hube de crear un nuevo alfabeto. Olvida que fué ella misma quien dijo, que si hubiera podido convencerla de que era yo un canalla soportaría todo fácilmente. ¡Y ahora probablemente se lamenta de mi "conducta canallesca"! Y además, si no hubiera empleado ese sistema probablemente todavía estaríamos disputando para romper el noviazgo. En ese sentido podría ser justo que se quejara de mi conducta, porque de ninguna otra manera habría logrado mi fin.

27. En cierto sentido la mujer es un ser tremendo. Hay en ella una forma de abandono que me espanta, porque es por completo contraria a mi naturaleza: es tremendo el abandono femenino, femeninamente sin reparos, porque la feminidad está en cierto sentido muy fuertemente unida al reparo.

Pero si eso se rompe. . . y si el otro es un ser dialéctico, dotado de fantasía melancólica y con un pesado fardo de religiosidad... en verdad que en ese caso es algo tremendo.

28. En cuanto a mí he aprendido lo siguiente: que me he comportado como un autotorturador. Probablemente, ahora cambiaré de método.

29. Y también es cierto que si ahora reanudara mi relación con ella, comenzaría sin más ni más a hacerle reproches. Por ayudarla he soportado, he hecho todo lo posible mejor dicho, para aparecer ante los demás como un canalla. Pero en verdad ella tiene una gran responsabilidad. No es mérito suyo si no llegué literalmente a la desesperación; y aunque estoy dispuesto a perdonar y a olvidar como si nada hubiese acaecido, no obstante ella debe saberlo, en el caso de que la relación se reanudara y para que fuera una relación fundada sobre la verdad.

30. En cuanto a Cornelia [1], su noviazgo me ha contristado en cierto sentido. Era una genuina feminidad de excepción. Basta con este rasgo suyo de noble sencillez femenina. Cuando todos los enterados sabían al dedillo que yo era un canalla y cada uno de ellos se jactaba de conocerme por entero, ella dijo: —¡No logro entender al Dr. Kierkegaard, pero sin embargo lo considero un hombre de bien!— Frase realmente enérgica, que me causó impresión hasta a mí mismo. Pero Cornelia pertenece idealmente al grupo de Regina; ella debía haber permanecido en él para ser eternizada por la poesía.

Ahora ya no es posible.

Regina podía y debía casarse. Esto es lo único que tiene una verdad poética. Y aun cuando ella me dijera que lo ha hecho por resentimiento para conmigo, etc., le respondo: —¡Puros cuentos! ¿Qué conciencia puede tener una damita de lo que hace? Tú has realizado algo completamente extraordinario, me hiciste un beneficio, me ayudaste al dar ese paso; ¡y por eso sé que lo has hecho por amor a mí aunque pre-

[1] *La hermana de Regina. "La figura de mujer más notable que he conocido". (Ver "Diario" de diciembre 1844 a diciembre de 1845).* (N. DEL T. I.)

tendas no haberlo pensado! Vamos a ver: ¿te convenía acaso actuar de ese modo mezquino de mujercita despechada o crees que yo puedo tener pensamientos mezquinos? La mezquindad es lo único que soy incapaz de comprender—. Visto históricamente por un zote cualquiera, ella tiene en su contra un hecho patente, su casamiento. Mi interpretación, la única sincera en absoluto, da al paso su auténtico significado, que es un "plus" a su favor. Ella se distingue en el primer caso, por su fe, por haber poseído feminidad suficiente para creer a un hombre que la trataba de ese modo. En el segundo caso se destaca por haber entendido perfectamente la agudeza en el sentido de que ella debía casarse. Esto es lo que fácilmente puede inducir a engaño. Y en tal sentido me duele estar ahora en ventaja; yo, el soltero, y que no puede además investirla de sus derechos con la interpretación de que el matrimonio era lo que ella debía realizar.

Balance

1. Creo que su pensamiento ha sido el siguiente: en el fondo él me quiere, y se ha comprometido conmigo. Yo lo amo demasiado. ¿Cómo puede sobrevenir entonces este conflicto? Debe ser una locura; una melancolía que linda con la locura, ergo, lo arriesgaré todo para abrir una brecha en su melancolía.

¡Excelente! Como táctica femenina es perfecta. De que se tratara de una colisión religiosa, ella no podía darse cuenta, pues estaba por completo desprovista de desarrollo religioso y mucho menos aún capacitada para sospechar semejantes conflictos religiosos. Su táctica es excelente, y ella formidable por la intrepidez femenina con que inicia el ataque. Por lo demás, yo le había dado en cierto sentido una autorización para que así procediera. Sabía yo, en verdad, cuán peligrosa habría de resultarme; ¡cuán digna de ello era esa amable criatura! Aunque el asunto me costara el precio máximo, ella debía luchar aferrándose al abandono. Y lo hizo, ¡querida y deliciosa niña

mía! y de una manera magistral dentro de su condición de mujer.

En cuanto a mí, es ley de mi vida que retorna en todos los instantes decisivos. Como aquel general que en persona dió la orden al piquete que lo fusilaba, así he ordenado yo siempre cuando he debido ser herido. Pero también el duelo que ella debía sostener era de gran estilo y estupendo; en cierto modo soy yo quien le puso el arco en la mano, yo mismo quien colocó el dardo y quien le enseñó cómo tomar la puntería. Así pensaba yo (¡y eso sí que es amor!); o seré tuyo, o te permitiré que me hieras tan profundamente, en lo más íntimo de mi melancolía y en mi vínculo con Dios, de manera que, aunque separado de ti, sea siempre tuyo.

¡Qué modelo de amor desdichado! No es, por ejemplo, como el de Federica con Goethe, que rechaza todo otro amor, porque debe bastarle a una muchacha el haber amado a Goethe: ¡todo lo contrario! Ella ha de poner en relieve mi vida, y soy yo quien ha hecho lo posible para que ella se case. Una situación similar sólo es concebible como colisión religiosa. Porque si se tratara de mi orgullo, etc., si fuera manía de gozar de mi parte, etc., sería imposible que mi vida pudiera expresar esto que yo exalto en ella, "mi única".

Bien, ella se ha casado y ahora las relaciones son por completo normales.

2. De ella (especialmente desde el momento en que su orgullo se transformó en abandono) no tengo nada que decir; ni una sola palabra que no sea para loor y gloria suya. Era una niña deliciosa, una naturaleza amable, casi hecha a propósito para que una melancolía, como la mía, hallase su única alegría en hacerla dichosa.

Graciosa en verdad lo era la primera vez que la vi; graciosa en su abandono, noblemente conmovedora, no sin cierta sublimidad en el momento definitivo de la separación. Infantil del principio al fin y a pesar de su astuta cabecita algo he hallado en ella, algo que equivale para mí a un elogio eterno: silencio e interioridad. Y además poseía un poder: una mirada de adoración cuando suplicaba, que habría podido conmover

a una roca. Habría sido la beatitud poder hacer su vida dichosa, contemplar su inefable beatitud.

3. *Nota.* Es suyo el relato de la pareja de rústicos enamorados que hablaban de otra campesina, quien había roto con su galán y la paisanita comentó: —Es raro... ¡él iba siempre tan bien vestido!... —También fué ella quien me contó la historia de la señora Mynster, que se fugó de su casa con Pollione y, muy gran dama, fué en persona a ver a su marido para decirle: —Total, será mejor que te lo diga yo misma: ¡me he casado con Pollione!

4. Si he cometido una injusticia que clama al cielo, arrastrándola a esa relación conmigo, provocando escenas terribles como hechas a propósito para destruir por completo la impresión que de ella tenía, ¡que Dios me perdone! Debía ofenderla y abandonarla; debía durante los últimos meses mostrarme cruel, para tratar en lo posible de ayudarla a romper el compromiso. Para mí esto fué lo más duro. He debido proseguir con esa crueldad con la intención más honesta y sincera. Ella ha de haber sufrido entonces penas indescriptibles. ¡Ojalá me perdone!

La he amado. Mi existencia exaltará su vida de una manera absoluta. Mi carrera de escritor podría también ser considerada como un monumento en su honor y gloria. La arrastro conmigo a la historia. Y a mí, que melancólicamente sólo tenía un deseo, el de hacerla dichosa, no me será negado esto en la historia, allí caminaré a su lado. Como un maestresala la conduzco al triunfo, diciendo: —¡Por favor! ¡Paso para ella, para nuestra querida, nuestra amable y pequeña Regina!

5. Una vez le pedí a Dios que me la concediera como un don: aún en los momentos en que entreveía la posibilidad de un matrimonio, le he dado a Dios gracias por ello como si fuera un don. Luego debí de considerarla como un castigo de Dios: esto lo he mantenido siempre honestamente, aun cuando ella hacía todo lo posible para hacerme sentir, a mí que era presa de la desesperación, mi superioridad.

¡Y en verdad Dios castiga de un modo terrible! Para una conciencia angustiada, ¡cuán horrible castigo! Tener a esa

niña en la palma de la mano, poder hacerla dichosa, contemplar su indescriptible beatitud (cosa que constituye la mayor felicidad de un melancólico) y escuchar luego en su fuero íntimo esta voz de juez: ¡debes abandonarla! Es tu castigo. Será aguzado por la visión de sus sufrimientos, debe ser acrecentado por las súplicas y las lágrimas de ella que no sospecha que ése es tu castigo, sino que supone que se trata de crueldad de tu parte... (*) y que es preciso lograr que te dulcifiques.

6. (*) *Nota.* Así también pensaba ella, en el fondo, pues repetidas veces dijo que mi orgullo me impulsaba a abandonarla. Declaró que al fin de cuentas yo no era fundamentalmente bueno, pero que, no obstante, ella no podía dejar de amarme y de pedirme permiso para que no la apartara de mí.

7. Todo el contenido de aquel año de noviazgo fué en el fondo para mí una secuela de reflexiones penosas de mi conciencia angustiada. Me preguntaba: "¿Osarás acaso comprometerte? ¿Osarás acaso casarte?" ¡Ay de mí! ¡Entretanto, ella, la deliciosa chiquilla, daba vueltas en torno mío, y era mi novia! ¡Yo, viejo como un anciano, y ella una niña! Pero ¡ay!, dotes para hechizarla no me faltaban, ¡casi para desdicha mía! Y en cuanto entreveía una esperanza no podía privarme del placer de hechizarla... a ella, graciosa como una chiquilla, y que cuando nos separamos, a pesar de todo lo que había padecido, seguía siendo como una niña. Pero nuestras relaciones debían ser rotas, y tuve que mostrarme cruel para animarla: esto es "temor y temblor".

La situación se vuelve tan horrible que, por fin, el aspecto erótico parece desvanecerse, porque el horror da a nuestras relaciones otra categoría. A tal punto era yo un anciano que ella se convirtió en algo así como un niño predilecto, casi como si el sexo se hubiera vuelto indiferente; ¡esto es "temor y temblor"! Y yo oso pretender que he deseado el matrimonio con mayor pasión que ella: tenía para mí el significado (como para los demonios legendarios) de ser mi salvación desde el punto de vista puramente humano. ¡Ay de mí!, yo no he de llegar a puerto, debo ser utilizado de otro modo. Por eso era

una frase enigmática —que ella no comprendió, pero que yo comprendí muy bien— la que, en medio de su pena, me dijo: —Al fin y al cabo, tú no puedes saber si no sería un bien también para ti que yo permaneciera a tu lado.

1 DE MARZO A OCTUBRE DE 1854

El obispo Mynster

1 de marzo de 1854.

AHORA ha muerto.

¡Ojalá se hubiera logrado persuadirlo de que terminara su vida con la confesión de que el cristianismo que él ha representado no es cristianismo sino una mitigación! ¡Ojalá lo hubiera dicho él, que ha arrastrado consigo a una generación entera!... Ahora que ha muerto sin hacer esa confesión, todo cambia; sólo permanece el hecho de que él con su prédica ha enclavado al cristianismo en una ilusión.

Hasta para mi dedicación melancólica hacia el pastor de mi pobre padre, la situación ha cambiado. Porque me parece excesivo que tampoco después de su muerte, no pueda hablar de él sin reticencias; aunque de sobra sé que no podré olvidar por completo el hechizo de mi antigua dedicación y de mi admiración estética.

...Desde que nació un secreto malentendido entre nosotros, mi deseo fué evitar en lo posible el ataque mientras viviera; pensaba en la posibilidad de que también yo pudiera morir.

Y sin embargo, llegamos a un punto en que creí casi que era mi deber atacarlo. De todas sus prédicas sólo he dejado

de escuchar la última[1]; no porque la enfermedad me lo impidiera, asistí a la iglesia de Kolthof. Para mí esa actitud significaba: ¡Ha llegado el tiempo en que debes romper con la tradición de tu padre! Fué la última prédica de Mynster. ¡Loado sea Dios!; ¿no es éste acaso, a pesar de todo, un signo de su Providencia?

Si el obispo Mynster hubiera cedido, cosa que bien pudo mantener oculta para todos (y hubiera adquirido para todos el sentido de un triunfo), también mis condiciones económicas habrían podido volverse menos afligentes de lo que eran. Pues el obispo Mynster, que en total me hacía bastantes concesiones en el campo del espíritu, contaba con mundana prudencia que al final me habría visto obligado a ceder en su favor de algún modo, dado que, por razones de dinero, no podía hacerle frente. A menudo intercalaba en nuestras conversaciones, sin dirigirse directamente a sí, una frase bastante característica: "La decisión dependerá, no de quien posea mayor fuerza, sino de aquel de nosotros que no pueda resistir más tiempo".

Acerca de mí mismo y de mi hermano

Vivo de la manera más apropiada para conducirme directamente a la locura y para que me tomen por un desequilibrado; y en efecto, toda una clase social me considera realmente como a un extraño sujeto. Además, tengo un hermano que vocifera hábilmente que yo represento el "éxtasis" (palabra que por lo general, para el pueblo, equivale a la locura, y que hasta los tratados de medicina mencionan como indicación de un cierto tipo de locura)... ¡en tanto que Martensen representa a la prudencia!

Economía de la existencia

Imaginemos a una madre astuta, quien tiene un niño que, como todos, escucha de buena gana el relato de cuentos y

[1] *El 26 de diciembre de 1853 (fiesta de San Esteban), en la iglesia del Castillo. M. murió el 30 de enero de 1854.* (N. DEL T. I.)

fábulas. La madre, claro, conoce algunos, pero no más de una docena o poco más o menos. Si el niño se obstinase en pasar un día entero escuchando cuento tras cuento, la madre acabaría por hallarse en un aprieto.

El arte de la madre, pues, consiste en distraer al niño. Por ejemplo, acaba de contarle un cuento. El niño reclama otro al instante. La madre, por el contrario, le dice: —¡Mira, Ludovico, qué mariposa tan extraña! — La diversión cambia las cosas. Ludovico corre detrás de la mariposa; tal vez cae y se lastima, etc.; de esa manera Ludovico tiene mil distracciones y queda convencido de que su madre posee una inagotable colección de cuentos.

Así acaece con la Providencia, o mejor aún, con la existencia en relación con la idea.

Nuestra existencia entera (y en esto consiste el arte divino aun cuando al mismo tiempo nos demos cuenta de que la Providencia nos considera como a niños) está dispuesta de una manera muy económica. Se ha proveído de modo que la idea posea fuerza suficiente para bastar a la duración de la vida de un hombre, en la mayor medida posible, aun cuando éste mantenga durante toda su vida un puro interés por la idea. Pero si un individuo de la próxima generación (también ocupado exclusivamente en la idea) pudiese comenzar por donde el otro ha llegado, la existencia se presentaría en quiebra.

El arte de la existencia consiste, pues, en engañar al pequeño Ludovico. Ahora, por ejemplo, transcurren diez años de guerra; nuevos despachos a diario, etc. Para la idea, esto es del todo indiferente; en efecto, las ideas no hacen su entrada de ese modo en el mundo, pero ello llena de pensamientos la cabeza del pequeño Ludovico. En lo concerniente a la idea, para el problema de la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios, una guerra europea nada enseña.

Pero ¡cuán raro es hallar a un solo hombre desarrollado hasta el punto de que sea refractario al influjo del número! Y así los hombres viven y mueren por millones; son el número y el número es su horizonte, su todo; es decir, que son simples copias.

Y al cristianismo, que con amor divino, querría transformar a cada hombre en un individuo, estos hombres villanos lo han convertido en su opuesto.

¡No es de asombrar, pues, que sean necesarias penas tan tremendas para convertirse en un individuo, y es perfectamente comprensible que los hombres prefieran lavarse las manos! Lo sé muy bien por propia experiencia. En parte han sido profundas penas íntimas, pero sobre todo la mezquidad de mis contemporáneos y su bestial conducta indigna a mi respecto, me han obligado a mantenerme alerta. Con mis contemporáneos acaeció lo mismo que con los hermanos de José: ellos creían hacer daño, pero Dios dió vuelta a las cosas para bien. (*Génesis,* 50-20.)

El protestantismo

Si el protestantismo no se limita a ser un correctivo necesario en determinado momento, sólo representa en el fondo la rebelión de los hombres contra el cristianismo.

Si ha de predicarse el cristianismo en sustancia, se lo hallará en los Evangelios, vale decir, como imitación, sufrimiento continuo, tribulaciones y gemidos, aguzados por el fondo de la escena, por el juicio en el que habremos de rendir cuenta de toda palabra (*Mateo,* 12,36): entonces constituye una tremenda diferencia, angustia, temor y temblor. ¡Muy cierto! Pero ¿acaso hemos leído en alguna parte de los Evangelios que Dios haya dispuesto de otro modo esta existencia terrestre?

En cambio, la naturaleza humana aspira a la quietud: *nihil beatum nisi quietum.* Quietud y más quietud, para poder enfrentarnos con los afanes finitos, para gozar de la vida en este mundo.

¿Qué es ahora en sustancia el protestantismo sino la rebelión del hombre contra el cristianismo? ¡Debemos tener quietud... y quietud por el cristianismo! Y de ese modo volvemos del revés al cristianismo y a ese horrendo pesimismo, que es el Nuevo Testamento, convirtiéndolo en llano optimismo. Quietud queremos; estad por eso tranquilos en virtud del bautismo,

del bautismo de los niños, y de la gracia, por la cual sólo se salva el hombre. ¡Ay, sería por cierto una imprudencia el que pretendiéramos contribuir, aunque sea de una manera mínima, en nuestra salvación! Con lo cual nosotros dejamos a un lado al cristianismo y nos entregamos a la caza de un empleo, a tener hijos. Nos engolfamos en los asuntos temporales y en los goces de la vida, etc., etc.

El ente, la turba, el número

El ente es, para el hombre, la determinación del espíritu, del ser hombre; la turba, el número, es la determinación de la animalidad.

La operación es entonces muy sencilla: el grado de perfección del ente como espíritu, estriba en cómo, permaneciendo en sí por completo inmutado, pueda soportar que el número se abalance sobre él (como rapaces que arrojan sus inmundicias sobre alguien).

La distinción del hombre-Dios está en ser por completo inmutado, en oposición a los innumerables millones del género humano; en ser Ente, sin cambiar ni una jota, ni un rasgo del rostro. El Apóstol ya comienza a sentir la necesidad de alguien que le acompañe.

El claustro

Según la idea corriente, es una cobardía que alguien deserte del mundo para entrar en el claustro.

Puede que así sea algunas veces, es decir, que algún hombre dude de que soporte las bromas bestiales, la persecución y los malos tratos que le acarreará el tener que expresar el "espíritu" en medio de criaturas animalescas.

Pero puede también presentarse el caso con distinto aspecto. Huye porque no se siente capaz de incomodar a los demás, sabiendo muy bien que no puede ganarlos por entero, y que por lo tanto se convertiría para ellos en un tormento. O bien, si hubierais de ser del todo sinceros, vosotros que pre-

ferís disfrutar de esta vida, gozarla, traer al mundo a niños que a su vez habrán de gozarla: ¿no preferís, acaso, desembarazaros de un hombre que sólo habla de la muerte y de la mortificación? ¿No es entonces una especie de reparo de su parte el esconderse, puesto que al permanecer entre vosotros os hubiera hecho mucho más culpables de cuanto hubierais creído posible? Porque para defenderse de un hombre semejante, habríais debido perseguirlo brutalmente y hundiros en la crueldad. Pues, cuando al goce de la vida idílica no se lo remite al "espíritu", se lo convierte, claro está, en algo más hermoso: pero ¡ay!, con relación al espíritu, ¡o se lo espiritualiza o es bestialidad!

Vida. Muerte

El vivir infunde naturalmente alegría, el morir da horror. ¡Oh, pero si la existencia estriba en "vivir como un muerto", vivir de esa manera se convierte en el horror más absolutamente tremendo!; mas a su vez morir es beatífico, es una inefable beatitud indescriptible, porque es alcanzar el propio elemento.

Si estas líneas fueran leídas por un pastor protestante, las hallaría bellas y magníficas y las aprovecharía para desfogarse en su próximo sermón...

¡Que sean confundidos en vergüenza y abominación esos pastores protestantes que a lo sumo leen aquello que a otros ha costado luchas mortales, y que lo aprovechan para desfogarse en sus sermones!

Antropófagos [1]

Pertenecemos, ciertamente, a pueblos civilizados y nos consideramos infinitamente superiores a los caníbales. Pero es fácil demostrar que somos culpables de una antropofagia más horrenda que la de ellos.

[1] *Tema reanudado con ímpetu polémico, más violento aún, en el* Momento *(en el último número publicado por K.).* (N. DEL T. I.)

"El sacerdote" (el sacerdote protestante, el pastor), los profesores: ¡ésos sí que son antropófagos! ¡Bien que merecen el término! ¡Antropófagos!

Y son más abominables y horrendos que los caníbales.

Es fácil ver que son antropófagos; viven del hecho de que otros hayan sido muertos, perseguidos, maltratados por la verdad.

Esto es más horrendo que el canibalismo. Pues el mal es tanto más horrendo cuanto más dura. Los caníbales matan a un hombre, se lo comen... ¡y santas pascuas! Es un momento muy breve; y una vez acaecido, antes de que vuelva a repetirse existe la esperanza de que el caníbal pueda convertirse en otro hombre y mejorar. Pero el pastor y el profesor se las componen de una vez por todas (con frío y moderado cálculo) para vivir de los padecimiento de los Santos; y así se casan, subrayándolo, traen hijos al mundo, se las componen para entregarse al idilio de gozar plenamente de la vida. ¡Y pensar que viven de los tormentos de los Santos! Luego hacen cálculos a fin de aumentar el estipendio... ¡hasta tal punto están decididos con sublevante tranquilidad a vivir como caníbales! Ningún caníbal fué tan abominable jamás. En vano la voz de aquellos Santos clama: ¡Imitadnos! ¡Imitadnos! Los pastores y los profesores lo ocultan para que nosotros no lleguemos a escucharlos. Y así viven, luego de haberse apoderado del botín de aquellos Santos, aprovechando de sus sufrimientos.

Pero no basta con esto. El caníbal no pretende ser el mejor amigo de aquel a quien mata para devorarlo. En cambio, el pastor y el profesor gozan al mismo tiempo del honor y de la reputación de ser los mejores amigos y secuaces de aquellos Santos.

En verdad, como está escrito en el Nuevo Testamento: "De cierto os digo que los publicanos y las rameras os van delante (fariseos) al reino de Dios" (*Mateo*, 21, 31); ¡así creo yo también que los caníbales entrarán en el reino de los cielos, en lugar de los pastores y de los profesores!

¡Oh, Lutero!

¡Lutero, tú tienes una responsabilidad enorme! Pues cuanto más lo observo, veo tanto más claramente que has abatido al Papa... para poner en el trono al Público!

Tú has alterado el concepto del "martirio" del Nuevo Testamento enseñando a los hombres a vencer con la fuerza del número.

¿Será acaso la moral como la astrología y la alquimia una ciencia que se ocupa de algo que no existe?

Schopenhauer se lanza contra los tratados de moral del tipo del de Kant: exponer los principios ideales del "tú debes", la virtud, los deberes ideales, sin preocuparse luego si alguien lo hace. (*Die beide Grundprobleme der Moral,* §§ 4, 13, 15.)

No, dice Schopenhauer, la moral debe como cualquier otra ciencia atenerse a la vida real, describir la vida. Pero, agrega, se podría entonces objetar: ¿acaso no se convertiría de ese modo la moral en una ciencia como la astrología y la alquimia, una ciencia que se ocupa de algo que no existe?

El mismo Schopenhauer no parece darse cuenta de cuán chistoso es, pues propone tal objeción seriamente y la rechaza con seriedad: ¡y luego he aquí que también él escribe su tratado de moral!

Progreso con la edad

Existen hombres que dan la impresión de que a medida que avanzan en años, se vuelven cada vez más estúpidos.

Gentes a quienes uno conoce desde la primera juventud, desde la infancia: nadie sospechaba y a nadie se le hubiera ocurrido jamás que en aquel niño que era por completo normal, se alojara un fondo tal de estupidez como el que uno descubre con el correr del tiempo y que se manifiesta en cantidad siempre creciente.

El género humano

Acaece con el género humano lo mismo que con el individuo: cuanto más envejece tanto más se manifiesta la depravación que contenía: la juventud oculta y atenúa mucho.

Hasta la forma de perseguir a las cosas eminentes y más sinceras es hoy mucho más infame que antaño.

En otros tiempos se mataban a los eminentes... porque no se lograba comprenderlos. ¡Una culpa muy perdonable si se la compara con la situación actual!

Hoy, generalmente, los envidiosos tienen clara conciencia de sí mismos. Conocen muy bien quién es el eminente; comprenden cuál celebridad le espera... y se carcomen de envidia. Están furibundos de envidia, porque a ellos no les aguarda ningún nombre inmortal; y por consiguiente, sienten un sádico placer en maltratar al eminente.

¡Oh, estultos! Si precisamente esto es lo que confiere inmortalidad al eminente; cada maltrato agrega años a su celebridad. Si tenéis envidia de su inmortalidad colmadlo hoy de honores y de gloria, procuradle días de dicha, y no se convertirá en inmortal.

¡Este mundo honesto!

Es excelente, en el fondo, eso que dice Schopenhauer [1], más o menos en los siguientes términos: los únicos hombres honestos en este mundo son los mercaderes, porque son lo bastante honestos como para confesar... ¡que embaucan!

El cristianismo de nuestros tiempos

En el Nuevo Testamento el asunto presenta este cariz: "Abandona todas esas bagatelas, los pequeños egoísmos con que los hombres generalmente ocupan sus vidas como el co-

[1] Parerga und Paralipomena. (N. DEL T. I.)

mercio, el matrimonio, el traer hijos al mundo, el convertirse en alguien en el mundo... ¡rompe por completo con esas cosas y haz que tu vida esté consagrada a amar a Dios, sacrifícate por el género humano!". Cuando un hombre está a punto de casarse, recibe la invitación (ver *Lucas,* 14, 15 y sig.): ¡deja todo... piensa en hacerte cristiano! Cuando un hombre ha comprado seis yuntas de bueyes y quiere probarlas, recibe la invitación: ¡deja todo, piensa en hacerte cristiano!

Hoy el cristianismo se ha convertido en todo lo opuesto: la bendición divina desciende sobre toda bagatela de lo temporal, sobre las locuras y los placeres de esta vida. Los amantes llaman al pastor y éste entonces los bendice...

Naturalmente, es en el protestantismo, en especial, en donde esto se ha convertido en el absurdo completo.

Por eso mismo el protestantismo ha dado tanto impulso a la mujer, o mejor dicho, la ha puesto en primer plano. Todo gira en torno a la mujer. ¡Qué encanto! Uno puede estar así seguro de que todo ha de concluir en charlas y frioleras que acaban (¡de una manera muy fina!...) en las relaciones sexuales...

Esto es lo que han descripto muchos de mis seudónimos [1], contra los cuales, según veo hoy, se desata hasta el mismo Schopenhauer. La mujer no tiene la culpa; pero ella tiene la misión de humillar al hombre, de volverlo insignificante. La existencia es también un soberano y, como todo soberano, sabe egregiamente que el modo mejor para asegurarse el propio poder es, en efecto, el de humillar y romper los bofes a aquellos a quienes manda.

Para esto la mujer puede ser útil cuando el hombre entabla formales relaciones con ella: pues sobre todo el hombre es humillado por la mujer. Uno puede pensar en general que todo marido en la intimidad permanece con la cabeza gacha porque siente que ha sido embaucado. Cuando todas esas cosas grandiosas de los días del enamoramiento, cuando las histo-

[1] Temor y temblor (*esp.*: Inés y el Tritón), La repetición, Del concepto de la angustia, Etapas en el camino de la vida (*esp.:* In vino veritas). (N. DEL T. I.)

rietas de Juliana, encarnación de la gracia y de la belleza, y de su posesión como la mayor felicidad...: cuando todo esto concluye en una... ¡falsa alarma!, el hombre sufre su primera derrota. Y no es poco, pues es difícil que se anime a confesarse que ha sido embaucado, que tanto él como Juliana han sido víctimas de un acceso de locura. La segunda derrota sobreviene más tarde, cuando el hombre y Juliana (quien a su vez ha hecho por cuenta propia la misma experiencia) se ponen de acuerdo en mostrar a mal tiempo buena cara y en ocultarlo a los demás. Se ponen de acuerdo en mentir, afirmando que el matrimonio es la verdadera felicidad, ¡y que ellos son particularmente felices!

Una vez que esto ha sido convenido, la Providencia sabe que ese pobre desdichado es fácil de gobernar: es de los que no harán conquistas en el mundo de las ideas, porque para un hombre, semejante mentira a repetición es en extremo deprimente. Con la mujer es harina de otro costal. Ella posee un innato virtuosismo para la mentira y en el fondo no es feliz si no puede poner su pizca de embuste en toda cosa. Como que podemos estar seguros *a priori* que donde interviene la mujer, interviene la mentira. En cierta forma, ella es inocente, no tiene culpa: que no se nos ocurra atacarla, pues hasta es posible hallarla muy amable. La mujer está en poder de una determinación natural que muy hábilmente se sirve de ella para enervar al hombre.

Con el progreso de la historia, pues (me refiero a la "historia del matrimonio"), ingresan con la mujer las charlas de lo temporal; el filisteísmo es un egoísmo del cual sólo la mujer está dotada: porque en su calidad de mujer, de madre (¡sálvese quien pueda!), el suyo es un egoísmo que al hombre escapa por completo; la sociedad lo ha decorado con el sello de "amor". ¡Ah, no, pobres de nosotros! Es el más tremendo egoísmo por el cual la mujer no se ama a sí misma en primer lugar, ciertamente, pero lo hace a través del egoísta amor por los suyos y por sus cosas. Desde entonces las ideas están desahuciadas para ese hombre y toda aspiración más elevada, infinita, queda liquidada.

Si Nuestro Señor mismo y sus Ángeles quisieran tratar de conmoverlo, no hay nada que hacerle: ¡el egoísmo de *mamita* es una fuerza tan enorme que consigue ponerle el bozal!

La mujer posee el peligroso vínculo con la temporalidad de una manera distinta que el hombre. Es, como dice el Seductor de *Etapas,* una "mistificación". En determinado momento de su vida ella produce la ilusión de ser la infinitud misma... y de ese modo el hombre cae en la trampa. Y como esposa, la mujer es lisa y llanamente temporalidad pura.

Por eso la Iglesia ha concedido mayor importancia a la conservación de la virginidad en la mujer que en el hombre, honrando a la monja más que al monje; porque cuando la mujer renuncia a esta vida y al matrimonio, renuncia a mucho más que el hombre.

Sobre Arturo Schopenhauer

A. S. (es bastante extraño: yo me llamo S. A.[1], ¡y nosotros nos relacionamos de una manera tan opuesta!) es sin duda un escritor importante; me ha interesado mucho, y lo que me ha sorprendido es haber encontrado a un escritor quien, no obstante un completo desacuerdo, tiene conmigo muchos puntos de contacto.

Contra su ética debo hacer especialmente dos objeciones:

En primer lugar, su concepción se resume así: o a través del intelecto, es decir, intelectualmente, o a través del dolor, el individuo llega a sondear toda la miseria de esta existencia, y resuelve entonces matar o bien mortificar al deseo de vivir. Sobreviene entonces el ascetismo; y de este modo se llega a una contemplación, a un quietismo a través del ascetismo perfecto. Y el individuo actúa así por "simpatía" (éste es el principio moral de A. S.): por simpatía, porque simpatiza con toda esa aflicción que es la existencia; por consiguiente, simpatiza con la aflicción de los demás, que consiste en existir.

Contra esto debería objetar que yo me sentiría casi ten-

[1] *Sören Aabye.* (N. DEL T. I.)

tado a invertir el caso y, notadlo bien, también por simpatía. En efecto: sea que uno llegue por medio de la intelectualidad originaria al ascetismo penetrando el fondo de la miseria total, o mejor aún de la miseria de la existencia; sea que por medio del sufrimiento llegue al punto en que aparezca como un alivio la ruptura total, romper con todo, con la existencia misma, es decir, con el deseo de existir (el ascetismo, la mortificación), lo cual con respecto a los múltiples pequeños tormentos y a los tormentos sin cesar renovados, puede ser un alivio — como cuando uno logra sudar en comparación a la tortura de sentir calor cuando no se puede sudar—, en ambos casos, digo, yo daría vuelta al asunto. ¿No podría, acaso, la simpatía, en ambos casos, impedir que el hombre fuera tan lejos, no lo retendría quizá? Me refiero a la simpatía por esos millares y millares de hombres que no pueden seguirlo, que viven con la mera ilusión de que la vida es alegría, y a quienes por lo tanto sólo lograría turbar, hacerlos desdichados, sin poder ayudarles a alcanzar el punto que él ha alcanzado. ¿Y no puede, acaso, la simpatía presentar de tal manera el caso (aunque de buena gana concedo que muy fácilmente se puede encubrir así a la truhanería) que no quiera uno arriesgarse hasta el extremo, por propia cuenta, para dar así la apariencia de la simpatía?

En segundo lugar (objeción capital), cuando uno ha leído de cabo a rabo la "Ética" de A. S. llega a enterarse (pues hasta ese punto es honesto) que él no es un asceta semejante. De modo que no es él la contemplación alcanzada en virtud del ascetismo, sino una contemplación lograda por la contemplación del ascetismo.

Esto presenta en sí mismo un grave inconveniente. Puede ocultar lo más horrendo, un tipo perverso de voluntad melancólica; ítem, un odio profundo hacia los hombres, etc.

Pero tampoco así resulta, pues es siempre un error exponer una ética que no ejerza sobre el maestro un poder tal que él mismo la exprese con su vida.

A. S., sin embargo, convierte a la ética en una especie de genialidad; pero ésta es precisamente la consideración amoral de la moral. Él reduce la ética a genialidad, y aunque se pa-

vonee bastante con el pensamiento de ser también un genio, subsiste el hecho de que a él (o a la naturaleza) no se le ha antojado que se convierta en una genialidad encaminada hacia el ascetismo y la mortificación.

Aquí toco un punto que S. desdeñosamente aparta, es decir, el "tú debes", las penas de la eternidad, etc. Se trata de saber si ese tipo de ascetismo y de mortificación son en el fondo posibles para un hombre que no respeta el "tú debes" y que no está determinado por una causal de eternidad, no por genialidad sino por razones éticas.

S., que al fin y al cabo abandona al cristianismo y ensalza al brahmanismo de la India, debe confesar sin embargo que esos ascetas están determinados por un reparo de eternidad, y por lo tanto por motivos religiosos, no geniales, lo encaran como a un deber religioso.

Como he dicho ya, A. S. me ha interesado mucho. Y por lo tanto, naturalmente, también su suerte en Alemania.

S. ha debido justamente reconocer esta verdad (como con los pastores en religión, otro tanto acaece con la filosofía): existe una clase de hombres quienes, bajo la apariencia de enseñar filosofía, viven de ella y cuyo oficio es conspirar con el mundanismo que los considera como a verdaderos filósofos, puesto que lo son por oficio, es decir, que el filosofar es su profesión. Esto es muy cierto: en todas partes la situación dentro del cristianismo ha alcanzado un grado tal de degradación y de desmoralización que el paganismo resulta una sublimidad divina comparado con él. S. ve con justicia que esos respetables señores son los profesores. En este aspecto, S. se muestra incomparablemente grosero.

Pero así, estamos otra vez en el principio. S. no es un carácter ético, no es un filósofo griego por su carácter, y mucho menos un vigía cristiano.

Si pudiera hablar con él, estoy seguro de que se horrorizaría y que se reiría cuando le pusiera por delante la medida.

S. ha descubierto perfectamente que esos infames profesores se mantienen por un medio: ignorando todo lo que sea

extraño a su oficio. S. es encantador, excelente, incomparable, en medio de su grosería que da en el blanco.

Pero ¿cómo vive S.? Vive apartado y de vez en cuando suelta uno de sus truenos de grosería, que recibe en respuesta una afectada ignorancia. Eso es.

Tomemos el caso de otro modo. Ve a Berlín, dispón para esos canallas el escenario en plena calle, soporta que seas el más popular entre todos, conocido por todos. Mantén luego tal comunidad de conducta con esa canalla, que te muestres con ellos por la calle y que posiblemente todos se enteren de que eres conocido suyo. Eso sí que es desbaratar la infamia de su afectada ignorancia. Yo lo he puesto en práctica en un terreno por cierto más restringido, aquí en Copenhague: ¡me hacen reír con su pretendida ignorancia!

Y luego he arriesgado también una vez (¡por haber recibido una orden religiosa!), he arriesgado por propia iniciativa el convertirme en la caricatura y ser el hazmerreír de la plebe alta y baja; todo para deshacer las ilusiones, y para que comprendieran que no se trataba de una protesta profana, dispuesta a llamar en su auxilio a la plebe, sino de una protesta religiosa que, por lo mismo, se arriesga hasta a apartar de sí a dicha plebe, en el momento preciso en que quería aclamar su victoria.

Pero A. S. no es de ese temple; en ese aspecto no se parece en absoluto a S. A. Es sólo un pensador teutón que suspira detrás de la fama. Sí, resulta incomprensible para mí que un ingenio tan notable como S., un escritor tan inteligente, en lo referente a carácter moral (porque estilísticamente posee mucho) esté tan poco dotado de la ironía y de la desenvoltura de un hombre superior.

No se puede dudar de que ésa sea la situación actual en Alemania (uno se da cuenta fácilmente por el hecho de que los ganapanes y los empollones literarios, los periodistas y los polígrafos, se agitan tanto hoy a causa de S.): ahora lo arrastrarán al proscenio y lo aclamarán. Apuesto ciento contra uno que está alegre como unas pascuas; ni se le ocurre mandar a

freir espárragos a esta gentuza; no, debe estar exultante de alegría.

Y bien, ¿no es eso inexplicable? Un hombre como él, capaz de presentar y con tanto talento, una concepción de la vida tan misantrópica, se muestra rebosante de contento y feliz de veras porque la Sociedad Científica de Trondhjem (¡buen Dios, tan luego de Trondhjem!) le ha acordado el premio. No le pasa por la mente que tal vez esa Sociedad Científica haya considerado como una rara fortuna que un alemán le haya enviado una disertación. *¡Pro dii inmortales!* Y como Copenhague, en cambio, no ha premiado otra disertación presentada por S., alborota muy seriamente en el prólogo que acompaña a la publicación.

Es inexplicable para mí tal conducta. Podría comprender que S., para burlarse de dichas sociedades científicas, hubiera decidido participar en el concurso y que se hubiera divertido tanto con el premio recibido en Trondhjem como con el rechazo de Copenhague. ¡Ay! No es ése el modo como S. encara el asunto.

Tal es la situación y me apena. S. se remite directamente a la fama, la ha deseado, suspira por ella. Ha recibido un trato indigno; eso no lo ha abatido; por el contrario, lo ha impulsado para convertirse en un escritor muy importante. Pero de ser un carácter ético o religioso no se preocupa en absoluto, pues con un carácter ético o religioso las cosas cambian. En ese caso, el principio estriba en que cuando la fama se ofrece ampliamente, se la rechaza, y entonces estalla el conflicto.

Así lo demuestra el "Modelo", el único, el Salvador del mundo. Con Él lo primero que acaece es que la gente quiere proclamarlo Rey (*Juan,* 6, 15); pero Se niega, porque quiere ser crucificado. Y sin embargo, no puede prescindir del principio, precisamente para herir a sus contemporáneos encaminándolos hacia la religiosidad. Si Cristo no hubiera tenido en su poder esa primera cosa, habría subsistido siempre la duda de si Él no era ante todo un hombre que al fin y al cabo, hubiera preferido ser Rey: es decir, un hombre a quien, al suspirar por el triunfo, le cupo la desgracia de ser crucificado.

Para un carácter ético y religioso el proscenio es de gran importancia. Por eso es comprensible que con el correr de los siglos históricos, muy rara vez se encuentre un carácter ético o religioso auténtico.

Esto está fuera de toda discusión: distinto es el fracaso; una aspiración temporal del repudio del triunfo mundano que nos ha sido ofrecido y luego el sacrificio; sólo en este aspecto se puede hablar de "ser sacrificado".

Por lo mismo es posible admitir que S. ha sido de una manera indigna la víctima señalada de los profesores; pero ética y religiosamente A. S. no es una víctima, porque por su parte habría deseado, y de muy buena gana, que se lo aclamara.

Como dije anteriormente, el proscenio reviste mucha importancia, constituye el aspecto decisivo para determinar el carácter éticorreligioso; lo importante es que sea evidente que el sufrimiento ha sido libremente elegido.

Esto es lo verdaderamente trágico y sublime. Pero en la vida práctica se contentan con una tragedia de proporciones más reducidas; han ansiado alguna grandeza terrenal y obtenido la peor parte. Acaece con lo trágico lo mismo que con lo cómico; lo cómico puro, o bien lo cómico de la catarsis, siempre tiene un carácter tal que uno no ríe de algo que al fin y al cabo y presentado en otra forma, movería a compasión. ¡Oh, pero en la vida práctica, la mayoría de los poetas cómicos se contentan, así como las gentes, con reír de cosas que muevan a compasión! Y los poetas de sobra saben cómo han de calcular, movidos por la codicia del renombre, pues demasiado comunes son la depravación, la envidia y la maligna satisfacción (y otras cosas por el estilo) que ríen ante cosas dignas de lástima.

El matrimonio

Es decisivo para todo concepto religioso de la vida, para toda religión, el modo de considerar al matrimonio, en virtud del cual entiendo yo la expresión ética de la propagación de la especie.

Además del instinto y de lo que con él se relacione, puede impulsar a un hombre al matrimonio una consideración diferente que quisiera hacer notar. La he hallado tanto en Platón como en Aristóteles; también he leído lo mismo en los libros de los antiguos Padres. La idea de que dejar en pos de sí a una familia represente un consuelo porque no se puede ser inmortales, la propagación de la especie sería el sucedáneo de la inmortalidad individual. Por eso mismo el hombre que se aferra como un pulpo a esta vida, cuando no cree en su inmortalidad, trata por lo menos de prolongar su vida terrenal dejando en pos de sí a una familia.

Esto no ha sido jamás expresado con tanta fuerza como dentro del judaísmo, donde todo gira en torno al consabido: "Multiplicaos, sed fecundos". Todo gira en torno a la progenie, todo es genealogía; y con sanción divina. (Por eso los hebreos no tenían la menor idea de la inmortalidad.)

Luego sobreviene el cristianismo y pone de relieve la virginidad, es decir, la religión del espíritu.

Siempre se oscilará entre los dos polos: el individuo inmortal y el individuo mortal que se consuela con la generación; en esto se diferencian esencialmente las diversas religiones.

La mujer

El elogio que el Asesor hace a su modo de la mujer en la segunda parte de *O lo uno o lo otro,* era dable de ser esperado de un marido entusiasta que propugna la moralidad del matrimonio.

La mujer podría ser definida como "el anhelo de vivir". También el hombre posee, por cierto, "el anhelo de vivir", pero está esencialmente preparado para ser espíritu; y si estuviera solo, abandonado a sí mismo, no lograría saber (el Asesor tiene razón) cómo comenzar y ¡jamás comenzaría!

Pero hete aquí que surge el "anhelo de vivir" que en él alienta indistintamente, mostrándose fuera de él en otra figura, en la figura de la mujer que es el anhelo de vivir personificado; y entonces despierta en él el anhelo de vivir.

Por eso es muy cierto lo que dice el seductor (en *Etapas*) que "la mujer es la yesca". Podría parecer extraño pero así es; lo que hace al seductor tan demoníaco y la razón por la cual ningún poeta podría fácilmente decorar a una figura semejante es que en teoría domina el concepto total que el ascetismo cristiano tiene acerca de la mujer. . . ; sólo que él lo practica a su modo. El seductor tiene en común con los ascetas y con los ermitaños la teoría; pero partiendo de la misma teoría, el asceta y el seductor toman en la práctica direcciones diametralmente opuestas.

Arturo Schopenhauer

Así como durante una epidemia uno chupa pastillas para impedir el posible contagio con el aire apestado, así también debería recomendarse a los estudiantes de teología que están obligados a vivir en Dinamarca en medio de este insulso optimismo cristiano, que tomaran cotidianamente una pequeña dosis de la "Ética", de Schopenhauer, a fin de inmunizarse contra la infección de esas charlas.

Conmigo es otra cosa; yo me he inmunizado de manera muy diferente. . .

"Fanfarrón" [1]

Es una palabra significativa; podría envidiársela a los alemanes; es excelente, pues lo mismo puede ser usada como adjetivo y como verbo. Schopenhauer la utiliza con exquisitez, y diría más: ¡en qué confusión no se vería, si no dispusiera de esa palabra, él que se ha empeñado en hablar de la filosofía hegeliana y de toda la filosofía profesoral!

¡Parecería que la lengua teutona posee esa palabra por la necesidad misma de utilizarla continuamente que existe en Alemania!

[1] *K. cita el término* Windbeutel *utilizado por Schopenhauer.* (N. DEL T. I.)

Los daneses no disponemos de un término así, pero tampoco su significado constituye una característica de los daneses. No está en el carácter del pueblo danés el mostrarse "fanfarrón".

En cambio, los daneses tenemos otro defecto; ¡ay!, un defecto correspondiente y por lo mismo la lengua danesa tiene una palabra que tal vez la lengua teutona no posee: "tragavientos"[1]. Se emplea generalmente para los caballos, pero puede aplicarse también al hombre.

Más o menos la relación es ésta: los alemanes producen el viento y los daneses se lo tragan; he aquí la relación en que se hallan desde hace mucho tiempo daneses y alemanes.

Me divierte inefablemente comprobarlo en Schopenhauer y en Hegel; ítem, descubrir lo que acaece hoy en Alemania, que sea el resultado de la filosofía hegeliana el hallazgo de que Hegel era un "fanfarrón" (probablemente "por necesidad"), un producto surgido (por necesidad) de seis mil años de historia universal; de todos modos, del período que S., tan justamente señala, como "la época de la filosofía del embuste".

Pero S. ha tenido que vérselas con los "fanfarrones"; yo he debido componérmelas con los "tragavientos".

Simpatía

...Lo siento perfectamente: estoy desmoralizado, porque he sido educado en el cristianismo desde niño. Así es como veo a las cosas hoy. No comprendo que un hombre pueda vivir con la fe de que él se salvará y que los demás irán al infierno, condenados por toda la eternidad. Esta dificultad mía depende del hecho, como lo dije ya, de que estoy desmoralizado; con todas esas charlas escuchadas desde la infancia, se pierde en el fondo el respeto por la majestad divina.

Sólo cuando un hombre lucha por la salvación eterna de su alma, sólo entonces puede llegar a soportar los tormentos

[1] Windsluger. (N. DEL T. I.)

de los primeros cristianos... pero entonces es preciso admitir que *eo ipso* los demás se condenan... Pues sólo esta tensión de luchar por la salvación eterna puede impulsar a un hombre a soportarlo todo en verdad.

La mujer. El hombre

La mujer es el egoísmo personificado.

Su ardiente afecto por el hombre es simplemente egoísmo.

Pero el hombre no sospecha esta superioridad femenina, se considera feliz, se siente muy halagado al verse objeto de un afecto semejante, tan ardiente, el cual, por eso mismo, se expresa en forma de sujeción, pues tiene mala conciencia de que en el fondo se reduzca a egoísmo; cosa que el simplón del hombre no cree y se siente por el contrario, fortalecido por el afecto de ese *alter ego* suyo.

Tampoco la mujer sabe que es egoísmo; ella es siempre un enigma para sí misma; por una astucia de la naturaleza a ella se le oculta esta mistificación del egoísmo que se manifiesta bajo la forma de afecto. Si la mujer pudiera comprender lo terriblemente egoísta que es, dejaría de serlo, pues en otro sentido es demasiado buena para ser egoísta.

Esta historia del hombre y de la mujer es una intriga preparada con inmensa astucia, es un juego hecho a propósito para aniquilar al hombre, *qua* espíritu.

Originariamente el hombre no es egoísta; se convierte en ello sólo y verdaderamente cuando tiene la dicha de unirse a la mujer. Esta unión, conocida con la forma del matrimonio, en el fondo, contrastando con el egoísmo de una casucha, podría ser llamada el egoísmo de la casa sólida; ¡la verdadera compañía del egoísmo!

Una vez que se ha ingresado en esa compañía, se da alma y cuerpo al egoísmo (también hay que contar que para ello son un par), es una sociedad que cuida (así como en el mundo práctico se magnifica el hecho de tener un socio sobre quien descargar la culpa de todo) de contar con alguien sobre quien descargar la culpa, con quien poder mentir en sociedad.

Y claro está; una vez que el hombre ha ingresado en esa compañía, está esencialmente perdido para cualquier cosa superior.

Por eso el cristianismo y las concepciones más profundas de la vida han mirado sospechosamente a las relaciones con el otro sexo porque suponen que la relación con el sexo opuesto degrada al hombre.

Y por eso también en la jerga de bandoleros que usan los hombres se dice que es deber de todo hombre casarse y que el matrimonio es la verdadera vida que ennoblece.

Me entristece en tal sentido que un hombre del calibre de Lutero haya cometido tamaño error con su ejemplo...

Por lo que respecta a mí mismo, no debo jactarme como si lo hubiera comprendido todo desde el principio, del mismo modo que lo comprendí más tarde; si no hubiera encallado en virtud de aquello, yo también me habría casado.

En mi caso fué una cosa muy especial lo que así me detuvo... y mucho tiempo después veo que eso es lo que el cristianismo llama cosa ordinaria, normal; veo que el cristianismo se inclina por el celibato y que hace del matrimonio el caso especial...

El "pastor"

En el fondo, tiene un significado muy profundo que el "pastor" vista ropas de mujer.

Porque la culpa característica del "pastor" es generalmente la misma de la mujer: astucia, descaro, embuste. Sí; así como ha de decirse que la esencia de la mujer es en parte (en el caso femenino tiene sin embargo un sentido más inocuo) la mentira y que donde interviene la mujer interviene siempre algo de mentira: así también acaece con los pastores oficiales.

Además, es característico del pastor desvanecerse, desfallecer, coquetear, decir que no quiere cuando en realidad quiere... especialmente cuando se trata del alto clero.

No hace mucho leí un comentario acerca de un pastor

que había sido nombrado arzobispo en un lugar de Alemania. En el discurso de la toma de mando decía naturalmente que había rogado a Dios para que le fuera apartado ese cáliz (el nombramiento al cargo de arzobispo): ¡pero ay, en vano!...

Lo mismo que una mujer que desea quizá el tálamo nupcial pero se desmaya y finge que no lo desea; si el marido la tomara en serio se originaría un malentendido. Es preciso recordar, sin embargo, que la mujer es inocente; su actitud se debe a la determinación natural de su ser, y por lo mismo sería una villanía emplear con ella la ironía. El caso del prelado es diferente. Pero la razón por la cual la analogía de la mujer se ajusta a la del prelado, es una analogía de la síntesis en que consiste la relación sexual: pecado; y además, el deseo que lo acompaña. En efecto, el prelado percibe muy bien que por una parte el asunto del alto clero mundano es desde el punto de vista cristiano un pecado, pero a pesar de ello siente su deseo. Este dilema lo expresa por medio del desvanecimiento oficial; al desvanecerse, en cierta forma da satisfacción a la indignación cristiana frente a la alta sociedad: como si el sentido moral de la mujer, el pudor, quedara satisfecho en virtud de su resistencia. Pero como ya lo dije ¡el caso de la mujer es muy distinto a la coquetería de los prelados!

La mujer

La situación, por lo general, se presenta de la siguiente forma: intelectualmente, en el ámbito de la idea, etc., la mujer, comparada con el hombre, hace más o menos el papel de una tonta.

Pero para lo que podríamos llamar picardía instintiva, la mujer supera de tal manera al hombre, que éste, en comparación con ella, es un grandísimo papanatas.

Hoy, mientras paseaba en un momento de ocio, se me ocurrió este pensamiento: si por curiosidad se pudiera suponer por un momento que el hombre fuera capaz de concebir... estoy seguro de que sus partos serían muy dolorosos; ¿y por

qué? Entre otras cosas porque no gritaría, sino que se diría a sí mismo: eres hombre, no es propio de ti que grites, trata de contener el grito... La mujer, en cambio, grita al instante, y como es sabido, sus gritos ayudan al parto.

En toda mujer, debido a esa picardía instintiva, existe algo de genial: gracias a su genio, ella toma por el atajo mientras que el hombre se ve entorpecido por mil reflexiones y, aparte de todo lo demás, por una idea con suma frecuencia completamente estúpida y solemne acerca de su dignidad de ser él, el hombre.

El sexo débil

Posee el lamento, el grito y otras cosas similares y por eso mismo sufre mucho menos que el hombre, que es reservado y taciturno.

Por esto uno se sentiría tentado a declarar que la mujer es el sexo fuerte, porque si la fuerza consiste en defenderse contra el sufrimiento, la mujer se defiende mucho mejor que el hombre.

Pero la verdad es que la fuerza consiste en poder aceptar, en soportar el sufrimiento; y es debilidad de todos modos lamentarse del sufrimiento. La debilidad de la mujer consiste precisamente en que ella recurre a la súplica, a las lágrimas y los suspiros para lamentarse del sufrimiento; su debilidad consiste en que con sus lamentos y sus quejidos alivia el dolor. La fuerza del hombre estriba en no poseer medio alguno para suavizar el dolor; por eso mismo su fuerza (y a la verdad que esto es paradojal) es causa de que deba sufrir más que el sexo débil. Es una paradoja; pero no lo es más que esa otra verdad, no menos cierta, de que sea preciso estar sanos para enfermar y de que existan hombres enfermizos que carecen de la salud requerida para poder contraer una enfermedad.

Las relaciones sexuales

Cuanto más baja es la conciencia de un hombre tanto más naturales son estas relaciones.

Pero cuanto más desarrollado intelectualmente está un hombre, tanto más domina la vida de conciencia; tanto más se aproxima, pues, al punto donde se encuentra el cristianismo y a lo que tiene una semejanza con él en la concepción religiosa y filosófica, y tanto más la continencia se convierte en la expresión del espíritu.

Entre estos dos puntos extremos, se halla ese término medio, para el cual la relación sexual ha perdido su sentido inmediato y, no obstante, no se quiere alcanzar el espíritu.

Entonces uno siente (puede ser en parte una especie de pudor, y por otra parte algo de hipocresía, a veces una hipocresía muy refinada) el deseo de decidirse a casarse. De tener razón, se debería de algún modo espiritualizar al matrimonio, convirtiéndolo en algo más elevado que la satisfacción de un instinto.

¡Pamplinas! O satisfacción pura y simple de un instinto, o espíritu.

"El pastor de Wakefield" comienza así: "Siempre fué mi opinión que un hombre de bien que se ha casado y ha educado una numerosa familia, ha hecho al Estado un servicio mayor que el que ha permanecido célibe, limitándose a hacer propaganda para la campaña demográfica".

Bueno, hay aquí una "razón" para casarse: traer hijos al mundo para servir al Estado... *¿Risum teneatis, amici?* No, la cosa es diferente. Con el crecimiento de la cultura, el hombre crece para la vida consciente y de cierta manera, deja atrás al instinto, en todo caso al sentido inmediato del instinto. Interviene entonces (no confundir con el pudor inmediato, *pudor*) un cierto disgusto intelectual, sobre todo en el hombre. Por eso él debe tener "razones" para ocultarse; aun cuando por otra parte se oculte mal, como actualmente, detrás de ese transparentísimo biombo: traer hijos al mundo para servir al Estado. ¿Servir al Estado? Pero quizá sea ésta la verdad,

quizá al Estado se lo conciba mejor si se lo mide con el mismo rasero que a un establecimiento para la cría caballar; y los reyes no deberían ser comparados a los pastores, sino a los administradores de establecimientos para la cría caballar.

En cuanto a las expresiones de "El pastor de W.", soy de distinta opinión. Estoy convencido, en efecto, de que, permaneciendo célibe y sin hacer propaganda demográfica, o mejor aún: permaneciendo célibe y aun hablando en contra de la multiplicación del pueblo, estoy convencido, digo, que uno rinde al Estado (que se desmoraliza con el número y se enerva con la superpoblación) un servicio mayor que si yo, ¡suponiendo que fuera posible!, trajera al mundo 170.000 niños. En cuanto a lo que dice el pastor: "si yo *educase*...", concedo de buena gana que es un beneficio que uno hace al Estado el de educar ese contingente que ha traído al mundo: claro está que es un servicio hecho al Estado, si se compara esta conducta con la de los que se limitan a traer al mundo un enjambre de niños que endosan al Estado.

El demoníaco

Quien tenga oídos para advertir las réplicas del demoníaco, habrá comprobado a menudo que se convierten en verdaderas apenas se tergiversan.

Una mujer y un hombre, presa de obstinación demoníaca, gritan: —No puedo soportar que nadie me domine—. Si se tergiversa el sentido, tendrás el secreto para su curación; no lo pueden soportar, pero necesitan precisamente de alguien que los domine.

Esto depende ciertamente del hecho de que el demoníaco conoce, por lo menos con cierta *clairvoyance* [1], su remedio; pero, como demoníaco, ama a su enfermedad y teme al remedio, y por "eso" alborota que no lo puede soportar (al remedio), que le sería sumamente dañoso.

[1] *Perspicacia. (En francés en el texto).* (N. DE LA T.)

El género humano

Aparte de la diferencia de que, en cualquier género animal, sólo existan ejemplares y no individuos, es decir, que cada individuo es ejemplar y género, existe otra diferencia entre el género humano y cualquier otro género animal: en este último falta la situación de existencia de ejemplares cuyo destino sea el de ser sacrificados por los demás.

Eso sólo acaece con el género humano.

Y las víctimas sacrificadas por los otros, difieren completamente en calidad de los hombres comunes (en ningún otro género un ejemplar podría diferir completamente en calidad de los demás): en el fondo, son hombres espirituales. Pero estos hombres espirituales no comienzan por sentir con orgullo su diferencia de calidad: no, la humanidad los repudia de alguna manera. Y por el sufrimiento logran descubrir en verdad su condición de excepcionales.

La mujer

Según la Biblia, es la mujer (Eva) quien seduce al hombre (*Génesis* 3,6).

Por contraste y en compensación (es un hecho) el amor de la mujer no se funda en absoluto de preferencia en la idea de que el amado sea la encarnación de las virtudes y de la perfección. Por el contrario, no hay muchacha que no desee que su amador sea un poco descarriado, de manera precisamente que su papel frente a él sea el de salvadora (en oposición a la Biblia donde es la seductora) (*). Sí, la mujer representa al tipo del egoísta amable, pero inocente; ella no es consciente. Mas hasta el mismo pensamiento de desear que el amado sea un tanto descarriado para salvarlo con su amor, es egoísmo.

Por otra parte, no puede negarse que las cosas acaezcan como ella desea, que a menudo un hombre se salve de sus descarríos anteriores por el amor de una mujer y amándola.

Pero también, y en un sentido superior, la Biblia tiene razón, cristianamente tiene razón; pues si bien es cierto que la mujer salva a algunos de sus excesos y los convierte en personas decentes, la mujer también echa a perder a los hombres que se casan, convirtiéndolos en finitos y mediocres.

Cuando un adolescente o un joven se extravía en las pasiones, sólo dos poderes lo esperan para salvarlo: una mujer que ama... y Dios en el cielo. En el primer caso se salva, claro está, pero se convierte en finito. Pero, si no lo salva el amor de una mujer, si no se detiene ahí, si es Dios quien lo salva, tendrá una existencia importante.

(*) Un desarrollo similar al de la situación bíblica acaece en la vida cuando se dice que, por lo general, el hombre es quien seduce a la mujer. Tampoco esto es verdad, es más bien una expresión de la astucia femenina, pues ella logra seducir con tanta habilidad que el bobo del hombre siempre pasa por ser el seductor.

El suicidio

Porque cristianamente esta existencia representa un sufrimiento punitivo, y porque a su vez el cristianismo promete (cuando llegue el último sufrimiento, el de la muerte) una existencia eterna y feliz; por eso mismo disgusta a Dios que alguien por voluntad propia se evada de la existencia.

Pensar que esta existencia sea un gran bien y que haya de condenarse al suicidio como ingratitud, no es naturalmente más que mentira y parloteo, una bribonada inventada por estos galeotos para darse la recíproca confirmación de que el nuestro es un "mundo gentil".

No, justamente porque esta existencia es sufrimiento, porque nos aguarda la beatitud eterna, si se resiste con paciencia, por eso el suicidio disgusta a la Providencia.

Acaece con esto como con los niños en Nochebuena, cuando esperan impacientes en el cuarto oscuro... Porque los padres conocen la solicitud y el sacrificio realizado para que la

alegría sea mayor, los preparativos reclaman tiempo; por eso mismo les disgusta la impaciencia.

La carne y la sangre

Con respecto a la verdad relativa a la carne y la sangre, no se debe tratar a ningún hombre, absolutamente a ninguno, como a hombre de bien, de lo contrario uno se verá burlado.

En lo que a mí respecta, muy bien sé cuán exacto es; porque si Dios no me tuviera en su poder de una manera enteramente especial, si no me hubiera quebrantado desde la tierna infancia, de modo que no pudiera dejarme engañar por la carne y la sangre, yo habría sido engañado a cada momento.

¡Qué ironía!

Sócrates, el disolvente de la belleza inmediata, del helenismo, ¡era hijo de un escultor y de una partera!

El celibato

Cuando el Papa ordenó a su debido tiempo que el clero debía observar el celibato, ya el punto de vista del cristianismo se había perdido hacía rato y lo había reemplazado el confuso acomodo o compromiso con el mundo. Porque no se trata sólo de que los sacerdotes deban observar el celibato, no; todos los cristianos deben permanecer célibes. La distinción entre clero y fieles es anticristiana..., pero no para sacar en consecuencia la conclusión contraria: *ergo,* que también los sacerdotes deban de casarse.

Para el cristianismo éste es un mundo de pecado, el niño es concebido en trasgresión, nace en pecado. El cristianismo se propone detenerse en un punto y dar una satisfacción por el pasado, pero no por eso significa que se deba empezar de nuevo. Así como quien paga una deuda ajena, exige del deudor

que no vuelva a contraer deudas, así también acaece con el celibato respecto al cristianismo.

Pero en la cristiandad se bendice a los esposos y la bendición consagra su unión. ¡Qué encanto! Así también el bandido meridional consagra el homicidio, arrodillándose antes al pie del altar.

Con la bendición los esposos consagran sus propósitos... ¡Excelente! Al pie del mismo altar donde el Salvador del mundo está enclavado en Su Cruz (Él que con Su Muerte dió una satisfacción para el pecado de la humanidad, para el pecado original y enseñó: —¡Seguidme! ¡Seguirme es ser cristianos!) allí los amantes se arrodillan y deciden... deciden proseguir con el pecado original. ¡Si fuese verdad que la bendición consagra a las relaciones sexuales, sería también verdad que el niño que nace no está concebido en trasgresión ni que ha nacido en pecado!

Pero "¿acaso Cristo en persona no asistió a la boda?" (*Juan* 2, 1): ¡Incomparable objeción! De modo, pues, que Él que fué intransigente con lo que significa ser discípulo y que para impedir que uno se mezcle con el mundo, llegó hasta a negarse a conceder a un hombre que sepultara a su padre (*Mateo*, 8, 22), ¡iba Él a pensar que se puede al mismo tiempo ser discípulo Suyo y casarse y dedicarse a hacer hijos, vale decir, engolfarse hasta los ojos en esta existencia! ¡Y eso estaría demostrado por el hecho de que Él asistiera a las bodas! ¡Entonces se podría demostrar también que es verdadero cristianismo el banquetear, puesto que Cristo asistió a un banquete! ¡Y aun que ser cristiano es ser estafador, pues Cristo frecuentaba a los publicanos y a los pecadores!

En general, es de importancia decisiva para toda religión el conocimiento de su concepto acerca de la procreación. O este mundo es fundamentalmente un mundo gentil y en particular grato a Dios que desea que continúe; o si no (y esto es el cristianismo del Nuevo Testamento) el ser y el existir en este mundo repugna a Dios en sumo grado y para detener a ambos introduce al cristianismo que al instante cierra también el paso a la procreación.

Sócrates. El cristianismo

Sócrates tiene razón: si un hombre no hace lo que es justo, es porque no lo comprende. Si lo comprendiera, lo haría; ergo, el pecado es ignorancia.

El cristianismo tiene razón; el pecado es culpa. Si en efecto un hombre, sin más ni más, no hace lo que es justo, es porque no lo comprende. Si lo comprendiera, etc., etc. Pero si no comprende lo que es justo, es porque no puede comprender; y el no poder comprender depende del hecho de que no *quiera* comprender. ¡Ahora estamos!

Sólo presentando la situación de una manera criminal el cristianismo ha subyugado al mundo y ha podido mantener la disciplina.

¡Oh, Sócrates!

¡Tú has permanecido como el único pensador en el campo puramente humano!

¡Estos filósofos llamados cristianos son unas mentes confusas! Tomad al célebre Agustín. Argumenta contra los donatistas [1] del modo siguiente: ¿Qué creéis ser vosotros, que apenas sumáis una decena, frente a la Iglesia cristiana? ¿Cómo podéis vosotros, que apenas si sois unos diez, pretender que poseéis la verdad? ¡Oh, Sócrates, no es verdad que a éste se le pueda llamar un pensador! Argumenta en favor de la verdad en virtud del número (¡y es un pensador cristiano!), en tanto que el cristianismo descansa sobre la realidad del Ente.

Judas Iscariote

El tremendo juicio a su respecto lo ha pronunciado el mismo Cristo: ..."bueno le fuera a tal hombre no haber nacido." (*Mateo*, 26, 24.)

[1] *Los que profesaban las doctrinas de Donato, cismático del siglo IV.* (N. DE LA T.)

Pero en tanto que la cristiandad ha tratado de convertir a Judas en la figura más tétrica posible, yo quiero hacer notar si no se debe juzgar peor aún a otra calidad.

Judas, pues, no es (como probablemente ha sido en realidad) un hombre desesperado quien, en un momento de locura, vende a su maestro por treinta dineros (esta pequeña suma constituye ya un atenuante, así como también lo es en cierto sentido el horrendo fin de su vida).

No: el Judas moderno es un hombre más culto, tranquilo, que entiende mejor a la vida y que sabe sacar provecho. Va a ver a sus sacerdotes y les dice: estoy dispuesto a traicionarLo pero escuchad mis condiciones. No me importa ganar una fuerte suma de una vez por todas, que podría derrochar en pocos años. No, quiero una suma fija por año. Soy joven, sano y fuerte; según las probabilidades humanas tengo ante mí una larga vida y podría desear (puesto que soy casado y que tengo una familia) una vida placentera y llena de satisfacciones. ¡Ése es mi precio!

En mi opinión, esta situación es cualitativamente mucho más abominable que la de Judas. Creo que una abominación semejante no se puede hallar en la antigüedad, le ha sido reservada a nuestros tiempos de cultura.

El hombre. La mujer

La mujer fué creada del flanco del hombre (*Génesis* 2, 21). Pero hablando cristianamente de la relación entre hombre y mujer, ¿no podríamos decir acaso que se ha introducido una "digresión"?

El hombre había sido creado para la eternidad; la mujer lo desvía por una digresión.

Sin la mujer, el hombre es más débil en este mundo; tiene un lado flaco que la mujer protege, y unidos ambos son fuertes para esta vida. Pero según el cristianismo la flaqueza propia del solitario, la flaqueza con respecto a esta vida, es indispensable para lograr las fuerzas para la eternidad.

Sócrates. Alcibíades

¿Por qué lloraba Alcibíades cuando Sócrates hablaba? ("Cuando él habla, mi corazón late fuertemente, más fuertemente que el de los coribantes, y las lágrimas brotan de mis ojos..." ("El banquete").

No obstante, Alcibíades era un hombre que sabía expresarse, que sabía cómo elegir sus expresiones de un modo egregio. Si el concepto que Alcibíades tenía de Sócrates se basaba en la ironía de éste, en que sabía burlarse de los demás de una manera incomparable, nada podría objetarle: Alcibíades habría debido decir mejor: es para morirse de risa esto de oírlo a Sócrates.

¿Por qué, pues, lloraba Alcibíades? Es fácil descubrir que, como verdadero ironista, Sócrates empleaba la ironía para ocultar los ideales. Pero algunas veces los ha expuesto. Y entonces conmovía a Alcibíades hasta las lágrimas.

Alcibíades lloraba. Las lágrimas rodaban abundantes de sus ojos, el corazón le latía con fuerza, ¡por supuesto! Porque Sócrates le inspiraba esa pena que a una intelectualidad ligera y sin carácter puede sugerir un hombre de carácter. Alcibíades tenía suficiente idealidad e intelectualidad para sentirse aferrado, cautivado por el ideal ético que Sócrates exponía, pero al íntimo aspecto de bajeza no lograba vencerlo. Por eso no pasaba de las lágrimas y de los saltos del corazón; si Sócrates le hubiera dicho que se comprometiera éticamente con los ideales, por cierto que las lágrimas y los fuertes latidos del corazón habrían cesado.

El norte

Que el norte sea la parte menos favorecida del mundo, puede verse, entre otras cosas, por lo siguiente: ante todo el clima desfavorable vuelve imposible ese tipo de despreocupación por la vida que se encuentra en los países cálidos, donde por lo mismo es más fácil alcanzar un idealismo filosófico, un

idealismo que no divide al hombre de manera que en virtud de la filosofía se convierte en un profesor de filosofía y en un profesional. En segundo lugar, sólo en el norte se observa ese prosaísmo que desnaturaliza de muchas maneras al ser de la mujer y que crea problemas que no existen en los países meridionales: ese dualismo que hace al mismo tiempo de la mujer una persona útil para ganarse la vida. Originariamente la mujer era un lujo, estaba hecha para la sociedad, como ornamento y otras cosas similares. Sólo en el norte ha debido, al mismo tiempo, convertirse en persona útil y también en el norte debe surgir el problema de su emancipación.

El hombre común. Los docentes

Al hombre común lo amo, los docentes me inspiran repulsión.

Ha sido la categoría de los "docentes", la que ha desmoralizado a la humanidad. Si se dejara al mundo como es en realidad, con los pocos que de veras están al servicio de la idea, o de un modo superior aún, al servicio de Dios, y luego el pueblo, todo andaría mejor.

Pero acaece la infamia de que entre los eminentes y el pueblo se introduzca esa canalla, esos bribones, quienes con la apariencia de servir también a la idea, traicionan a los verdaderos servidores y confunden la mente del pueblo, todo para recabar miserables ventajas terrestres.

Si no existiera el infierno, sería preciso crear uno especial para los docentes, cuyo crimen es precisamente de tal hechura que se hace imposible castigarlo en este mundo.

Dolorosa alteración del "hombre"

Antaño el hombre comprendía poco, pero ese poco lo conmovía profundamente.

Ahora comprende mucho, pero ya no se conmueve; o si no, esa comprensión roza simplemente su superficie como una mueca.

¿Acaso esto es progreso? ¿Si toda esa comprensión es incapaz de impresionar ahora al hombre, de conmoverlo, no hay en ello algo de soez? Casi, podríamos decir, como una mujer que habiendo sido iniciada en toda la astucia y en la coquetería que la inteligencia puede inventar para agradar al hombre, esté dotada de una cultura de cierto buen gusto pero sea incapaz de amar.

El punto. La masa
La intensidad. La extensión

11 de octubre de 1854.

Una imagen. El centro es tan sólo un punto. El disco es un gran cuerpo. Sin embargo, dar en el centro significa acertar de veras; dar en el disco no es acertar. Así, en el fondo sólo lo intensivo vive: el ser de lo extensivo en el fondo no es ser. Lo extensivo es un ser falso: su ser sólo consiste en consumar lo intensivo. Sólo lo intensivo tiene ser por sí mismo, lo extensivo vive o de, o porque come a lo intensivo (como las sombras del infierno sorben a los vivos).

Como la escritura en la arena y en el mar que no deja rastro alguno, así la existencia que no se convierte en espíritu, se desvanece sin dejar rastros.

El significado del cólera[1]

Es el de adiestrar a los hombres en la existencia como Entes, cosa que no se logra con ninguna guerra u otra calamidad, que más bien los matan. Pero la peste los dispersa como a Entes, les enseña —corporalmente— que son Entes.

[1] *Posible alusión a la epidemia de cólera que se desencadenó en Europa central en esa época.* (N. DE LA T.)

"Los filósofos en el trono"

Era la tesis de Platón. Nuestra época enseña, en cambio, que un poeta dramático en el trono es sospechoso.

Me refiero a Luis Napoleón. Poeta como es, ha comprendido que durante el desfile de Boulogne causaría un efecto incomparable que al mismo tiempo llegase un correo a rienda suelta con la noticia de la toma de Sebastopol. ¡Bien! Así se arreglan ahora las cosas.

La consecuencia natural ha sido que al día siguiente toda Francia está invadida por un malestar general, como después de una borrachera.

Pero ese Napoleón es extraordinario para prostituir al género humano. Esa raza de fanfarrones merece por emperador a un fanfarrón de gran estilo. ¡Y cuán excelente resulta que los grandes descubrimientos (ferrocarriles, telégrafos, etc.), traten de desarrollar y de apoyar a la charlatanería! ¡Tal vez de esa manera los hombres puedan retornar a ellos mismos!

Síntoma

Se conoce que algo está a punto de desaparecer o que ya ha desaparecido, cuando suscita un interés de otro género, por ejemplo, especulativo, estético, artístico.

Y así la característica de nuestros tiempos que se convierte cada vez más en el tema de la novelística contemporánea (por ejemplo, Goldschmidt entre nosotros) es la de describir la lucha del genio contra la realidad. Significa que de ahora en adelante a nadie se le ocurrirá actuar dentro de la realidad (Goethe, por ejemplo, sofisticó abiertamente su genio en talento). Pero nosotros debemos de liquidar algo y de este modo poseer el espíritu para escribir la novela.

La gente de mente estrecha se equivoca pensando que ese método es excelente; piensan que de ese modo es más fácil que el problema se aproxime a nosotros o nosotros al problema. ¡Ay de mí, qué error! Así, en cambio, se aleja. Cuanto más

perfecta es la narración novelística, tanto menos penetra en la vida y tanto más, en cambio, se acaricia y mima a ese enjambre de hombres, impulsándoles a deleitarse con la fantasía de esas cosas.

Creer que el arte ayude a penetrar en la realidad, no es un error menor que el de creer que una prédica cuanto más artísticamente perfecta, más eficaz ha de ser para cambiar la vida. ¡Nada de eso! Cuanto mayor sea su efecto puramente estético, tanto más disuadirá del compromiso existencial.

Los dos caminos

Una cosa es sufrir y otra desempeñar el papel de profesor de los sufrimientos ajenos.

Lo primero es "el camino"; lo otro es dar la vuelta, es "rodearlo" (por eso mismo el término "en torno" es el móvil de toda "docencia", a propósito para toda charla profesoral). Tal vez a fuerza de girar "en torno" acaben por precipitarse dentro.

Diferencia de individualidad

Para la victoria decisiva uno necesita ser sostenido por medio de victorias pequeñas, otro por el aguijón de una derrota.

OCTUBRE DE 1854 A SETIEMBRE DE 1855

El escándalo

La mediocridad quiere consolarse diciendo que cuando uno no toma al cristianismo de una manera demasiado sublime (exageración que ella evidentemente no comete), tiene por lo menos el mérito de no provocar escándalo.

¡Muchas gracias! Si la exaltación puede ser culpable de haber dado alguna ocasión de escándalo al tomar al cristianismo de una manera demasiado sublime, la mediocridad es siempre culpable.

La mediocridad debe recordar (agua que nunca podrás beber: porque Pedro era en todo diferente a la mediocridad), por lo menos ha de recordar la respuesta de Cristo a Pedro: "Me eres escándalo". (*Mateo,* 16, 23.)

Con suma frecuencia en cosas y proporciones menores, uno que de veras reclamaba la verdad, ha hallado motivo para decir a esa maldita, despreciable, cordial mediocridad de los tunos que querían retenerlo: "Me eres escándalo".

¡Ya ves, mediocridad, cómo eres quizá la menos excusable con respecto a la culpa contra la cual te creías absolutamente segura: "de dar escándalo"! Si este pensamiento no ha de servirte de ayuda ¿no podría por lo menos aguijonearte un poco para hacer que salieras de tu costumbre?

...mi vida es inmensamente tensa: ¡me siento tan extraño, tan absolutamente diferente a lo que ocupa a los hombres en general! De muy distintas maneras, a diario, en todo contacto, reparo en mi heterogeneidad. Rodeado siempre por la curiosidad, mirado siempre como un extraño, ora objeto de envidia, ora de burla, ora de admiración, ora de brutal estupor; hacen todo lo posible para impedirme, si fuera posible, que sea yo mismo y para impedir posiblemente a todo hombre que sea él mismo. En cualquier situación me tratan no como a una persona, sino (¡ en un sentido diferente!) como a una especie de objeto interesante, como a algo que se puede comentar hasta el cansancio...

Por cierto que esto resulta infinitamente cómico, pero también es la expresión de cuán tensa es mi vida.

Como ya dije, el esfuerzo consiste además en que sea yo completamente distinto a los demás hombres. Ellos viven puramente para objetivos finitos, y ésa es la clase de hombres que prefiero, con los cuales me habría hallado muy a gusto si los periódicos de la plebe no hubieran estropeado el caso; o si no fingen que viven para un ideal superior, pero es mera mistificación. De todos modos, ese género de vivir para una idea, el mío, es tan diverso de la vida de los hombres de aquí, como el idioma hebreo del danés; no poseemos una sola aspiración en común, y en cierto sentido ni siquiera el idioma; pues ellos se sirven del idioma de un modo falso.

Toma a un delincuente: su vida es distinta de la de los demás hombres. Pero como existen numerosos delincuentes forman por eso mismo una asociación, un mundo aparte. Suponte que fueras el único delincuente: ¿no sería esto tremendamente penoso?...

El Salvador del mundo

¡Qué extraño efecto causa el pensar en el concepto insípido, nauseabundo y meloso de "Salvador del mundo" que la cristiandad adora y reverencia y leer luego las siguientes pa-

labras: "Fuego vine a meter en la tierra", ¡vino para traer una discordia que puede romper los vínculos más sagrados, los vínculos que el propio Dios ha consagrado, el vínculo entre padre e hijo, entre mujer y marido, entre progenitores e hijos, etcétera! (*Lucas,* 12, 49-53.)

El hombre y la mujer con respecto a la religiosidad

En cierto sentido, la mujer está mejor constituída para el verdadero servicio religioso, porque la naturaleza de la mujer es de abandono total. Pero por otra parte eso no explica nada. Una eminente intelectualidad viril que se entrega con femenina sujeción, tal es la verdadera religiosidad. El abandono de la mujer se relaciona esencialmente con la interiorización, y es contrario a la naturaleza de la mujer el convertirse en algo más. Pero, por otra parte, una eminente intelectualidad viril se relaciona inmediatamente con un enorme egoísmo que ha de ser sofocado en la sujeción.

El obispo Mynster

El motivo por el cual el obispo Mynster ha sido una figura profundamente desdichada para mí, no estriba en que él no fuese el hombre que yo necesitaba sino en haberme producido el hechizo aparente de ser el hombre que yo necesitaba. Yo tenía necesidad de que en la sede episcopal de Seelandia se sentara un carácter. Mi desdicha no consistió en que Mynster no lo fuera; esto poco importa. No, la desdicha consistió en que él, entre el refinamiento de sus otros goces, había incluído hábilmente también al de pasar por hombre de carácter, por hombre de gobierno: en tanto que sólo era un declamador dominical y, por lo demás, un astuto eudemonista [1].

Mientras viviera, yo no podía atacarlo. Porque mi acusa-

[1] *Eudemonismo: doctrina moral que identifica la virtud con la dicha.* (N. DE LA T.)

ción versaba precisamente sobre lo siguiente: él no gobierna; el suyo es un hechizo visual, es un periodista, el señuelo del público más que ninguna otra cosa. Pero ¿a quién habría podido dirigir yo ese discurso? Por otra parte, yo combatía al margen del gobierno; por lo tanto, no hubiera podido debilitarlo. En privado se lo dije así: pero ¿qué efecto podía tener el decírselo en privado? Mynster no temía más que al público porque era un cobarde.

El Estado

Que cristianamente tenga razón Hegel, cuando enseña que el Estado tiene un significado ético, que la verdadera virtud pueda manifestarse tan sólo dentro del Estado (cosa que también yo repetí infantilmente en mi tesis [1]), que el fin del Estado sea el de ennoblecer al hombre, etc.: todo esto es, naturalmente, un galimatías.

El Estado es preferentemente un mal, no un bien; es un mal necesario, en cierto sentido ventajoso y útil, antes que un bien. El Estado es el egoísmo humano en sus grandes dimensiones y proporciones, y muy lejos está Platón de tener razón cuando dice que para conocer a la virtud, es preciso estudiarla dentro del Estado [2].

El Estado es el egoísmo humano en sus grandes dimensiones, organizado con un criterio de utilidad y de agudeza, de modo que los egoísmos individuales se atemperan, corrigiéndose recíprocamente. El Estado es, por cierto, una defensa contra el egoísmo, por cuanto muestra un egoísmo superior que domina a todos los egoísmos individuales, de modo que éstos egoísticamente deben comprender que, por egoísmo mismo, lo más prudente es vivir dentro del Estado. El Estado se asemeja al cálculo infinitesimal: cálculo de egoísmos, pero presentado siempre de tal manera que egoísticamente se vuelve más prudente el resolverse a formar parte, a ingresar en este

[1] Del concepto de la ironía.
[2] La República. (NOTAS DEL T. I.)

egoísmo superior. Pero esto es otra cosa que el alabado fin ético del egoísmo.

Y el Estado no va más allá; de modo que pensar en el mejoramiento por su intermedio no es menos dudoso que el mejoramiento dentro de una casa de corrección. Dentro del Estado uno se vuelve quizá más astuto para el propio egoísmo, un egoísmo bien entendido, es decir, el propio egoísmo en relación con los egoísmos ajenos; pero no se vuelve uno menos egoísta. Y lo peor es que se echa a perder con la consideración de este egoísmo estatal —burgués, oficial, autorizado— como si fuera virtud, por cuanto la vida del Estado desmoraliza, porque nos tranquiliza en lo de vivir como astutos egoístas.

Más allá no va el Estado; cosa que si se la considera desde el punto de vista de la educación y del desarrollo moral, da mucho que pensar.

Además, el Estado está continuamente sujeto a la sofisticación; así como los sofistas griegos se arrebataban demostrando que la injusticia perpetrada en gran escala es justicia, y que los conceptos de una manera totalmente extraña se invierten o decaen, que lo único que importa es la realización en grande. Además, el Estado está continuamente sujeto a la escisión, puesto que el número decide acerca del concepto, y el número mayor representa a la verdad.

¡El Estado debería servir para desarrollar moralmente al hombre, ser el verdadero medio de la virtud, el lugar donde uno se convierte en virtuoso! En verdad que ese puesto para tal fin, es por demás extraño, tanto como pretender que para un relojero el mejor lugar para trabajar esté a bordo de una nave en medio de una fuerte borrasca.

El cristianismo, por eso mismo, no es de opinión de que para ennoblecerse moralmente, el cristiano haya de ingresar en la colectividad del Estado; no, le advierte que dentro del Estado habrá de sufrir.

Pero en el lenguaje ladrón de los hombres, se dice naturalmente que el Estado es moralmente ennoblecedor y de este modo uno está perfectamente asegurado contra el peligro de

que alguien entre en sospechas acerca de ese egoísmo autorizado como si fuera virtud.

En general, no es posible poner suficientemente de relieve, que lo inmediato, tosco, espontáneo, etc., nunca será tan corrompido como la prudencia calculada. Un libidinoso que hace su capricho sin freno, no es tan corrupto como el que se da al libertinaje observando el decoro. Un embaucador que, como se dice comúnmente, pela a otro, no es tal vez tan corrompido como aquel que conoce hasta qué punto es posible embaucar cuando uno quiere mantener la estimación ¡y ser considerado como hombre respetable!

¡Una razón más para casarse!

El cristianismo dice: "No te cases, ésta es la conducta agradable a Dios y la más lógica si tú eres verdaderamente cristiano".

A esto el género humano responde: "Pero si todos procedemos así, la humanidad se extinguiría".

Y la hipótesis de que el género humano pueda desaparecer es considerada por la humanidad como la desgracia mayor.

Entonces, en consecuencia, uno no puede menos que casarse; y hay una razón más para casarse: ¡la tremenda razón de que el género humano no debe desaparecer!

He aquí otra razón más para casarse.

Las bodas de Cana

Ese *continuo* insistir de la cristiandad acerca del hecho de que Cristo estuviera presente en las bodas de Cana y que hasta procurara el vino (*Juan,* 2, 1 y sig.), demuestra que también los hombres tienen la sospecha de que el cristianismo se opone al matrimonio. Eso explica la importancia que se da al milagro de Cana, y además que la argumentación que se pretende deducir del hecho es ridícula.

"Dejad que los niños vengan a mí". (Mateo,, 19, 44)

Sí, claro; puesto que Cristo es el Salvador del mundo y que también los tiernos infantes pertenecen por su existencia a la humanidad perdida.

Pero interpretar tal pasaje dándole el sentido de que luego, millones y trillones de nosotros podamos decir: vamos a dedicarnos a hacer niños... porque Cristo dice: "Dejad que los niños vengan a mí", es una bestial estupidez o una insolencia desvergonzada.

La cristiandad ha logrado convertir a Cristo en un buen hombre que suministra el vino en los banquetes, como si Cristo no hubiera venido al mundo para salvar a una raza perdida, sino para servir de padrino a todos los niños del mundo.

Sin embargo, el problema es simple: "salvar a una raza" ...significa que la *raza* está perdida; de esa raza estamos hasta la coronilla. Ahora, si queremos salvarnos, debemos liberarnos del género, y entonces cae de su propio peso que es preciso empezar por cerrarle el paso al género.

Cristo no vino para convertirse en el cabecilla de una nueva progenie que funda en él su origen. Pero es ésta la nueva edición del cristianismo que la cristiandad, en el fondo, quiere adoptar, en vez de aceptar las cosas tal como están en el Nuevo Testamento. El género humano está perdido, Cristo ha venido para salvarlo; por lo tanto, no es necesario convertir a Cristo en el punto de partida de una nueva progenie.

El matrimonio

La propagación de la especie depende del egoísmo humano; o mejor aún, constituye la esencia de ese egoísmo, cosa que se demuestra de infinitas maneras: pocas líneas bastarán para explicarlo.

La mayoría de los hombres carecen del sentimiento de sí mismos que les permita vivir como entes; entonces, su egoísmo necesita sonsacar esa provisión de fondos que consiste en la

posesión del sentimiento de sí mismo acrecentado por el hecho de que haya algunos que le deban a uno la vida. La propia vida parece adquirir importancia en ese caso. Es a la vez (como a menudo lo he observado) el sucedáneo de la inmortalidad.

La mayoría de los hombres carecen del sentimiento de sí mismos para hacerse valer frente a los demás hombres. Entonces el sentimiento de sí mismo necesita tener a alguien que le obedezca, alguien que esté completamente en su poder, de modo que también ellos posean la impresión de que el hombre es un dominador. A tal fin servirán los niños. Pero ¡Dios mío! ¡Cuánta brutalidad y cuánto egoísmo esconde en ese sentido la vida familiar! ¡Y cuán cierto es que con frecuencia los padres tienen mayor necesidad de educación que los mismos niños!

El hombre, la mujer, el niño.

El cristianismo

En el fondo es tremendo, y sin embargo verdadero, y es una expresión cuya medida da idea de la verdad, que el cristianismo no existe en absoluto.

Tal es fundamentalmente la situación de la cristiandad, especialmente dentro del protestantismo.

Los hombres —y aun los que hoy se llaman machos y que sólo son emplastos y escupitajos comparados con el ideal de Oriente acerca de la masculinidad— abandonan a la religión personal diciendo: la religión (el cristianismo) es cosa de mujeres y de niños.

Y, no obstante, la verdad es diferente; el cristianismo, tal como está expresado en el Nuevo Testamento, asume tales proporciones, que si se lo toma *estrictamente* no puede ser una religión para mujeres, sino de segunda mano; y en absoluto para niños.

Éste es mi testimonio como psicólogo; ninguna mujer puede soportar un dualismo dialéctico y todo lo cristiano incluye a la dialéctica.

Para poder remitirse al objetivo cristiano, es preciso ser macho, es preciso poseer la dureza y la fuerza del macho para poder soportar la presión de esa tarea.

Un bien irreconocible porque causa daño; una salvación irreconocible porque nos hace desdichados; una Gracia irreconocible a través del sufrimiento, etc., etc.; todo esto (que es lo cristiano) no puede ser soportado por mujer alguna, perdería la razón si debiera aguantar la tensión de ese esfuerzo.

En cuanto al niño, naturalmente, es charlatanería decir que debe ser cristiano.

Una mujer, y sobre todo un niño, se remiten a las cosas directas y sólo respiran dentro de ellas. Si algo es un bien, lo reconocen porque causa bienestar; no tiene sentido pretender que una mujer se esfuerce (del niño ni vale la pena hablar) por comprender un bien que le cause daño, sería destrozarla.

Baste con la siguiente observación: ¿de qué depende que ninguna mujer pueda soportar la ironía, que la ironía con respecto a su pasión sea la muerte para ella? ¿No depende, acaso, del hecho de que ella no puede tolerar una situación dialéctica?

Con respecto a esto, yo he pasado el examen superior de filosofía [1]. Intentadlo vosotros ahora; haced desdichada a una niña y decidle que lo hacéis por su bien. La destrozaréis, su inteligencia se quebrará en mil pedazos. Adaptaos entonces a ella. Decidle: "Soy un canalla, un cabeza hueca". Sólo entonces podrá soportarlo y te perdonará amorosamente. Pero así también le ha sido evitada la reduplicación dialéctica.

Y otro tanto acaece con todos los aspectos del cristianismo. Sólo el macho ha recibido de la Providencia la dureza para sobrellevar la realidad dialéctica...

En el Nuevo Testamento la situación está encarada para los hombres, la religión se refiere al hombre; la mujer participa en ella secundariamente, por intermedio del hombre. Sostener algo dialéctico no lo puede ella; pero siendo testimonio de cómo el hombre sobrelleva su misión, también ella recibirá la impresión de algo superior a la simple esfera de lo inme-

[1] *Alusión a sus relaciones con Regina.* (N. DEL T. I.)

diato. En cuanto al niño, que haga lo que se le antoje hasta que llegue su tiempo. Pretender que un niño digiera el verdadero cristianismo es una bestialidad tal como (cosa que a menudo se efectúa) hacerle tragar alcohol, porque los padres lo beben, y que el pobrecito ángel no debe ser menos que ellos. ¡Y pretender que un niño digiera, con el nombre de cristianismo, algo que no es tal, es un delito inexcusable!

La mujer

Decir que, puesto que dentro del cristianismo el hombre y la mujer son iguales, la mujer debe remitirse al cristianismo del mismo modo que el hombre, es un despropósito. El cristianismo iguala al hombre y a la mujer ciertamente, pero no cambia por eso la determinación de la naturaleza; de lo contrario, por este camino llegaríamos al resultado de que la mujer debería tener igual estatura, una musculatura robusta como la del hombre o también (si el cristianismo se refiriera a ello) que ésta podría lograr que dentro de la cristiandad, la gestación careciera de leyes, ¡y que algunas veces pariera la mujer y otras el hombre!

Decir que la mujer se remite más esencialmente que el hombre a la realidad cristiana es una bribonada que tiene por fin conducir al cristianismo a la esfera directa. No; dentro de la gradación de las cosas directas, la mujer lleva ventaja ciertamente, ya sea en fineza como en profundidad e interioridad; pero apenas se introduce algo de dialéctica, la mujer se halla en las mismas condiciones que los pueblos meridionales, cuando deben pronunciar alguna palabra eslava que lleva cinco o seis consonantes seguidas de vocal.

El ingreso y la salida de la vida

Escucha el grito del que nace, observa la agonía del que muere y dí luego si quien comienza y acaba de ese modo puede estar hecho para el goce.

Es verdad que nosotros los hombres hacemos todo lo posible para alejarnos presto de esos dos extremos, nos apresuramos hasta no poder más para olvidar el grito del nacimiento y para transformar en placer el hecho de dar vida a un ser. Y cuando alguien muere, decimos al instante: se durmió tranquilo y sereno, la muerte es un sueño, ¡un sueño apacible! Decimos esto, no por el difunto —puesto que nuestras palabras de nada le sirven— sino para nosotros mismos, para no perder ni una brizna del anhelo de vivir y para que todo se vuelva excitante en el anhelo de vivir, en el intervalo que transcurre entre el grito del nacimiento y el estertor de la muerte, entre el grito de la madre y la repetición que exhalará el niño, cuando le llegue el turno en su lecho de muerte.

NOTA

El grito del nacimiento, el estertor de la muerte.

La madre es quien primero grita, pero quizá el niño tendría más razón para hacerlo. La madre *existe* ya; por lo tanto, su dolor es un dolor de la existencia; pero el niño nace *a la existencia, nace,* al dolor de la existencia. Pero si el niño no grita al instante, lo hará por cierto poco después. El estertor de la agonía es el grito de lamento por haber nacido.

La propagación del género

Dar la vida sería, pues, como se dice generalmente, el mayor beneficio hacia el niño, de modo tal que probablemente representaría arriesgar la existencia; vale decir, un riesgo.

Veamos si el cristianismo no tiene más bien una opinión contraria; es decir, que propagar la especie sea algo así como una consumación.

Así probablemente (aunque el cristianismo no tuviera nada que objetar contra la propagación del género) hablaría cualquiera de los antiguos Padres de la Iglesia: "—Absteneos de propagar el género, dominad al instinto y al placer, pues pensad que cada vez que ese instinto sea satisfecho, la Provi-

dencia, a esa criatura animal que es el fruto, debe agregarle un alma inmortal; vosotros entonces rebajáis a esta miseria a un alma inmortal, atrayéndola a un inmenso peligro del cual, así como puede salvarse por medio del cristianismo, puede también perderse eternamente por su causa".

Ésta es una explicación muy diferente a la expeditiva, jocosa y placentera que habla del arriesgar la existencia trayendo niños al mundo.

La "historia universal"

Los hombres nos jactamos de que la "historia universal" asuma una importancia enorme, y de que deba atraer en sumo grado la atención de Dios.

No me atribuyo la resolución de este problema: lo presento simplemente, y lo hago porque el cristianismo enseña que la propagación de la especie es un error. Pero "el personal de la historia", todos esos millones están hechos así.

La pregunta es: ¿interesa a Dios el asunto de la "historia universal", de las cuatro monarquías: Hegel, Grundvig, Geert Westphaler [1] (también él propone cuatro monarquías), los ferrocarriles y el telégrafo? ¿O acaso no Le disgusta más que a los padres la algazara que arman los niños en la sala de juegos, en tanto que debieran atender a sus lecciones escolares, y con mucho mayor placer?

Esta fe en la infinita importancia de la historia ¿no es acaso una de las muchas ilusiones humanas que tratan de mantener vivo y de estimular el anhelo de vivir, de avivar el placer de participar en el ruido, entusiasmados por el relato de la bulla y de la endemoniada batahola que los diversos reyes y emperadores han hecho durante sus vidas?

Ricardo III, a fin de no escuchar las maldiciones de su madre, recomendó a los tambores: "¡Tocad el tambor!" [2]. ¿Acaso no acaece lo mismo con los hombres? ¿Acaso no se tra-

[1] *Personaje cómico de Holberg.* (N. DEL T. I.)
[2] *Shakespeare,* Ricardo III. *Acto IV, Escena 3.* (N. DEL T. I.)

ta de algo que no quieren escuchar y por lo mismo desean la bulla? Así acaece con la historia del mundo. Pero ¿acaso no es vanidosa imaginación de nuestra parte el pensar que una cosa semejante preocupe a Dios? ¿No es esto, por ventura, atribuirLe nuestra aberración?

La verdad está desnuda

Para nadar, uno se despoja de todas las ropas; para aspirar a la verdad es preciso desembarazarse en un sentido más íntimo, pues uno debe despojarse de una vestimenta mucho más interior, de pensamientos, ideas, egoísmo y otras cosas similares, antes de quedar suficientemente desnudo.

Talento. Espíritu

Si un hombre de talento debe realmente convertirse en espíritu, ante todo ha de sentir disgusto por las satisfacciones del talento; así como al niño que se inicia en el arte de la pastelería se le concede el permiso de comer dulces hasta saciarse, para provocarle náuseas.

Lutero pretendía que era imposible vivir fuera del matrimonio; la antigua Iglesia, en cambio, sostenía que era imposible vivir en castidad dentro del matrimonio y por lo mismo éste era casi "una prostitución tolerada".

Si Lutero pretende decir que es imposible vivir en castidad fuera del matrimonio porque los hombres se han vuelto disolutos y sensuales, vaya y pase. Pero entonces la Reforma se convierte en algo muy curioso, especialmente cuando se ha de propagar a los cuatro vientos el gran progreso cristiano que se supone que ella representa ser. Cada vez más se revela como una concesión hecha a la libido y a la sensualidad.

Mi misión: "abrir paso"

No soy un Apóstol que anuncia algo en nombre de Dios y con autoridad.

No; yo estoy al servicio de Dios, pero sin autoridad. Mi misión es "abrir paso", de modo que Dios pueda avanzar (mi misión no es la de abrir paso con los medios comunes sino por medio del sufrimiento).

Se deduce fácilmente entonces por qué debo ser literalmente un hombre solo; ítem, que debo ser mantenido en gran flaqueza y gracilidad.

Porque si aquel que ha de abrir paso, avanzara a la cabeza de un par de batallones; claro que, humanamente hablando, esto parece un método magnífico y el más seguro para abrir paso. Pero existiría el peligro de que, en lugar de abrir paso, ese hombre se apoderara del puesto y tanto lugar podría ocupar que Dios acabaría por no poder avanzar cómodamente.

Mi misión es la de abrir paso; soy un policía, si les parece bien. Pero la policía de este mundo procede con fuerza y arresta a los otros; en cambio, la policía superior procede por medio del dolor y desea más bien ser arrestada.

Tres cosas por las cuales doy gracias a Dios

1. Porque ningún ser humano me debe su existencia.
2. Porque Él ha impedido que impensadamente me convirtiera en un pastor del tipo de los pastores de hoy que son una mofa del cristianismo.
3. Porque voluntariamente me he expuesto a ser injuriado por *El corsario.*

1853 - 1855

HOJAS SUELTAS

Odiarse a sí mismo

El simple hecho de pretender colocar a los ideales en primer lugar es ya un comienzo de odio a sí mismo. Quien se ama a sí mismo no quiere poner a los ideales en primer plano, a fin de no verse disturbado en el goce de su satisfacción.

Cómo entiendo yo el porvenir

Ciertamente es preciso decidirse a una reforma y ha de ser una reforma tremenda, en cuya comparación la de Lutero parecerá una simple broma; una reforma espantosa que tendrá como grito de batalla: "¿Hallará fe en la tierra?" (*Lucas*, 18, 8.)

Entonces se verá que millones de cristianos "renegarán" del cristianismo. Una reforma tremenda porque el cristianismo ya no existe de hecho. Será terrible para una humanidad viciada por un cristianismo infantil, seducida por la presunción general de ser cristianos, ¡cuando en cambio se trata de que deba recibir el golpe mortal que consiste en hacerse cristianos, en ser cristianos!

El paganismo había comprendido muy bien que el cristianismo significaba "odio a los hombres"; por eso convertirse al cristianismo era entonces una cosa terrible. Pero mucho peor

es lo que acaece ahora; viciados y ablandados por esa papilla dulzona que se despacha como cristianismo, ahora que todos viven con la ilusión de ser cristianos... ¡verse obligados a recomenzarlo todo!

Por eso (así lo entiendo yo) Dios que es paciente, por ahora nos contempla: no rechaza a esta humanidad ni tampoco endosa a los hombres una tarea que sería su ruina.

Pero eso no significa que todo deba seguir como hasta ahora.

No, es preciso recomenzar.

Nosotros debemos hacer el balance con toda sinceridad. Ésta es mi tarea, así la comprendo yo...

¡Las buenas intenciones!

Imagina un remedio cuya dosis entera actuara como laxante y media dosis como astringente.

Tomemos a uno que padece de constipación. Pero vaya a saber por qué, en vez de la dosis entera (o porque teme que le cause daño), por no dejarlo del todo se suministra (con buena intención) una media dosis (que siempre es algo). ¡Vaya! algo es; pues la dosis entera es laxante y media dosis es astringente... ¡pero el pobrecito padece de constipación!

Así acaece con el cristianismo. Con él acaece lo mismo que con todo lo que presenta la alternativa de *O lo uno o lo otro;* media dosis actúa de un modo diametralmente opuesto a la dosis entera.

Y esas "buenas intenciones" prosiguen de generación en generación, procuran cristianos por millones, despiertan orgullo y nadie sospecha que está haciendo exactamente lo contrario de lo que cree hacer...

Se prohibe el "Ciprianus" [1] y otras obras por el estilo con las cuales la superstición cree poder evocar a los espíritus, por el temor que ellos inspiran. Pero se difunde el Nuevo Testa-

1 *"Ciprianus". Manual de magia y ocultismo que K. tenía en su biblioteca.*

mento en la medida más amplia posible, para que en lo posible llegue a todas las manos. Y si existe un libro hecho a propósito para evocar a los espíritus es el Nuevo Testamento, con tal de que sepas leerlo.

Pero tal vez aquí se esconde una astucia inconsciente y muy refinada, una astucia instintiva: es decir que, a fuerza de difundir este libro, de modo que en lo posible llegue a todas las manos, uno cree estar más al seguro, haberse asegurado mejor contra él, a fin de que su eficacia se vea reducida a cero. ¡Bueno! ¡Continuad, pues, por ese camino, empedrad las calles con ejemplares del Nuevo Testamento; utilizadlos, si es posible, como tejas para vuestras casas, liquidadlos a buen precio, más baratos aún que la arena, para que puedan así servir como lastre para las naves! Estaréis entonces completamente asegurados y podréis reuniros para celebrar una fiesta solemne: ¡y que acuda un orador para encomiarnos a nosotros y a nuestro celo por la difusión del cristianismo!

Así se educa hoy a un niño en la cristiandad: tu padre y tu madre, son dos personas bienquistas de Dios. Pero especialmente esa "historia" (*Geschichte*) [1] de tu nacimiento, ese asunto que realizamos entrambos, ¡eso sí que le agradó a Dios!

¡Abominable mentira! Ese asunto es un delito para el cristianismo, un delito ante los ojos de Dios, cuya bajeza consiste en que no sean los interesados quienes deban asumir la pena sino un inocente quien, al nacer a la vida, ingresa en esa galera de la existencia humana.

Pero cae de su peso que al cristianismo ha de dársele el otro aspecto, que debe prosperar el oficio del mendaz y el de los mil conjurados, criadores de sementales. Para ellos, el juramento nada agrega ni quita; ¡muy bien conocen el paño! Si una religión ha de prosperar, si se trata de convertirla en "religión popular" (y tal es su objetivo, pues de obtenerlo, el negocio del propio beneficio alcanza su punto culminante), se trata entonces de ponerla en relación con la procreación,

[2] *En alemán en el texto.* (NOTAS DEL T. I.)

debe convertirse en la religión de hacer niños. En resumen, ¡cuanto mejor se obtenga que lo que constituye el placer inmediato (comer, beber, divertirse, hacer niños), constituya también la religión, tanto más fácilmente se convertirá a ésta en una religión pupular!

El fin de esta vida desde el punto de vista cristiano

25 de setiembre de 1855.

El fin de esta vida es alcanzar el más alto grado de hastío.

Aquel que haya llegado a ese extremo, puede resistir: o aquél a quien Dios sostenga a fin de mantenerlo firme en la creencia de que Dios por amor lo ha conducido hasta ese punto, ése resistirá de un modo cristiano la *prueba* de la vida, estará maduro para la eternidad.

He nacido por medio de un crimen; he venido a la existencia contra la voluntad de Dios. La culpa, que en cierto sentido no es mía (aunque me convierta en un delincuente a los ojos de Dios) consiste en dar la vida. La pena corresponde a la culpa: ha de ser la pérdida de todo anhelo de vivir, el alcanzar el grado más alto de hastío vital. El hombre quiere entrometerse con el oficio del Creador y como no logra crear hombres, por lo menos quiere dar la vida. Pero pagarás por ello, porque el fin de esta vida es (claro que con la ayuda de mi Gracia, pues sólo se salvan aquellos a quienes yo les concedo la Gracia) alcanzar el grado superior de hastío vital.

La mayoría de los hombres están hoy hasta tal punto privados de espíritu, tan abandonados por la Gracia, que la pena no les impresiona en absoluto. Perdidos en este mundo, se aferran a esta vida vana, se convierten en una nada; su vida es un derroche inútil.

Aquellos, en vez, que poseen un poco de espíritu y a quienes la Gracia no descuida, alcanzan ese extremo en que la vida aparece como el grado superior del hastío. Pero no pueden resignarse y se rebelan contra Dios, etc.

Sólo los hombres que, una vez llegados a este punto de hastío vital, pueden con ayuda de la divina Garcia, creer fir-

memente que es por amor por lo que Dios actúa así, de modo que en su alma, en su fuero más íntimo, no se esconda duda alguna de que Dios sea amor; sólo éstos están maduros para la eternidad.

Y a éstos Dios acoge en la eternidad. Un hombre así se convierte en Ángel. Y en el cielo cantará más fácilmente las alabanzas de Dios: el tiempo del noviciado, el tiempo del aprendizaje es siempre el más duro... En medio de su alegría al poder darle las gracias, ese hombre se siente tan feliz que no quiere escuchar nada que no sea Dios mismo. Lleno de gratitud, todo lo remite a Dios y Le ruega que las cosas queden tal como están: es decir, que quien todo lo hace sea Dios. Porque ese hombre no cree en sí mismo sino en Dios.

ÍNDICE

1846 . . . . [illegible]

1847-1848 (Papeles sueltos) . . . . [illegible]

PÁG.

El Diario Íntimo de Sören Kierkegaard, por *María Angélica Bosco* 7

Cronología de la Vida de Sören Kierkegaard . . 11

Diario Íntimo 1834 25
„ „ 1835 31
„ „ 1836 48
„ „ 1837 53
„ „ 1838 61
„ „ 1839 67
„ „ 1837 - 1839 (Papeles sueltos) . . . 76
„ „ 4 de Julio al 10 de Agosto de 1840 . 82
„ „ 1841 al 20 de Noviembre de 1842 . . 87
„ „ 1840 - 1842 (Papeles sueltos) . . . 103
„ „ 30 de Noviembre de 1842 a Marzo de 1844 106
„ „ Marzo - Diciembre de 1844 124
„ „ 1844 (Hojas sueltas) 131
„ „ Diciembre 1844 - Diciembre 1845 . . 135
„ „ Enero a Diciembre de 1846 142
„ „ 1846 - 7 de Setiembre - 24 de Enero - 1847 160
„ „ 1847 176
„ „ 1845 - 1847 (Hojas sueltas) 180
„ „ 24 de Enero de 1847 al 15 de Mayo de 1848 182
„ „ 1847 - 1848 (Papeles sueltos) . . . 220

		PÁG.
DIARIO ÍNTIMO	15 de Mayo de 1848 al 2 de Enero de 1849	222
" "	2 de Enero al 7 de Setiembre de 1849 .	257
" "	7 de Setiembre de 1849 al 18 de Abril de 1850	299
" "	15 de Abril de 1850 al 22 de Enero de 1851	319
" "	22 de Enero de 1851 al 30 de Agosto de 1852	335
" "	Enero de 1852	347
" "	30 de Agosto al 2 de Noviembre de 1852	360
" "	1853	363
" "	1 de Marzo a Octubre de 1854 . . .	396
" "	Octubre de 1854 a Setiembre de 1855 .	433
" "	1853 - 1855 (Hojas sueltas)	447

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ARTES
GRÁFICAS BARTOLOMÉ U. CHIESINO,
AMEGHINO 838, AVELLANEDA, EL DÍA
2 DE AGOSTO DE 1955.

IMPRESO EN LA ARGENTINA